

ATLAS CULTURAL DE MÉXICO



LINGÜÍSTICA

SEP • INAH • PLANETA

000327/000472

ATLAS CULTURAL DE MÉXICO

LINGÜÍSTICA

Departamento de Lingüística del Instituto
Nacional de Antropología e Historia

Coordinador
Leonardo Manrique Castañeda

Instituto Nacional de
Antropología e Historia



Dirección de Lingüística
BIBLIOTECA

SEP



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
GRUPO EDITORIAL PLANETA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Lic. Miguel González Avelar
Secretario de Educación Pública

Lic. Martín Reyes Vayssade
Subsecretario de Cultura

Mtro. Eduardo Lizalde
Director General de Publicaciones y Medios

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Dr. Enrique Florescano
Director General

Lic. Roberto Sandoval Zarauz
Secretario Técnico

Jaime Bali Wuest
Director de Publicaciones

GRUPO EDITORIAL PLANETA

Homero Gayoso A.
Director General

Adriana Martí Brito
Gerente de Producción

F. Antonio Sánchez y Herrera
*Coordinador de la Colección
y de Diseño Gráfico*

Armando G. Jurado y Mario Salas
Diseño Gráfico

Dr. Enrique Florescano
Coordinación General

Jaime Bali Wuest, Lourdes Martínez Ocampo, Arturo Soberón Mora
Coordinación Técnica-Editorial

Carta base: Instituto de Geografía de la Universidad Nacional
Autónoma de México; *Formación:* Leonardo Manrique Castañeda y
Jimena Manrique Eternod; *Realización:* Javier López Caloca y Eduardo Sánchez Vicenteño
Mapas

Carlos Ontiveros y Leonardo Manrique C.
Dibujos

Erasto Antúnez Reyes, Evangelina Arana Osnaya †, Susana Cuevas
Suárez, Roberto Escalante Hernández, Eva Grosser Lerner,
Ignacio Guzmán Betancourt, Guadalupe Hernández Sierra, María
del Carmen Herrera Meza, Leonardo Manrique Castañeda, Benjamín
Pérez González, Bruna Radelli, Alfredo Ramírez Celestino, Moisés
Romero Castillo, Rosa María Zúñiga Pérez
Colaboradores

Carlos Blanco, Ignacio Guzmán B., Leonardo Manrique C.
Fotografía

COLECCIÓN ATLAS CULTURAL

- © Instituto Nacional de Antropología e Historia
- © Grupo Editorial Planeta
- Coedición: Dirección General de Publicaciones y Medios e
Instituto Nacional de Antropología e Historia de
la Secretaría de Educación Pública y
Grupo Editorial Planeta

Primera edición: junio de 1988

ISBN 968-406-038-6 (de la colección)
ISBN 968-406-101-3 (del volumen)

Printed in México — Impreso en México

Derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Introducción

Todos los seres humanos viven en sociedad, tienen un conjunto de costumbres o formas de comportamiento que constituyen su cultura y hablan alguna lengua. Lo mismo puede decirse del hombre conocido históricamente, siempre en sociedad, con cultura e idioma. Los estudios de arqueología y prehistoria permiten asegurar que estas características humanas se desarrollaron y evolucionaron a lo largo de varios millones de años al mismo tiempo que evolucionaba la apariencia física del hombre: postura erecta, gran volumen cerebral, etc. Es muy difícil determinar cuándo nuestros antepasados dejaron de ser prehumanos y se convirtieron en humanos, además de que esto no debe haber sucedido en un momento ni en algunos años, sino a lo largo de muchísimos milenios; de todos modos, podemos estar seguros de que hace por lo menos 50,000 años ya existían las sociedades típicamente humanas, con culturas propias y que hablaban muchas lenguas diferentes y es muy posible que las hubiera con características esencialmente iguales desde el Hombre de Neanderthal, hace 250,000 años en números redondos.

Las culturas, los rasgos físicos del hombre, los idiomas, así como su estrecha interrelación y la relación entre éstos y la vida en sociedad, son el objeto de estudio de las ciencias antropológicas. Una de ellas es la lingüística, dedicada al estudio de la facultad o rasgo esencialmente humano que es el lenguaje. Sin embargo, no hay un lenguaje único, sino muchísimas lenguas o idiomas diferentes, como todos sabemos porque hemos padecido en nuestros años escolares el aprendizaje de una lengua —sea el inglés o alguna otra— distinta a la nuestra. ¿Cómo hace entonces el lingüista para estudiar el lenguaje si no hay una lengua única?

En realidad los lingüistas se enfrentan al mismo problema que los demás antropólogos o que los otros científicos sociales, pues tampoco hay una sociedad humana única sino muchas diferentes, ni todos los pueblos tienen la misma cultura, ni todos los seres humanos son idénticos, ni la economía es uniforme, como tampoco lo es la historia de todas las sociedades. Sin embargo, no cabe duda de que todos los hombres tienen (y han tenido) más en común que los rasgos que los diferencian, y también las sociedades y lo mismo puede decirse de los sistemas económicos o, para lo que nos interesa ahora, de los idiomas o lenguas (estas dos palabras son sinónimas), que son for-

mas particulares e históricamente dadas de una sola facultad o rasgo del hombre: *el lenguaje*.

Así pues, los lingüistas estudian y analizan idiomas particulares para conocerlos a fondo y, basados en este conocimiento, formulan leyes y reglas generales del lenguaje; por supuesto, la teoría general del lenguaje así formulada guía a su vez las nuevas investigaciones de los idiomas particulares.

La lingüística —como las otras disciplinas antropológicas— es una ciencia eminentemente comparativa: con técnicas especiales registra y analiza los idiomas para reconocer cuáles rasgos son individuales y cuáles son rasgos comunes a todos ellos y, por lo tanto, pueden atribuirse al lenguaje en general.

Sin embargo, el solo conocimiento del lenguaje y de las lenguas no agota el interés de la lingüística, pues si —como se ha dicho líneas antes— existe una estrecha correlación entre lenguaje, vida social, trabajo y cultura, la lingüística se preocupa por establecer con toda precisión la forma y la naturaleza de estas relaciones, así como por los estudios históricos.

Es nuestra intención en este atlas dar una idea general de los conocimientos que ha logrado la lingüística en nuestro país. No cabe en un libro de esta índole la exposición detallada de la teoría, pero no eludiremos tratar algunos aspectos teóricos cuando sea conveniente. El contenido será, sin embargo, fundamentalmente descriptivo.

Las preguntas que con más frecuencia se formulan a los lingüistas son: ¿cuántas lenguas se hablan en México?, ¿cómo son?, ¿qué historia han tenido?, ¿qué hablaban y cómo escribían quienes construyeron tal o cual zona arqueológica (por ejemplo Tula, Chichén Itzá o Teotihuacán)? A ellas intentaremos dar respuesta en las páginas que siguen, en los mapas de este atlas y por medio de las ilustraciones que los acompañan.

En primer lugar se hará referencia al número de lenguas indígenas que se hablan en el país y dónde, así como a su relación con el español y con la educación. Después explicaremos qué nexos hay entre ellas y cómo son, para pasar en seguida a estudiar su historia, señalar su importancia y tratar de las escrituras prehispánicas.

Más adelante, estableciendo de nuevo —pero en otra forma— su relación con el español, hablaremos de los dialectos y terminaremos describiendo el español de México.

Reconociendo que en nuestro país se hablan, como lenguas de minorías, otros idiomas (francés, yidish, árabe, etc.), lamentamos no poder dedicarles el espacio que también merecen, si bien su presencia y significación histórica son menores para México que los de las lenguas aborígenes y el español.

Panorama lingüístico de la República Mexicana

1. La situación lingüística

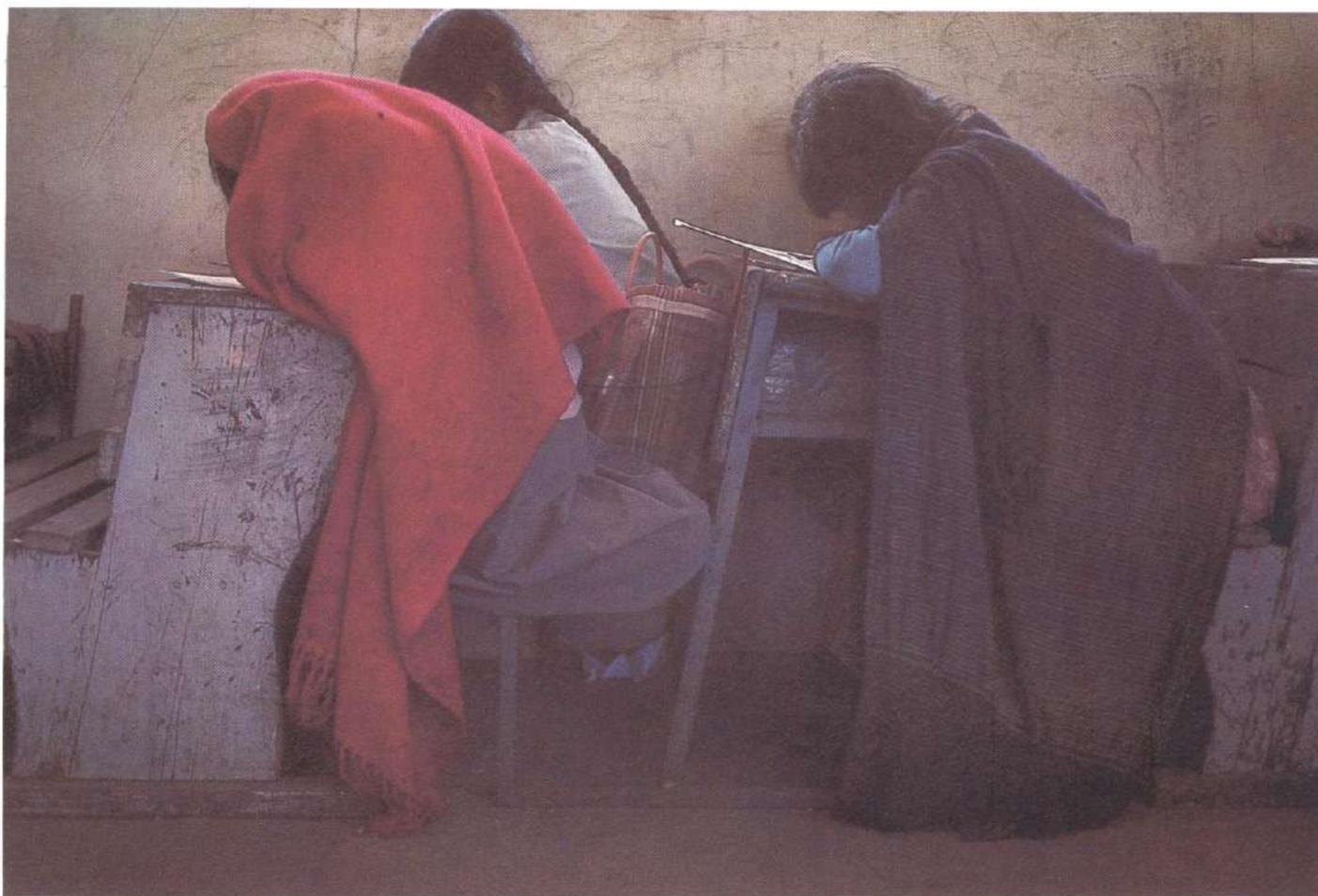
La situación lingüística actual de México es el resultado de nuestro pasado y de nuestra historia: el enfrentamiento entre el español y las lenguas indígenas que había antes de la Conquista. La dominación política de los españoles durante la Colonia exigía cada vez más el conocimiento de su idioma, subordinando las lenguas autóctonas a la lengua del conquistador. Para los dirigentes y los sectores ilustrados que consolidaron la independencia, el español ya era de hecho la lengua nacional, por ser el idioma que hablaban y porque era la lengua más difundida; sin embargo, todavía en la última década del siglo XIX y la primera del presente, aproximadamente el 38% de la población del país hablaba una lengua indígena. Apenas en este siglo, desde que los gobiernos derivados de la revolución de 1910 impulsaron las políticas de castellanización para fortalecer la unidad nacional, el español se ha generalizado prácticamente en todo el país. (Véase más adelante el capítulo *La historia lingüística desde 1521 hasta nuestros días.*)

Aunque es cierto que las lenguas indígenas son habladas por una minoría, no por ello son menos importantes que la lengua de la mayoría. Como todas las lenguas del mundo, las lenguas nativas de México son el producto e instrumento de sus respectivas culturas: cada lengua es un sistema particular de representación del mundo y esta representación está asociada con las diversas formas que los grupos humanos han adoptado al relacionarse con la naturaleza, el tiempo, el espacio, con los mismos hombres, etc. Esta multiplicidad de maneras de simbolizar la realidad, propiciada por el uso del lenguaje, junto con la interacción social en la que se desenvuelven los individuos, forjaron sistemas diferenciados de creencias, valores, costumbres, economías e instituciones sociales, que son algunos de los elementos que constituyen una cultura. (Véase el capítulo *Importancia de las lenguas indígenas para el conocimiento de las formas culturales.*) Aunado a lo anterior, la lengua es una de las instituciones más arraigadas en el espíritu de los pueblos, ya que gracias a ella los individuos se socializan, lo que permite rebasar la transmisión estrictamente biológica de la especie, al incorporar al sujeto a los patrones de comportamiento que la cultura impone. Ahora bien, la adquisición de una lengua se lleva a cabo en el seno de una familia y de un grupo

Instituto Nacional de
Antropología e Historia



Dirección de Lingüística
BIBLIOTECA



En México se hablan actualmente más de sesenta lenguas —una de ellas es el español—, todas igualmente aptas para comunicarse y para expresar sentimientos y pensamientos, como el tarasco de Michoacán

social determinado, generando vínculos afectivos y de solidaridad con el grupo; estos lazos son, en parte, la causa de la resistencia al abandono de la lengua materna, siempre y cuando las instituciones políticas, económicas, sociales y religiosas del grupo también persistan. En México, el embate de la organización e instituciones de la sociedad «nacional» mayoritaria debilita considerablemente la permanencia de los grupos indígenas y de sus lenguas, desmantelando sus instituciones.

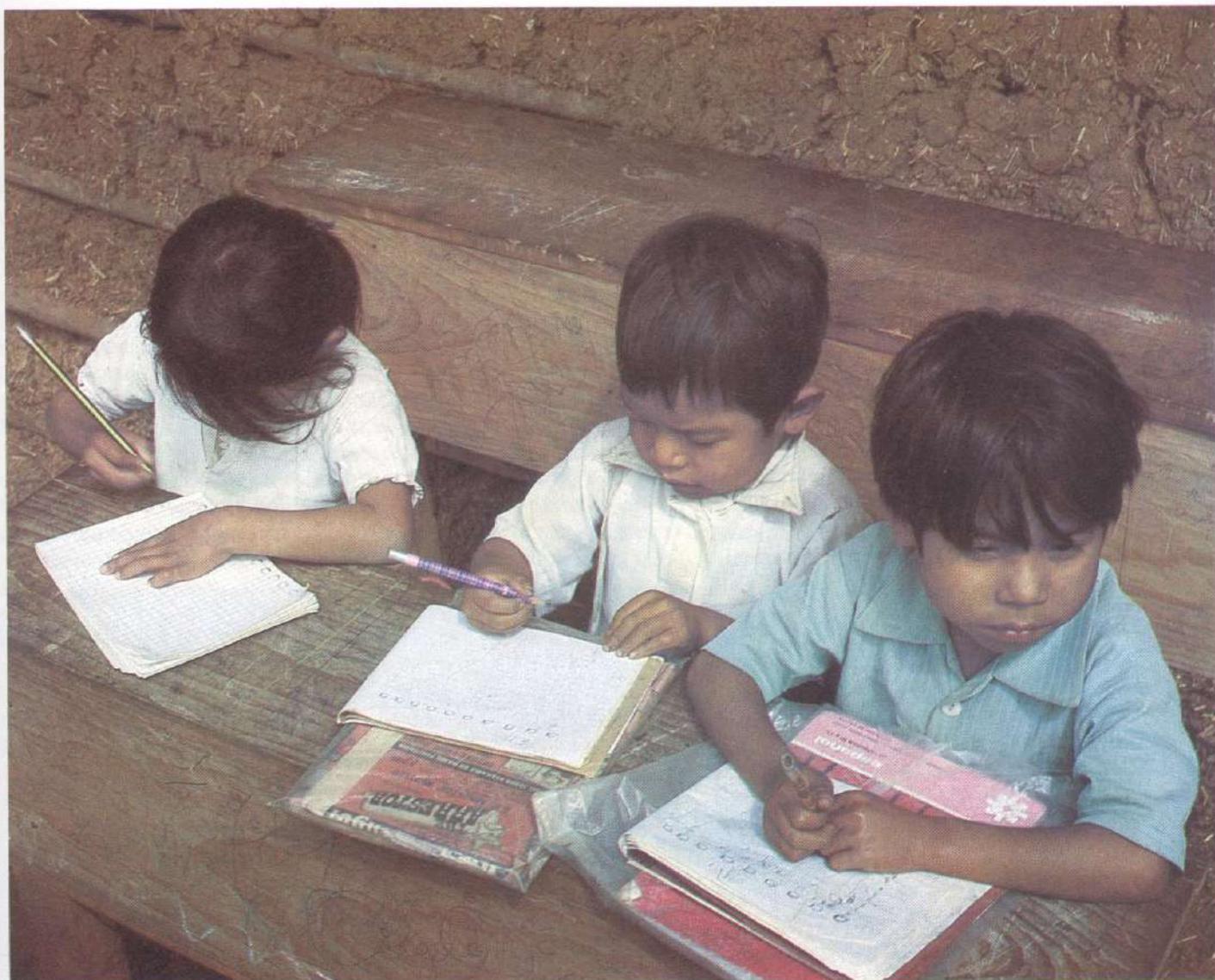
Las lenguas indígenas son medios tan aptos como el español para cubrir las necesidades expresivas de sus hablantes, pero el desprestigio y los ataques cotidianos de que son objeto impiden, por lo general, reconocer que su existencia enriquece nuestra historia y mantiene la pluralidad de nuestra idiosincrasia. Esta actitud penetra inclusive en las esferas gubernamentales; por ejemplo, en los datos censales nunca han figurado todas las lenguas aborígenes, muchas de las cuales quedan englobadas dentro del rubro «otras lenguas indígenas». Peor aún, las informaciones de los censos resultan difíciles de comparar cuando en el de 1970 se registran por nombre 30 lenguas indígenas, en tanto que en el de 1980 figuran 40 —reconozcamos que hay una

mejoría, aunque todavía queden fuera idiomas como el kikapú, el matlatzinca y varios otros.

A estos defectos se suman otros problemas de registro y codificación que hacen todavía más imprecisa la información censal; uno de ellos es la confusión de lenguas que tienen nombres similares, lo que hace figurar gran número de *mayas* en Zacatecas, donde deben de ser *mayos*, y también hacen dudosas las cifras para *popolucas* y *popolocas*, *tepehuas* y *tepehuanes*, etc. Por último, diremos que la información proporcionada por las personas censadas a los censadores falta frecuentemente a la verdad, porque quienes hablan una lengua indígena prefieren ocultarlo y en ocasiones designan su propio idioma nativo con algún nombre distinto del oficial con el que se le conoce generalmente o con el que figura en los datos censales, lo que contribuye al gran número de casos registrados como «idioma no especificado».

Aunque los datos de los censos son, según venimos diciendo, imprecisos e insuficientes, son los únicos de que se dispone para muchos propósitos, de manera que —con las debidas reservas— serán los que usemos en el resto de este artículo. El español es la lengua materna del 90% de la población mexicana (esto es, de los mayo-

(Véase mapa 9 en el Apéndice)



res de 5 años, pues muy sensatamente los censos consideran hablante de un idioma sólo a quien ha rebasado la edad durante la que se adquiere la lengua materna).

Los hispanohablantes se encuentran distribuidos a lo largo y ancho del territorio nacional, concentrándose en los centros urbanos y en los estados de mayor densidad demográfica como el Distrito Federal y Jalisco; rebasan el 98% de la población en los estados del norte de la república, como en Guanajuato, Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Colima.

La aplastante supremacía del idioma español en estos estados se debe, en parte, a la existencia de grupos poco numerosos, dispersos y sin una cultura muy desarrollada a la llegada de los españoles, por lo que su asimilación encontró menor resistencia.

A diferencia de la amplia distribución del español, las lenguas indígenas se distribuyen desi-

gualmente, pero se concentran especialmente en la región que tenía una alta cultura en el momento de la conquista, esto es, en los estados del centro y el sur del país donde tuvieron asiento las culturas mesoamericanas. La gran cantidad de lenguas y el número proporcionalmente reducido de los hablantes de cada una de ellas permiten suponer que en la mayoría de los casos todavía se encuentran en el mismo lugar donde vivieron sus antepasados y donde se desarrolló su cultura.

En Oaxaca, Yucatán, Quintana Roo y Chiapas, más del 25% de la población es hablante de alguna lengua aborigen, pero aunque coincidan en la elevada concentración, su situación lingüística no es uniforme. Oaxaca y Chiapas son los estados en los que se encuentra la mayor diversidad lingüística del país; en Oaxaca hay por lo menos 12 lenguas distintas, sin tomar en cuenta las variedades dialectales de algunas de ellas. Entre las lenguas que registran un mayor

Niños de Tamapatz, S.L.P., que pronto podrán usar el alfabeto unificado, la gramática y los diccionarios que un grupo de maestros huastecos bilingües ha decidido elaborar en su idioma materno

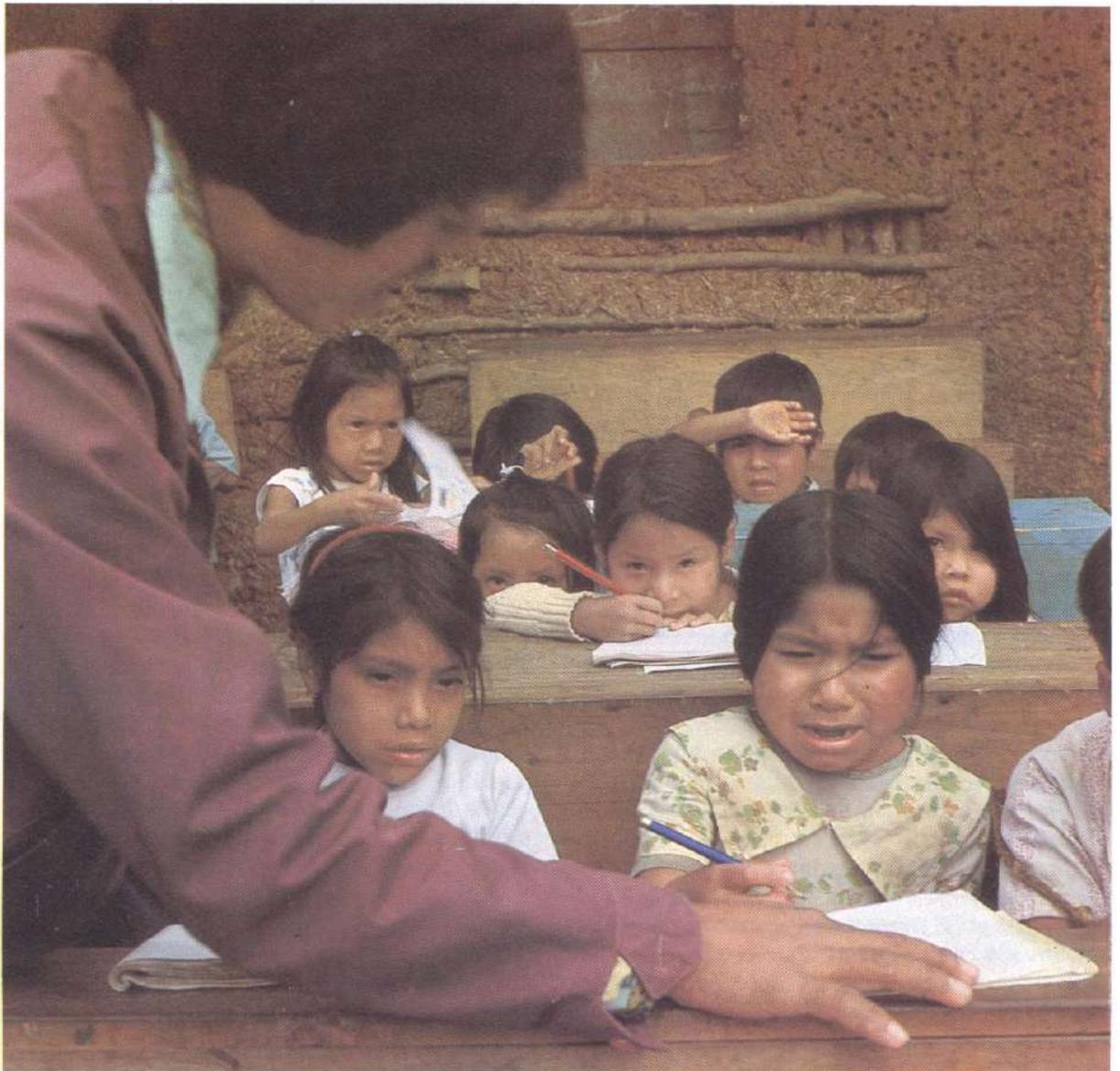
(Véase mapas 5, 6 y 7 en el Apéndice)

número de hablantes se encuentran el zapoteco, el mixteco, el mazateco, el mixe y el chinanteco (véase *Familia oaxaqueña*). En Chiapas son más de ocho lenguas diferentes, entre las que sobresalen el tzeltal, el tzotzil, el chol, el tojolabal y el mame (véase *Familia maya*). Puebla y Veracruz son dos estados que cuentan con un porcentaje superior al 15% de hablantes de idiomas nativos y albergan a siete grupos lingüísticos diferentes, entre los que destacan el otomí, que se habla en Puebla, el huasteco en Veracruz y el náhuatl y el totonaco que se hablan en ambos estados. Este fenómeno de la notoria diversidad lingüística en un espacio geográfico reducido, sin que unas lenguas des-

plazaran a otras, puede constituir un indicio de que a partir de la Conquista, o tal vez desde antes, las distintas lenguas desempeñaron un papel importante en la cohesión y defensa de cada uno de los grupos frente a la agresión del exterior.

Inversamente, en Yucatán, Quintana Roo y Campeche se habla una sola lengua —el maya— además del español, lo cual demuestra la permanencia, en cierta forma, de uno de los grupos que mayor esplendor alcanzaron en la época precolombina.

En el resto de los estados del país, en donde la población de habla indígena constituye del 2 al 10%, existe un promedio de tres distintas len-



Se ha demostrado que el empleo de la lengua nativa en el aprendizaje de la lectura y de la escritura es indispensable para lograr una sólida y bien cimentada educación escolar

guas por estado, siendo generalmente el náhuatl una de estas lenguas. La importancia histórica y política de los grupos que hablan náhuatl se hace patente por el hecho de que es la única lengua indígena que cuenta con comunidades numerosas dispersas por 15 estados de la república. El náhuatl era ya una lengua dominante a la llegada de los españoles y fue la lengua que éstos usaron como medio de comunicación en los primeros tiempos de la Colonia, fortaleciendo así su uso.

Otra lengua hablada por numerosos grupos en seis estados del centro del país es el otomí. Otras, como el mixteco y el zapoteco, se encuentran además de Oaxaca también en algunos otros estados como Nayarit, Baja California, Baja California Sur y Chihuahua, seguramente por la migración de estos grupos en búsqueda de fuentes de empleo. Debido igualmente a la migración, hay pequeños grupos de hablantes de la mayoría de las lenguas por todo el territorio nacional, aunque algunas como el tojolabal, el tlapaneco —que se habla en Guerrero—, el tzotzil y las lenguas que cuentan con un reducido número de hablantes como el pima y el seri

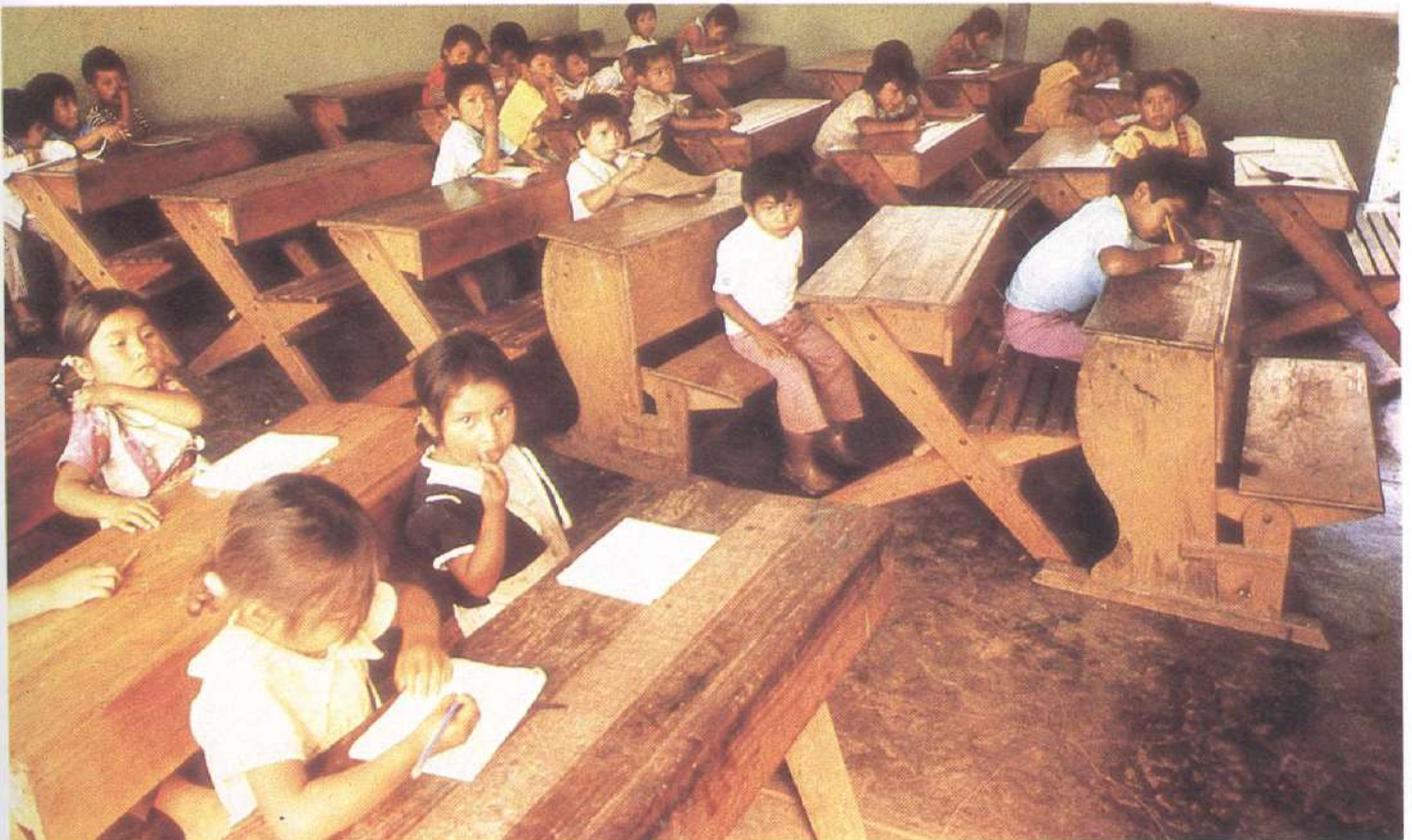
—que se hablan en Sonora— y el yuma de Baja California, casi no presentan movilidad.

Por último, se puede observar la desigual proporción de hablantes de las distintas lenguas autóctonas. Los hablantes del náhuatl representan el 25.2%, los del maya les siguen con el 14.3% y los de los diversos zapotecos el 8.9%. Las lenguas que cuentan entre el 2 y el 3% de hablantes son el tarasco, el huasteco, el chol y el tzotzil.

2. Monolingües y bilingües

Los términos monolingüe y bilingüe (y en ocasiones plurilingüe) tienen un sentido muy claro: «de una, de dos (o de muchas) lenguas»; pero esa misma claridad permite aplicarlos a dos fenómenos muy diferentes aunque, como se verá más adelante, estrechamente relacionados. En un caso se dice que es monolingüe o bilingüe una sociedad (ciudad, región o país) en la que se habla un solo idioma o se hablan dos; en el otro caso se aplica al individuo que sólo «maneja» (en los párrafos que siguen detallamos esto) una

Según el censo de 1980, el número de bilingües (quienes además de su idioma indígena hablan español) alcanza el 76% en todo el país. En el noroeste de la república rebasa el 90%





Numerosos indígenas, en especial de Oaxaca y Chiapas, solamente conocen el español indispensable para desenvolverse en ciertas situaciones, como el intercambio comercial o las relaciones con las autoridades

lengua o que «habla» dos. Es claro que estas dos formas de bilingüismo se dan preferentemente donde hay lenguas en contacto, pero dado que esto sucede en la mayor parte de los países del mundo, lo importante es destacar la diferencia de valoración que se da a cada una de las lenguas en cuestión, pues es evidente que se valoran prácticamente igual los dos idiomas de una comunidad franco-alemana de Suiza, mientras que hay un gran desequilibrio en la valoración de las lenguas de una comunidad totonaco-española de México, y que esta diferencia influye en el bilingüismo individual tanto como en el bilingüismo social.

El bilingüismo individual se manifiesta como un completo dominio de dos lenguas, o bien como el uso predominante de la lengua materna y el uso menor de la segunda lengua, con una variación que va desde un amplio conocimiento

de la gramática y el léxico, hasta el manejo precario de elementos aislados del vocabulario. El desempeño que tiene el sujeto en la segunda lengua depende de diversos factores: en primer término tenemos la desigual capacidad de los individuos en el aprendizaje de otros idiomas que no sean el materno; la edad en la que se lleva a cabo el aprendizaje de la segunda lengua; la valoración que se tenga de la lengua por aprender; la relación afectiva que define los vínculos sociales del sujeto y que propician o entorpecen el aprendizaje de las lenguas y, por último, la capacidad para usar de manera discriminada la segunda lengua en sólo algunos de los ámbitos de comunicación. En este último caso cabe mencionar a los llamados bilingües funcionales, que son aquellos individuos capaces de mantener una «conversación» o un «diálogo» solamente en ciertas situaciones comunicativas; tal es el caso de numerosos hablantes de lenguas indígenas que solamente conocen el español que requieren para desempeñarse en determinadas situaciones, como el intercambio comercial o algunos tipos de relaciones con las autoridades, situaciones para las cuales su español es «suficiente» (aunque presente desviaciones respecto al uso general, que son aceptadas en estos contextos) pero que tiene mayor dificultad para usarlo en otros contextos en los cuales, además, no se toleran las desviaciones respecto al uso general, aceptadas en los primeros.

Las características del bilingüismo son, pues, profundamente heterogéneas entre los individuos y de difícil evaluación a partir de un censo, ya que se carece de métodos que nos permitan medir tanto los niveles del manejo de la segunda lengua, como la capacidad que el sujeto tiene cuando opera el complejo proceso de manejar dos o más sistemas de significación totalmente diferenciados. Así pues, en las boletas censales se anotó que una persona (mayor de cinco años, recuérdese) hablaba español además de su lengua indígena cuando a veces sólo contestó «sí» y no hubiera podido contestar nada más; por lo contrario, si una persona negó hablar una lengua indígena, así se anotó. Por lo tanto, la información censal resulta muy relativa.

Por otra parte, las actitudes individuales y la existencia de individuos monolingües o bilingües en mayor o menor grado obedecen a factores sociales, lo cual abre una perspectiva social más amplia y, en este sentido, más válida que las variaciones individuales. A esta perspectiva

corresponden dos aspectos: las actitudes que los indígenas manifiestan hacia el español y hacia su propia lengua así como el uso que hacen de ellas y, en segundo lugar, la tendencia creciente al aprendizaje del español que, naturalmente, está íntimamente relacionada con lo primero. Sin embargo, el segundo aspecto puede cuantificarse en tanto que el primero es de difícil cuantificación, por lo que es conveniente comenzar por aquél del que pueden darse cifras.

Cada vez es mayor la difusión del español. Debido a esto, según las cifras del censo de 1980, el número de bilingües (quienes hablan español *además* de su idioma indígena) alcanza al 76% en todo el país —en otras palabras, 3/4 partes de quienes hablan alguna lengua aborígen

habla también el español—, pero hay estados como Chiapas y Guerrero en donde los bilingües no llegan al 60%, o sea, que el número de indígenas que no ha aprendido español es relativamente alto. Algunas de las causas de este reducido porcentaje de bilingües pueden ser el aislamiento de las comunidades y la poca movilidad geográfica de sus miembros, la marginación política en que se les ha mantenido y, por último, una verdadera resistencia a aprender el español, porque sienten que el uso de la lengua indígena refuerza su identidad cultural y les da cohesión interna.

En el resto de las lenguas el número de bilingües es superior al 50%, si bien apenas rebasa esta proporción en el chatino y el chol que se

Por lo general, tienen mayor proporción de monolingües aquellos grupos más aislados —como los lacandones— empujados a las regiones que menos codician los «nacionales»





El idioma y las creencias caracterizan a un pueblo. Pueden cambiarse otros rasgos culturales sin alterar la esencia del grupo, éstos no, porque el primero permite entender el mundo y las segundas, aceptarlo

hablan, respectivamente, en Oaxaca y en Chiapas. En el extremo opuesto de la escala, con más del 90% de bilingües, están algunas lenguas del noroeste del país: el mayo, el pima, el yaqui y el yuma.

La cantidad de bilingües que existe en la actualidad se debe en gran parte a las políticas de castellanización instrumentadas por el estado mexicano después de la Revolución de 1910, pero también a otros factores, e indudablemente sigue la tendencia inaugurada con la penetración del español desde el momento de la Conquista. Los gobiernos postrevolucionarios consideraron un deber incorporar a los grupos indígenas a la vida nacional, tarea que encomendaron fundamentalmente al sistema educativo, para el cual el primer obstáculo a vencer era precisamente la barrera lingüística. Esta política educativa, que se inició de forma sistemática en la década de 1940, ha tenido diversas modalidades: la alfabetización directa en español usando este idioma como vehículo de enseñanza desde un principio, o varias formas de castellanización en las que se han empleado las lenguas indígenas como instrumento para enseñar el español. No cabe duda que hay otros factores,

frecuentemente favorecidos por el estado como apoyo a la política educativa de castellanización, y congruentes con otras formas de incorporación; algunos son de orden económico: la creciente participación de los indígenas en diversas actividades productivas, la intensificación de las relaciones comerciales o el peonaje indígena en lugares alejados de su lugar de origen, lo que los obliga a usar el español (aunque en este caso, cuando se desplazan familias completas, las mujeres y los niños pueden seguir manteniéndose monolingües). Hay factores de comunicación, como la extensión y penetración de los caminos o el funcionamiento de la radio y la televisión, que transmiten en español. Por último, también actúan en este sentido los servicios de salud y otros.

Dado el carácter eminentemente subjetivo de las actitudes que los hablantes de las lenguas indígenas tienen hacia sus propios idiomas y hacia el español, es difícil precisarlos sin encuestas rigurosas a gran número de individuos; sin embargo, podemos encontrar algunos elementos explicativos si analizamos el tipo de relaciones que ha habido entre los hablantes del español y los grupos hablantes de lenguas indígenas, rela-



ciones que han sido siempre y por lo general desfavorables para estos últimos.

En la medida en que el español ha sido, desde los inicios de la Colonia, la lengua del grupo que detenta el poder político, económico y social, ha sido la lengua de prestigio, por lo que el hablarlo era visto por los indígenas como un medio de ascenso en la escala social (por ejemplo, durante la Colonia se prefería a los indígenas que hablaban español para el otorgamiento de cargos públicos); más adelante las lenguas aborígenes se convirtieron en marca infamante. Por otra parte, el uso de la lengua materna vincula y ha vinculado al individuo con su pasado y con su propia cultura, en contraste con el uso del español, que lo integra a la comunidad nacional y a la «cultura occidental». Así se ha producido un conflicto que hasta ahora se ha resuelto generalmente por el abandono de la lengua materna.

Esta «deslealtad» lingüística no se ha dado por igual en todas las lenguas. En los estados del centro de la república, donde se habla otomí, mazahua, matlatzínca (que no aparece registrada en el censo) y náhuatl, es mayor la tendencia al abandono de la lengua indígena. Dado que el

español se usa para los trámites oficiales, en la escuela, en el comercio y en general en situaciones formales, ha relegado a las lenguas indígenas para el uso en familia y en situaciones informales de comunicación, y aun de estos ámbitos ha tendido a desplazarlas. Solamente en tiempos recientes ha habido una revalorización de algunos de los idiomas nativos: se usan formalmente cada vez más en la escuela y en la iglesia (aquí, siguiendo una tradición que ha tenido altibajos) y grupos enteros de hablantes de lenguas aborígenes consideran ahora que no tienen que abandonar su lengua materna y adoptar el español, sino que pueden manejar ambas en muchas situaciones y que más adelante podrán emplearlas por igual en cualquier caso. Así, por ejemplo, los zapotecos y los mayas al igual que muchos nahuas, manifiestan un deseo explícito de no abandonar sus lenguas, de manera que el índice de bilingüismo verdadero es elevado, más del 80%. Esperamos que las condiciones sociales y las políticas oficiales contrarias a las lenguas nativas hayan sido superadas y que el fenómeno de revaloración del maya o del zapoteco se extienda a una y otra lengua indígena, de modo que puedan seguir hablándose.

Si el idioma es tan propio que condiciona el sistema de pensamiento de un pueblo, no debe despojarse a las comunidades de sus lenguas. El problema consiste en darles el uso del español a la vez que se revaloriza la lengua materna



Muchos maestros bilingües procuran la castellanización de sus estudiantes, pero sin abandonar —sino por lo contrario, fomentándolo— el uso de la lengua materna, incluso en la enseñanza

3. Alfabetismo y educación

Entre los múltiples problemas que México afronta, junto con muchos otros países de América Latina, existe uno cuya solución es de primordial importancia: el analfabetismo. En efecto, son millones de personas en el continente las que por falta de escuelas, de maestros o por muchas otras causas de naturaleza social o económica, quedan al margen de la educación o disfrutan de ella en un nivel completamente incipiente.

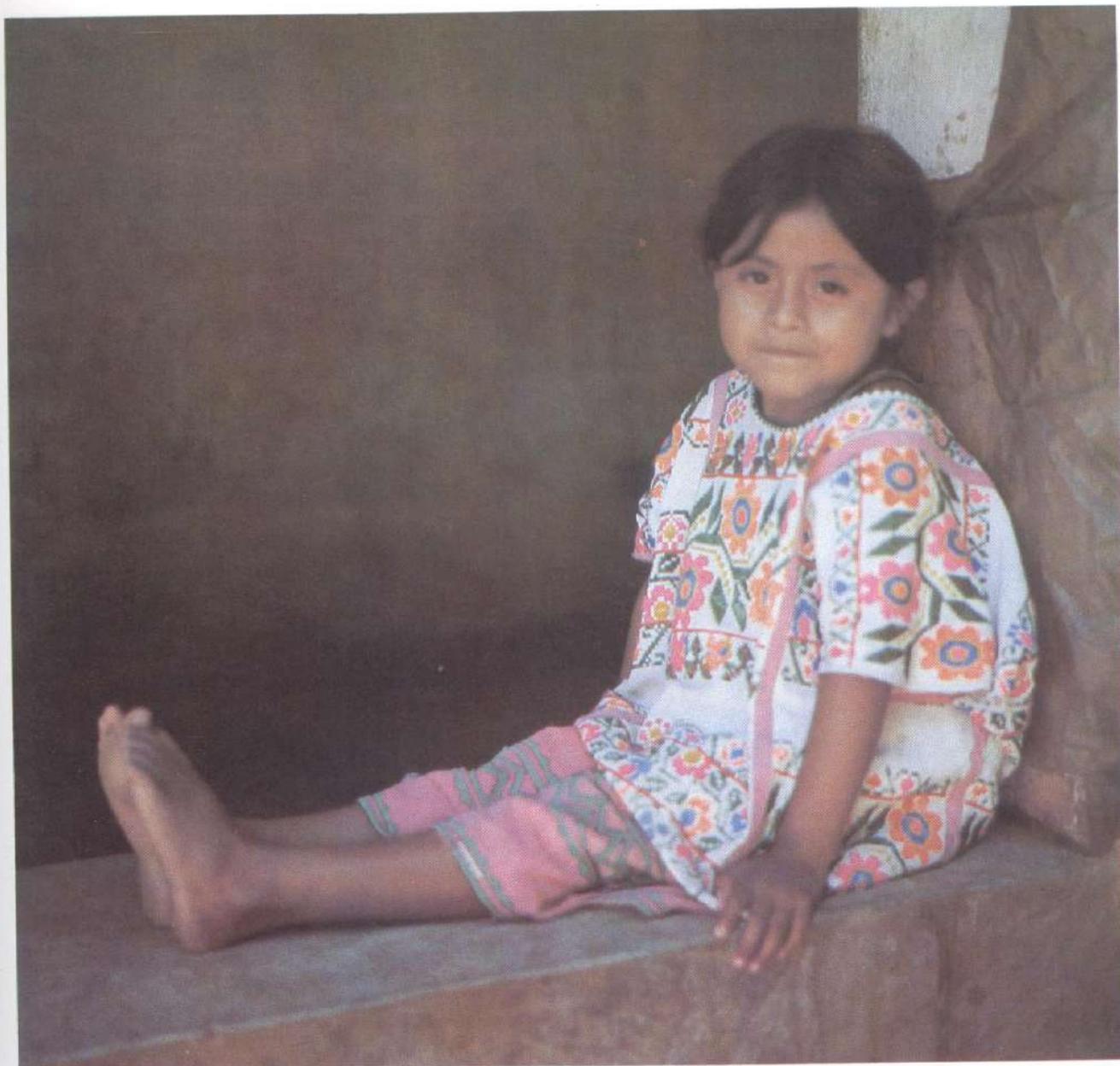
Si se piensa que el crecimiento demográfico de Latinoamérica es uno de los más altos del mundo y a eso se agrega el alto porcentaje de deserción escolar y los miles de personas que, habiendo sido alfabetizadas, caen nuevamente en el analfabetismo por desuso de las habilidades adquiridas, se tendrá una idea más completa de la magnitud del problema.

Aunada a esto, se encuentra otra característica que se considera común para la mayoría de los países de América Latina: la ineficacia de los gobiernos para atacar y vencer tal problema, debido principalmente a la baja capacidad que tienen para incrementar los servicios educativos. Generalmente se ha creído que se puede terminar con el analfabetismo mediante la organización de «campanas alfabetizadoras»; desgraciadamente esto no ha sucedido, por falta de planeación adecuada, de recursos económicos y técnicos, de personal preparado, etcétera.

En el caso específico de México, el problema se agrava si se toma en consideración el elevado número de indígenas que forman parte de la población, debido sobre todo a la gran diversidad lingüística y cultural que presentan y que hace pensar que una acción educativa deberá tener características muy especiales cuando se refiera a cualquiera de estos grupos autóctonos.

Aunque ha habido una gran diversidad de opiniones acerca de cuándo se puede considerar «alfabetizada» a una persona, se acepta generalmente la opinión expresada en el año de 1962 por un comité de expertos en alfabetización, reunidos en la sede de la UNESCO en París y que dice:

Se considera alfabetizada a la persona que posee los conocimientos teóricos y prácticos fundamentales que le permitan emprender aquellas actividades en que la alfabetización es necesaria para la actuación eficaz en su grupo y comunidad, y que posee un dominio suficiente de la lectura, escritura y aritmética como para seguir utilizando los conocimientos adquiridos al servicio de su propio desarrollo y del de la comunidad. En términos cuantitativos, el nivel de alfabetización eficaz puede ser comparado con el dominio de la lectura, escritura y aritmética que se logra después de un determinado número de años de enseñanza primaria o elemental.

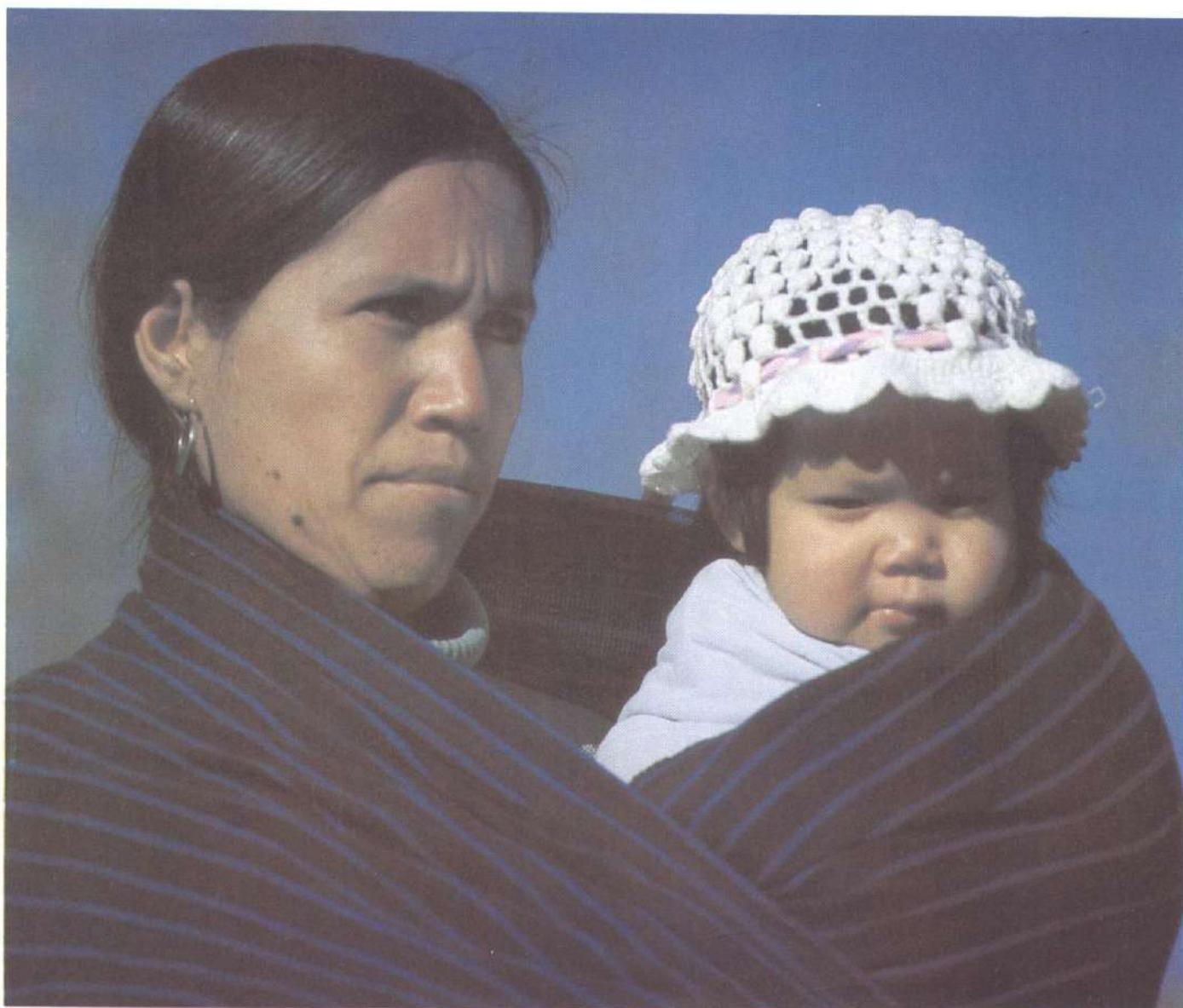


Partiendo de esta definición, es fácil darse cuenta que una alfabetización efectiva se logrará sólo cuando se considere esta labor como parte de una acción educativa completa y no como una tarea aislada, pues el aprendizaje de la lectura, escritura y aritmética no es un fin, sino un medio para el desarrollo y superación del hombre y de su comunidad. En otras palabras, la alfabetización no es más que un recurso pedagógico para hacer que el estudiante se inicie en el conocimiento de elementos útiles que le sirvan para su desarrollo económico y social, para conocer y ejercer sus derechos políticos y, en fin, para participar activamente en la vida nacional.

Ya desde principios de la época colonial se utilizó en México la enseñanza *en lenguas indígenas*, pues los misioneros se enfrentaron así a

la necesidad de enseñar la doctrina cristiana a los pueblos del Nuevo Mundo. Posteriormente, obedeciendo a un edicto de Felipe III, en el siglo XVIII las autoridades novohispanas empezaron a llevar la educación escolar a diversos grupos indígenas —labor en que el gobierno mexicano puso todavía mayor énfasis a partir de los finales del siglo XIX—; pero la escuela de ese tiempo no diferenciaba el tipo de enseñanza ni el idioma, ya que sólo se «enseñaba» *en español*. En el siglo XX los gobiernos postrevolucionarios consideraron necesario mejorar las condiciones sociales de los indígenas; así se empezaron a establecer numerosas escuelas rurales y otras diversas instituciones que trataron de atender las necesidades de las comunidades indias, reconociendo las raíces prehispánicas de la sociedad mexicana, pero pugnando porque to-

Niña amuzga de Xochistlahuaca, Gro. Con frecuencia las escuelas bilingües no logran dotar a los niños de un bilingüismo equilibrado y obstaculizan su posibilidad de identificarse con alguna de las dos lenguas



Difícilmente asistió a la escuela (que además enseñaba sólo en español) esta madre tarasca; es probable que su hijo pueda acudir a una escuela bilingüe y aprenda las primeras letras en su idioma

dos hablaran español, de manera tal que pudieran alcanzar su «desarrollo», pretendiendo su asimilación a una sola nacionalidad.

El transcurso del tiempo ha demostrado que el camino era equivocado, pues ahora se reconoce que no puede haber aprendizaje si se descuidan las características sociales y culturales de los alumnos.

Los hablantes de las diversas lenguas indígenas de México han sido objeto de políticas educativas que oscilan, con algunas modalidades, en dos direcciones. Una de ellas se basa en el modelo de una única educación nacional que implica el uso del español para todos los sectores de la población, o sea —en otras palabras— suprimir el multilingüismo y llegar al monolingüismo español con todas las consecuencias de dominio social, económico y político de un grupo sobre las poblaciones minoritarias. La otra

política educativa que por breves periodos ha surgido, a pesar de las múltiples presiones en contrario incluso de las instituciones gubernamentales, tiene su fundamento en el reconocimiento de que las diversas etnias que forman parte de la nación poseen patrones culturales valiosos, puesto que les han permitido sobrevivir durante poco más de cuatro siglos y medio al hostigamiento físico y social de que han sido objeto.

Puesto que el vehículo principal para la transmisión y expresión de una cultura es el lenguaje y dado que el lenguaje es a la vez una parte importante de la cultura de una comunidad, es conveniente que la educación se inicie en el idioma que conoce y habla el educando. Lo anterior fue tomado especialmente en cuenta en 1939 por Mauricio Swadesh y los científicos que colaboraron con él en el denominado Proyecto

Tarasco que, a pesar de haber funcionado solamente un año en la zona indígena porhé, del estado de Michoacán, produjo tan buenos resultados que los mismos han servido para el planteamiento de nuevos programas educativos. De esos resultados podemos destacar la rápida alfabetización en la propia lengua, tanto de los niños como de los adultos, la participación entusiasta de la comunidad en la realización de diversas actividades escolares y la capacitación de jóvenes indígenas como promotores y maestros en sus propios grupos étnicos.

A partir de esa fecha, la alfabetización de los grupos autóctonos, como parte fundamental de lo que se ha llamado educación indígena, ha seguido un desarrollo constante —aunque con altibajos— precisando, conforme pasa el tiempo, sus propias características. Puede considerarse que la más importante de ellas es la utilización de la lengua materna del educando para la enseñanza de los mecanismos de lectura y escritura (o de lecto-escritura, pues van unidos).

Los materiales utilizados hasta ahora han sido preferentemente las cartillas o libros de lecto-escritura (como se les llama ahora) y los libros de lectura propiamente dichos. Los profesores indios adquieren las técnicas para manejar es-

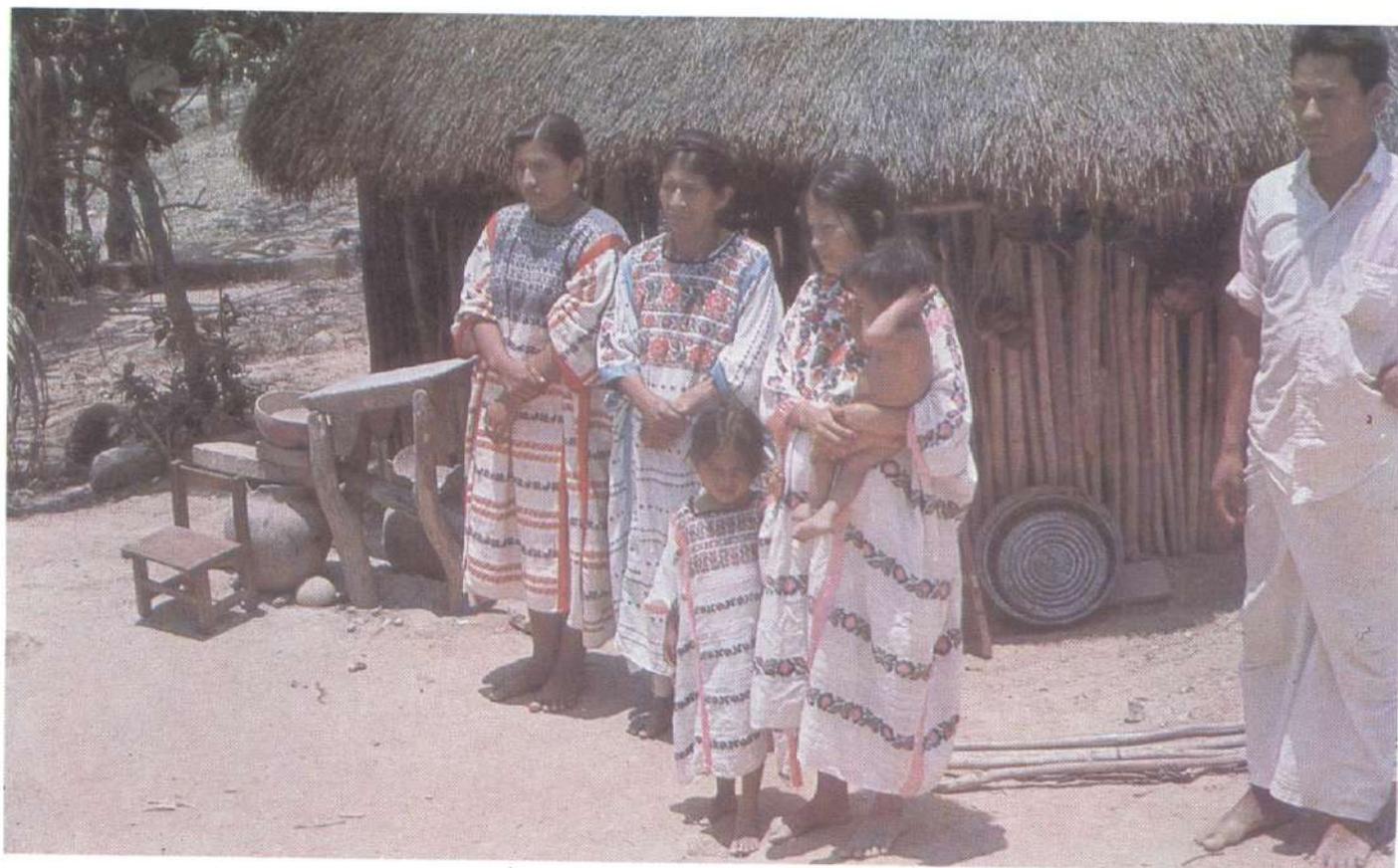
tos materiales preparados por lingüistas y pedagogos, algunos de ellos indígenas, y que son elaborados específicamente para cada región, atendiendo al principio de regionalización de la enseñanza.

Se utiliza la lengua indígena porque las primeras palabras que se aprenden a leer y a escribir deben tener significado para el alumno; a la vez, deben formar parte de su mundo, correspondiendo a su medio ambiente para que despierten el interés por la lectura y mantengan el incentivo por adquirir nuevos conocimientos.

Las habilidades en el manejo de las matemáticas, siendo mecanismos que requieren mayor abstracción mental, se logran sólo a través de la lengua materna y así se evita la traducción de esos procesos a conceptos completamente ajenos a la manera de pensar del niño. De la misma forma puede transmitirse cualquier conocimiento sobre los fenómenos naturales y todo lo relacionado con el alumno y el medio ambiente que le rodea, hablando siempre en el lenguaje en que él se expresa y que le es familiar. Es inútil esperar a que se adquiriera un segundo idioma para impartir nuevas enseñanzas que informan sobre preguntas que inquietan la mente infantil y satisfacen sus intereses.



Los estudiantes tarahumaras y sus maestros utilizan materiales educativos en este idioma, desarrollados venciendo las dificultades que presenta su carácter tonal



A solicitud de los amuzgos —que son bilingües casi todos— y con su colaboración, el Departamento de Lingüística del INAH ha preparado un cuaderno para aprender a leer y escribir en este idioma

Actualmente la labor educativa del estado se ha extendido a casi toda la República Mexicana, en la que se han establecido varios tipos de instituciones bilingües: escuelas de enseñanza preescolar, escuelas primarias, albergues escolares y centros de integración social. Igualmente se ha dado preparación a personas oriundas de las mismas comunidades, capacitando a algunas como profesores, mientras otras tienen formación normalista completa e incluso se han formado profesionales a nivel de licenciatura, especializados en la población autóctona del país, todos ellos bilingües.

4. Los difíciles sonidos de los idiomas y su transcripción

La mayoría de nosotros sabemos —sea porque los hayamos estudiado, sea porque ocasionalmente los hemos oído— que cada idioma tiene sus propios sonidos y que algunos de éstos son semejantes a los de nuestra lengua (incluso, a veces, prácticamente idénticos) en tanto que otros son diferentes, a veces tanto que nos parecen impronunciables, por no decir inimaginables.

En realidad, cada idioma tiene más sonidos de los que cree el hablante de ese idioma. Por ejemplo, en español pronunciamos de manera diferente la *b*, la *d* y la *g* al principio de palabra

o cuando va entre dos vocales (pronúnciese *bo-bo*, *dado* y *galápagos*). Naturalmente, tendemos a percibir en otra lengua las diferencias que son significativas en la nuestra, así como las pronunciaciones distintas de un «sonido» equivalente; por ejemplo, en tarahumara, en francés o en inglés hay un solo «sonido» *r*, pero nosotros distinguimos el «acento» distinto con que en cada uno de esos idiomas se pronuncia, distinto a la vez de nuestros dos «sonidos» vibrantes *r* y *rr*.

Afortunadamente estos «sonidos» (técnicamente se llaman fonos, por eso hemos usado las comillas) forman un sistema peculiar de cada idioma o de sus variantes; a eso se debe que los hablantes sientan que son iguales los dos *b* de *bobo*, pues ambos fonos son variedades de un solo elemento del sistema, de un solo fonema. Los lingüistas tienen símbolos para escribir cualquier fono de cualquier lengua, pero son demasiado complicados y, puesto que es común que varios fonos sean miembros del mismo fonema, sólo es necesario transcribir los fonemas, esto es, los elementos significativos de cada sistema.

Aun en la transcripción de los fonemas se acostumbra usar los símbolos especializados, cuando se trata de un trabajo técnico; por ejemplo, la *ch* del español se escribe *č*. Este uso es muy conveniente para los lingüistas y para su ciencia, pero obliga a aprender una gran canti-



— 2 —

Advertencias acerca de la pronunciación

DEL

Idioma Huichol.

Hemos adoptado el alfabeto castellano para la representación de las palabras huicholas. Generalmente los sonidos de las vocales y consonantes del idioma Huichol corresponden á los de las letras del Español, conforme á nuestra pronunciación mexicana.

Excepciones. Hay, además, vocales largas, que hemos distinguido con acento circunflejo: ñ, ñ, etc., equivaliendo á doble a, á doble e, debiendo marcarse ese doble tiempo de la a de la e, etc., como en las palabras: Abraham, Reheneh, etc.

Fuera de la u clara, hay la u oscura que re-

quiere oírse de viva voz; pues se asemeja al diptongo eu francés, se acerca á la o y se á la vez nasal y algo gutural: será la u oscura siempre que se encuentre con letra bastardilla.

De las consonantes son muy distintas de las nuestras; la ch, que es un poco vibrante como r, al mismo tiempo participa de la ch francesa y es también gutural; y la r, que se pronuncia doblando hacia dentro la lengua contra el paladar y moviéndola suavemente hacia fuera. Así es, que nunca es sencilla como la nuestra en *vaca* ni doble ó fuerte como en *lucra*: Alguna vez la *ch* es como la nuestra.

La *j* es muy fuerte comunmente.

Carece de la *h, d, f, g, k, l, ll, ñ, s, v, w*. Pero se admite la *l ó ll*, que suenan como en latín, en palabras que vienen del mexicano: *v. gr. calli—haci*, [casa grande, templo.]

Tiene también la consonante doble *tz*, como en *Tázzni* (Padre, Sacerdote.)



<p style="text-align: center;">18</p> <p>Gogeh y'a y'a <i>hio dimenhq</i> m'buq d'ho m'a 'dehq. Estas son las palabras que decimos cuando nos persigamos.</p> <p>N'agec-'a q'a hmepia *'an'a maqa Pontii, 'aya'si fiani, *'qm'a oohé p'ozog'ahe Hmu-i *'m'a Ogho'ahé: n'agec-'a n'a thubu 'an Ta, ha ne 'an Tq, *'ha ne 'an Espiritu Zanto. Dr'aqsh, Hesu.</p> <p>N'a macé Qhohio 'an Ta'ahé. La santa oracion del Padre nuestro.</p> <p>M'a Ta'ahé, ge gi'buq y'a M'ahettai: d'ashocem'acaa 'ani thuhuc: dh'eehg'ahé 'ani sunda 'Bqi dr'aqsh 'ani hnee, nin-d'angu qaa m'a Hui te'angu M'ahettai. M'a hmeq'abe tait 'av pé r'qhe n'a rapaya: ha paang'ahé m'a ndup'atehe, te'angog'ahé dripaunb'ahé q m'a ndup'atehe: ha 'yogihag'ahé g'atsohe qha n'a tsoocadi m'a n'ne pahog'abe a hioqhd. Dr'aqsh, Hesu.</p> <p>N'a Qhohio 'an Abe Maria. La Oracion del Ave Maria.</p> <p>Oqha diqohiate-i M'aria, gi-sudi 'an grazia: 'an'a Na 'ibq ni santi g'm'aghapige getitthio q'a d'ansa, ha m'aghuq'ani d'onghu 'ani Bite Hesu. Zanta M'aria, Me Oqhe, acc'am-behi n'ag'qhe diva tsooche, nu-bqia, ha sin'isue 'bu q'at'atehe. Dr'aqsh, Hesu.</p>	<p style="text-align: center;">19</p> <p style="text-align: center;">N'a Qhohio Timmei. El Credo.</p> <p>Diemmei 'a Oqhe, Ti getitthio nind'aqsh, bitedete M'ahettai ha ne n'a Hui. Ha diemmei 'an Hecucristo, anitab Tq, m'a Hmuhq: ge bd'agha m'a'yeehe: 'ani'ha t'ette 'an Espiritu Zanto, ha hmit e Zanta M'aria d'ong Hmaté, hitsem'buq 'ani n'a hio n'a Ponso Pilato, bdi-pontii, bida, ha hittegi: bigoi y'a Nida: 'an'a hia pa bihih'ibihis qha y'a s'ant y'a d'uc bi-keetee y'a M'ahettai, ha bihadi qha n'a 'yoi 'a Oqhe Ta getitthio nind'aqsh: qhatr'abe d'asoch'a nitq'itbi q ito ha neq y'a da. Diemmei 'an Espiritu Zanto, n'a Zanta Iglesia catolica, n'a pahai y'a Zanto, n'a paunb'ate y'a tsoq'i, n'a hancilate n'a ge'cyei, ha n'a te anty'athetho. Dr'aqsh, Hesu.</p> <p>N'a Qhohio 'an Hmasu. La Salve.</p> <p>Oqha diqohiate-i Nattias, Me n'a haeqite, 'bqi, ha g'm'acqhi 'doo-mihe, Oqha diqohiate-i. 'A ge-f dirah'u'abe di'a 'yog'ahio y'a utq'abe n'a Eba. 'A ge-f digot'ishe dihimyube ha dironithe sugua 'Batha ttooni. 'Dese Hmattiw Nao-'mastehe itegibe q ni nute hae-q'i da. Ha m'buq n'ag'am'a n'a 'yog'ah, 'yutq'abe 'an Hesu.</p> <p>Dios te salve, Reyna y Madre de misericordia, vida, y dulzura, esperanzas nuestra, Dios te salve. A tí llamamos los desaterrados hijos de Eva. A tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Es tu Señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esas tus ojos misericordiosos. Y después de este destierro, muéstranos á Je-</p>
--	---

El huichol no presenta dificultades insuperables para escribirlo con las convenciones del español; sin embargo, este *Catecismo* de 1906 recurre a ciertos usos especiales muy necesarios (arriba)

Más problemas que el huichol ofrece la escritura del otomí, pero fueron hábilmente resueltas por Joaquín López Yepes y llevadas a gran preciosismo en 1826 (abajo)

dad de signos especiales que, además, es difícil encontrar en las imprentas. Por estas razones hemos decidido simplificar al máximo las transcripciones.

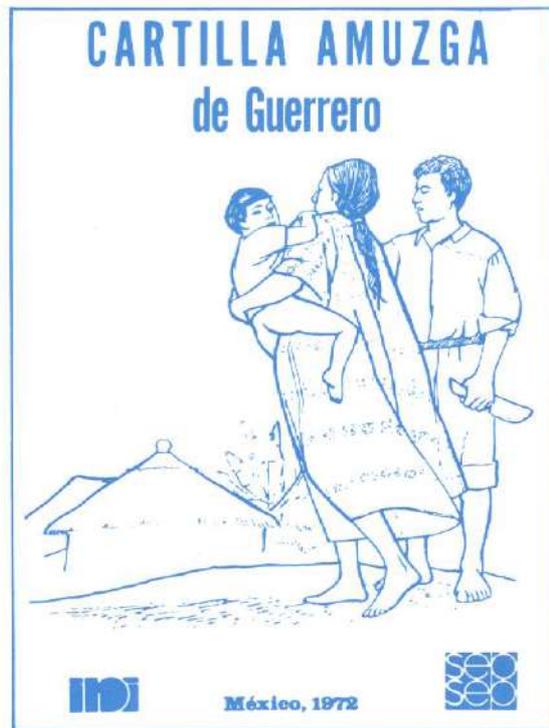
Esta simplificación se facilita por el hecho de que los fonemas de cada lengua constituyen un sistema, ya que se pueden usar los mismo símbolos para diferentes sistemas. También ayuda el hecho de que los fonemas de diversas lenguas sean con frecuencia equivalentes y se pronuncien de manera semejante, pues podemos utilizar las convenciones ortográficas del español, a las que estamos acostumbrados.

Veamos en un dos por tres qué queremos decir

con «convenciones ortográficas». Queremos decir que —al contrario de la impresión popular generalizada— las letras o grupos de letras no tienen un sonido propio, sino que por razones o sinrazones históricas han venido a representar tales o cuales fonemas de una lengua, muchas veces de manera inconsistente. En español, *b* y *v* representan el mismo fonema, otro fonema se escribe *rr* entre dos vocales y *r* al principio de palabra (como en *rorro*), y así sucesivamente; por otra parte, un mismo símbolo representa, según las convenciones ortográficas de diversos idiomas, fonemas diferentes: la *s* representa el silbante sordo en español; para los italianos y

franceses es el sonoro; para los húngaros es palatal sordo; como lo que en inglés se escribe *sh* y en francés *ch*, etcétera.

Nuestro alfabeto, en el orden acostumbrado, es: *a, b, c, ch, d, e, f, g, h, i, j, k, l, ll, m, n, ñ, o, p, q* (siempre seguida de *u*: *qu*), *r, rr, s, t, u, v, w, x, y, z*. Puesto que hay algunas inconsistencias, puede acomodarse en un cuadro en el que los fonemas que aparecen en cada columna o en cada renglón tienen ciertos rasgos comunes; los nombres para renglones y columnas no son estrictamente técnicos, sino simples rótulos útiles según el sistema de fonemas del español del centro de México; las diagonales separan maneras diferentes de escribir un mismo fonema.



Con técnicas de análisis lingüístico y buena formación pedagógica, maestros bilingües y lingüistas colaboran con éxito en el desarrollo de alfabetos prácticos para muchos idiomas

	LABIALES	DENTALES	PALATALES	VELARES	NEUTRA
OCCLUSIVAS	p	t	ch	c/qu/k	
FRICATIVAS SONORAS	b/v	d	y/ll	g/gu	
FRICATIVAS SORDAS	f	s/c/z	(x)	j/g	
NASALES	m	n	ñ		
LIQUIDAS		r, r, rr, l			
VOCALES ALTAS	u		i		
VOCALES MEDIAS	o		e		
VOCAL BAJA					a

Con este alfabeto y con las normas ortográficas conocidas podemos transcribir el 80% de los fonemas de las lenguas indígenas de México (el total de fonemas de algunas y menos de otras). No requiere mayor explicación, salvo la *x*, que hemos colocado entre paréntesis porque le damos el valor que tiene en muy pocas palabras como *Xicoténcatl*, *Xola*, *xixi*, el mismo que se representa con *sh* en inglés, *ch* en francés.

Por ser muy comunes entre los idiomas del país, conviene señalar aquí unos cuantos símbolos más y sus valores:

Las descripciones más antiguas del náhuatl hablan de un «saltillo», o detención momentánea de la voz, lo que describe muy bien su valor, pues es lo que se pronuncia cuando decimos *a-a-a* con sentido reprobatorio. Para simbolizar este fonema hemos adoptado el apóstrofo ('), de manera que escribiríamos lo anterior *a'a'a'a*.

En varios idiomas hay una sexta vocal que se pronuncia aproximadamente con los labios como para pronunciar nuestra *i* y la lengua como para pronunciar la *u*. La representaremos con *ĩ*.

Menos común es la pronunciación nasal de las vocales, como muchas de las vocales francesas, o como pronunciaríamos nuestras vocales con voz gangosa. Representamos la nasalización con una tilde (˜) sobre la vocal: *ā, ē, ĩ, ō, ū, ï*.

Muchos otros fonemas se representan con facilidad empleando combinaciones de las letras o signos del español, como la muy conocida *tl* del náhuatl, la *ts*, la *kw* o las vocales largas, como *aa*, de manera que con los usos especiales de *x*, *'*, *ĩ* y *ā*, más estas combinaciones, se puede representar de manera bastante adecuada más del 95% de los fonemas de nuestros idiomas nativos. Queda todavía cerca del 4%, que son fonemas muy especiales de algunos idiomas; en cada caso se explican cuidadosamente.

Terminemos señalando que hay unas cuantas inconsistencias en el uso de los símbolos. En parte se deben a que en un artículo se ha preferido una ortografía tradicional (escribir *tz*, por ejemplo, en vez de *ts*) con la que se supone que los lectores están más familiarizados. En otros casos se debe a que se usa el mismo signo o combinación de signos con distinto valor para diferentes lenguas, pero se explica ese uso al hablar de cada una y así logramos reducir (con la simplificación tipográfica correspondiente) aproximadamente a un tercio el total de signos que hubieran sido necesarios si hubiéramos pretendido ser completamente rigurosos.

Las familias lingüísticas del país

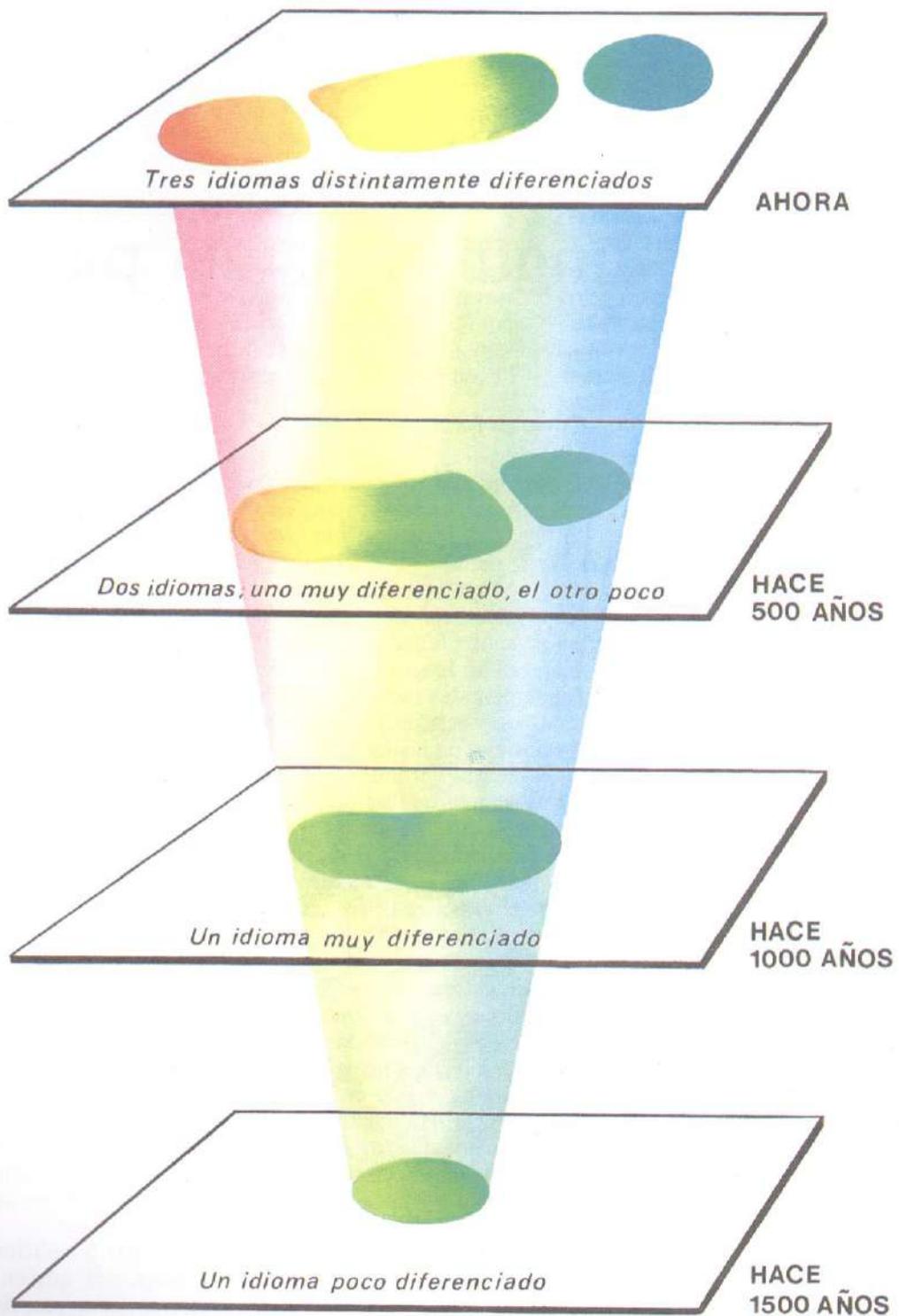
5. Cómo se forma una familia de lenguas

En las páginas que anteceden se ha hecho referencia a las lenguas indígenas del país, al número de personas que las hablan (según los datos censales más recientes) y al lugar donde las hablan; pero una lista de nombres de idiomas (amuzgo, chatino, chinanteco, cora, etc.) no nos proporciona información sobre cómo es cada una de ellas, de dónde surgió o qué historia ha tenido. Ahora nos ocuparemos de cómo se forma una familia de lenguas y más adelante se explicará cómo se reconocen las lenguas que constituyen una familia. Estas nociones son fundamentales para entender los procedimientos que siguen los lingüistas para escribir la historia y descubrir el origen (hasta donde esté es posible) de las lenguas, asunto del que nos ocuparemos más adelante, pasando primero revista a las familias lingüísticas de México con las lenguas que las componen y sus principales características.

Comencemos haciendo un breve examen de nuestra lengua materna; será el español para la mayoría de nosotros, pero bien puede ser el náhuatl, o el maya, o también el inglés, el italiano o cualquier otra. Generalmente, podemos reconocer si una persona de nuestro mismo idioma es de la misma región que nosotros o si viene de otra parte. ¿En qué basamos este reconocimiento? Cualquiera puede contestar que en el «acento», pero no podría precisar en qué consiste tal «acento». Sin embargo, si ponemos atención podemos reconocer que son una serie de rasgos como la melodía de cada oración o *entonación*, como se llama técnicamente, una pronunciación diferente de los sonidos del idioma —esto es, de los *fonemas*— así como, aunque en menor grado, de las palabras que se usan, de los componentes de esas palabras (los *morfemas*) y aun de algunas de las reglas de construcción de las expresiones. No se dan ejemplos de esas diferencias aquí porque más adelante los hay, y muy adecuados, en los capítulos sobre *Lengua y dialecto* y sobre *El español de México*.

Ahora bien: ¿cómo surgieron estas diferencias? Simplificando un poco, podemos suponer que antes no las había, sino que un idioma se hablaba en una región reducida y sin diferencias (o casi sin ellas), como sucede con el huave en México. Dado que en términos generales se correlaciona el tamaño del territorio en que se habla un idioma con el número de «acentos» regionales, tenemos en la extensión geográfica uno de los posibles elementos explicativos. Sin embargo, no

DIVERSIFICACIÓN LINGÜÍSTICA



basta la ocupación de un vasto territorio para producir diferencias, pensar que así fuera estaría muy cerca de suscribir la historia de la Torre de Babel.

El otro elemento explicativo de la diversidad es el cambio de una lengua a través del tiempo. Otra vez, si nos fijamos en cómo se habla nuestro idioma nos daremos cuenta, si tenemos edad suficiente, de que nuestros hijos hablan un poquito diferente que nosotros, de la misma manera que nosotros hablamos un poco diferente que nuestros padres, y éstos que sus propios padres —nuestros abuelos— y así sucesivamente; de hecho estas diferencias se han empleado y se usan, con espíritu festivo o agresivo, para caracterizar a las generaciones: la «chaviza» habla de tal modo que a veces no la entendemos (como tampoco nos entendían cuando éramos «chaviza», aunque con otro nombre), o pretendemos modificar nuestras expresiones para no revelar que somos «rucos», etc. Este fenómeno es claro reflejo de que cualquier idioma va cambiando con el tiempo, no de manera demasiado drástica porque entonces se perdería realmente la comunicación entre generaciones.

Fácil es pensar que el efecto acumulativo de estas pequeñas diferencias generacionales puede llegar a ser muy grande. Más bien cabe preguntarse por qué, si en cada región hubiera cambios distintos a los de las otras, no es mayor la diferencia entre las hablas regionales. La realidad es —según sabemos por los estudios lingüísticos— que no todas las regiones tienen cambios diferentes, sino que varias comparten los mismos cambios y también que sí se alcanzan diferencias muy notables entre las regiones, como veremos en seguida.

En primer lugar, cuando se requiere mantener la comunicación entre grupos de distintas regiones, los hablantes no pueden permitir que la diferenciación sea muy grande; por eso es común que ciertos cambios sucedidos en una de ellas sean adoptados por quienes hablan el mismo idioma en una región vecina, y viceversa, aunque esta nivelación no sea consciente. Hay otros factores que mantienen la uniformidad, como por ejemplo el hecho de que los fonemas del idioma en cuestión muestren un desequilibrio (ya que los «sonidos» tienden a formar un sistema equilibrado), pues entonces habrá la tendencia a que acontezca el mismo cambio independientemente para restablecer el sistema, y lo mismo puede suceder en otros aspectos. Debido a esto suele suceder que las variantes regionales for-

men redes y cadenas en las cuales las regiones contiguas presentan menos diferencias entre sí que con las que están más alejadas y las que se encuentran en los extremos pueden no entenderse entre ellas.

En segundo lugar, cuando las diferencias acumuladas impiden la comunicación nos encontramos con dos o más lenguas que han surgido de una lengua anterior, y este fenómeno sucede una y otra vez si transcurre suficiente tiempo: un idioma puede diversificarse en varios y cada uno de éstos, a su vez, diversificarse en otros, y así sucesivamente.

Ahora bien, un fenómeno muy interesante consiste en que si un fonema se pronuncia en una forma especial en una región, tarde o temprano y más bien temprano, en todas las palabras que tienen este fonema se pronuncia en la misma forma especial. Por ejemplo, si los yucatecos pronuncian la *p* de palabras como *pala*, *perro*, *piensa*, *poco* o *puño* en la forma en que lo hacen (*aspirada*, se llama en lingüística), de la misma manera la pronunciarán en todas las palabras que comiencen con *p*, y lo mismo sucede con otros fonemas. Pero si la pronunciación especial de una región cambia de esta manera regular y en forma distinta de la de otra región que también cambia regularmente, cuando las de las dos regiones se hayan diferenciado tanto como para ser lenguas distintas, a determinado fonema de una corresponderá siempre determinado fonema de la otra cuando ambos deriven del mismo fonema de la lengua antigua. Por ejemplo, hay varias palabras en francés que comienzan con *ch*, como *chair*, *cheval*, *chanson*, *chien*, que en español son *carne*, *caballo*, *canción*, y *can*; podemos decir que un fonema del francés (que según su ortografía se escribe *ch*) corresponde siempre al fonema español *c*, porque ambos derivan del fonema *c*, del latín.

Por supuesto, lo mismo sucede con cualquier lengua que se diferencia paulatinamente de otras; podemos dar otro ejemplo: hace aproximadamente 4500 años se habló un idioma del que con el tiempo derivaron las lenguas que ahora conocemos como familia maya, que se trata más adelante; en este idioma antiguo había un fonema, *y*, que en unas de las lenguas derivadas no cambió, pero en otras se convirtió en *r* de manera que las palabras del maya yucateco *cay* "pez", *yax* "verde" y *uuy* "oír", corresponden al quiché *car*, *rax* y *warax*.

Tenemos así que una familia de lenguas es el resultado de la evolución y diversificación de

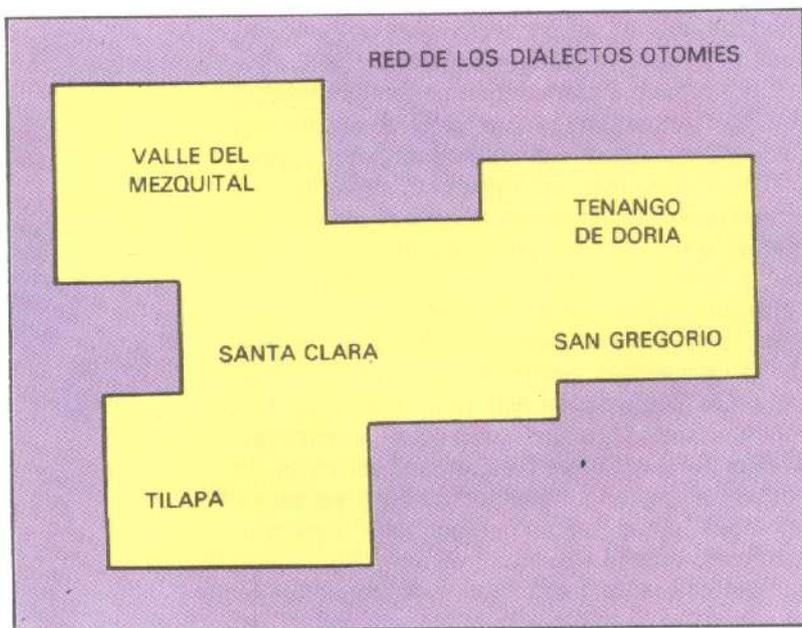
una lengua antigua y, según lo dicho, las lenguas de una familia se parecerán más entre sí (aunque nos parezcan muy diferentes a simple vista) que las lenguas de familias distintas. En este atlas hemos aprovechado esta circunstancia para dar una idea de cómo son las lenguas de México, pues podemos señalar características generales —no siempre comunes a todos los componentes— de una familia de idiomas.

Los problemas del cambio lingüístico y la formación de una familia son un poco más complicados de lo que hemos dicho, pero ya que no es posible entrar en todos los detalles, señalaremos algunas complejidades en la siguiente sección.

6. Cómo se reconoce que ciertos idiomas forman una familia

Como se señaló en la sección anterior, por derivar de una lengua antigua, los idiomas de una familia se parecen más entre sí que a lenguas de otras familias lingüísticas. Desafortunadamente esta cuestión de la similitud lingüística es algo muy engañoso si no fuera así, bastaría con echar un simple vistazo a una serie de lenguas y decidir si A, C, F y G «se parecen» más, formarían la primera familia, B y D una segunda, G, M, I y J la tercera, y así sucesivamente. En seguida nos ocuparemos de algunas de las trampas que ofrecen los datos y cómo se resuelven.

Los dialectos forman una red continua de variantes del idioma otomí



Por principio de cuentas, si todos los idiomas son ejemplares históricamente dados de la facultad humana del lenguaje, es natural que todos y cada uno presenten ciertos rasgos comunes. Algunos de éstos son inherentes a los sistemas simbólicos y, por ende, necesarios para que exista el lenguaje; otros podrían haberse desarrollado de manera diferente en el curso de la evolución humana, pero el caso es que no lo hicieron y ahora son comunes a todas las lenguas; hay, por último, rasgos que no pueden existir en una lengua si no existen otros, de modo que en cada idioma donde haya uno de aquellos necesariamente habrá los segundos. Los lingüistas conocen bien estos rasgos y los excluyen cuando determinan los componentes de una familia.

Entre los rasgos inherentes está el que las unidades significativas sean arbitrarias, esto es, simple producto histórico sin ninguna relación formal necesaria con la idea que designan. Así, un mismo animal se simboliza por el morfema *perr-* en español, *dog* en inglés, *itzcuin-* en náhuatl, *pek* en maya, *ina* en mixteco, etc. En cambio esta misma arbitrariedad hace que si los morfemas para una idea son similares, sospechemos que las palabras pertenecen a lenguas que forman una familia; así, la palabra para "mano" es como sigue, seleccionando algunas lenguas:

1 k'ubak	5 k'ap'	9 q'ap
2 maamat	6 man	10 ma''a
3 maitl	7 k'ïb	11 q'obah
4 k'ab	8 maamá	12 mano

Esta lista nos permite sospechar que 1, 4, 5, 7, 9, y 11, son parte de una familia, y estudios más profundos nos dicen que, en efecto, son lenguas mayas (huasteco, lacandón, chortí, chontal, motocintleco y mame); por otra parte 2, 3, 6, 8, 10 y 12 parecen ser miembros de otra familia. En este caso se trata de los idiomas ópata, náhuatl, gabrieleño, huichol, hopi y español; todos, salvo el último, miembros de la familia yutoazteca. Un poco más adelante veremos qué procedimiento se sigue para demostrar si el último vocablo pertenece a la familia o no, como —de hecho— sabemos que es miembro de otra familia.

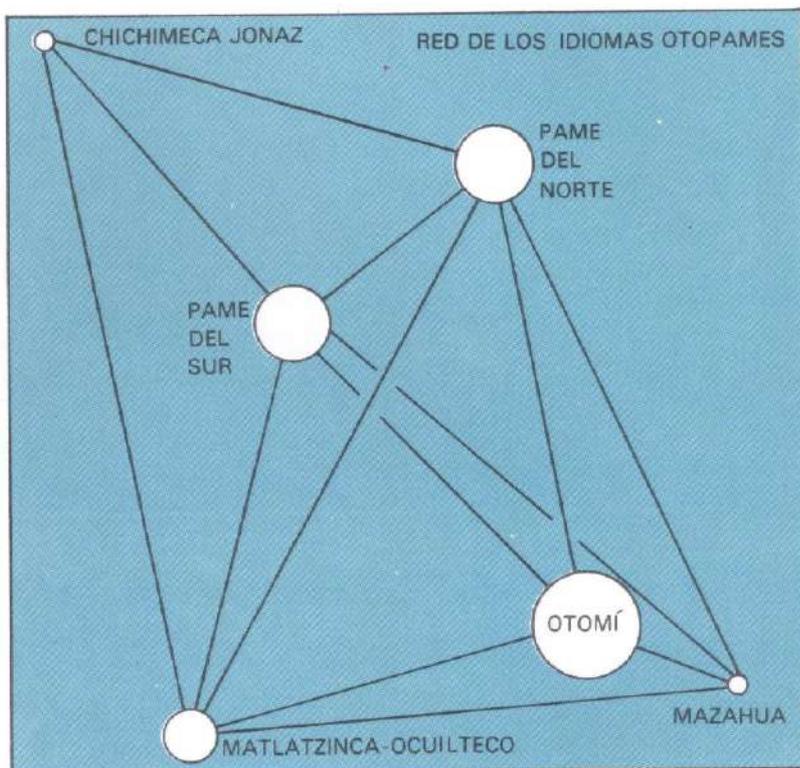
Entre los rasgos no necesarios pero sí comunes a todas las lenguas están el que sean habladas (al fin y al cabo los demás mamíferos emplean también señales vocales de comunicación) y el

que tengan un inventario limitado de fonemas. Los fonemas de un idioma son aquellos que quienes lo hablan «oyen» o reconocen como los «sonidos» de su idioma; en realidad se pronuncian muchos más sonidos en cada idioma de los que «se oyen», pero los hablantes de ese idioma no los distinguen porque no hacen diferencia en las palabras o morfemas. En español, por ejemplo, pronunciamos distinta *n* en las palabras *mano* y *manco*, pero ni nos damos cuenta; en cambio, esas mismas *enes* distinguen palabras en inglés (*sin* y *sing*) y en muchas otras lenguas. Notemos que los fonemas no tienen significado propio, si bien se usan para distinguir las unidades que sí tienen significado: los morfemas.

Por último, no hay fonemas glotalizados (como los de las lenguas mayas o las otopames), ni aspirados (como los hay en la familia otopame o en el tarasco), si no existen también los fonemas simples correspondientes.

Volvamos al problema de las similitudes que no obedecen a la diversificación de una lengua antigua. Algunas se deben al simple azar, como hemos visto entre algunas lenguas yutoaztecas y el español. Otras se deben a préstamos, esto es, que un idioma toma una palabra de otro, como cuando el náhuatl tomó la palabra maya *cacau* y la convirtió en *cacáhuatl*, o el nombre de una moneda española *tomín*, que en muchas lenguas indígenas —pronunciándose casi igual *tumín*, *tomín*, *tomí*, etc.— pasó a significar «dinero» (nótese que en este caso las lenguas que la adoptaron tienen palabras parecidas para el mismo concepto). Para distinguir las nos basamos en el concepto de *correspondencias sistemáticas* debidas al cambio regular de determinado fonema de la lengua antigua en cada una de las lenguas de ella derivadas, que ya se ilustró en la sección anterior, y que ahora retomamos.

Hemos visto cómo, en determinadas circunstancias, el fonema escrito *c* en español corresponde sistemáticamente a *ch* en francés. A los ejemplos anteriores podemos agregar ahora *cheveu* y *cabello*, *chemise* y *camisa* o *chez* y *casa*; nótese que en este último par la palabra latina antigua, que quería decir «choza de pastores», ha cambiado de significado en ambas lenguas derivadas, de manera que ahora es distinto en ellas. Otro ejemplo está formado por palabras que en italiano tienen doble *t* y en español *ch*: *petto/pecho*, *latte/leche*, *otto/ochó*, *notte/noche* y muchísimas más. Según estos ejemplos, si encontramos palabras parecidas en dos idiomas, éstas deben mostrar las correspon-



dencias sistemáticas establecidas si es que derivan de la lengua antigua; si no las presentan, no derivan por cambio regular de esa lengua y no contribuyen a establecer que las dos lenguas en cuestión están emparentadas. Así, si en francés tenemos *chauffeur* y en español *chofer*, sabemos que no derivan regularmente del latín (el español debería comenzar por *c*, no por *ch*), y así es: el español tomó el préstamo del francés. Con consideraciones similares podemos decir que las lenguas yutoaztecas y el español no están emparentadas, porque el caso de «mano» es único y no hay ninguna correspondencia sistemática regular; por lo contrario, si las correspondencias son regulares, podemos asegurar el parentesco aunque las palabras hayan cambiado mucho de forma, como el gaélico *erku* y el español *dos*.

Pero hay algo todavía más interesante: si un grupo de lenguas presenta una buena gama de correspondencias sistemáticas, podemos estar seguros de que cada una de éstas refleja la existencia de determinado fonema en la lengua antigua (o lengua madre, como se le dice) aunque no haya ningún testimonio escrito de ella. Puesto que conocemos además leyes generales del cambio fonético, podemos inclusive *reconstruir* los fonemas de ese idioma desaparecido y, dado

El diámetro de cada círculo es aproximadamente proporcional a la diversificación interna de los idiomas. La longitud de las líneas que conectan los idiomas es proporcional a sus distancias lingüísticas

La «semejanza» regular entre palabras de idiomas diferentes permite reconocer que están emparentados. El náhuatl de Guerrero (abajo) llama *métlatl* a lo que el tarahumara de Chihuahua (arriba) nombra *máta*



que estos fonemas constituían morfemas y palabras, podemos igualmente reconstruir el vocabulario (al menos en buena parte) de esa lengua y también ciertas reglas gramaticales.

El proceso de reconstrucción no es sencillo. Por ejemplo, no todas las *ch* del español corresponden a *tt* del italiano; en casos como *macho* y *mucho* tenemos que reconstruir otros fonemas o grupos de fonemas, que aquí serían *cl* en las palabras del latín vulgar *másculu* y *multu*, en tanto que las de *ch/tt* se reconstruyen *pectu*, *lacte*, *octo* y *nocte*. Hemos visto también que los significados cambian, pero podemos reconstruir significados antiguos con los rasgos significativos comunes, y así sucesivamente hasta tener bastante completa una lengua antigua y, en algunos casos, muy antigua.

Por último, en tanto que un idioma refleja la cultura de quienes lo hablan y el conocimiento que tienen de su medio ambiente, las lenguas reconstruidas pueden compararse con los descubrimientos arqueológicos y la información que proporcionan supera en ciertos aspectos (aquellos que no dejan restos materiales) lo que pueden decirnos los arqueólogos. Tiene la lingüística incluso una técnica que no podemos explicar aquí, la glotocronología, con la cual se pueden fechar los tiempos de diversificación de las familias lingüísticas y, por lo tanto, trazar una historia muy detallada de los pueblos que hablaron las lenguas hace muchos siglos desaparecidas.

7. Familia hokano-coahuilteca

Cuando una familia lingüística se ha dispersado en lenguas muy distantes unas de otras desde tiempos muy antiguos, es difícil reconocer que forman parte de ella. Tal ha sucedido con la familia hokano-coahuilteca, cuyas relaciones todavía discuten los especialistas. Aunque tiene representantes en Estados Unidos y en Honduras, aquí nos interesan los idiomas yumanos de Baja California (cochimi, cucapá, kiliwa y paipai, hablados respectivamente por 35, 100, 100 y 150 personas aproximadamente), el seri de la Isla del Tiburón y la tierra continental cercana en Sonora (unos 200 hablantes), el tequistlateco o chontal de Oaxaca (cerca de 9000 hablantes de dos dialectos, uno en la región costera al este del istmo de Tehuantepec, comprende en especial Tequistlán y Huamelula, y otro en las montañas al norte del primero, alrededor de Yautepec) y varias lenguas que se hablaron en la región de Coahuila: coahuilteca, cotoname, comecrudo y quinigua, un grupo al que llamaremos coahuilteco.

Puesto que la familia está tan diferenciada —hay lingüistas que prefieren considerar que son dos familias— cabría esperar que hubiera grandes diferencias en los sistemas fonológicos, morfológicos y gramaticales, como, en efecto, las hay; presentan, sin embargo, ciertas tendencias que permiten mencionar algunas características generalizadas que rara vez serán comunes a todos los idiomas en cuestión.

El chontal, las lenguas coahuiltecas y el cochimi tienen las cinco vocales que hay en español; las otras lenguas yumanas y probablemente el comecrudo agregan una sexta vocal, la *i*, en tanto que el seri tiene solamente *a*, *e*, *i*, *o*. En casi toda la familia estas vocales pueden ser sencillas (cortas) o dobles (largas). (Véase el capítulo *Los difíciles sonidos de los idiomas*.)

Es común la serie de consonantes oclusivas sordas que en nuestro alfabeto se representan por *p*, *t*, *ch*, *k* y además el «saltillo», que no existe en español, pero escasean las sonoras correspondientes, pues las lenguas yumanas solamente tienen *b* (y el paipai tiene *g*, pero no *d*); tampoco existen en seri, pero sí las había en los idiomas coahuiltecas y algunas se encuentran en chontal. Muy interesante es el grupo de consonantes fricativas que cuenta con *s*, *x*, *j* y *h* (que no es muda) o algo parecido en todos los idiomas; este grupo se completa con *f* en seri, en chontal y en comecrudo. Las nasales son como



las del español: *m*, *n*, *ñ* (esta última es interesante porque es rara en otras familias lingüísticas aborígenes). Por lo general tienen *l* y *r*, pero algunos idiomas tienen además la sorda *lh* y una *rr*.

Si el conjunto de fonemas no resulta sorprendente para nuestros oídos (aunque aquí se omitieron algunos), en cambio se agrupan en racimos «impronunciables» para quienes hablamos español. Por ejemplo: cochimi, *pxa* “pájaro”; cucapá, *sráp* “huevo”; kiliwa, *lhpok* “piojo; paipai, *matxle* “arena”; seri, *ajx* “perro”; chontal, *layñ' alh* “nariz”.

En estas lenguas, en vez de tiempos, los verbos tienen aspectos, esto es, se dice cómo se hace la acción, no cuándo. En chontal, por ejemplo, se expresa si la acción es momentánea, o si se extiende por algún tiempo, o si es acostumbrada, etcétera.

No obstante su reducido número, los seris conservan junto a su lengua algunos rasgos culturales, como la pintura facial que luce esta mujer de Desemboque, Son.

Los nombres en chontal tienen prefijos que indican (como en náhuatl) si se trata del nombre en absoluto (por ejemplo *l-ajúlh* 'casa'), si está poseído (*ay-ajúlh* 'mi casa'), o si es un lugar (*ma-ajúlh* 'en la casa'). Hay muchas maneras de formar los plurales, pero de ellas destaca una que emplea infijos, es decir, fonemas que se colocan dentro de la raíz: *akán'o* 'mujer', *akáhn'o* 'mujeres'.

8. Familias guaycura y pericú

Hasta finales del siglo XVIII vivieron en la península de Baja California, de Loreto hacia el sur, varias «naciones» indias de cuyas costum-

bres y hablas escribieron principalmente los misioneros jesuitas. Por desgracia se ha perdido la mayoría de esos manuscritos, de los que no nos quedan más que unas diez páginas sobre la lengua guaycura y apenas una decena de palabras pericúes, a las que se suma otra quincena de nombres de sus dioses y de lugares, pero sin traducción.

A pesar de tan exiguo material puede asegurarse que el guaycura tenía varios dialectos (aripe, cora, huchití, etc.) poco diferenciados y formaba por sí misma una familia distinta a las demás de América (y, por lo tanto, del mundo), aunque posiblemente estuviera lejanamente emparentada con la familia hokancoahuilteca.



La distribución geográfica, extensa y discontinua, de las lenguas de esta familia indica su antigüedad. En la foto, músicos rezadores chontales en la iglesia de Santa Lucía Mecaltepec, Oax.



Mujer chinanteca de Usila, Oax., con huipil de algodón de tres lienzos, tejido a mano con finos diseños multicolores

El guaycura tenía solamente cuatro vocales: *a, i, u, e* y tal vez solamente fueran tres, pues la última parece ser nada más variante de la *i*. Su sistema consonántico era también corto: *b, ch, d, j, k, l, m, n, p, r, rr, t, w, y*.

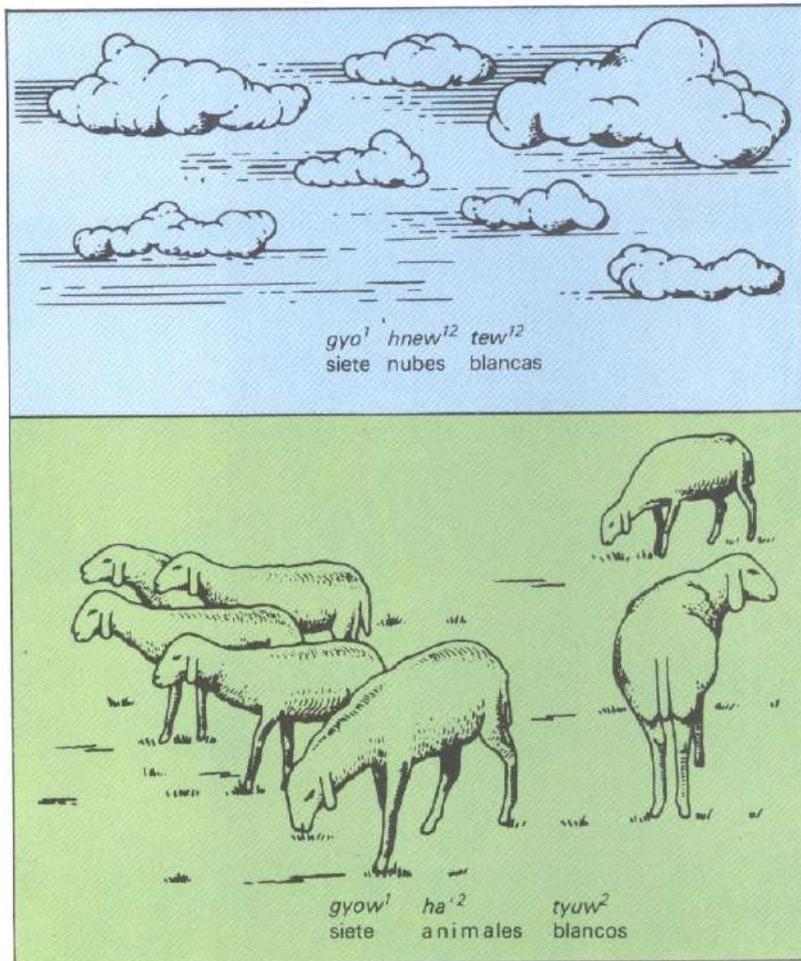
Una parte de sus sustantivos (partes del cuerpo, términos de parentesco, acciones corporales) llevaba forzosamente un pronombre posesivo, es decir, no se podía decir «mano», sino solamente «mi-mano», «tu-mano», etc. La conjugación parece haber tenido aspectos más bien que tiempos, esto es, que se expresaba la manera en que se desarrollaba la acción del verbo sin indicar (como se hace en español) cuándo se realiza.

Menos todavía sabemos del pericú. Quienes trabajaron con los pericúes dicen que su lengua era completamente diferente a la de sus vecinos guaycuras, lo cual parece confirmarse con las poquísimas comparaciones que se pueden hacer. Sería, tal vez, otra familia, pero ni siquiera

eso podemos asegurar. El vocabulario pericú que ha logrado compilar León-Portilla es: *ipiri* "cuchillo", *booxo* "perla", *nacui* "concha", *eni* "agua", *aynu* "pescado", *miñicari* "cielo", *uriuri* "andar", *utere* "sentarse", *unoa* "dar", *itauriqui* "jefe, capitán".

9. Familia chinanteca

En el norte del estado de Oaxaca, en la región conocida como La Chinantla, y rodeada por zapotecos, mazatecos, cuicatecos y mixes, se habla un grupo de idiomas que forma la familia chinanteca. Las lenguas de Ojitlán, Tlatepuzco y Usila constituyen un grupo central de idiomas interrelacionados; lo que se habla en los demás pueblos (Quiotepec, Palantla, Lalana, Chiltepec, Sochiapan, etc.) constituye unidades dialectales aisladas.



Toda esta familia se caracteriza porque sus raíces son monosilábicas (es decir, compuestas por una sola sílaba), como *ziy* “perro”, *kēw* “uno”, *hmo* “hacer”, y cada sílaba lleva un acento musical, también llamado tono, que hace diferentes a palabras que son iguales en sus otros fonemas, de la misma manera que un solo fonema distingue pares de palabras en español (y en cualquier idioma: casa/cama, pana/plana). Esta última característica asemeja superficialmente los idiomas chinantecos a lenguas asiáticas como el chino; los tonos musicales chinantecos se acostumbran escribir con exponentes numéricos: el¹ marca el tono más alto, el² un tono medio, el³ el tono más bajo (cuando sólo hay tres tonos; si hay más, de todos modos¹ es el más alto y el número mayor el más bajo). Así *ta*¹² (con tono medio) significa “langostino” y *ta*¹³ (con tono bajo) significa “abeja” en el idioma de Palantla; puesto que no hay sílaba sin tono, los ejemplos de raíces monosilábicas dados arriba deben escribirse así: *ziy*², *kēw*², *hmo*¹².

La familia chinanteca distingue entre seres *animados* (los seres humanos, los animales, los cuerpos celestes —sol, luna y estrellas— el rayo y el arcoiris) que, según su mitología, tuvieron

todos un origen común, y los seres *inanimados*, que son los demás: plantas, minerales, objetos, etc. La distinción entre estas dos clases de seres se advierte en la forma en que los numerales, los adjetivos y los verbos concuerdan con los sustantivos, de manera semejante —pero más rica— al español; concuerdan sustantivo y adjetivo: *gyo*¹ *hnew*¹² *tew*¹² “siete nubes blancas” (inanimado), *gyow*¹ *ha*¹² *tyuw*² “siete animales blancos” (animado).

Tienen inflexión (lo que las gramáticas tradicionales llaman «accidentes») el verbo, el numeral y el nombre. Simplificando, se puede decir que la inflexión se expresa por cambios vocálicos (como sucede en español: dormí, duermo, durmió) como *tey/tiw* “rasurarse” y *’ów/’úw* “enterrar”, y por diferencias en el tono de la raíz.

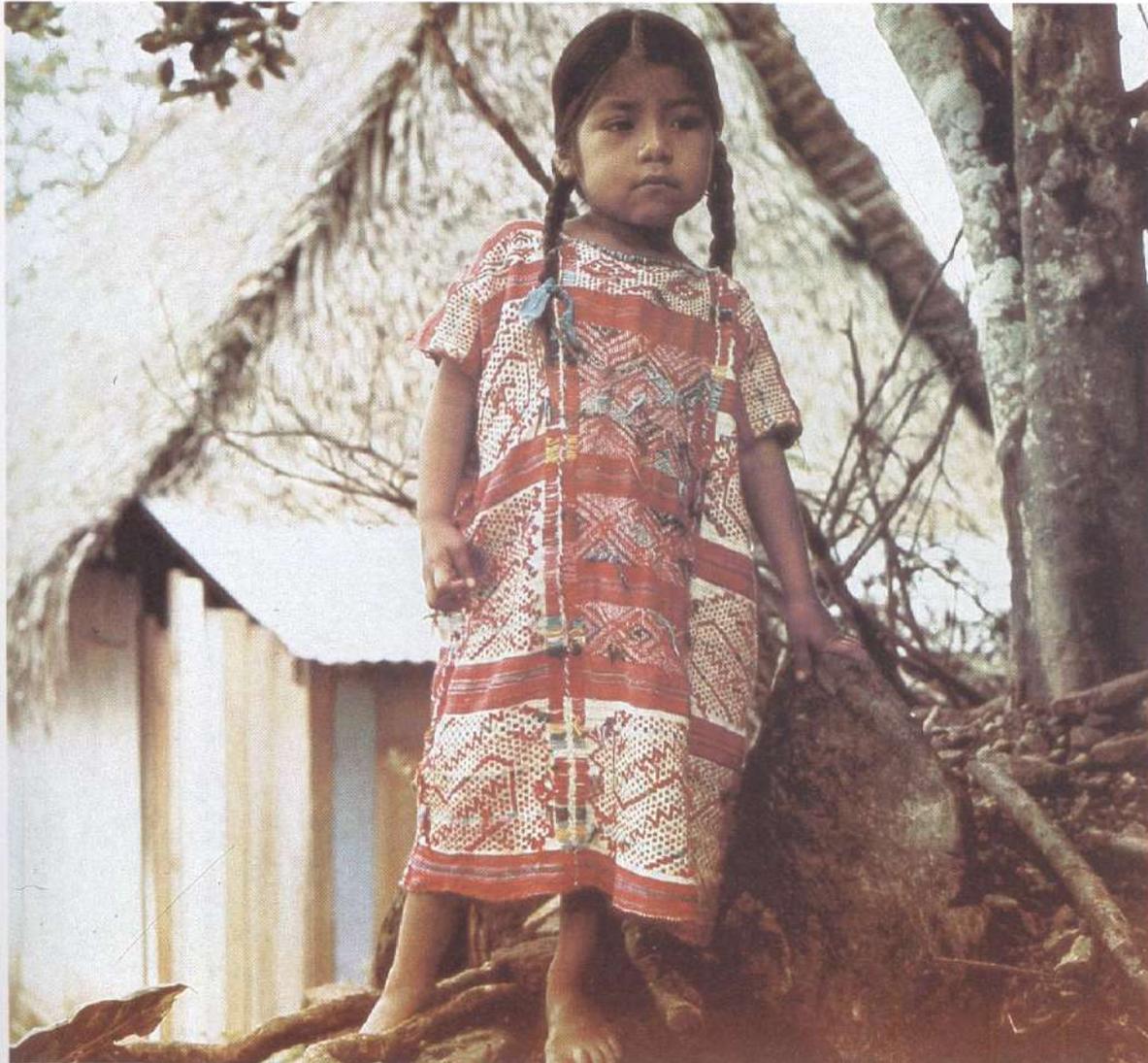
Una raíz verbal puede mostrar inflexión para persona y número, tanto del sujeto cuanto del objeto, indicando en ambos casos el género (animado o inanimado):

*’e*¹³ *hni*² “yo enseñaré”
*’e*¹³ *niw* “tú enseñarás”

*’e*³ *hyaw*³ “nosotros enseñaremos”
*’e*¹ *za*² “él/ellos enseñarán”

Esta inflexión de persona y número está ligada a la de aspecto, así como en español la terminación de la forma verbal *am-o* indica a la vez la primera persona, el número singular, el modo indicativo y el tiempo presente. El chinanteco tiene aspectos, como por ejemplo progresivo (*’e*¹² *hni* “estoy enseñando”), volitivo (*’e*¹³ *hni* “enseñaré”, “voy a enseñar”) y completivo (*ka’*^{e1} *hni* “enseñé”, “he terminado de enseñar”). Este último aspecto requiere uno de los prefijos de tiempo o el prefijo de aspecto perfecto.

Los prefijos de tiempo expresan cuándo se realiza la acción. La acción terminada más temprano el mismo día se expresa con *na*²-; *ka*¹- expresa la acción apenas terminada o concluida el día anterior: *na*²-*giw*¹ *za*² “ella comió, hoy más temprano”, *ka*¹-*giw*¹ *za*² “ella comió, antes del día de hoy”. Aparte de la inflexión, las raíces verbales reciben prefijos que indican el sentido del movimiento con que se realiza la acción, ya sea hacia el locutor o alejándose de él: *ha*¹-*kyew*¹ *za*² *ma*² “aquí viene él a dejar la leña” (hacia aquí), *nyi*¹-*kiew*¹ *za*² *ma*² “él se fue a dejar la leña” (alejándose de aquí).



Cada pueblo chinanteco tiene una forma de hablar y de vestir diferente a las demás. El huipil de Ojitlán es distinto del de Usila, aunque el idioma ojiteco-usileño forma una unidad dentro del chinanteco

Además del verbo, el de más rica inflexión, también se inflexionan los nombres, los adjetivos y los numerales. Otras palabras no tienen inflexión: pronombres, adverbios, preposiciones, conjunciones y otras partículas.

Hay siete categorías de persona y número: las personas primera, segunda y tercera y los números singular y plural, pero la primera persona del plural se divide en dos: inclusiva (que comprende al locutor y al oyente) y exclusiva (porque excluye al oyente). Estas se definen solamente en los pronombres:

	singular	plural
primera persona	hni ²	hnyaw hnyi ¹³ (inclusivo), (exclusivo)
segunda persona	'niw ²	'nya ^{'12}
tercera persona	za ²	za ²

En la inflexión del verbo solamente se manifiestan la 1ª del singular, la 1ª del plural, y no

hace distinción entre singular y plural en la 2ª y la 3ª. Un numeral no tiene más que tres formas de persona y número, ya que no distingue entre el singular y el plural.

Entre los nombres hay algunos inalienables que pueden tener hasta tres formas inflexionadas para distinguir persona y número del poseedor, una forma para la 1ª persona singular, otra para la 2ª persona (singular o plural) y otra para la 1ª plural y 3ª (singular o plural):

	1ª singular	2ª	1ª plural o 3ª
“cabeza”	ze ¹	zey ¹²	zi ³
“cara”	ne ¹	ney ^{'3}	ni ³

Muchos otros nombres solamente tienen dos formas, una con saltillo para 2ª persona y otra para 1ª y 3ª personas: “ombligo” tiene *tu*^{'3} (segunda persona) y *ti*³ (primera y tercera personas).

La oración tiene el orden PREDICADO, SUJETO y OBJETO: *ha¹ kiew¹ za² ma²* “aquí viene él a dejar la leña”.



Mujer mazahua del Estado de México. El único rasgo tradicional que conserva es el mecapan que lleva en la frente para cargar leña

10. Familia otopame

Esta familia está compuesta por siete idiomas: pame del norte (que se habla en San Luis Potosí), pame del sur (prácticamente desaparecido, se hablaba en la sierra de Querétaro e Hidalgo), chichimeco jonaz (en San Luis de la Paz, Guanajuato), otomí (con una distribución muy amplia en cuatro zonas: 1ª. Hidalgo y Querétaro, 2ª. Estado de México y Distrito Federal, 3ª. región donde se unen Puebla, Veracruz e Hidalgo, 4ª. Ixtenco, (en Tlaxcala); mazahua (en Michoacán y Estado de México), matlatzinca y ocuilteco (ambos en el Estado de México). De los siete, el otomí y el mazahua tienen una relación muy cercana, como la tienen por su parte el matlatzinca y el ocuilteco. Estos dos últimos emplean todavía formas antiguas de habla para usos ceremoniales.

La característica más importante de la pronunciación en esta familia consiste en el uso de vocales nasales, como las del francés (que aquí escribimos con una tilde [ñ] encima): en chichimeco *kitã'ã* "lo buscas" es distinto de *kitá'a* "lo cortas", o *sé'e* "naranja" de *sẽ'ẽ* "qué".

También destaca el uso del acento con altura musical, similar al del japonés. Lo más común es que haya cuatro acentos: alto (se escribe *á*), bajo (*à*), ascendente (*ã*) y descendente (*â*). Sirvan de ejemplo en otomí '*áni* "escarbar" y '*áni* "servir la mesa", en pame del sur *kudû* "diablo" y *kudù* "piedra".

Varios de los idiomas de esta familia hacen una distinción entre seres animados (personas y animales) y seres inanimados (plantas, minerales, elementos topográficos, objetos, alimentos). En el pame del norte son animados *nan'ò* "coyote", *chikil'* "chivo" y *ngo-phêi* "cerdo", en tanto que *nánhã* "arroyo", *chimhã* "petate" y *ngobe* "camino", son inanimados.

Otro rasgo difundido en esta familia, que se encuentra también en idiomas de la familia oaxaqueña, es el uso de elementos clasificadores de sustantivos. En el matlatzinca se usan para distinguir: seres humanos (*we-*); hongos (*chho-*); árboles (*sa-*); hierbas (*xi-*); líquidos (*ch'i-*) y sobrenaturales (*chu-*); por ejemplo: *wé-mha* "hombre"; *chho-sáa* "hongo de palo"; *xí-xi* "pasto"; *ch'i-yhabí* "sangre", *chutátá* "santo".

Estos idiomas expresan las categorías de tiempo y aspecto por medio de una serie de prefijos que indican también las personas gramaticales, así como ocurre en español con las terminaciones verbales. Por ejemplo, en matlatzinca hay formas que expresan:

- el presente continuativo: *katu-nóóbi* "yo bailo"
- pasado inmediato: *katah-nóóbi* "ya bailé hace ratito"
- pasado remoto: *kata'-nóóbi* "yo pasé a bailar ayer"
- futuro inmediato: *karúh-nóóbi* "yo voy a bailar ahorita"
- futuro remoto: *karuhó-nóóbi* "yo voy a bailar mañana"

El verbo también expresa el número de las personas gramaticales (singular, dual y plural) en estos prefijos:

- kata-chaabí* "yo me bajé"
- kakweh-chaabí* "nosotros dos nos bajamos"
- kakhwe-chaabí* "nosotros nos bajamos"

La voz, ya sea transitiva o reflexiva, se indica también por medio de prefijos: *te-*, reflexiva; *tu-*, transitiva.

- te-hití* "aprender"
- te-xuti* "bañarse"
- te-ch'ibi* "ensuciarse"
- tu-hití* "enseñar"
- tu-xuti* "bañar a alguien"
- tu-ch'ibi* "ensuciar algo"

El objeto del verbo, o complemento directo, se marca por medio de sufijos que marcan dos personas —primera y segunda— y dos números —dual y plural—, ya que el número singular está implícito en los sufijos de persona:

- ki*, primera persona,
maa-katu-ti'-ki, "me espantó mucho"
- k'i*, segunda persona,
kuh-ti'-k'i, "te da miedo"
- wewi*, dual,
- hó*, plural,
katu-k s-wewi, "los sacaron (a los dos)"
- ru-the'-hó*, "voy a buscarlos"

Estos sufijos de número también pueden marcar el número del sujeto.

En estos idiomas se expresa no sólo el número singular y el plural, como sucede en el español, sino también el dual o plural de dos, como existía en el griego clásico. En el matlatzinca esto se forma por medio de juego de tres prefijos: '*in-* singular; *te-*, dual; *ne-*, plural: '*in-xu'yówi* "coyote", *te-xu'yówi* "dos coyotes", *ne-xu'yówi* "varios coyotes".

En los pronombres personales este dual es inclusivo en la primera persona, es decir hay un *nosotros dos*, que incluye al locutor y al oyente, y otro *nosotros* que incluye al locutor, al oyente y a todos los demás.

El proceso de «modernización» y pérdida de los vestidos, la lengua y algunas costumbres tradicionales, también afecta a las danzas de los mazahuas





Niña otomi del Valle del Mezquital, Hgo. El otomi y el mazahua son dos lenguas estrechamente emparentadas de la familia otopame

En el pame del norte, el número se indica por medio de sufijos:

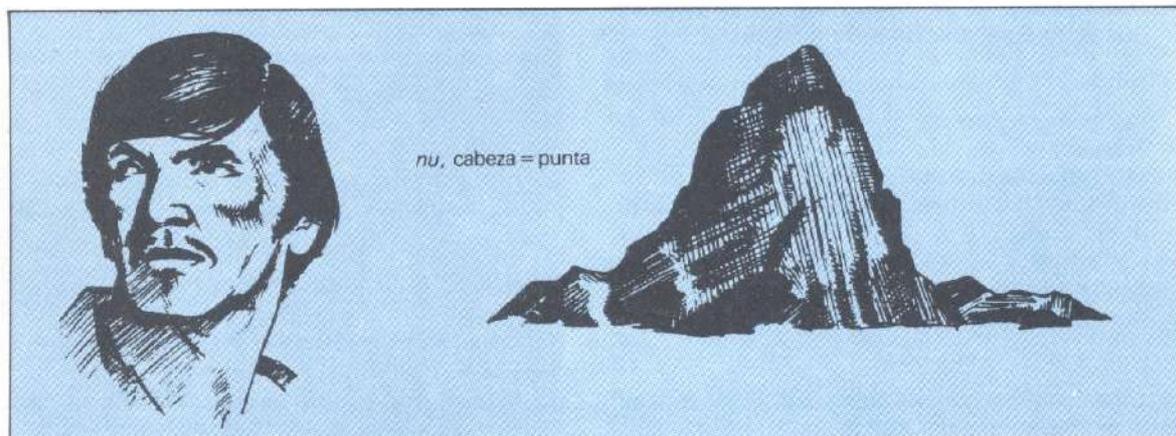
	<i>Singular</i>	<i>Dual</i>	<i>Plural</i>
“músico”	<i>kasās</i>	<i>kasā-ix</i>	<i>kasās-t</i>
“pollo”	<i>tálúgn</i>	<i>talú-i</i>	<i>talú-dnt</i>

La categoría de genitivo o de la relación de posesión se expresa en estos idiomas marcando el objeto poseído. En el matlatzinca esto se hace mediante un juego de prefijos que indican también la persona que posee: *thé-sini* “mi perro”, *bot’u-boy* “nuestro toro”. La segunda y tercera personas, tanto en el singular como en el dual y en el plural, se distinguen sólo por la forma de pronunciación: *ní’-yà*, con tono bajo, “tu estómago”, *ní-yá*, con tono alto, “su estómago”.

La frase nominal tiene el orden de NOMBRE más ADJETIVO en el pame del norte: *ngophéi nambû* “cerdo negro”. En matlatzinca, el orden de la frase numeral es con el NUMERAL antepuesto al NOMBRE: *tenowewí tepáari* “dos venados”. La frase posesiva tiene el orden NOMBRE POSEÍDO y NOMBRE DEL POSEEDOR: *ní-t’opi’ in-ta-Danyel* “el arado del señor Daniel”.

El orden de la oración en el pame del norte es VERBO-SUJETO-OBJETO: *ndowéhe nan’ò talúgn* “se llevó el coyote un pollo”.

Los nombres de lugar o topónimos se forman en matlatzinca con un sustantivo modificado por uno o varios adjetivos prefijados, o también con la unión de dos nombres donde el primero tiene la función de modificador del segundo; algunas veces se emplean también locativos, esto es, morfemas que indican expresamente que se trata de un lugar. Nótese en los ejemplos que siguen que la traducción (puesta entre comillas) no siempre coincide con el nom-



bre con el que se conocen comúnmente esos lugares.

Los adjetivos que se usan con más frecuencia se refieren al color o al tamaño:

Río Verde
ch'í-tamí "agua verde"
(verde-agua)

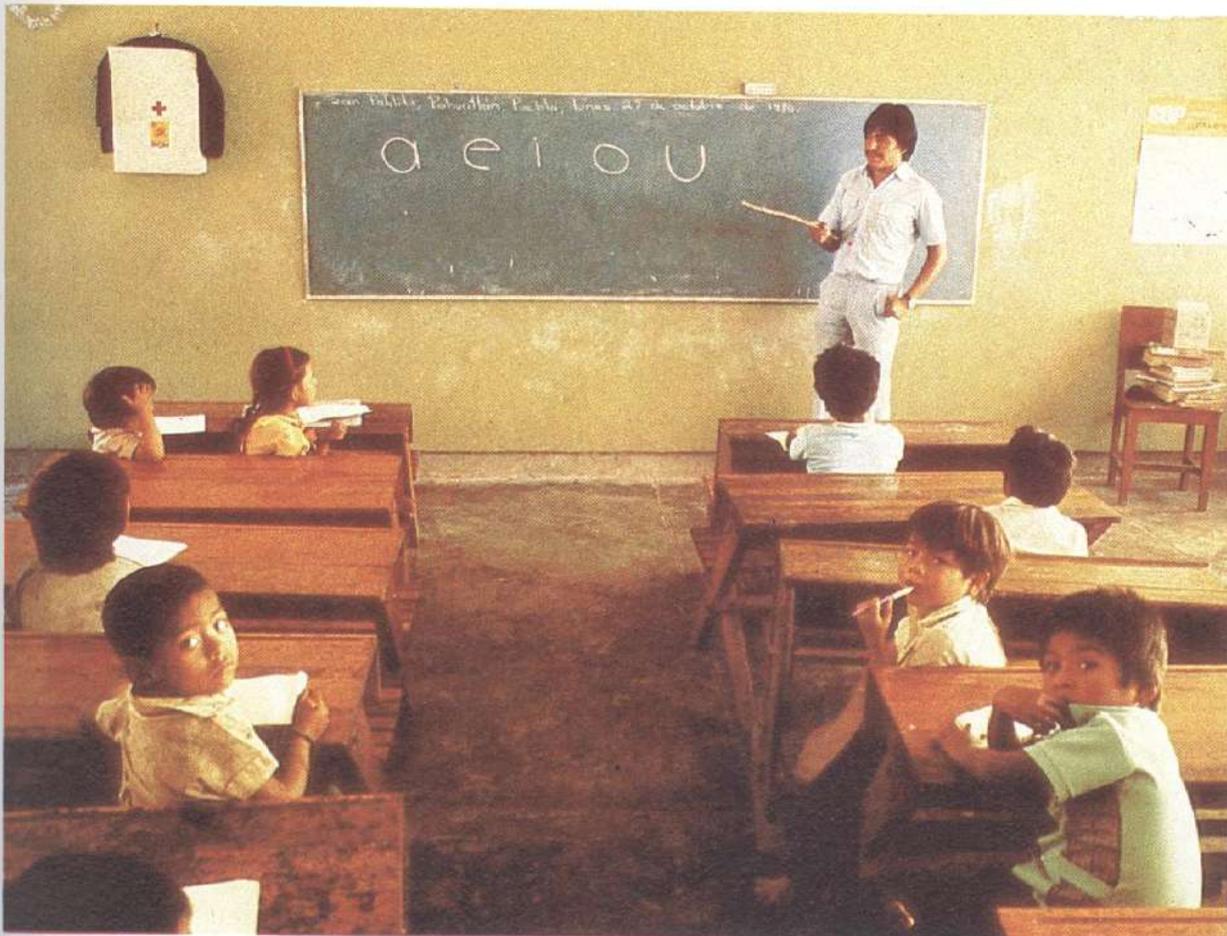
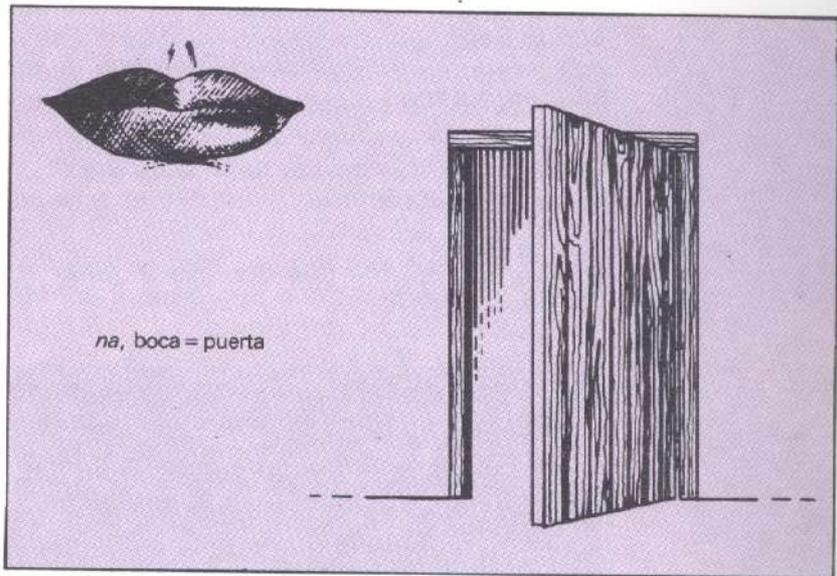
Toluca
bo-máani "casa negra"
(negra-casa)

Piedra Grande
be-má-to "lugar de la piedra grande"
(locativo-grande-piedra)

Cerro del Amparo
má-pi-nu "el grande lugar de la punta"
(grande-locativo-punta)

Varios de los nombres que se usan como modificadores en los topónimos se refieren a nom-

bres de las partes del cuerpo a los que se da una extensión polisémica de significado, de la misma manera que en español se dice *boca* de la cueva, *ojo* de agua, etc. En matlatzinca *na-* es



Niños otomíes de San Pablito Pahuatlán, Pue., en el salón de clases. En muchas escuelas no existe una educación verdaderamente bilingüe

“boca, entrada”, *nu-* “cabeza, punta”, *mo-*
“pie, pata”:

Mesón Viejo
ná-n-kwatí
(entrada-lado)

“entrada de lado”

Laguna Seca
na-n-tix-táwí
(entrada-seca-agua)

“entrada del agua seca”

Las Mesas
nu-bán-to
(punta-larga-piedra)

“punta de la piedra larga”

Pata de Puerco
be-mó-s'iná
(locativo-pata-cerdo)

“lugar de la pata de cerdo”

11. Familia oaxaqueña

Desde hace tiempo se han reconocido semejanzas entre varias lenguas mesoamericanas, por ejemplo, el tener tonos musicales como fonemas, la existencia de grupos con una consonante nasal y una oclusiva generalmente sonora (mb, nd, ng), predominancia de raíces bisilábicas. Todas estas características y algunas coincidencias en el vocabulario del otomí, el mixteco, el zapoteco, el chinanteco, el mangue y otras más, permitieron formular la hipótesis (véase el capítulo *Cómo se reconoce que ciertos idiomas forman una familia*) de una vasta familia a la que se designó, como es costumbre, con los nombres de



En la Mixteca Alta, que con la Mixteca Baja y la de la Costa forman la región de habla mixteca en Oaxaca, son los varones quienes llevan ofrendas de flores a la iglesia durante el mes de junio

las lenguas en los extremos de su área de dispersión geográfica; se creó así la familia otomangue.

Una vez propuesta la existencia de esta familia, no se examinaron más sus fundamentos sino que se intentó ver si tal o cual lengua (por ejemplo el huave) también podía incluirse en ella o no, con resultados más o menos seguros según los casos. Por otra parte, dando por sentada la existencia del otomangue, comenzó a hacerse el estudio detallado de sus componentes; por ejemplo, si el mixteco, el cuicateco, el trique y el amuzgo muestran mayores afinidades entre sí que con las demás lenguas del otomangue, resulta conveniente investigar cuáles son precisamente esas relaciones, explicar muy claramente sus correspondencias sistemáticas y reconstruir la lengua antecesora (o protolengua) de estas cuatro, y lo mismo cabe hacer con otros grupos de idiomas.

Así, para la década de 1960 se tenía ya un buen número de estudios detallados que han venido afinándose y completándose. Por ese mismo tiempo, el lingüista Mauricio Swadesh revisó la hipótesis sobre el otomangue y concluyó que no se trataba de una sola familia, sino de varias

que en este atlas se tratan por separado: chinanteca, otopame, oaxaqueña y manguena, si bien estas familias estaban también emparentadas en el fondo, formando un tronco o filum en el que también quedarían incluidos el huave y alguna otra. Debe dejarse claro que no todos los especialistas están de acuerdo en disgregar a la familia (o filum, pues esto sería) otomangue, como tampoco hay acuerdo total sobre los detalles de clasificación de sus componentes.

Se han propuesto diferentes nombres para la familia de que nos ocupamos en este capítulo. En primer lugar, si el *otomangue* es mucho más amplio, no cabe duda de que un buen número de las lenguas que componen este filum son aquellas a las que nos referiremos en los párrafos siguientes a las que, por ello, se designa frecuentemente como lenguas otomanguas. Se ha propuesto el nombre *macromixtecano*, un poquito engorroso, y también, dado que una buena parte de las lenguas componentes se hablan en Oaxaca, el de familia *oaxaqueña*, que es el que preferimos en este Atlas; por supuesto, no todas las lenguas de Oaxaca pertenecen a esta familia.



Danzantes de Jamiltepec, en la Mixteca de la Costa, Oax., con los trajes típicos de la danza de «Los Santiagos», en la que solamente participan hombres



La Mixteca Alta, empobrecida y erosionada por milenios de cultivo, es la más mezquina de las tres Mixtecas, con una tierra dura y sin más agua que la de temporal

Ya separada de las familias chinanteca, otomame y manguña (cada una de las cuales se trata por separado en este atlas, como corresponde) la familia oaxaqueña sigue siendo muy vasta y compleja, por lo que resulta conveniente reconocer que la componen tres subfamilias: zapotecana, mixteca y mazatecana.

Subfamilia zapotecana

Se extiende de norte a sur, hasta la costa, aproximadamente en la mitad oriental de Oaxaca. Se acostumbra llamar «zapoteco» a casi toda la subfamilia que comprende, indudablemente, una buena cantidad de lenguas muy diferentes; desafortunadamente no se ha completado el estudio en detalle de todos los componentes, por lo que hay quien propone hasta una veintena de idiomas, cada uno con sus propias variantes o dialectos. Aquí, en forma conservadora, reconocemos por lo menos los siguientes:

1. Serrano del norte
2. Zapoteco de los valles centrales de Oaxaca y del Istmo de Tehuantepec.

3. Zapotecos de las sierras del sur
4. Cuixtla y Miahuatlán
5. Papabuco
6. Chatino

Las lenguas de esta subfamilia son tonales, como las otomames (tal vez un poco menos que las mixtecanas o las mazatecanas), lo más común es que haya tres tonos, alto, bajo y ascendente: *rùchaa* "cambia" (tono bajo en las dos sílabas), *rùchaa* "seca, limpia" (tonos bajo y ascendente).

Hay diferencias entre los diversos idiomas zapotecanos pero es bastante común que tengan las cinco vocales que hay en español: *a, e, i, o, u*, sólo que además de pronunciarse simples también se pronuncian largas (escritas dobles) y «quebradas» con un saltito final. Por ejemplo en el zapoteco del Istmo tenemos *bia* "achiote", *biaa* "extendido", *bia'* "igual".

El sistema de sonidos consonánticos es mucho más complicado. A simple vista parecería tener muchos sonidos como los del español y unos cuantos sonidos adicionales (y faltar alguno, como *f*); el alfabeto, suprimiendo las vocales, comenzaría: *b, c, ch, d, g, . . .* etc. Notemos

que en español la única diferencia entre *c* y *g* es que la segunda es sonora, lo mismo para con *t* y *d*, *p* y *b*, pero en zapoteco además *k* (es preferible este signo a *c*), *t* y *p* son casi siempre un poco más largas y se pronuncian con más fuerza. Si extendemos esta observación a los demás sonidos consonánticos podemos generalizar diciendo que la mayoría tiene dos presentaciones, fuerte y suave, así:

SUAVES: b d dxg z xhl n r h
FUERTES: p t ch k s x L m N ñ rr w y

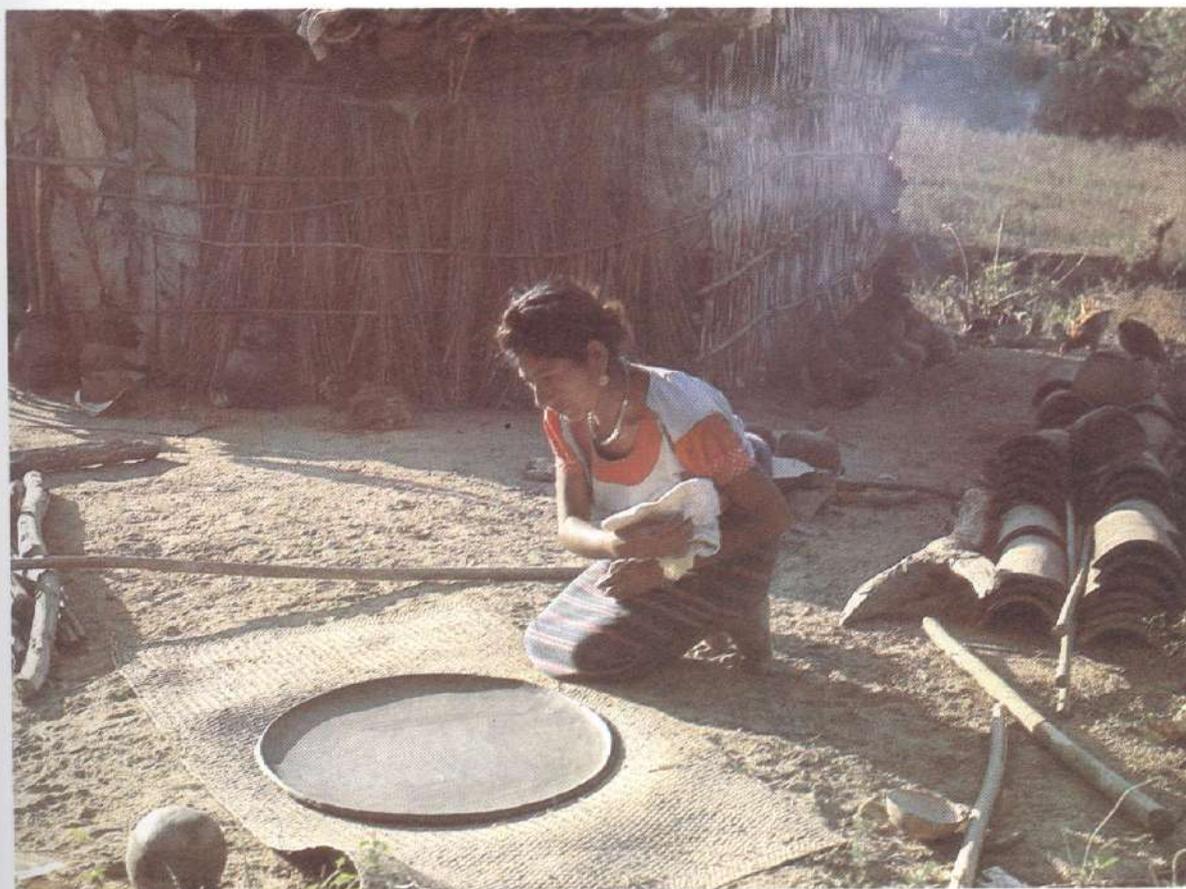
Lo anterior simplifica un poco las cosas, sobre todo porque no puede atenderse a toda la gama de variantes de cada idioma zapotecano.

En las lenguas de esta familia son frecuentes los prefijos que clasifican los sustantivos según sean personas o cosas animadas o sean objetos inanimados, si son plantas o árboles, si se trata de frutas o si son partes del cuerpo; no hay, en cambio, género: *ba'du'* "niño(o/a)", *bi'ku'* "perr(o/a)". El plural se forma, en el Istmo, con el prefijo *ca-*: *yoo* "casa", *ca-yoo* "casas".

Hay pronombres para 1ª, 2ª y 3ª personas, singular y plural; la 3ª singular no distingue masculino y femenino, pero en cambio tiene formas diferentes para personas, para animales y para cosas; la 1ª plural tiene inclusivo y exclusivo, como en otopame. Estos pronombres son sufijos que se usan con los sustantivos para indicar poseedor, con los verbos como sujeto: *lidxi-be* (casa-su) "su casa", *rucaa-be* (escribir-él) "él escribe".

En contraste, los aspectos y tiempos verbales se marcan con prefijos, entre ellos el habitual (*ru* o *ri*: *ru-caa-be* "él escribe"), completivo (*bi* o *gu*: *bi-caa-be* "ya escribió"), continuativo (*ca* o *cu*: *cu-caa-be* "está escribiendo" o "estaba escribiendo"), potencial (*gu* o *gui*: *gu-caa-be* "vá a escribir"), etc. Muchas raíces verbales tienen una forma simple y una causativa ("hacer que...") que se distinguen frecuentemente porque la primera consonante cambia de suave a fuerte: *ri-ziidi'* "aprender", *ru-siidi'* "enseñar" o "hacer que aprenda".

La interrogación y otras modalidades de la oración se expresan con partículas especiales.



Manufactura de un comal de barro. Muchas de las artesanías de la Mixteca actual continúan las tradiciones prehispánicas, aunque otras, como la extraordinaria orfebrería de la tumba 7 de Monte Albán, se han perdido

Subfamilia mixteca

Se le designa con un nombre derivado de su lengua más conocida y, en cierto sentido, típica. Sin embargo, hay tan marcadas diferencias dentro del mismo mixteco que probablemente sería justo contar tres (tal vez hasta cinco) lenguas mixtecas ininteligibles entre sí. Se habla en la región occidental de Oaxaca, extendiéndose a la porción inmediata de Guerrero y al sur de Puebla. El amuzgo se encuentra a ambos lados de la frontera entre Guerrero y Oaxaca. El trique o triqui prácticamente rodeado por mixtecos, se habla en las montañas de la Mixteca Alta. El cuicateco da su nombre a la cañada de Cuicatlán en Oaxaca, al norte del área mixteca.

Por supuesto, varias lenguas —cada una con pronunciadas variantes dialectales— tienen sistemas de sonidos y gramaticales igualmente diversos, pero comparten algunas tendencias generales que pueden ejemplificarse con un mixteco típico.

Hay seis vocales, las cinco del español y una *i* que se pronuncia aproximadamente colocando la lengua como para pronunciar *u* y los labios para *i*; además, todas pueden ser nasalizadas: *ã, ê, î, ï, õ, û*. Si escribiéramos nada más su “alfabeto”, quedaría enmascarado su carácter, veamos pues: tiene las consonantes oclusivas *t, ch, k*, pero falta la *p*; tiene, en cambio, las mismas con carácter nasal *nt, nch, nk*, (que se pronuncian *nd, nch, ng*) pero solamente la primera es abundante. No requieren mayor explicación *m, n, ñ, r, y*; la *h* es muy suave, la *v* representa un sonido que varía entre el de *u, b* y *v*; el saltillo (') y *x* tienen los valores que se explican en el apartado *Los difíciles sonidos de los idiomas*; algunos idiomas tienen *l*, otros no.

Los tonos son muy destacados. La mayoría de los idiomas mixtecanos tienen tres tonos (alto, medio y bajo), pero hay variantes con cuatro tonos y el trique tiene cinco (alto agudo, medio agudo, neutral, medio grave y bajo grave); si los marcamos con números, como hicimos con



El maíz y el frijol, como el que limpia esta anciana de San Pedro Amuzgos, Oax., constituyen la base alimenticia de los indígenas en todos los territorios en donde se hablan lenguas de la familia oaxaqueña



Zapoteco de Tierra Caliente, Oax. Con el nombre «zapoteco» se conoce lo que en realidad son varios idiomas diferentes entre sí

la familia chinanteca, el ¹ para el tono más alto y de ahí hacia abajo, podemos dar los siguientes ejemplos: *sa³⁴mare³* “rojo”, *sa³⁴mare⁵³* “verde”, *sa³⁴mare³⁵* “negro”, en trique; en mixteco *ti¹ tyi¹* “iguana” (con dos tonos altos) y *ti² tyi³* “aguacate” (con tonos alto y bajo). En algunos verbos el cambio de tiempo se indica solamente por un cambio de tono: *cha¹a²-na¹* “escribo”, *cha²a²-na¹* “escribiré”.

No hay inflexión de género ni de número en los sustantivos, que son bisílabos prácticamente todos, excepto los que llevan prefijos clasificadores de animales (*ti²-*) y de plantas (*tu²-*): *ti²-nda¹ku¹* “gusano”, *tu²-su³mi¹* “cuitlacoche”.

En el mixteco de San Miguel el Grande hay una rica variedad de pronombres, pues hay pronombres libres (por ejemplo *ña¹á* “ella”), y formas reducidas de los mismos (que se usan ligados, por ejemplo, *-ña* “ella”), para 1ª, 2ª y 3ª personas, tanto en singular como en plural, pero además las terceras personas tienen formas diferentes para masculino (*-de*), femenino (*-ña*),

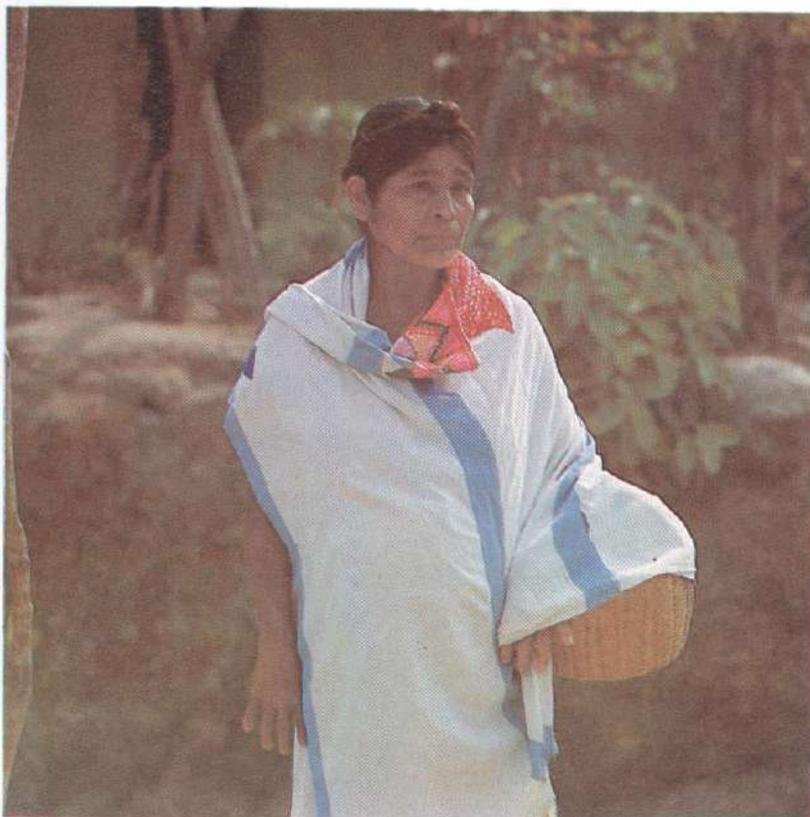
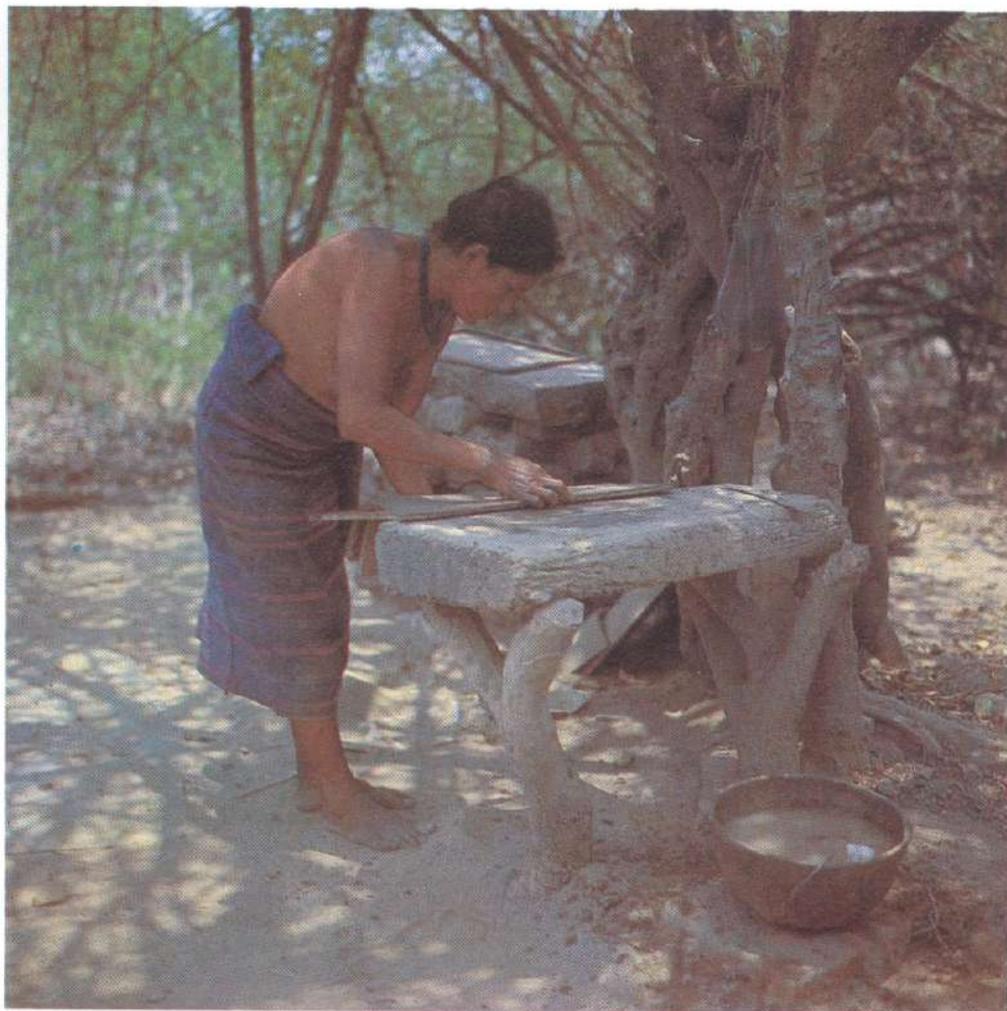
infantil (*-i*), animal (*-ti*) y sobrenatural (*-ya*), y la primera del plural tiene formas inclusiva y exclusiva. Estos pronombres reducidos, siempre pospuestos, funcionan como posesivos (*ina-ña* “perro de ella”); sujetos (*kusu-ña* “ella dormirá”) o complementos directos cuando ya otro pronombre inmediato a la raíz señala el sujeto: *s-kusu-ña-i* “ella hará dormir al niño”.

El prefijo *s-* del ejemplo anterior convierte al verbo en causativo. También hay prefijos para repetición, para pretérito y algún otro. La subfamilia mixteca ha desarrollado tiempos verbales, similares a los del español, alejándose de los aspectos, predominantes en otras subfamilias de la familia oaxaqueña.

Gran parte de las relaciones que se expresan por preposiciones en español se forman con nombres en mixteco: *chii ve'e* “dentro de la casa” (*chii* “estómago, interior”), *xini yuku* “arriba del cerro” (*xini* “cabeza”). La simple colocación de dos nombres seguidos equivale a la construcción con «de» en español.

Mixteca de Huajolotitlán, Oax. En la Mixteca de la costa el calor permite que las mujeres permanezcan con el torso desnudo mientras trabajan en su casa

El silencio de la noche, entrecortado por el canto de un gallo, por algún rebuzno o por algún mugido ocasionales, se interrumpe por el ruido de los molinos de nixtamal al acercarse el alba



Subfamilia mazatecana

Integrada por los idiomas mazateca (de la sierra sobre la margen izquierda del río Santo Domingo o alto Papaloapan); chocho o popoloca, que es un solo idioma conocido por el primer nombre en el noroeste de Oaxaca (donde también se le dice chuchón) y con el segundo nombre en el sur de Puebla, y por el ixcateco, lengua hablada por unos 600 habitantes del pueblo de Santa María Ixcatlán en la Mixteca Alta, Oaxaca. También se le conoce como familia popolocana.

Todos los idiomas de esta familia son tonales. El chochopopoloca y el ixcateco tienen tres tonos básicos, pero el último tiene además una modulación especial de uno de ellos, que es descendente; el mazateco tiene cuatro tonos y, a diferencia de los otros idiomas de la familia (en lo que se asemeja al chinanteco), puede tener hasta tres tonos en cada vocal.

Las tres lenguas tienen vocales normales y vocales nasales. Son las cinco del español en ixcateco y chocho, pero en mazateco faltan la *u* y la *ũ*; el chocho tiene además vocales nasales interrumpidas que se pronuncian como cuando se



Tejedora de Cuautzozpan, sierra mazateca. En la mayoría de los pueblos mixtecos todavía es labor de las mujeres el hilar y tejer en el telar de cintura — de tradición prehispánica — la ropa para su familia

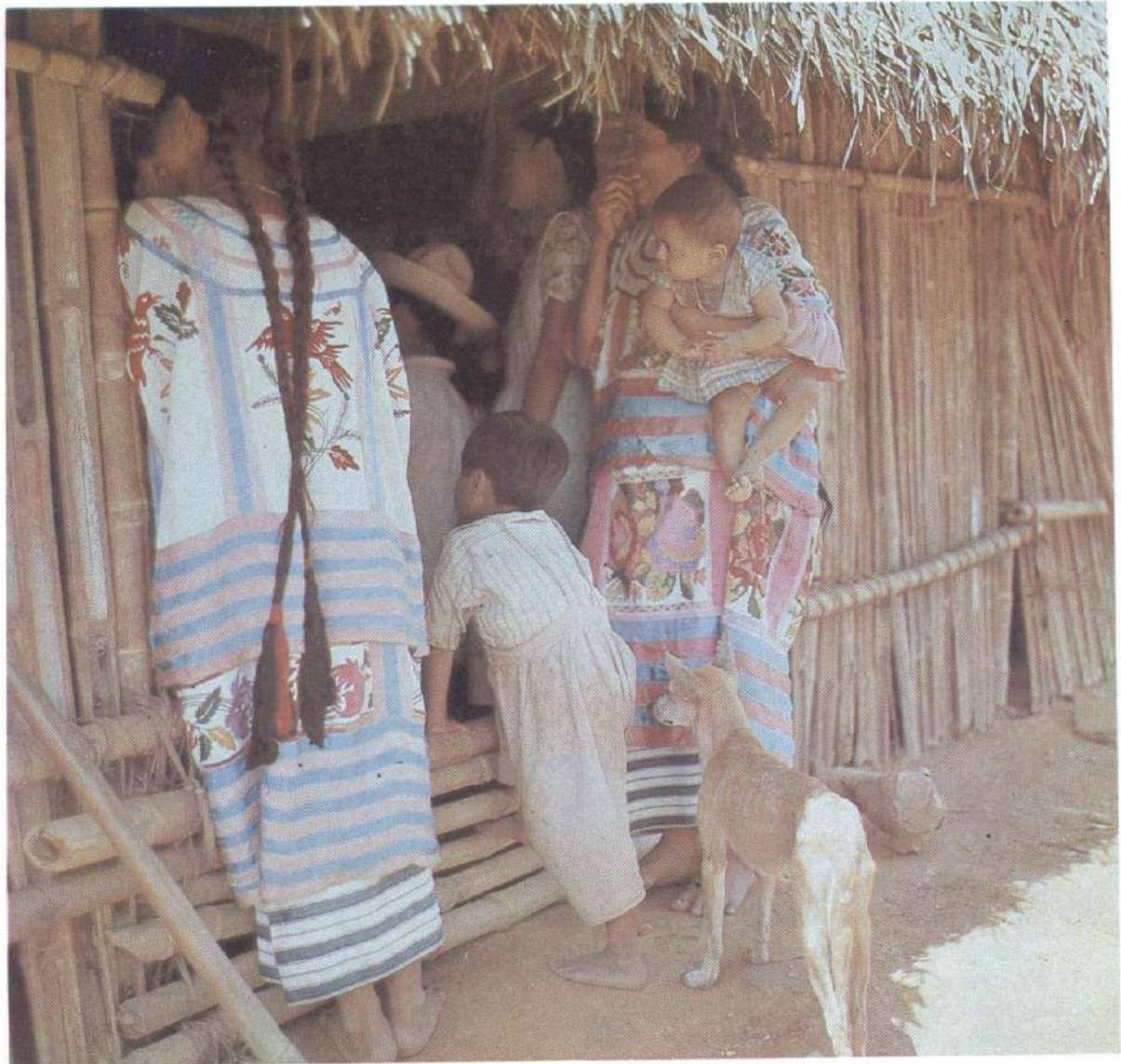
juega a quejarse como viejito. No daremos los sistemas consonánticos en orden alfabético, sino por familias de fonemas, para destacar sus peculiaridades. Existen, como en español, *p*, *t*, *ch*, *k* más dos fonemas comunes en otras lenguas indígenas, el saltillo (') y el que se puede escribir *tz*, pero además chocho e ixcateco tienen una *tʰ* (un sonido palatalizado, entre *t* y *ch*) y chocho y mazateco una *çh* retrofleja (es decir, con la punta de la lengua curvada hacia atrás, suena entre *ch* y *r*). También hay *b*, *d*, *g*, semejantes a las del español, a las que chocho e ixcateco suman una *ɖ* (paralela a *tʰ*) y el ixcateco una *ɖx* (paralela a *ch*). No requieren mención especial *m*, *n*, *ñ* (que falta en chocho), *l*, *r*, *rr* (no hay en mazateco), *w*, *y*, *h*, pero el chocho es rico en sibilantes, pues a *s* y *x* suma una retrofleja *ç* y las tres sonoras correspondientes: *z* (como zumbido de abeja), *ž* y *ẓ̌*.

El nombre no tiene inflexión de género ni de número. En mazateco hay sufijos de persona que se agregan al final de los nombres para indicar la posesión, pero si hay además un adjetivo, la partícula posesiva se sufixa a éste: *xka-le* (pantalón-él) "sus pantalones", pero *xka htoa-le* (pantalón corto-él) "sus pantalones cortos".

En ixcateco lo que se considera adjetivo en español se comporta más bien como los sustantivos, pues se refiere tanto a la cualidad cuanto a la atribución de la misma a una persona o cosa. Por ejemplo, si se agrega el sufijo de posesión a *sya'* "flojo" se obtiene una palabra que quiere decir "mi flojera" o "soy flojo", similarmente *tu'ndu'* "tonto" da "su tontera" o "es tonto".

El ixcateco —tomado como tipo de esta subfamilia— tiene pronombres posesivos distintos para 1ª persona singular, 1ª plural inclusivo y 1ª plural exclusivo, pero un solo sufijo para 2ª persona (singular o plural) y para 3ª persona (singular o plural), si bien agrega un segundo sufijo para el plural de 2ª persona y otro para el de 3ª persona. Aunque hay algunas diferencias, los pronombres que hacen de sujeto de los verbos son básicamente los mismos que los de posesión de los nombres-adjetivos.

La inflexión del verbo ixcateco marca aspectos: indeterminado, continuativo, imperativo y pasado. Para ello utiliza prefijos que difieren un poco según la persona y el número. Hay también un prefijo que va además con raíces adjetivo-nominales: *tze²-'a'su'* "calentar"



Mujeres mazatecas. Nótese cuán diferente es el huipil mazateco, bordado y adornado de listones (si bien son distintos los de cada pueblo) del huipil blanco de la mujer mixteca de la foto anterior

(de 'a'su¹ "caliente"), tze²-k-a²nga²-na³ (causat.-tiempo indeterminado-correr-yo) "lo hago correr".

Es muy común la composición para formar nuevas palabras: na²hme²-xte²nga² (maíz-tronar) "pozole"; en las composiciones muchas palabras toman una forma reducida: 'i²nda³ "agua" se reduce a nda² en nda²-hña³ (agua-chile) "caldo".

Un vistazo a algunos nombres de lugares permite apreciar de golpe las semejanzas y diferencias de esta familia; Oaxaca, que como sabemos significa en náhuatl «en el extremo de los guajes», se llama así:

Zapoteco lula'a (con muchas variantes menores)
"en el extremo de los guajes"
lu "encima, en el extremo"
la'a "guaje"

Mixteco ñundúa "lugar de guajes"

ñu "lugar, terreno"
ndúa "planta silvestre comestible:
quelite, guaje"

Trique ya³kweh⁴ "lugar de guajes"
ya³ "lugar"
kweh⁴ "planta silvestre comestible:
quelite, guaje"

Mazateco na²xi¹tzhe⁴ "cerro de guajes"
na²xi¹ "cerro"
ntzhe⁴ "guaje"

Choco ku²nchia² "loma de guajes"
ku² "loma"
nchia² "quelite, guaje"

Ixcateco chjui³ ?
No puede traducirse.
Tal vez sea un compuesto complejo de xku² "punta" y tzje², segundo elemento de "guaje".

12. Familia manguña

Esta familia (cuyo nombre deriva de *ma-ngue* "señor-jefe") está extinta hoy en día. Se componía de dos idiomas. El chiapaneco se habló en la región de Chiapa de Corzo, Chis., y la última anciana que hablaba esta lengua falleció alrededor de 1940. Indudablemente emparentado, con éste, aunque lejanamente, el mangué se habló en Centroamérica; se le conocía con este nombre en Nicaragua, como chorotega en Honduras y como nicoya en Costa Rica.

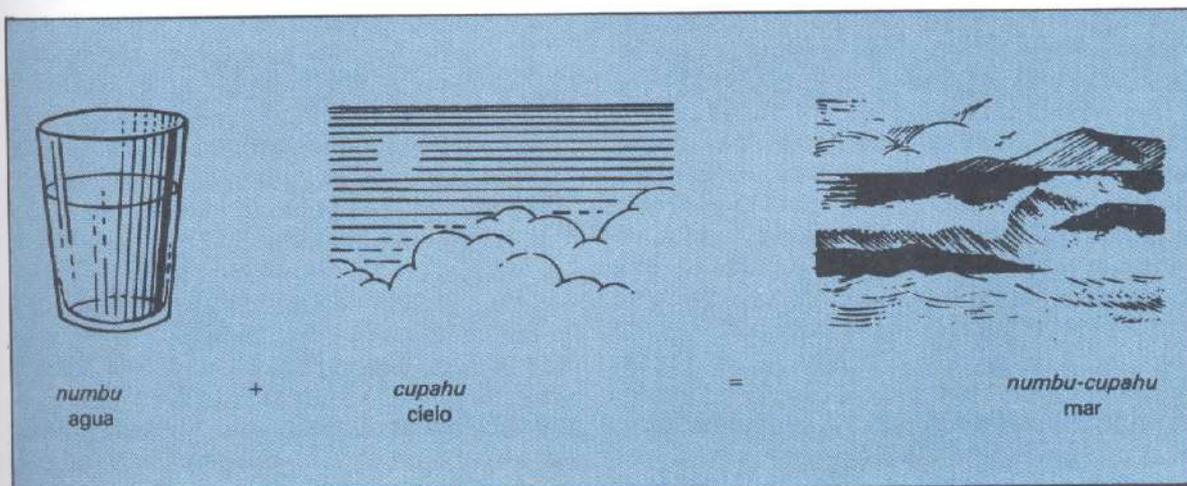
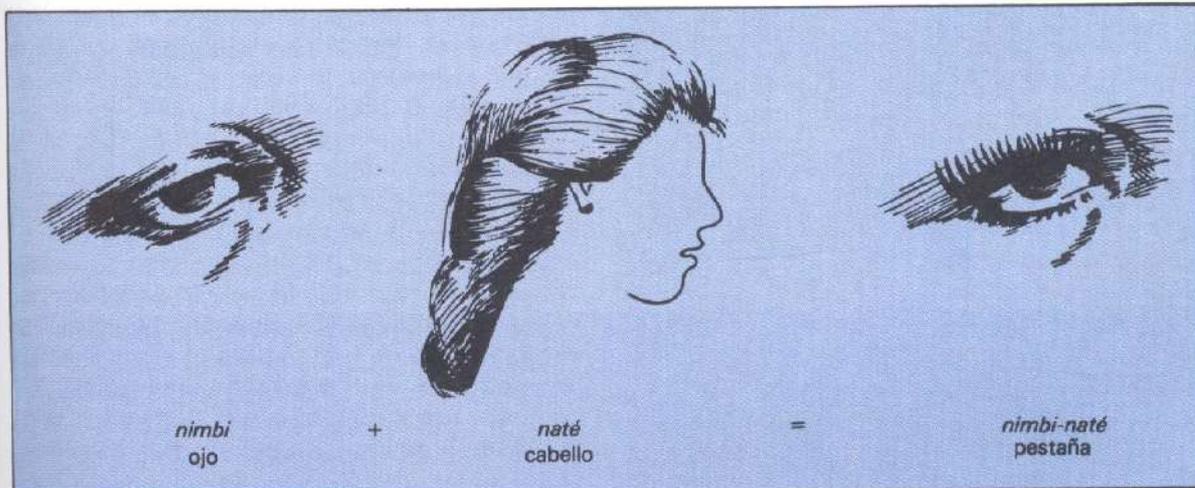
Cuenta la historia —tal vez leyenda— que los chiapanecos, que oponían resistencia a los conquistadores, hallaron la liberación como los judíos de Masada, en el suicidio colectivo, arrojándose al Sumidero, cañón donde desaparece el río Grijalva.

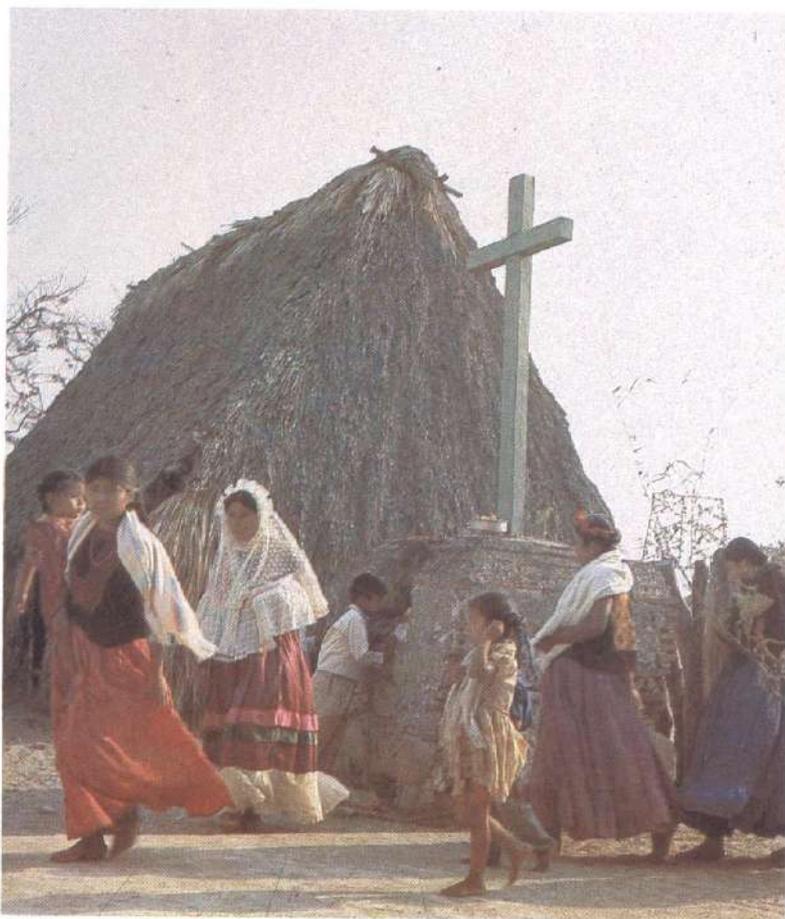
Estos idiomas tienen clasificadores, pero a diferencia de los de muchas otras lenguas me-

soamericanas que hacen referencia sobre todo a clases de nombres (animales, objetos largos, cosas planas, pares, etc.), los clasificadores manguños son de índole gramatical y se han fundido en gran parte con sus raíces. Así, por ejemplo, los nombres comienzan generalmente por *n-* o *na-* que los identifica como nombres: *nimbi* "cabello", *numbu* "agua".

En los compuestos el elemento modificador va en primer lugar, como en *nimbi-naté* (cabello-ojo) "pestañas", o bien puede haber unión en aposición: *numbu-cupahu* (agua-cielo) para significar "mar".

En la conjugación se sigue un sistema combinado de tiempos-aspectos, que se marcan por medio de prefijos (morfemas que se colocan antes de la raíz verbal), en tanto que el sujeto se marca por medio de sufijos; también eran sufijos los morfemas que indicaban el modo de la acción.





Visita de la Cruz en San Mateo del Mar, Oax. Las actividades pesqueras son un rasgo fundamental de la cultura de los huaves, asentados en torno a las lagunas de la costa meridional del Istmo de Tehuantepec

13. Familia huave

Se compone de una sola lengua, el huave, hablada por unas 12,000 personas en la costa del istmo de Tehuantepec sobre el Pacífico, en torno a las lagunas que ahí se forman. Aproximadamente la mitad de los hablantes usa el dialecto de San Mateo del Mar y la otra mitad se reparte entre los dialectos —todos muy próximos entre sí— de San Francisco del Mar, San Dionisio del Mar y Santa María del Mar.

Se ha pensado alguna vez que el huave era parte de la familia maya, de la familia mixe, o de la «familia otomangue» (véase el apartado *Familia oaxaqueña*). En realidad no forma parte de ninguna de ellas, pero está remotamente emparentado con esas y con otras más, como las llamadas «lenguas del Golfo», en Estados Unidos.

El sistema sonoro (o de fonemas) del huave tiene seis vocales cortas (*a, e, i, o, u, ī*) y cinco largas (*aa, ee, ii, oo, īī*, pues no hay *uu*). Las consonantes se pueden representar por *ch, j, k, kw, l, m, n, p, r, rr, s, t, ts, w, x, y*; es verdad que también hay *b, d, g* y *gw*, pero casi exclusivamente en los grupos *mb, nd, ng* y *ngw*, o en palabras tomadas del español, donde también se encuentra *f*.

Si los fonemas no son muy complicados, en cambio sí son muy complejos los cambios que sufren cuando se unen las raíces de las palabras con los morfemas que las preceden (prefijos) o que las siguen (sufijos): algunas vocales largas se acortan, algunas cortas se alargan, otras cambian de pronunciación, también se introduce una *j*, o hay cambios en las consonantes. Sin embargo, más interesantes son algunos cambios que sufren ciertas vocales y ciertas consonantes al formar diminutivos de algunos adjetivos o verbos; la *o* se vuelve *e*, la *a* cambia a *i*, *ts* y *s* se convierten en *ch* y *x*, respectivamente: *tsolomb* “saliente” da *chelemb* en diminutivo; *asajmbal* “alisar con la mano” y *axijmbil* “alisar suavemente. . .”

Una parte de los sustantivos (términos de parentesco, partes del cuerpo) siempre llevan obligatoriamente un poseedor. Los sustantivos no tienen género ni tampoco se pluralizan; el plural se sobreentiende o se marca por verbos en plural, por medio de demostrativos o de alguna otra manera. Varios sustantivos son compuestos que toman nuevos sentidos: *i-pet ndek* (deperro mar, o sea “perro de mar”) significa “nutria”, *onik* “cuello” y *xiil* “árbol” hacen *onik xiil* “ramilla”.

Hay verbos transitivos e intransitivos; se conjugan según cuatro modos: indicativo (el más completo), subjuntivo, participio e imperativo (muy defectivo), con seis tiempos y varias voces. La conjugación se hace por medio de prefijos y sufijos que combinados marcan modo, tiempo, voz, número y persona (en español cada terminación marca también todos estos accidentes), es decir, son pronombres ligados:

<i>arang</i>	“hago”
<i>irang</i>	“haces”
<i>arangaats</i>	“hacemos”
<i>alnarang</i>	“todavía hago”
<i>tarangas</i>	“hice”
<i>apmerang</i>	“harás”
<i>teamarangan</i>	“estamos haciendo”
<i>lamarangiw</i>	“ya hicieron”

Hay, además de estos pronombres ligados, pronombres libres que tienen distinta forma si funcionan como sujeto o como objeto de la oración. Por esto y porque el adjetivo va siempre antes del nombre y porque hay otras formas de marcar la función de cada palabra, el orden de la oración puede ser bastante libre.

Los nombres de lugar en huave se usan sólo por los huaves. Algunos ejemplos (nótese que no coinciden con el sentido del nombre náhuatl) aparecen en el cuadro a la derecha.

14. Familia totonaca

Solamente dos lenguas forman esta familia: el totonaco y el tepehua. La segunda se encuentra diseminada en la parte noroccidental del estado de Veracruz, el norte de Puebla y el noroeste de Hidalgo, con cerca de 30,000 hablantes; se divide en cuatro dialectos o variantes regionales que tienen como centros Chintipán, Pisaflores, Tlachichilco y Huehuetla, los tres primeros poblados en Veracruz y el último en Hidalgo. Por su parte, el totonaco cuenta con unos 125,000 hablantes en el noroeste de Veracruz y en el norte de Puebla. Aunque no se han investigado en detalle sus variantes regionales, parece que son tres principales, centradas respectivamente en Mecapalapa, en la zona de Zacatlán (Pue.) y de Papantla (Ver.), y el tercero en la región de Misantla, otros dialectos hay en Zapotitlán de Méndez, Xicotepec de Juárez, Coatepec, San Pedro Petlacotla, etc. Es posible que esta familia, también conocida como totonacana o totonaco-tepehua, esté muy antiguamente emparentada con las familias maya y mixe.

El totonaco y el tepehua tienen, como las otras familias que hemos visto y que veremos, varios sonidos similares a los del español, pero tienen otros muy peculiares. Por principio de cuentas tienen solamente tres vocales, *a*, *i*, *u*, que pueden ser cortas o largas; es verdad que también se escuchan *o* y *e*, pero son variantes de las anteriores, no son fonemas de esta familia. Los fonemas semejantes a los del español pueden representarse con *c/qu*, *ch*, *j*, *l*, *m*, *n*, *p*, *s*, *t*, *w*, *y*; no existen en español, pero sí en otras lenguas indígenas los que se pueden representar con *x*, *tl*, *tz*, y ' (el saltillo). Requieren explicación dos fonemas muy peculiares: además del que escribimos con *c* o *qu* (y para otras lenguas hemos preferido transcribir con *k*) hay en esta familia un sonido que se produce más atrás, con la raíz de la lengua cerca de la úvula y que, por ser distinto, podemos escribir con *k* (compárense *skatan* "ciruela" y *scatan* "venadito"); el otro se produce colocando la lengua exactamente como para pronunciar *l*, pero dejando salir el aire para que suene un poco entre *l* y *s*; técnicamente es la lateral sorda y puede representarse con *lh*,

Nombre huave	Formación	Traducción	Nombre oficial
<i>jayats kambaj</i>	nuevo pueblo	"pueblo nuevo"	Huazantlán
<i>telyaj tyat kawak</i>	abajo señor sur	"al pie del señor sur"	Chihuitán
<i>telyaj mim</i>	abajo madre	"al pie de la madre"	Ixhuatán
<i>kaliy ndek</i>	norte mar	"mar del norte"	Mar Tileme
<i>kawak ndek</i>	sur mar	"mar del sur"	Laguna Quirio
<i>nadam ndek</i>	enorme mar	"el gran mar"	Océano Pacífico



como en este atlas se representa para las lenguas hokano-coahuiltecas. El tepehua tiene además sonidos glotalizados, parecidos a los de las lenguas mayas: *p'*, *t'*, *c'*, etc., que no se encuentran en la mayoría de las formas del totonaco, pero sí en el de Papantla:

	Tepehua	Papantla	Xicotepec
"chile"	<i>p'in</i>	<i>p'in</i>	<i>pi'n</i>
"tierra"	<i>t'uun</i>	<i>t'iyat</i>	<i>ti'ya't</i>
"árbol"	<i>qu'iw</i>	<i>qu'iw</i>	<i>qui'wi'</i>

Además de ser el soporte de las actividades domésticas, algunas mujeres tepehuas — sobre todo viudas o huérfanas — trabajan como peones en las labores agrícolas



La indumentaria de las mujeres tepehuas, llevada con innata elegancia, es distinta de la que usan las totonacas, vecinas, y que hablan un idioma cercanamente emparentado

No hay género en ninguna de las dos lenguas, *chichi'* es tanto "perro" como "perra", el adjetivo *ti'na'j* es "chico/a", el pronombre de tercera persona es único; si en los diccionarios encontramos palabras para "niño" (*ka'wa'chu*) y "niña" (*tsu'ma'jaat*), "viejo" y "vieja", no se trata realmente de géneros, sino de sexos diferentes, como hay también "hombre" (*chi'xcu'*) y "mujer" (*puscaat*).

Los nombres pueden pluralizarse, pero si van acompañados de un adjetivo o un verbo, se prefiere usar el prefijo de plural con éstos y dejar el nombre en singular. También pueden llevar un poseedor, que en totonaca se marca con un prefijo para la persona (*qui-*, 1ª; *mi-*, 2ª; *i'x-*, 3ª), un solo sufijo (*-ca'n*) se usa además de estos prefijos cuando los poseedores son plurales.

Hay ligeras diferencias entre los pronombres personales libres:

	Tepehua	Totonaco
"yo"	<i>quitin</i>	<i>quit</i>
"tú"	<i>uxinti</i>	<i>wi'x</i>
"él, ella"	<i>yuucha</i>	<i>xla'</i>
"nosotros"	<i>quitnaan</i>	<i>quina'n</i>
"ustedes"	<i>uxitnaan</i>	<i>wi'xina'n</i>
"ellos, ellas"	<i>yuuncha</i>	<i>xlaca'n</i>

Pero más interesante es que estos pronombres no necesitan usarse, porque la conjugación del verbo lo expresa (como en español *vengo*).

Hay una decena de tiempos-aspectos, como por ejemplo futuro, presente progresivo, condicional, etc. Los verbos incorporan también una amplísima gama de prefijos y sufijos que los matizan y explicitan muy detalladamente.

Los dos idiomas de la familia tienen buen número de palabras semejantes, como hemos visto, y algunas idénticas: *stapu* "frijol", *sasan* "zorrillo", *malhat* "hongo", etc., así como semejanzas fonéticas y gramaticales, pero también han desarrollado diferencias. Algunas se han señalado en líneas anteriores, otras son como sigue.

El tepehua tiene dos términos para "polvo", *xap'ip'iis* se refiere al «polvo de productos alimenticios (maíz, calabaza, etc.)», *pu'xmi* al «polvo de madera, tierra, etc.», en tanto que el totonaco cuenta con un solo término, *pu'kxni'* para cualquier clase de polvo.

En totonaco *lacayaawaj* es "bocarrriba", en tepehua se distingue si la persona bocarrriba tiene los brazos y piernas pegados al cuerpo (*puaastamalh*) o si los tiene separados (*puyawmalh*). En cambio el tepehua tiene dos formas de saludo según la hora del día donde el totonaco tiene cuatro: en tepehua *uun* es de la 1 a.m. a las 12 del día, *xaay* desde medio día hasta media noche; el totonaco saluda *tuncuilh* "buenos días (antes de amanecer)", *cuii'ni'* "buenos días (ya amanecido, antes de mediodía)", *kuutanu'* "buenas tardes", *tzii'sua'* "buenas noches".

Se conocen algunos nombres de lugar en tepehua, el primero de los que siguen es también totonaco:

<i>munii-xcaan</i> (mecapal-agua)	“Río de mecapales” lo mismo que el náhuatl Mecapalapa
<i>lhi-mistún</i> (abundancia-gato)	“Donde abundan los gatos” exactamente el mismo significado que la parte náhuatl de San Pedro Mistontla
<i>laca-lhpaw</i> (lugar-pagua)	“Lugar de paguas” pueblo conocido como La Pagua
<i>laca-tzulh</i> (lugar-cabeza)	“Lugar de cabezas” pequeño lugar que no tiene nombre oficial, solamente el nombre tepehua.

15. Familia mixe

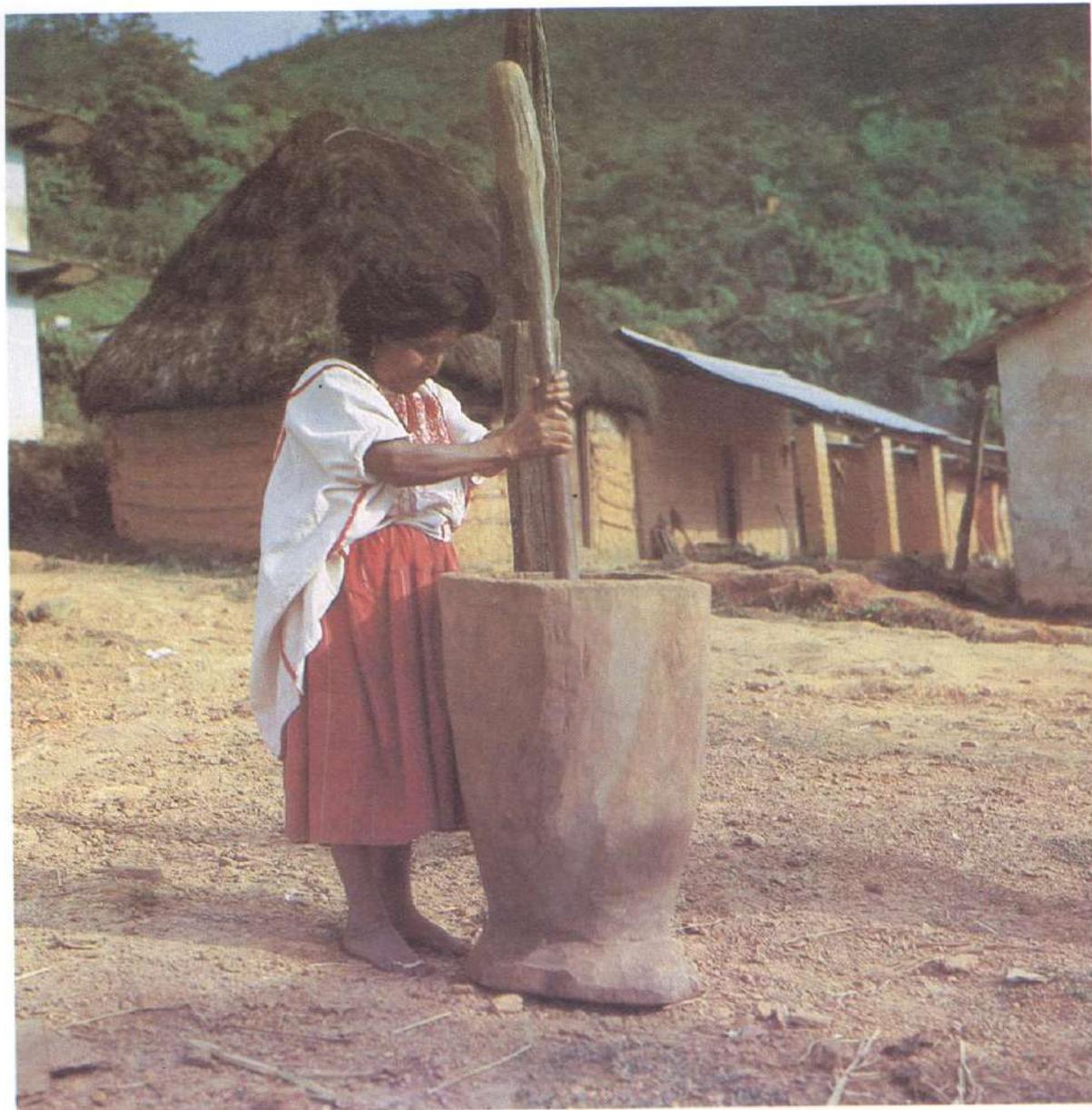
La familia mixe-zoque está compuesta por tres idiomas —mixe, popoluca y zoque— que se hablan en Oaxaca, Veracruz y Chiapas; estas lenguas representan ahora la de los antiguos pobladores de esos estados y, además, a los que antiguamente habitaban en la parte occidental de Tabasco, quienes convivían, según las fuentes históricas, con hablantes de la lengua nahua.

Mixe

En la zona oaxaqueña de altas montañas, desde el nudo del Zempoaltépetl hasta la zona istmica de Matías Romero, se localizan numerosos pueblos mixes, cuyos habitantes se estiman en 45,000 personas, según el censo de 1980. Debido a la quebrada topografía del terreno que han ocupado desde hace varios siglos, se dificulta la

Mujer mixe de Chuxnabán, Oax. Pocos lugares de la región, como éste, se conocen con su nombre de origen mixe, puesto que la mayoría son de raíz nahua





La mujer mixe recoge en la cintura la parte delantera de su huipil, lo que le da mayor libertad de movimiento, como al martajar maíz o café en un pilón de madera

comunicación entre las diversas comunidades que, además, se encuentran distribuidas en 17 municipios del llamado Distrito Mixe. La formación de los pueblos en una región tan accidentada y tan extendida geográficamente ha contribuido a la diferenciación de este idioma, tanto en la forma de pronunciar algunos sonidos como en el uso y el significado de distintas palabras. Esta diferenciación que es poco sensible entre pueblos vecinos, se hace más notoria entre aquellos que están más distantes, al grado de que los habitantes de Ayutla, poblado de la sierra más elevada, casi no se entienden con los de San Juan Guichicovi, lugar cercano a la ciudad de Matías Romero, ubicada en la región del istmo.

En la actualidad, los mixes son mucho más numerosos que los zoques, quienes, a su vez, constituyen casi el doble que los popolucas.

Popoluca

Los popolucas viven en un reducido número de pueblos al sur del estado de Veracruz. Según el censo de 1980, existen 15,000 popolucas, mucho menos de los que había en la misma zona hace cincuenta años, ya que se han ido asimilando a las comunidades vecinas, hablantes de español.

En la región de Soteapan se concentra el mayor número de poblados en los que se conserva viva la cultura y se utiliza el idioma popoluca como principal medio de comunicación. En el caso de los popolucas, como en cualquier otro grupo en desventaja cultural y económica, su interrelación con personas de las ciudades cercanas, culturalmente diferentes, les impulsa a reducir sus resistencias y a abandonar poco a poco su idioma y sus costumbres propias. Esto



En la alta sierra de Ayutla, Oax., hace frío la mayor parte del año; estos niños mixes se abrigan con gabanes de lana hechos en la región

ha sucedido con pueblos en los que se hablaba popoluca, como Texistepec y Oluta. Sayula de Alemán, ubicada sobre la carretera del Golfo, pierde con gran rapidez sus características indígenas.

Por los análisis lingüísticos realizados, sabemos que el idioma popoluca presenta variantes regionales que se asemejan por un lado con el mixe, como sucedía con el popoluca que se hablaba en Oluta y que aún se conserva en Sayula; mientras que el que se registró en Texistepec y el de Soteapan se relaciona más con el zoque. Por estas razones podemos interpretar al popoluca, por una parte como mixe-popoluca y, por otra, como zoque-popoluca.

Zoque

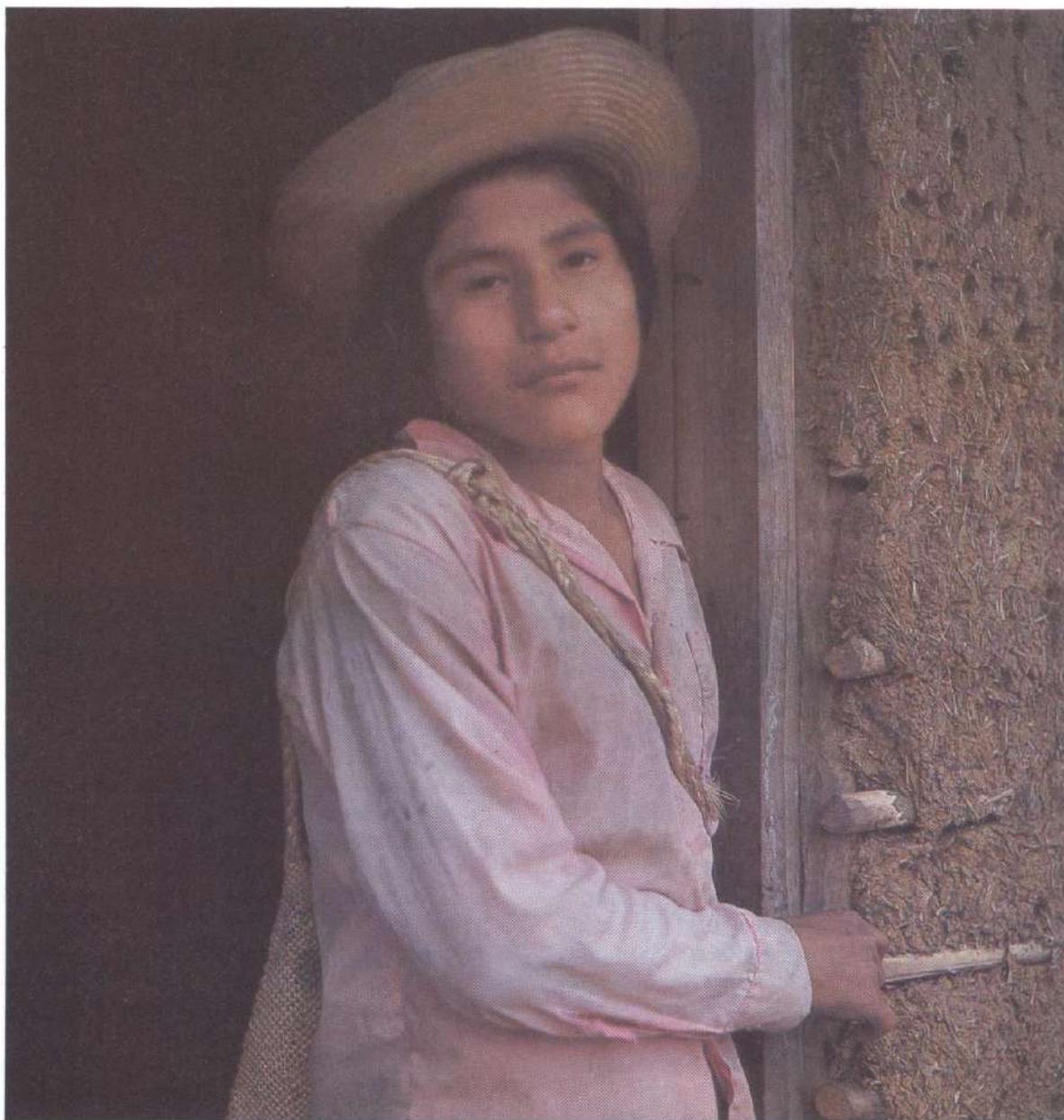
Los pueblos en los que se hablaba el zoque eran mucho más numerosos a principios del siglo que en el presente. Buena parte de la población de Tuxtla Gutiérrez y pueblos vecinos era zoque. Sin embargo, debido a la construcción de carreteras muy transitadas y al reciente descubrimiento de mantos petrolíferos en sus comunidades, los cambios sufridos por este grupo son ahora muy acelerados y ello, naturalmente, ha hecho disminuir el número de personas que practican la cultura zoque. La mayor parte de los hablantes de esta lengua se ubica en Copainalá y otros pueblos pequeños de Chiapas.

Estos tres idiomas se caracterizan porque abundan en palabras que tienen varias consonantes al final de las mismas; estas consonantes distintas —hasta cuatro en algunos casos— muchas veces se pronuncian con poca fuerza, por lo que son difíciles de percibir para oídos no acostumbrados; por ejemplo, en mixe *viijnk* “raro”, *mnöjkxp* “te diriges a . . .”.

Estas lenguas tienen sonidos semejantes a los del español, como *p, t, ch, k, b, d, g, f, s, r, l, y, w, m, n, ñ*, pero también se presentan otros sonidos que son parecidos a los del náhuatl, *tz* y

x, como en la pronunciación de Coatzacoalcos, Ixtle o Xola, escritos con la ortografía tradicional.

Además de las cinco vocales conocidas en el español —*i, e, a, o, u*—, tienen una que se pronuncia entre *i* y *e* y que podemos representar como *ĩ*. En el mixe encontramos también otras vocales como una que varía entre la pronunciación de *e* y *o* del español que representamos por *õ*; otra que varía entre la pronunciación de *a* y *e* y una *o* semejante a la que pronunciamos en la palabra española *por*.



Muchacho popoloca. En el sur de Veracruz se encuentra el mayor número de poblados en donde se conserva viva la cultura y se utiliza el idioma popoloca como principal vehículo de comunicación



Zoques de Copainalá, Chis. La mujer mayor, con el traje tradicional, y la chiquilla junto a ella, parecen simbolizar el cambio cultural y la pérdida de los idiomas nativos

Las palabras más complejas de estas lenguas son los verbos, ya que, además de contener la raíz verbal, combinan también elementos que nos indican la forma en que se ejecuta la acción y el sujeto y el objeto de esa acción. Los sonidos originales de una palabra o de una expresión pueden cambiar o modificarse cuando se juntan dos o más de ellos. Tal es el caso de un pronombre *i* que, cuando se junta con un verbo o un nombre que principia con una consonante, afecta al sonido de ésta, haciendo que se pronuncie como si estuviera seguida de una *i*. Por esto podemos escuchar a algunos zoques que dirán *su fialda* en lugar de *su falda*.

A diferencia de otros grupos del país, el mixe, el zoque y el popoluca no han aportado nombres de lugar que use comúnmente la población mestiza de la región. Sin embargo, los hablantes de estas lenguas sí usan en su idioma nombres para poblaciones que conocemos oficialmente con términos nahuas. En los ejemplos del cuadro de la derecha, tomados del popoluca de Oluta, podrá observarse que los dos nombres no siempre coinciden en el significado preciso, pero tienen un sentido semejante.

Nombre náhuatl y su significado	Nombre popoluca	Componentes y significados en popoluca
Acayucan "donde abundan carrizos"	<i>cape' nīp</i>	<i>cape nīp</i> "carrizo" + "en el pozo, hacia el pozo" = "en el pozo de los carrizos"
Texistepec "cerro de caracolillos"	<i>oochi' m</i>	<i>oochi' jem</i> "caracolillo" + "lugar de. . ." = "lugar de caracolillos"
Jáltipan "sobre la arena"	<i>pu' mayem</i>	<i>pu' i jem</i> "arena" + "lugar de. . ." = "arenal"
Sayula "donde hay muchas moscas"	<i>uuxcopa' c</i>	<i>uuxu' c</i> "rondador, chaquiste" (una mosquilla molesta) + "cerro" <i>copa' c</i> = "cerro del chaquiste"
Tuxtla "donde hay muchos loros"	<i>ovatim</i>	<i>ova tim</i> "loro" + ? = "donde hay loros"



Hombres y mujeres mayas en el mercado de Tizimin, Yuc. Su idioma, que ellos denominan *maya t'an*, dio nombre a toda la familia lingüística a la que pertenecen

16. Familia maya

Esta familia lingüística consta, más o menos, de veinticinco lenguas, pues existen formas de habla como el itzá, mopán, lacandón y otras que no deben considerarse como lenguas independientes, sino como dialectos. La mayoría de las lenguas que forman esta familia se habla en territorio guatemalteco; solamente unas cuantas se hablan en México. El número total de hablantes de lenguas mayas (o mayenses, mayanas, mayances o maya-quichés, como también se les designa), tanto en México como en Guatemala, gira alrededor de los 2.5 millones.

Varios lingüistas han tratado de clasificar las lenguas mayas en grupos atendiendo a sus afinidades internas. Una de las más recientes clasificaciones es la de Norman A. McQuown, que a continuación transcribimos con ligeras modificaciones:

A) huasteco y chicomuceltecó (o cotoque, lengua muerta)

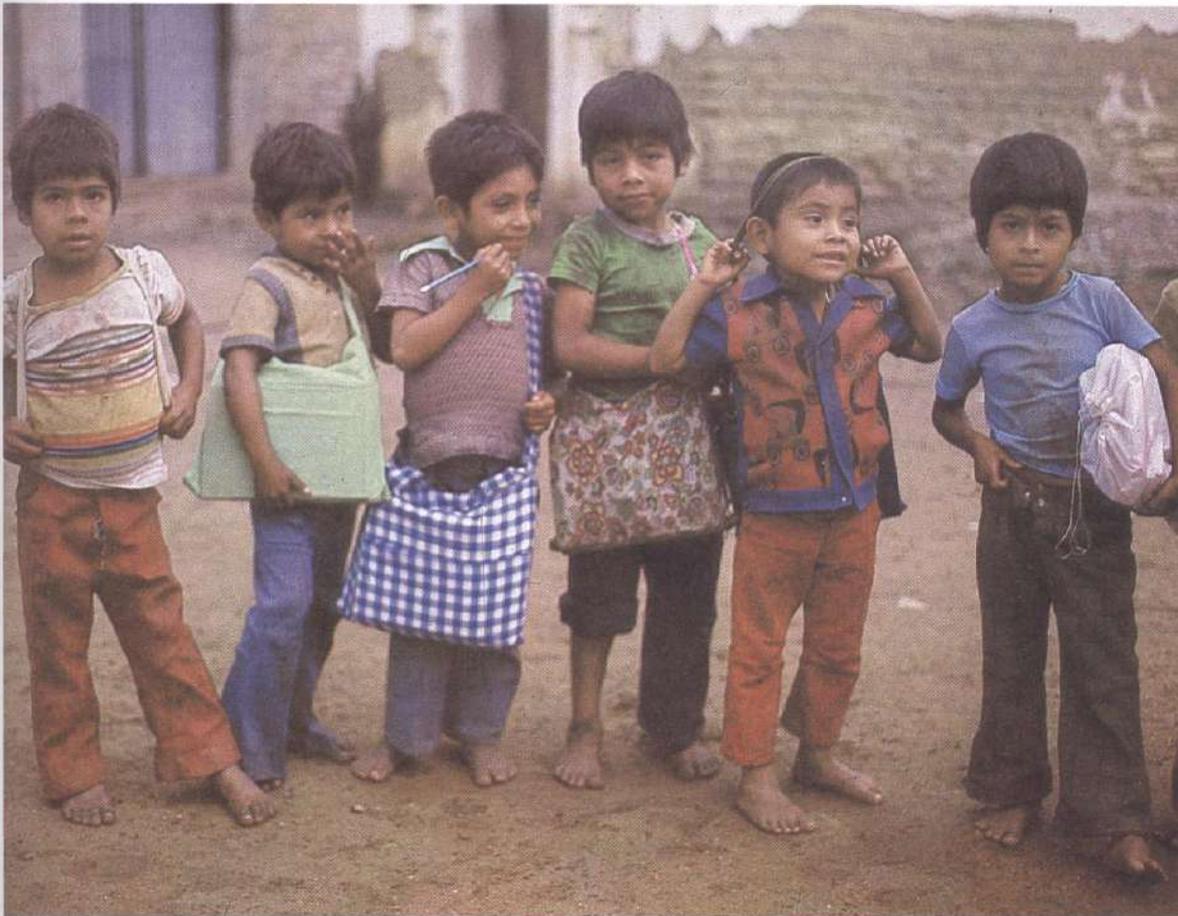
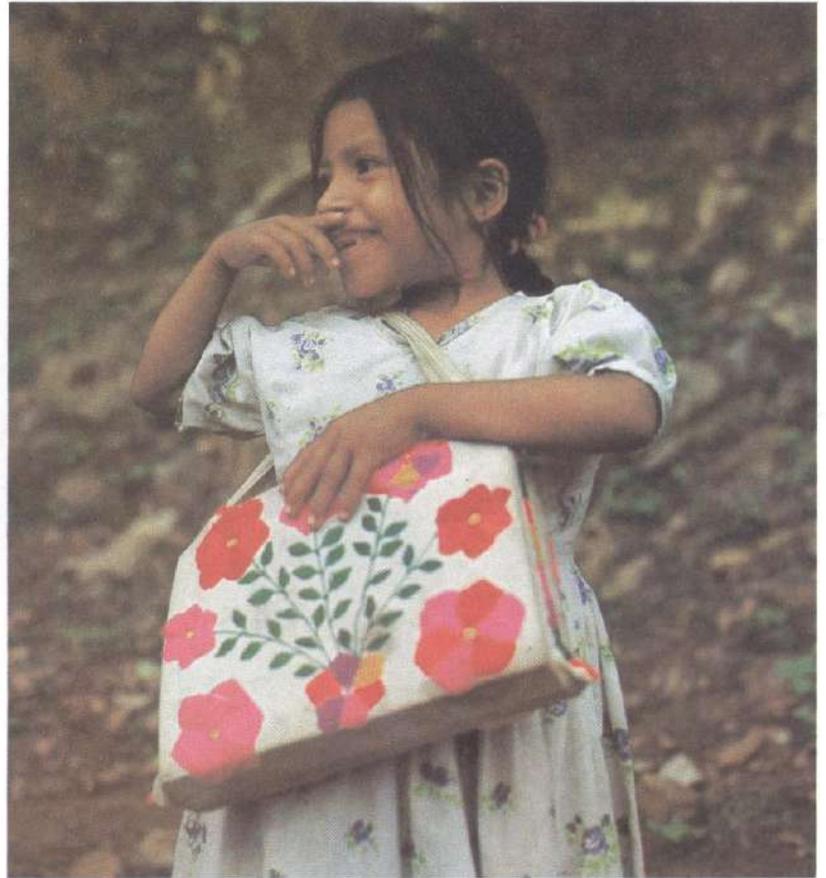
- B) chol, chontal y chortí
- C) tzeltal, tzotzil y tojolabal (o chañabal)
- D) chuj
- E) kanjobal, jacalteco y solomeco
- F) motozintleco
- G) mam, teco, aguacateco e ixil
- H) quiché, rabinál-achí, uspanteco, cakchiquel y tzutuhil
- I) kekchí, pocomchí y pocomán
- J) yucateco y sus dialectos: lacandón, mopán e itzá

Las lenguas mayas que se hablan en territorio mexicano, con un número total de hablantes de 750,000 aproximadamente, son:

1. huasteco
2. yucateco y lacandón
3. chol y chontal
4. tzeltal, tzotzil y tojolabal
5. motozintleco
6. teco y mam

Huasteco

Desde hace doscientos años se ha sabido de la existencia de dos dialectos: el potosino, que se habla ahora en el sureste del estado de San Luis Potosí, y el veracruzano, del norte del estado de Veracruz; investigaciones recientes indican que, además de estos dos dialectos mayores hay otros dos menores, también en Veracruz. El dialecto potosino es hablado, entre otras comunidades, en Tanlajás, San Antonio, Coxcatlán y General Pedro Antonio de los Santos; el veracruzano se utiliza en las comunidades de Amatlán-Tuxtán, Tantoco y Contla, entre otras. El número total de hablantes de ambos dialectos es de 66,000, de los cuales 38,000 corresponden al dialecto potosino y 28,000 al veracruzano, en números redondos. El huasteco se encuentra separado por más de 2000 kilómetros de las demás lenguas mayas. El chicomucelteco, estrechamente emparentado con el huasteco, es actualmente lengua muerta. Se habló en el sureste del estado de Chiapas.



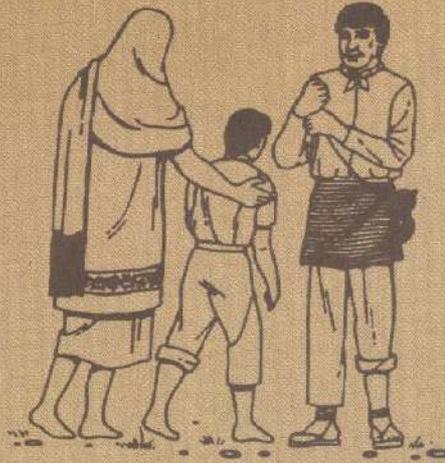
Niña huasteca de Tamapatz, SLP. El huasteco pertenece a la familia maya, pero la cultura de los huastecos es más similar a la de sus vecinos de otras familias lingüísticas que a la de los otros mayas (arriba)

Un maestro bilingüe les enseñará a estos niños huastecos de San Luis Potosí la lengua oficial (el español) cuando pasen al segundo año de primaria (abajo)

CLASIFICADORES DEL MAYA YUCATECO



—*cuul*
objetos delgados hincados verticalmente (árboles, postes, estacas, etc.).



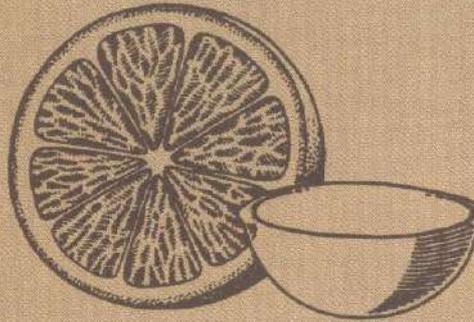
—*tu'ul*
animales o gente, seres animados.



—*hay*
cosas planas o delgadas (pliegos de papel, mantas).



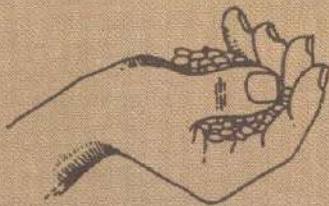
—*lot*
pares (p.e.: calzado).



—*xeet'*
mitades o trozos (medias jicaras, planas de escritura, cuartos de animales).



—*K'ax*
manojos atados (palma, cigarrillos).



—*lap'*
puñados



—*muuch'*
grupos (bandada de pájaros, grupo de personas).



—*dziit*
cosas largas y no delgadas (vigas, canoas, colmenas, plátanos).



—*uol*
cosas boludas (pellas de masa, copos de algodón, etc.).

—*p'ee'*
objetos sin especificar



Yucateco y lacandón

El yucateco con el lacandón, el mopán y el itzá forman el grupo denominado maya peninsular. El mopán y el itzá se encuentran en el Petén, Guatemala. El yucateco o maya propiamente dicho se habla en los estados de Yucatán, Campeche y Quintana Roo. El número de hablantes es alrededor de 350,000, la mayoría de los cuales habla también español, excepto en algunas pequeñas comunidades de Quintana Roo, donde solamente se habla el yucateco. También hay unas cuantas comunidades en Belice, en la frontera con Quintana Roo, donde se habla el yucateco. El lacandón se habla en la región nororiental del estado de Chiapas, colindando al este con Guatemala y al oeste con el área tzeltal-tzotzil. No obstante que el número de

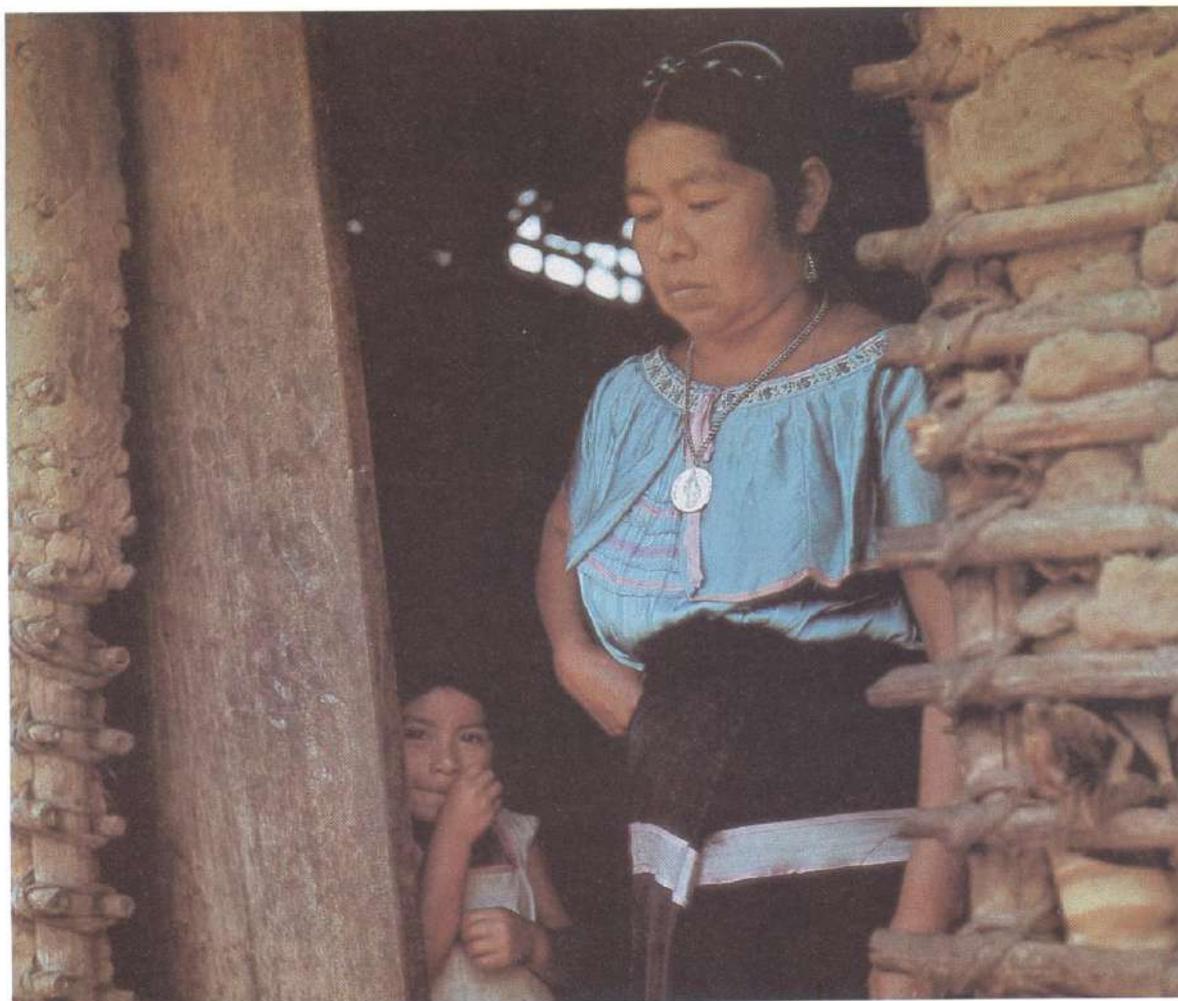
sus hablantes es muy reducido, unos 300, se divide en cuatro grupos con algunas diferencias: Piedras Negras, San Quintín, Lacanjá y Petjá.

Chol y chontal

El chol y el chontal, junto con el chortí, forman un grupo dentro de la clasificación general de las lenguas mayas. El chol se localiza en la región septentrional del estado de Chiapas en una área que abarca, más o menos, de norte a sur, desde Salto de Agua hasta Yajalón, y de poniente a oriente, desde el cerro de San Juan hasta Sabanilla y Tapijulapa. Existen asimismo unas cuantas comunidades de habla chol en el estado de Tabasco próximas a la región chol de Chiapas, con unos 1,700 hablantes. El número

Interior de una casa lacandona en Nahá, Chis. Generalmente los lacandones cocinan, comen y duermen dentro de una sola casa cuyas paredes son de tablas de palo de corcho

Mujer chol de Tila, Chis. Los primeros estudios de las lenguas mayas las separaban en «de las tierras bajas» y «de los altos». Esta división puramente geográfica es insostenible



de hablantes de chol en ambos estados es de 64,816, de los cuales 29,918 hablan solamente lengua indígena y 34,898 hablan además español. El chontal ocupa el área central del estado de Tabasco. Se identifican, cuando menos, dos dialectos: el de la llamada zona costera y el del centro sur, éste se conoce como yocotán. El chontal se habla, entre otros, en los municipios de Frontera, Centro, Nacajuca y Macuspana; en este último se encuentra la mayor cantidad de hablantes. El número total de chontales es alrededor de 60,000, la mayoría de los cuales habla también español.

Tzeltal, tzotzil y tojolabal

Estas tres lenguas forman un grupo dentro de la clasificación general de las lenguas mayas. El tzeltal se localiza en la región nororiental del estado de Chiapas, con comunidades de Los Altos, como son Tenejapa, Chanal, Abasolo, San Carlos Altamirano, Oxchuc y Tenango, que hablan una variedad distinta a la de Los Bajos como Sibacá, Ocosingo, Guaquitepec, Sitalá, Bacha-

jón, Chilón, Teopisca y otras, con un número total de alrededor de 120,000 hablantes, la mayoría de los cuales sólo habla su lengua indígena. El tzotzil se localiza en la región central montañosa del mismo estado; también se divide en comunidades de las tierras altas como Chamula, Zinacantán, Mitontic, Chilil, etc., y en comunidades de las tierras bajas como Simojovel, Amatán, El Bosque, Huitiupán y otras localidades más; el número de sus hablantes es alrededor de 80,000, la mayoría de los cuales solamente habla tzotzil. El tojolabal o chañabal se localiza en la región suroriental del mismo estado de Chiapas; se habla en Comitán, San Carlos Altamirano, La Trinitaria y Las Margaritas, entre otras comunidades, para un total de aproximadamente 12,000 hablantes, que en su mayoría sólo hablan tojolabal.

Motozintleco

Solamente lo hablan unas 600 personas en Motozintla y sus alrededores, en el sureste del estado de Chiapas.

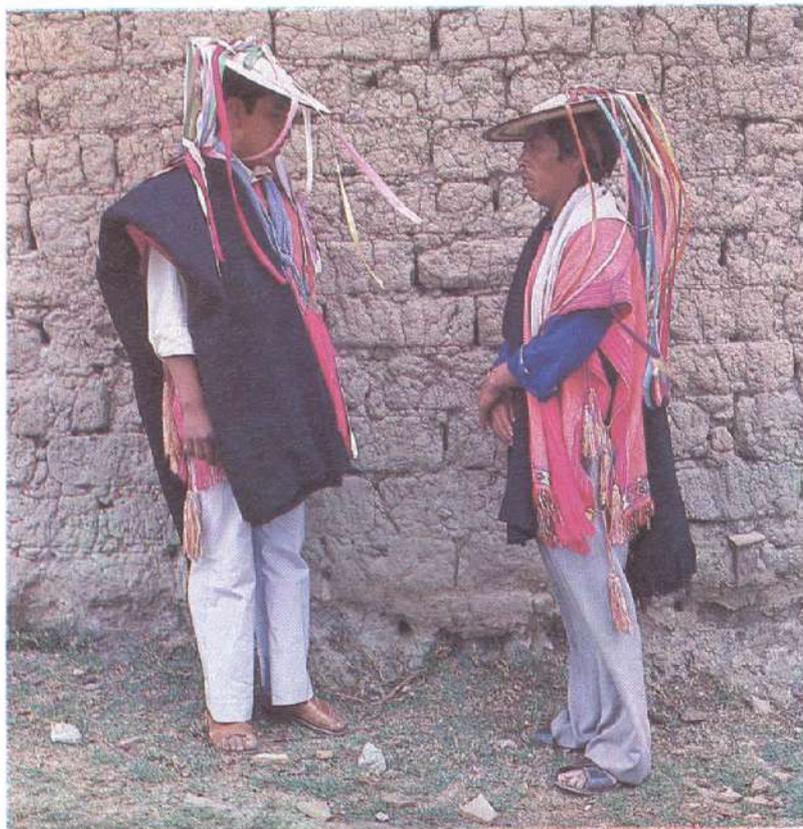
Teco y mam

El teco era una lengua hasta hace poco desconocida para los investigadores. Su «descubridor», Terrence Kaufman, la estudió y con ella y el mam hizo un grupo dentro de las lenguas mayas. Se habla en el sureste del estado de Chiapas y en el occidente de Guatemala, por unos 3000 individuos aproximadamente. El mam también se localiza en la misma región donde se habla el teco; tiene un total de aproximadamente 350,000 hablantes, la mayoría de los cuales se encuentra en Guatemala.

Todas las lenguas mayas tienen, en general, los mismos sonidos o fonemas. Las consonantes de las lenguas mayas de México se pueden representar por las letras o grupos de letras que en orden alfabético es: *b', d, ch, ch', j, k, k', k^w, k^{w'}, l, m, n, ñ, p, p', r, s, t, t', t^h, ts, ts', w, x, y, ';* obsérvese que entre los anteriores hay varios signos que aparecen por pares, corresponden a un rasgo fonético compartido por la familia entera, rasgo consistente en que las consonantes oclusivas sordas existen en dos series, una sencilla (*p, t, ts, ch, k, k^w*) y otra glotalizada (*p', t', ts', ch', k', k^{w'}*), a la segunda serie se



Mujeres tzeltales de Oxchuc, Chis. El tzeltal y el tzotzil son dos idiomas bastante próximos entre sí que no se alejan tampoco mucho del grupo del chol



suma *b'*, sin contraparte sencilla. También es común a todas las lenguas mayas el tener por lo menos cinco vocales como las del español: *a, e, i, o, u*; algunas tienen una sexta vocal *i'* y algunas tienen asimismo las primeras cinco vocales alargadas. La falta de acento significativo es otro rasgo característico de estos idiomas, pero el yucateco y el chontal, entre los idiomas mayas mexicanos, lo tienen.

En general las lenguas mayas tienen dos series de pronombres cuyas posiciones y reglas de uso son semejantes, aunque cada idioma tenga sus peculiaridades relacionadas con ciertos rasgos de significado. En yucateco, por ejemplo, hay una serie de pronombres que sólo funciona como sujeto de expresiones verbales, en tanto

Tzotziles de San Juan Chamula, Chis. Su vestido se compone de falda de lana negra, sostenida por una gruesa faja roja, blusa blanca con bordados rojos y un grueso rebozo de lana azul (arriba)

Varones de Zinacantán, Chis., de lengua tzotzil como la de Chamula; en cambio, el vestido zinacanteco es muy diferente (abajo)

que la segunda serie puede tener doble función, como sujeto (con limitaciones) o como objeto o complemento. La primera serie es siempre sujeto, aunque las expresiones verbales pueden ser intransitivas o transitivas:

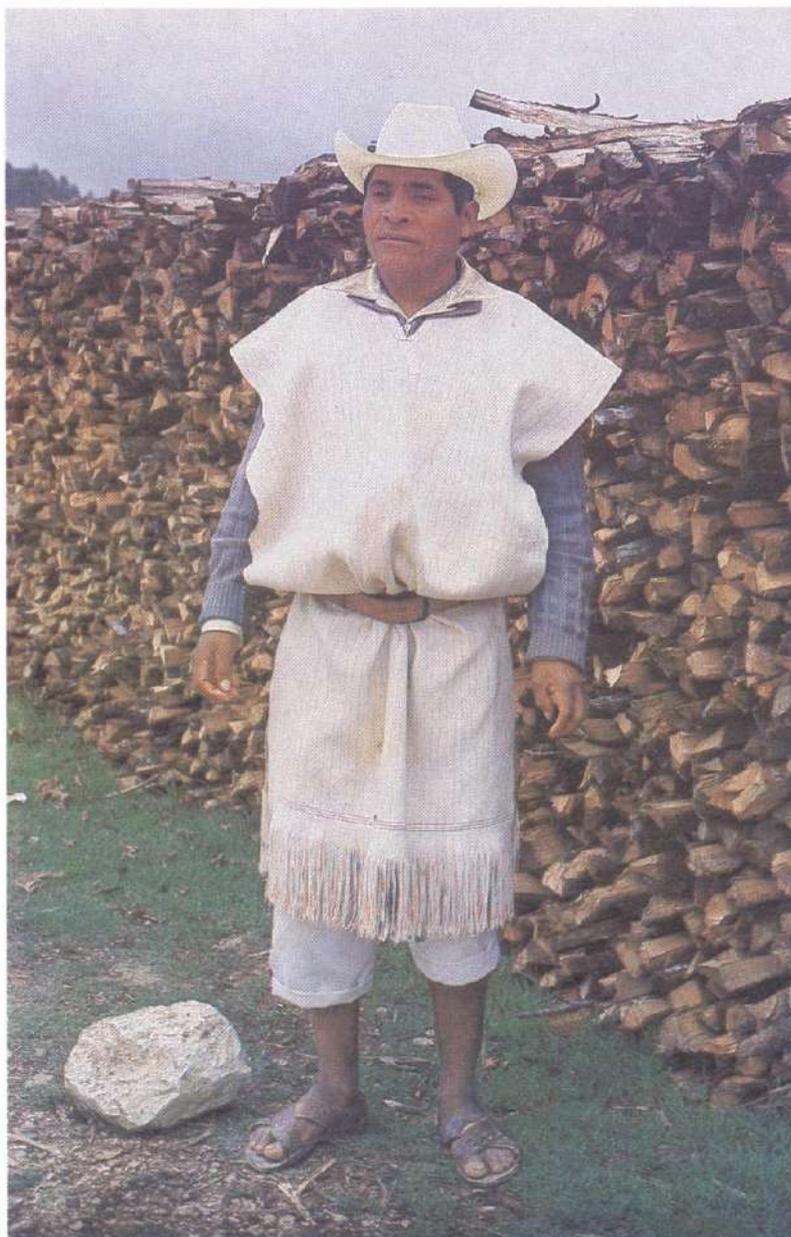
<i>k-IN bin</i>	“YO voy” (sujeto de intransitiva)
<i>k-A jantik waj</i>	“TÚ comes tortillas” (sujeto de transitiva)

La segunda serie funciona como sujeto de intransitivas y estativas (pero no de transitivas) o bien como objeto de transitivas:

<i>bin-EN</i>	“YO fui” (sujeto de intransitiva)
<i>box-ECH</i>	“TÚ eres negro” (sujeto de estativa)
<i>t-u bisaj-EN</i>	“ÉL me llevó” (objeto de transitiva)
<i>t-in lúubsaj-ECH</i>	“YO te tumbé” (objeto de transitiva)

Es también característica de estas lenguas la serie de elementos llamados clasificadores que se combinan con los numerales para indicar ciertas propiedades de los objetos que se enumeran, como por ejemplo si son animados o inanimados, si son redondos, alargados, planos, si se cuentan por pares o montones, etc. Así, en tzeltal el clasificador *-tujl* se refiere a seres humanos: *jo' -tujl ants* “cinco mujeres”; *-kojt* se usa para contar animales: *ox-kojt chitam* “tres cerdos”, etc. Estos clasificadores alcanzan en varias lenguas un número extraordinario, como en yucateco que tiene más de 40, muy específicos, pero se puede dar el lujo de usar algunos más bien generales, como *-túul* que se refiere en general a cualquier ser animado, sea persona o animal: *hun-túul máak* “una persona”, *ka' -túul pek'* “dos perros”, en tanto que *-p' éel* sirve para contar objetos inanimados: *óox-p' éel nah* “tres casas”.

En toda el área de las lenguas mayas se conservan muy numerosos nombres de lugar que pertenecen al idioma que se habla, o que se habló en una época, en esa región. En tanto que en Guatemala y Chiapas se introdujeron nombres de lugar de otros idiomas, en especial del náhuatl, en la península de Yucatán es especialmente notoria la ausencia de nombres que no pertenezcan al maya yucateco, algunos ejemplos son los siguientes:



Chichén Itzá se compone de las palabras mayas *chi'* “orilla, borde”, *ch'e'en* “pozo, cueva”, e *itsá*, que es el nombre de un grupo étnico conocido en los documentos históricos como los *itzáes* (compuesto a su vez de *its* “brujo” y *ja'* “agua”, esto es, “brujos del agua”). *Chi'ch'e'en itsá* significa así «Junto al pozo de los itzáes», haciendo referencia, indudablemente, al famoso cenote sagrado de la conocida zona arqueológica.

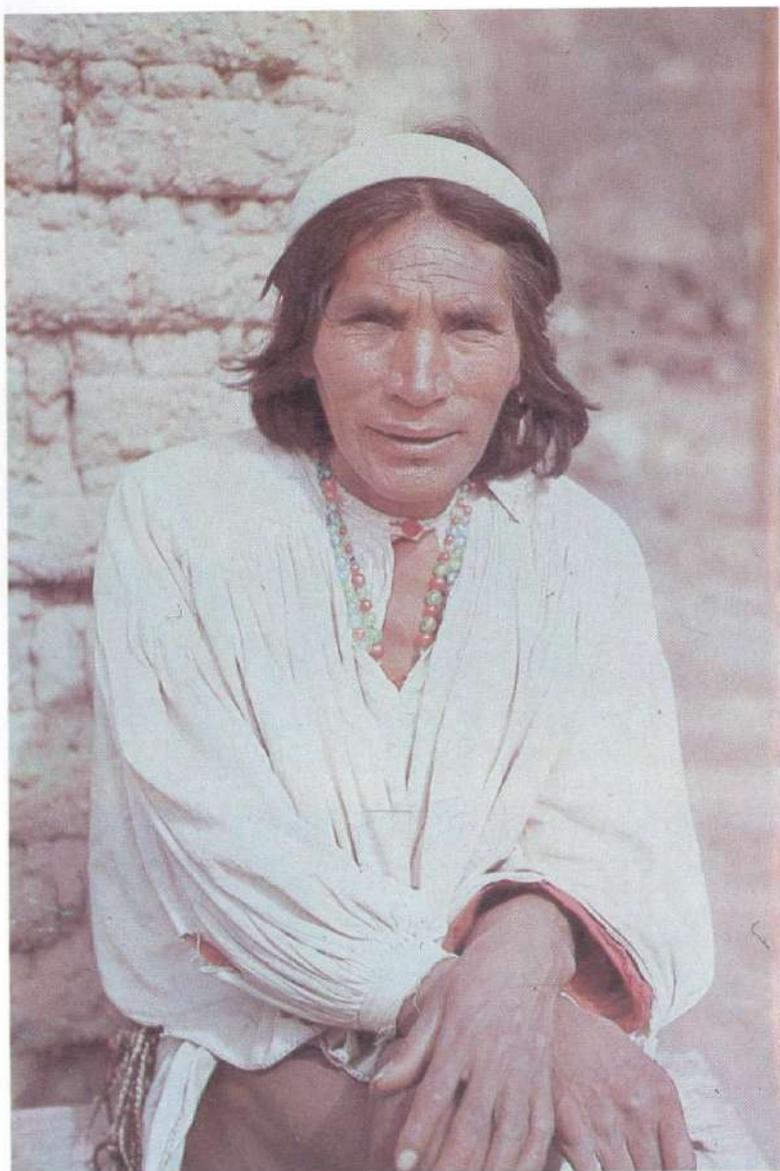
La prenda más característica del atuendo masculino de San Juan Chamula, Chis., es el largo cotón de lana, complementado por camisa y calzón blancos, huaraches y sombrero

Tulum viene de *tul* "alrededor, lo cercano" y *lu'um* "tierra, población", y significa «tierra (o población) cercada», lo que describe muy bien a Tulum como ciudad amurallada.

Kalakmul, nombre de otra zona arqueológica, se deriva de *ka'* "dos", *láak'* "junto, al lado" y *múul* "cerro", por lo tanto significa «los dos cerros vecinos».

Pustunich, nombre de una población, quiere decir «piedra gibosa», pues deriva de *p'us* "arco, giba" y *tunich* "piedra".

Tarahumara de Samadoque, Chih., hablante de una de las lenguas más septentrionales de la rama yutoazteca meridional



Kantunil viene de *k'an* "amarillo, precioso, abalorio", *tun* "piedra" y el sufijo *il*, que tiene función genitiva; por lo tanto, quiere decir «abalorio de piedras preciosas», pero como nombre de un poblado probablemente deba traducirse como «lugar de piedras preciosas», aunque no haya en el nombre una raíz que corresponda a "lugar" (como no lo hay en los dos ejemplos anteriores que, sin embargo, pueden entenderse como «lugar de los dos cerros vecinos» y «lugar de la piedra gibosa»). Es posible que Kantunil aluda a un lugar donde se fabricaban piedras preciosas.

17. Familia yutoazteca

La familia lingüística yutoazteca (conocida también con los nombres de utoazteca, yutonahua y tañoazteca) agrupa a un número muy elevado de idiomas, tanto en uso como extintos, cuya distribución excede las fronteras políticas de nuestro país. Idiomas de esta familia, en efecto, se hablan o se han hablado, además de México, en regiones que actualmente quedan dentro de los límites de los Estados Unidos de Norteamérica, así como de los de varios países de Centroamérica. El nombre mismo de «yutoazteca» se refiere precisamente a los límites extremos de la distribución geográfica alcanzada por dos de los idiomas de esta familia: al norte el ute, yute o, mejor, grupo de lenguas yutanas (o lenguas númicas según se les prefiere llamar actualmente); al sur el «azteca», mejor conocido como *náhuatl*, e incluso mexicano. La yutoazteca es la familia de lenguas más extendida en nuestro país y, tomando en cuenta las lenguas de la misma que se hablan fuera de México, una de las principales del continente. Algunos especialistas han apuntado posibles relaciones entre la yutoazteca y otras familias lingüísticas de América, como la penutiana, la taño-caigua (de donde proviene la designación de familia tañoazteca), la cuitlateca, etcétera.

Si bien las relaciones externas que se han propuesto están todavía sujetas a investigación, la existencia de la familia misma es innegable, pues hay un gran número de correspondencias sistemáticas (véase el capítulo *Cómo se reconoce una familia de lenguas*) que permiten reconstruir una lengua antigua a la que se ha llamado *proto-yutoazteca*. Una pequeña mues-

tra ilustra las semejanzas, como puede verse en el cuadro de abajo.

En la historia de los estudios yutoaztecanos, que se iniciaron ya en el siglo pasado, diferentes autores han propuesto diversos grupos que, naturalmente, no tienen por qué coincidir con las divisiones políticas.

Una de las clasificaciones más recientes y más sólidamente fundamentadas se debe a W. R. Miller, quien propone cinco grandes ramas, subdivididas algunas de ellas en grupos y subgrupos de lenguas, como sigue:

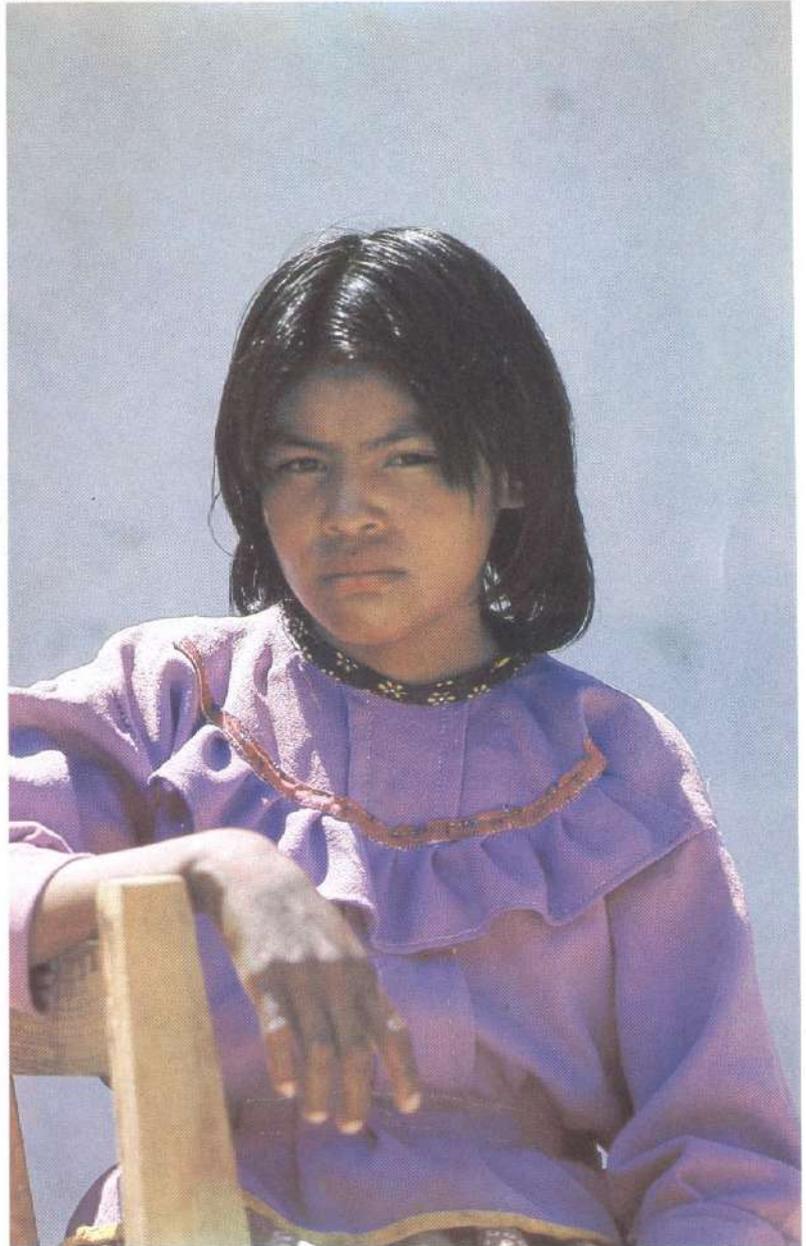
Rama númica

Esta rama abarca tres grupos: 1) númico occidental, que incluye los idiomas mono y paviotso o payute del norte y varios dialectos de éste, denominados bannock; 2) númico central, que comprende los idiomas panamint, shoshoni y comanche; 3) númico meridional, formado por los idiomas kawaiisu, yute, chemehuevi y payute del sur.

En el pasado estas lenguas abarcaban una gran extensión que hoy queda comprendida en los estados de Oregón, Idaho, Wyoming, Nevada, California, Utah y Colorado. Actualmente, en pequeñísimas porciones del mismo territorio, siguen habitando hablantes de lenguas númicas, cuyo número —otrora elevado— sobrepasa con dificultad los siete mil.

Rama tubatulabal

Está representada por una sola lengua, la tubatulabal, hablada actualmente por sólo un puñado de ancianos cerca de Bakersfield, en California.



Niña tarahumara de Chihuahua. Su sencillo atavío, introducido e impuesto por los misioneros, refleja la característica sobriedad del grupo

CORRESPONDENCIAS DE LAS LENGUAS YUTOAZTECAS

	COMANCHE	TUBATULABAL	PÁPAGO	TARAHUMARA	YAQUI	HUICHOL	NÁHUATL
yo	ní'	nik	'aanih	nehé	'inepo	né	ne'hua
tú	'ini	'impi	'aapih	muhé	népo	'ekī	te'hua
luna	mía-	mīiya-	maxat	mechá	mécha	mésa	metz-
piedra	típi	tīnt	—	rité	téta	téete	te-
agua	paa	paal	—	ba'hui	báa'a	haa	aa-
fuego	—	—	tai	na'í	táhi	tái	tle-



Músicos coras de Nayarit. Este grupo, estrechamente emparentado con el huichol, es el más sureño de la rama lingüística sonoreña.

Rama tákika

Esta rama está subdividida en dos grupos: 1) serrano-gabrieleño, que comprende los idiomas serrano, gabrieleño y kitanemak, y 2) cupeño, con los idiomas cupeño, cahuila y luisseño. Esta rama podría considerarse extinguida si no fuera por los aproximadamente 300 hablantes con que todavía cuenta, en total, el grupo cupeño (el idioma cupeño, menos de 10; luisseño, entre 100 y 200; cahuila, entre 10 y 100 hablantes). Se sabe también de la existencia de otras lenguas que posiblemente estuvieron estrechamente relacionadas con

las de este grupo: nicoleño, juaneño y giamina. Todos estos idiomas se hablan o se hablaron en el sur del estado de California, razón por la cual esta rama era denominada hasta hace poco «shoshoni de la California meridional».

Rama hopi

Está representada, al igual que la tubatulabal, por un solo idioma, el hopi, hablado en la actualidad por no más de 5000 personas en varias localidades situadas al noreste de Arizona, en Estados Unidos.

Rama meridional

Está repartida en dos grandes grupos: A) grupo sonoreense y B) grupo aztecaño o nahua. A su vez, cada uno de estos grupos consta de varios subgrupos. Así, en el grupo sonoreense se distinguen cuatro subgrupos: 1) pimano, formado por el pima alto, el pima bajo, el tepehuano del norte y el tepehuano del sur; 2) tarahumara-cahita, que comprende tres idiomas; tarahumara-varohío, ópata-eudeve y cahita (este último es un solo idioma aunque se le conoce comúnmente con dos nombres: yaqui y mayo; de manera semejante, tarahumara varohío son dos nombres de una lengua, como ópata y eudeve); 3) tubar, y 4) cora y huichol. Las lenguas ópata-eudeve y tubar dejaron de hablarse hace mucho tiempo, pero nos han quedado de ellas diversos testimonios (gramáticas, vocabularios). Por diversos medios sabemos asimismo de la existencia de muchas otras lenguas de este grupo que también se han extinguido: névome, tepecano, jova, concho, suma-jumano, ocoroni,

guazapar, témori, huite, macoyahue, conicari, tepahue, etcétera.

A pesar de todas esas pérdidas, el grupo sonoreense se encuentra todavía bien representado y con muchos miles de hablantes distribuidos en varios estados del norte de México: Sonora (pima alto —que se habla también en el sur de Arizona—, pima bajo, cahita), Chihuahua (tepehuano del norte, tarahumara-varojío), Sinaloa (cahita), Durango (tepehuano del sur), Jalisco (tepehuano del sur, cora), Nayarit (cora, huichol).

El grupo aztecaño o nahua está representado en la actualidad por un solo idioma: el náhuatl o mexicano, aunque hablado con diversas variantes regionales más o menos bien definidas. Pertenece también a este grupo, desde luego, el llamado *náhuatl «clásico»* (es decir, el náhuatl que escucharon y registraron los españoles a principios del siglo XVI), así como el llamado pipil o náhuatl que se habló en Centroamérica (Guatemala, El Salvador, Honduras), el nahuatlato y el nicarao hablados en Nicaragua. El náhuatl es, sin duda, el «pariente» más ilustre



Adolescente cora de Nayarit. Quienes hablan este idioma viven también en parte de Jalisco y conservan muy fielmente muchos aspectos de su cultura tradicional



Nahuas de Cuetzalan, en la sierra norte de Puebla. El náhuatl es la única lengua del grupo azteca y el más extendido geográficamente de los idiomas yutoaztecas, desde Zacatecas hasta Nicaragua

de la familia, por haber sido la lengua de un vasto imperio y de una gran cultura: la de los aztecas, quienes se encargaron de difundirla por todos los confines de su imperio. Por esta razón, el náhuatl es con seguridad el idioma yutoazteca que ha logrado mayor extensión geográfica y, por consiguiente, mayor número de hablantes. El náhuatl, además, posee carácter de *lengua universal*, en virtud de la cantidad de términos de esa lengua que los españoles difundieron en el resto del mundo: *tomate, chocolate, aguacate, cacahuete* son algunos de los aztequismos adoptados por muchas lenguas, sin contar todos aquellos adoptados por el español, y en especial el español de México. Se estima que actualmente el número de nahuatlato (es decir, personas hablantes de náhuatl) asciende a una cifra ligeramente superior al millón. Hoy día los principales núcleos de hablantes de esta lengua se localizan en los estados de Morelos, México, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, Guerrero y en el Distrito Federal.

Es una de las características sobresalientes del conjunto de lenguas yutoaztecas el tener sistemas vocálicos bastante simples, ya que el número de fonemas vocales raramente excede las clásicas cinco: *a, e, i, o, u* (aunque por lo regular con timbres muy diferentes), y aun se da el caso de que sólo lleguen a cuatro: *a, e, i, o*, como sucede en el náhuatl, donde la última tiene un timbre intermedio entre *o* y *u* del español.

Sin embargo, a estas cuatro o cinco vocales se suma por lo general la cantidad vocálica, esto es, que hay vocales cortas y largas, como sucedía en latín.

En la mayoría de estas lenguas el acento es distintivo, como sucede en el español: *tomo / tomó, él bebe / el bebé*, etc., aunque en otras tiene un lugar predecible, como sucede en el náhuatl, donde el acento cae automáticamente en la penúltima sílaba: *TenochTITlan, TezoZOMOC, molCAXitl, TEpetl*, etcétera.

También es característico de las lenguas yutoaztecas el *sufijo de absoluto* que, a decir verdad, cumple diferentes funciones gramaticales en distintas lenguas pero en varias, como en el náhuatl, se pospone a todas las raíces sustantivales para indicar que están en «estado absoluto», es decir, cuando el sustantivo no se ha modificado por algún procedimiento gramatical (como llevar un posesivo, entrar en composición, etc.) pues cuando esto último sucede, el sufijo en cuestión se suprime automáticamente. En náhuatl adopta tres formas, en *-tl* cuando la raíz sustantival termina en vocal: *tláca-tl* "hombre", *huéhue-tl* "tambor", *xóchi-tl* "flor", *tóto-tl* "ave"; *-tli* cuando la raíz termina en cualquier consonante, excepto en *l*: *cac-tli* "huarache", *ten-tli* "labio", *tlach-tli* "juego de pelota", *metz-tli* "luna"; *-li* cuando la raíz acaba en *l*: *cal-li* "casa", *xal-li* "arena", *chil-li* "chile", *tonal-li* "calor".



El tepehuano, que se habla principalmente en el Estado de Durango, pertenece a la rama meridional de la muy extendida familia yutoazteca

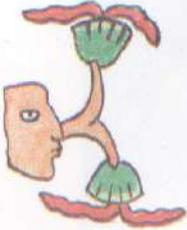
Característico de estas lenguas —aunque no exclusivo de ellas, pues se da en otros idiomas mexicanos— es el hecho de que muchos sustantivos no existen en realidad en su forma absoluta, sino siempre acompañados de un pronombre posesivo (distinto, por supuesto, según el poseedor o los poseedores), por lo que los sustantivos en general pueden separarse en dos grandes clases: *enajenables* e *inenajenables*. Entre estos últimos, que obligatoriamente deben acompañarse de algún pronombre posesivo, están aquellos que designan partes del cuerpo humano o de animales, partes de plantas, términos de parentesco, etcétera.

Otro rasgo muy difundido entre las lenguas yutoaztecas es el de la reduplicación parcial de raíces verbales y sustantivales (esto es, se repite parte de la raíz), principalmente con funciones de pluralización y de intensificación; por ejemplo, en náhuatl *tlácatl* “hombre”, *tlatláca* “hombres”; *mízton* “gato”, *mimíztin* “gatitos”; *tlapoa* “abrir”, *tlatlapoa* “abrir mucho, muy abierto”; en yaqui *béokte* “relámpago”, *beobéokte* “relampaguear”; *chépte* “brincar”,

chepchépte, “brincar varias veces”, y así en otros idiomas.

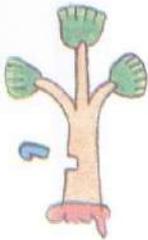
Existen abundantes topónimos yutoaztecas en todos los territorios en que se hablan o han hablado estas lenguas. Son, desde luego, más numerosos en las regiones donde los hablantes de estos idiomas se establecieron permanentemente que en aquellas simplemente frecuentadas por grupos nómadas. En México, por haber predominado los grupos sedentarios, los nombres de lugar yutoaztecas son en extremo abundantes. Las lenguas de esta familia poseen, por lo general, determinados morfemas que se usan casi exclusivamente en la formación de topónimos. En náhuatl, por ejemplo, los sufijos *-co* (y su variante *-c*), *-tlan*, *-can*, *-yan*, *-pan* y algunos otros ocurren en numerosísimos nombres de lugar, pues expresan respectivamente «lugar de. . .», «en», «lugar donde abunda. . .», «el lugar donde se hace tal cosa», «lugar especial para hacer tal cosa», «sobre. . .» y, en general, la locación, como puede ilustrarse con el análisis de los nombres de algunas capitales o estados de nuestro país.

NOMBRES DE LUGAR YUTOAZTECA



OAXACA, Oax., deriva de *Uaxcac*, que se compone de:
uax(is) "guaje", leguminosa que produce semillas comestibles
yécatli "nariz" y, por extensión, "extremo, punta, inicio"
-c sufijo locativo ("en") que forma nombres de lugar; la variante *-co* se usa después de vocal

Uaxcac significa:
 Donde comienzan los guajes



CUERNAVACA, Mor., deriva de *Cuahnáhuac*, que se compone de:
cuáuh(tli) "árbol, bosque"
-náhuac "entre"

Cuahnáhuac significa:
 Entre el bosque



JALAPA, Ver., deriva de *Xalapan*, que se compone de:
xal(tli) "arena"
apan "rio" (compuesto a su vez de *a(tli)* "agua" y *-pan* "encima, sobre, arriba, etc.")

Xalapan significa:
 Río de arena



TOLUCA, Méx., deriva de *Tollocan*, que se compone de:
tolloa "inclinarse la cabeza"
-lo variante del sufijo *-yo* "lo que caracteriza algo", usada después de una raíz que termina en *l*
-can sufijo formador de nombres de lugar usado después de *-yo* o *-lo*

Tollocan significa:
 Donde se inclina la cabeza



TUXTLA GUTIÉRREZ, Chis., deriva de *Tochtlan*, que se compone de:
tochtli "conejo"
-tlan sufijo formativo de nombres de lugar indicado que en ellos abunda lo que dice la raíz

Tochtlan significa:
 Donde hay muchos conejos



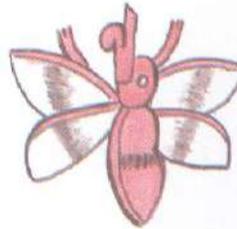
COLIMA, Col., deriva de *Coliman*, que se compone de:
acol(tli) "hombro", raíz de *acolhua* "los hombrudos"
-man antiguo formador de topónimos

Coliman significa:
 Lugar de los acolhuas; también podría ser la adaptación náhuatl de un nombre, cuyo significado se desconocería, en alguna lengua local



TLAXCALA, Tlax., deriva de *Tlaxcallan*, que se compone de:
tlaxcalli "tortilla" o, en sentido figurado "alimento, mantenimiento, sustento"
-lan variante de *-tlan* "donde abunda algo", usada después de una raíz que termina en *l*

Tlaxcallan significa:
 Donde hay mucha tortilla o Donde abunda el alimento o, como lo expresa un cronista, Lugar de mantenimientos



CHILPANCINGO, Gro., deriva de *Chilpancingo*, que se compone de:
chilpan "avispa colorada"
-tzin sufijo diminutivo
-go variante del sufijo formador de nombres de lugar *-co*, cuando va tras *n*

Chilpancingo significa:
 Lugar de avispas coloradas o Lugarcito de avispas coloradas, en náhuatl *tzin* y *co* van siempre en ese orden y nada indica si el diminutivo se refiere a la raíz o al lugar



ZACATECAS, Zac., es ya un nombre español, como lo muestra la *-s* del plural, era la forma abreviada de referirse a los indios zacatecos cuyo nombre deriva del náhuatl *zacateca*, plural de *zacatecatl* "gente del zacate" o "gente de Zacatlán", nombre que se compone de:
zácatli "zacate, hierba"
-tlan sufijo formativo de nombres de lugar que indica "donde abunda lo que indica la raíz"

Zacatlan significa:
 Herbazal, zacatal



CHIAPAS es, como el anterior, un nombre español: los (indios) chiapas, derivado del nombre geográfico *Chiapan*, que se compone de:
chia o *chian* "chia"
apan "rio"
Chiapan significa:
 Río de la chia



MICHOACÁN deriva de *Michuácan*, que se compone de:
mich(in) "pez"
hua "dueño, poseedor"
-can sufijo formador de nombres de lugar usado después de *hua* y en otros casos especiales

Michuácan significa:
 Donde tienen peces



JALISCO deriva de *Xalisco*, que se compone de:
xal(tli) "arena"
ixco "superficie", compuesto a su vez de *ix(tli)* "cara, faz, ojo" y el sufijo locativo *-co*
Xalisco significa:
 El arenal

En buena parte de la República Mexicana hay nombres de lugar yutoaztecos. Algunos son cahitas, como Cócorit (del yaqui *co'ocori* "chile"), otros tarahumaras (Guachochic, Tomochic, etc.), pero no cabe duda de que los más abundantes y difundidos proceden del idioma de los mexicas, puestos por ellos o por otros grupos nahuas que los precedieron en Mesoamérica, o "traducciones" de nombres de lugar en otras lenguas, como sucede con Oaxaca, que significa lo mismo que el zapoteco *Lula'a*.

La composición de estos nombres de lugar y la forma en que se han incorporado al uso cotidiano del español de México se ilustra en esta figura. En los ejemplos se ha escrito entre paréntesis el sufijo singular de los nombres, porque éstos son más conocidos con el sufijo pero lo pierden en ciertas condiciones cuando entran en composición.

Los jeroglíficos y los nombres de la columna de la izquierda están tomados directamente del *Códice Mendocino*. Los de la columna de la derecha han sido adaptados del mismo código siguiendo las reglas de la llamada escritura azteca.

18. Familia cuitlateca

Solamente conocemos una lengua, el cuitlateco, de esta familia ahora extinta que se hablaba en una gran extensión del actual estado de Guerrero (los municipios de San Miguel Totolapan, Ajuchitlán y Atoyac de Álvarez), sobre las márgenes del río Balsas, lo que constituía casi toda la provincia cuitlateca del imperio mexica; una pequeña parte quedaba dentro del reino tarasco. Es posible que hubiera anteriormente en la región otros idiomas de la misma familia, tal vez algunos de los que solamente sabemos el nombre, y que la expansión de los cuitlatecos primero y después el enfrentamiento que en sus terrenos tuvieron los mexicas y los tarascos las hayan hecho desaparecer. No tiene el cuitlateco parientes lingüísticos cercanos; parece que tiene cierta lejana afinidad con la familia yutoazteca y con una familia centroamericana y sudamericana, la chibcha. Desde principios de este siglo se aceleró la desaparición del cuitlateco, sustituido por el español. En 1960, Roberto Escalante recogió informaciones muy completas de la última persona que todavía lo hablaba y que ahora ha fallecido.

El cuitlateco no presenta muchos fonemas (sonidos) que no se puedan representar con el alfabeto del español; solamente vale la pena recordar el «saltillo», que se representa por ' , una sexta vocal que se transcribe con *i*, y una *lh* semejante a las *l* sordas que se encuentran en las lenguas hokano-coahuiltecas o las de la familia totonaca.

El nombre tiene la inflexión de número. El singular no se marca, pero el plural se expresa por medio de tres sufijos distintos: *mlhi' i* para seres animados no poseídos, *po* para nombres poseídos y *guili* para formar colectivos:

<i>ujki-mlhi' i</i>	“puercos”	(puerco-plur.)
<i>ajchi-po-yi</i>	“mis abuelos”	(abuelo-plur.-mío)
<i>kaway-guili</i>	“caballada”	(caballo-colectivo)

También puede llevar un artículo que, a diferencia del español, no está separado del nombre y tiene una sola forma que va prefijada:

<i>i-mijku</i>	“el perro”
<i>i-mijku-mlhi' i</i>	“los perros”

La posesión se expresa también por medio de sufijos que combinan persona y número; hay así seis sufijos, para primera persona singular,

para segunda singular, tercera singular, primera plural, segunda plural y tercera plural:

<i>lha-yi</i>	“mi casa”	(casa-mío)
<i>lha-yá</i>	“tu casa”	(casa-tuyo)
<i>ajchi-po-yi</i>	“mis abuelos”	(abuelo-plur.-mío)

El sistema de sufijos del verbo indica las tres personas en singular y plural y tres dimensiones de tiempo-aspecto: presente, pasado y futuro. Por ejemplo, *ka' bi-dí* “busco” (buscar-yo presente), *ka' bi-timí* “busqué” (buscar-yo pasado). Las raíces verbales que comienzan con vocal llevan además prefijos que indican el presente o el futuro singular y el futuro plural, pues la raíz sin prefijo indica el pasado: *m-óljo* “bebe”, *l-óljo' le* “beberemos”.

En la misma palabra verbal se expresa también el objeto de verbos transitivos, ya sea éste complemento directo o indirecto:

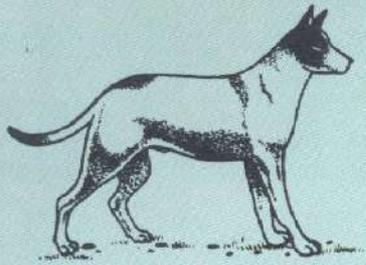
<i>camal-gu'i-di</i>	“yo lo pido”	(pedir-objeto-directo-yo)
<i>aj-pi-li</i>	“lo dio”	(dar-objeto-directo-él)
<i>n-e' lo-kwi-dí</i>	“lo pagaré”	(fut.-pagar-objeto indirecto-yo)

Para expresar la identidad o cópula, que en español se expresa con el verbo *ser*, el adjetivo puede tener inflexión de las tres personas del singular y el plural: *iskáli-mi* “soy bueno” (bueno-yo). En las expresiones o frases nominales antecede al nombre: *ixkibi'y i-kwartiyo* “el cuartillo chico” (chico el-cuartillo).

La oración tiene el orden sujeto-predicado-objeto-objeto indirecto, es decir, el mismo orden básico que en español: *mimi wijkwidimi nené' lhi kiníyi* “yo le compré muñecas (a) mi nieta”.

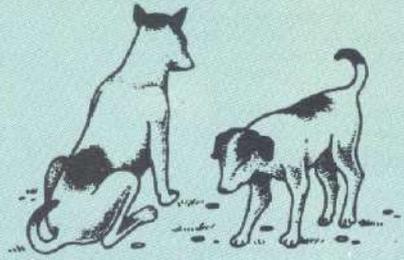
Se conocen algunos nombres cuitlatecos de lugares —no muy grandes— que son más conocidos por sus nombres en español. Nótese que aunque el sentido general es el mismo, el significado en detalle difiere un poco. Algunos de estos topónimos se forman con un sufijo *nó*, colectivo o abundancial:

Nombre cuitlateco	Componentes	Nombre en español
<i>yitzig (ui)-nó</i>	“armadillo-lugar”	Arroyo de armadillos
<i>xawilebi-nó</i>	“ilama (la fruta, como anona)-lugar”	Los Ilamos



mijku
perro

animado
no poseído

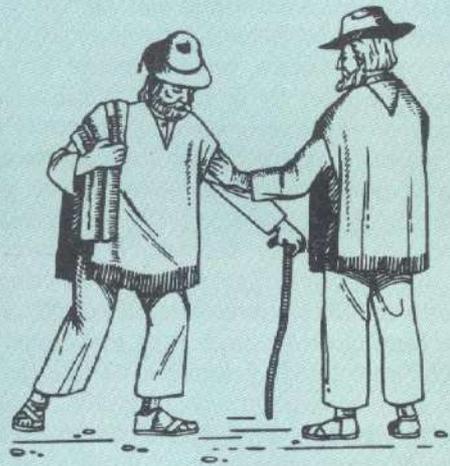


mijku-mhi'i
perros

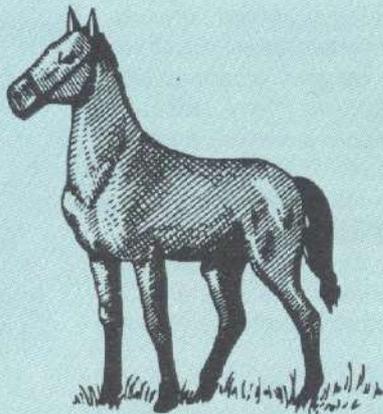


ajchi-yi
mi abuelo

animado
poseído

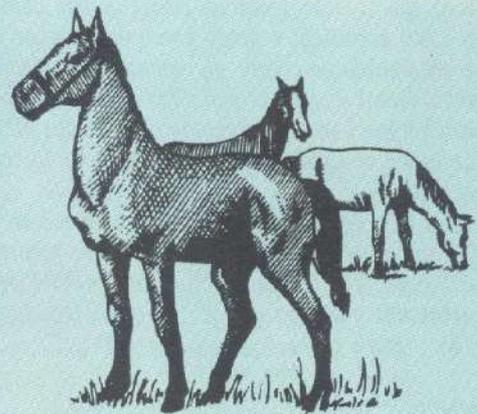


ajchi-po-yi
mis abuelos



kaway
caballo

colectivo



kaway-guñ
caballada

Otros nombres de lugar se forman con un verbo más un nombre o con un adjetivo más un nombre:

<i>-me' me-l-téjpi</i>	"come-lagarto" (verbo-nombre)	Valle Luz I
<i>ki' chu-l-yiximi'</i>	"demasiado-coyote" (adjetivo-nombre)	Loma de los Coyotes

19. Familia tarasca

El idioma tarasco o purhépecha es hablado actualmente por alrededor de 200,000 personas (posiblemente una cuarta parte de ellas sea todavía monolingüe) en el estado de Michoacán, principalmente en los alrededores del lago de Pátzcuaro y en la zona montañosa del sur y del

oeste del estado. En tiempos de la Conquista esta lengua se hablaba en una superficie mayor de Michoacán y también se había extendido a partes de los actuales estados de Guanajuato, Querétaro, Guerrero, Colima, Jalisco y México.

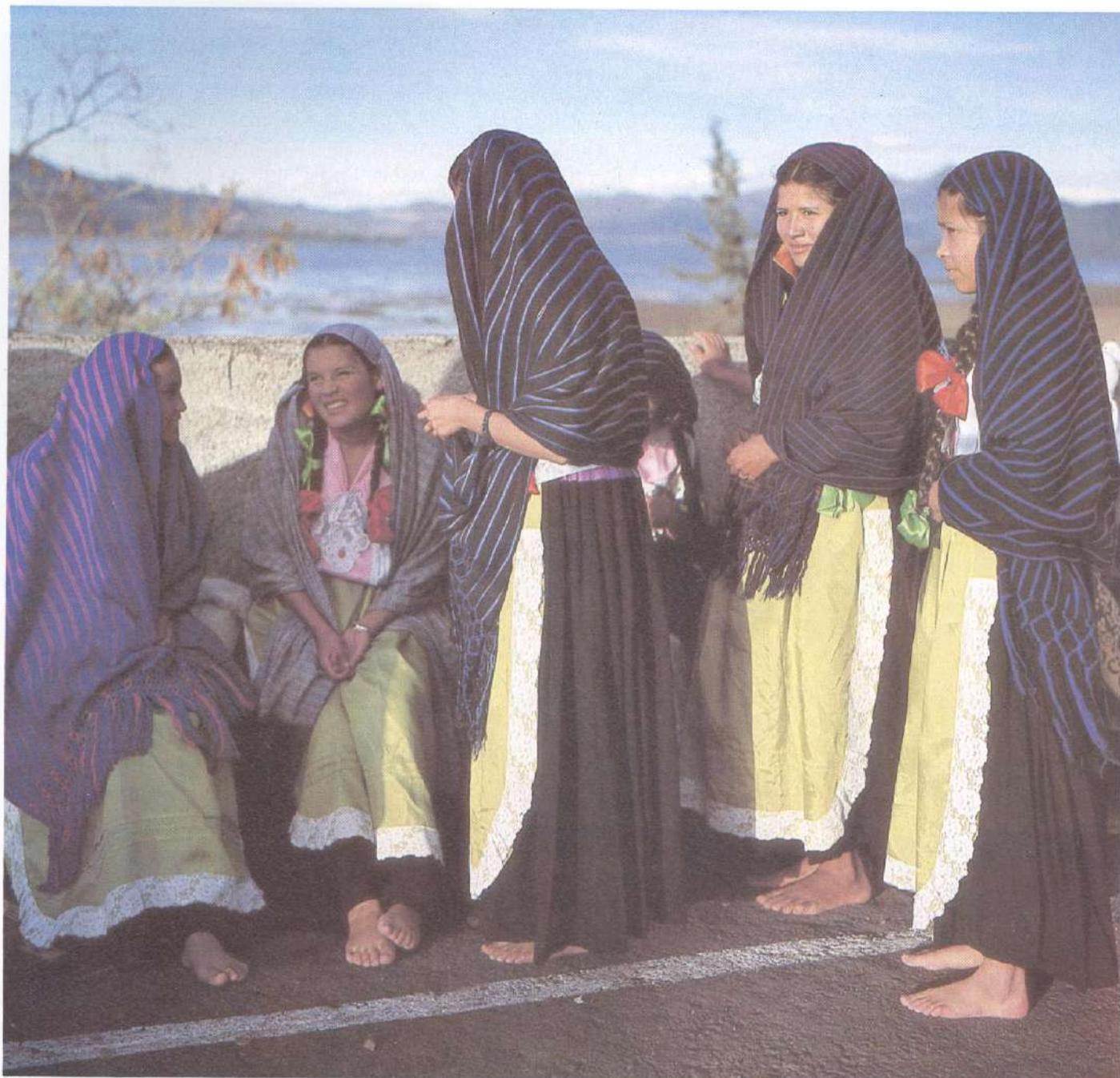
El tarasco es una lengua aislada, ya que no tiene relación cercana con ninguna otra, si bien Swadesh ha dado pruebas de que el tarasco, la familia mixe y la familia maya, de nuestro país, así como la familia quechua-aymara de Suramérica y el zuñi de Norteamérica, comparten todas un pasado común, aunque muy remoto; de acuerdo con los cálculos lexicoestadísticos, el tarasco y el quechua-aymara se separaron hace por lo menos 6500 años.

Aunque casi cada pueblo purhépecha tiene su propia manera de hablar, difiriendo de los demás en algunos detalles de los sonidos, del vocabulario y de la construcción, sigue siendo esencialmente la misma lengua: es decir, la diferenciación dialectal del tarasco es mínima.

La mayoría de los sonidos (fonemas) son semejantes a los del español y pueden representarse con los mismos símbolos; algunos son diferentes, como explicaremos en seguida. El alfabeto (incluidas las simbolizaciones especiales) es: *a, b, ch, ch', d, e, g, i, i', j, k, k', m, n, η, o, p, p', r, rh, s, t, t', ts, ts', u, x*. Cinco de estos sonidos —*p', t', k', ch', ts'*— se diferencian de los del español (y de otros cinco del



Artesano tarasco tejiendo un crucifijo de popote. Unas 200,000 personas hablan actualmente el idioma tarasco o purhépecha en el Estado de Michoacán



Mujeres de Arócuti, Mich., hablantes del purhépecha, lengua que quizá comparte un remoto pasado común con las familias mixe y zoque de México, quechua-aymara de Suramérica y zuñi de Estados Unidos

tarasco que escribimos sin el apóstrofo) en que se pronuncian exhalando aire al mismo tiempo que se articula el sonido; el que representamos con *i* es una vocal que suena entre *i* y *u*; la *η* es el mismo sonido que tiene la *n* del español en la palabra mango, sin pronunciar la *g*; finalmente *rh* es un sonido entre *r* y *l*.

Las sílabas tienen siempre como núcleo una vocal y las palabras pueden tener desde una sola sílaba hasta ocho o nueve. Las palabras terminan generalmente en vocal y cuando ésta es final de un grupo de palabras —frase u oración— se ensordece hasta desaparecer totalmente en algunos casos. Generalmente el acento cae en la

primera o segunda sílabas y es significativo en qué sílaba cae, pues diferencia palabras iguales por lo demás:

<i>karáni</i>	“escribir”
<i>kárani</i>	“volar”
<i>urháni</i>	“jícara”
<i>úrhani</i>	“usar”
<i>ueráni</i>	“llorar”
<i>uérani</i>	“salir”

Es característico del tarasco que no utiliza ningún prefijo (elemento que se coloca antes de la raíz), sino solamente sufijos (elementos que

se colocan después de la raíz), y éstos en gran cantidad. Por medio de los sufijos se expresan ideas de lugar y dirección, la manera en que se realiza la acción, la persona sobre la que recae la acción, etc. Las palabras que son raíces básicas en este idioma son los nombres y los verbos, las demás pueden considerarse partículas; por medio de la yuxtaposición de nombres (uno de ellos en función de modificador) se forman nuevos nombres; *uatsapi* "niño" yuxtapone *uatsi* "hijo" y *sapi* "pequeño".

Los sufijos agregados a la raíz de un nombre dan formas que recuerdan un poco a la declinación del latín, pues expresan casos como el genitivo o el dativo:

<i>kumanchiku-</i>	raíz de "casa"
<i>kumanchiku-a</i>	"la casa" (nominativo)
<i>kumanchiku-eri</i>	"de la casa" (genitivo)
<i>kumanchiku-eri-cha</i>	"de las casas" (genitivo plural)
<i>kumanchiku-eriatí</i>	"para la casa" (dativo)

En la conjugación los sufijos agregados al verbo se emplean para indicar el modo, el aspecto, el tiempo y la persona:



«Diablo» de una danza de San Andrés, Mich. La mayoría de los hablantes de tarasco viven en los alrededores del lago de Pátzcuaro y en la zona montañosa del sur y del oeste de Michoacán

<i>ji</i>	<i>anchikuarhi</i>	— <i>No.</i>	— <i>sí</i>	— <i>na</i>
PRONOMBRE	RAÍZ	MODO	TIEMPO/ ASPECTO	PERSONA
yo	trabajar	indicat.	presente habitual	primera o segunda

El purhépecha ha dado una gran cantidad de topónimos o nombres de lugares que se usan comúnmente para pueblos, ciudades, lagos, montañas y otros accidentes geográficos de la región donde se habla esta lengua o aun aquella donde se habló en un tiempo. En este aspecto no va a la zaga de otros idiomas como el maya, el náhuatl o el zapoteco. Varios de los topónimos tarascos terminan en *ro* o en *cuaro* (en tarasco *kuarhu*) pues son dos sufijos locativos que pueden traducirse respectivamente por «en» y por «lugar de. . .»:

Nombre actual	Nombre tarasco	Viene de	
Acámbaro "en el maguey"	<i>akámbaro</i>	<i>akamba</i> -ro	"maguey" "en"
Carácuaro "lugar de cuestras"	<i>karhákuarhu</i>	<i>karha</i> <i>kuarhu</i>	"cuesta" "lugar de. . ."
Charanda "tierra colorada"	<i>charanda</i>	<i>charanda</i>	"cierta clase de "tierra roja"
Sebina "viento"	<i>seuina</i>	<i>seuina</i>	"viento"
Comachuén "lugar sombrío"	<i>k'umajchuni</i>	<i>k'umajchuni</i>	"lugar sombrío"



Baile en la fiesta de Betanzos, Galicia (España). La danza es, como la lengua (gallego-portugués en este caso) una de las manifestaciones de la cultura de los grupos minoritarios

20. Familia romance

Llamamos romances (del latín vulgar *lingua románica*) a una familia de lenguas que tienen como antepasado al latín, idioma que los romanos impusieron como lengua oficial en gran parte de Europa, la que dominaron durante siete siglos (del II a. de C. al V d. de C.). También se les conoce como lenguas románicas o neolatinas.

Debe aclararse que los antiguos documentos en latín no reflejan exactamente la lengua antepasada de las lenguas romances actuales, pues era una forma pulida y cuidadosa que difería tanto de la lengua hablada cotidianamente, como puede diferir el español que usa en sus libros Octavio Paz, por ejemplo, del lenguaje que usamos familiarmente. Nótese también que éste varía por regiones, por grupo social o por otras circunstancias mucho más de lo que varía el español escrito. Al latín de los poetas y de las circunstancias formales se le llama *latín culto* y dejó de evolucionar porque los escritores de las nuevas generaciones copiaban los modelos anteriores, en cambio el *latín vulgar* o hablado siguió su propio camino tomando características que conducirían al nacimiento de las lenguas romances, las cuales fueron diferenciándose con el tiempo.

No hay acuerdo completo entre los especialistas sobre el número de las lenguas romances y

su clasificación, pues aplican diferentes criterios, pero la mayoría coincide en los siguientes:

Español. Originario del norte de España, se extendió en una ancha franja hasta el sur de la península; como lengua de los conquistadores fue impuesta en sus colonias de América, África y Oceanía. Así, es ahora la lengua predominante o de minorías en 18 países americanos, incluida buena parte de Estados Unidos, Filipinas, Marruecos, Sahara Español, varios países circunmediterráneos (Grecia, Yugoslavia, Turquía, Palestina, donde fue llevado por los sefardíes), etcétera.

Gallegoportugués. Se habla en Portugal y Galicia, esto es, una franja del occidente de la península ibérica, y en Brasil, Mozambique, Angola, Goa, etc., países que fueron colonias portuguesas y otras que todavía lo son.

Catalán. Del noreste de la península ibérica (Cataluña, Valencia), las islas Baleares y una parte del sur de Francia; también es el idioma de la ciudad de Alguer, en Cerdeña.

Francés. El dialecto o forma de hablar de la región de París se extendió a casi todo el país (como lengua oficial a to-

do) y a los países vecinos: Bélgica y Suiza. Las colonizaciones francesa y belga lo han convertido también en la lengua predominante en Argelia, Dhomey, parte de Canadá y en muchas excolonias y colonias todavía subsistentes, además de idioma minoritario en la Luisiana (Estados Unidos) y otras partes.

Provenzal u occitano. Es la lengua del sur de Francia, especialmente de la Provenza, y si no se ha extendido a otras regiones del mundo, tiene el mérito de ser la lengua romance de más antiguo cultivo literario.

Rético. Idioma de algunos cantones suizos y de regiones vecinas; corresponde en general a la antigua Retia. Se le llama también retorromano, romanche y ladino.

Italiano. La forma generalizada y oficial en toda Italia tiene su origen en el dialecto toscano (de la región de Florencia); junto a él subsisten numerosos dialectos o variantes regionales que se formaron al mismo tiempo.

Dálmata. Lengua derivada del latín de la antigua Dalmacia (costa de Yugoslavia); desapareció con la muerte —allá por 1880— de la última persona que lo hablaba.

Rumano. Como su nombre lo indica, es una de las lenguas romances, la más oriental, que se formó del latín de la Dacia. Es el idioma oficial de Rumania y lo hablan también minorías en varios de los países vecinos.

Sardo. Restringido a la isla de Cerdeña, es el idioma romance con rasgos más arcaizantes, es decir, más semejantes a los del latín vulgar.

Tal como hemos hecho con las familias lingüísticas nativas de México, describiremos los rasgos más generales de la familia romance. Aunque haremos cierto énfasis en el español, cuya importancia en nuestro país es innegable (y por ello habremos de ocuparnos de él más adelante), tampoco entraremos en muchos detalles.

Respecto a los fonemas, debe recordarse que el latín clásico tenía diez vocales, cinco breves *a, e, i, o, u* y las mismas largas: *aa, ee, ii, oo, uu*, que ya en latín vulgar se habían reducido a siete sin el contraste de cantidad, sino sólo de



El rumano es posiblemente la más divergente de las lenguas romances. Durante el siglo XIX revivió sus raíces latinas, pues había sido fuertemente influido por sus vecinos eslavos, germánicos y húngaros

abertura: *a, e, ε, (e abierta) i, o, o, (o abierta), u*. Varias de las lenguas romances conservan esas siete vocales, otras han aumentado su número (por ejemplo, el francés y el portugués tienen ahora vocales nasalizadas, como las del mixteco, además de vocales con timbres nuevos), pero ninguna ha restablecido la cantidad que si existe en muchas otras lenguas indoeuropeas. El español, por su parte tiene solamente las cinco vocales de todos conocidas.

En latín prácticamente todas las consonantes podían ser dobles, pero las lenguas romances las han simplificado aunque alguna, como el italiano, haya creado de nuevo el contraste. Había, igualmente, una aspiración que se escribía



El catalán, el portugués y el español, de la península ibérica, se han diferenciado relativamente poco. El vasco, que no es idioma indoeuropeo, debe ser antiquísimo en la región (izquierda)

Aunque la península itálica sea la cuna de las lenguas romances, el italiano no se parece mucho más al latín que los otros idiomas de la familia (derecha)

con *h* y tenía un sonido similar —si bien más suave— al que en español se escribe con *j*; desapareció en general, sobre todo cuando iniciaba palabra (*hominem* se pronunciaba *jóminem*); si ahora la oímos, no es un fonema, sino variante de *s* ante consonante en algunos dialectos (por ejemplo *loh dehmayos*). La *h* de nuestra ortografía representa esa aspiración, proveniente de *f* latina, que ha vuelto a perderse, salvo en algunos dialectos rurales (*fumu* se convirtió en *humo*, que se pronuncia *umo* en general y *jumo* en algunas regiones).

Por último, respecto a los fonemas, todas las lenguas romances tienen algunos palatales —como los del español *ch*, *ñ*, *ll* (en algunas regiones), o el que se representaba por *x* (en francés por *ch*), o el que se escribía con *j*, equivalente sonoro de *x*— que no había en latín y que son menos numerosos en otras familias.

Ninguna de las lenguas neolatinas tiene una declinación de casos marcados por las terminaciones de los nombres y que indican la función de éstos en la oración. Quedan unos restos en el rumano y en los pronombres personales de las otras lenguas de la familia (*yo*, *me*, a *mi*, *tú*, *te*, a *ti*, etc.), en tanto que el latín culto los tenía: *hominis*, *homine*, *hominum*, etc., si bien iban perdiéndose en el latín vulgar y su función recaía cada vez más en las preposiciones que ya existían, como sucede ahora con las lenguas romances.

Los casos permitían una construcción bastante libre de las oraciones, pues no importaba si el sujeto estaba al principio, en medio o al final de la oración, si llevaba una marca de identificación, o si el adjetivo llevaba una marca concordante, no necesitaba ir cerca de su sustantivo, y así sucesivamente aunque hubiera un

orden preferido. En las lenguas de la familia que nos ocupa la construcción se ha hecho menos flexible y los modificadores van junto a las palabras modificadas, antes de ellas en unos idiomas, después en otros.

La conjugación verbal es por lo común muy rica y compleja en las lenguas románicas. Piénsese por ejemplo en la del español, con sus varios tiempos y modos, sus seis personas (tres del singular y tres del plural), los tiempos compuestos y una terminación diferente para cada uno de éstos, sin contar con el gran número de verbos irregulares; pues algo parecido ocurre con los otros idiomas de la familia. En cambio las conjugaciones de otras familias indoeuropeas actuales (germánica, eslava, por ejemplo) son en general menos complejas. Sin embargo, las lenguas romances han tenido varios cambios respecto a la conjugación latina, entre ellos la pérdida del futuro, al que han sustituido por un nuevo futuro (antiguamente compuesto, como en español *he de comer, comer he*; ahora es *comeré*), la pérdida de la voz pasiva, los futuros de subjuntivo y otras que en general se substituyen por formas compuestas, de ahí el amplio uso de verbos como auxiliares, ejemplificados por los del español *haber, ser y estar*.

Las lenguas romances tienen todavía otros rasgos comunes que las distinguen de otras familias lingüísticas en general, pero los mencionados son los más importantes.

21. Otras familias lingüísticas

En el México de hoy, como en prácticamente todos los otros países del mundo, se encuentran personas que por las corrientes migratorias permanentes o porque su trabajo (diplomáticos, periodistas, profesionales) los lleva fuera de su país de origen, hablan sus propios idiomas maternos distintos de la lengua (o lenguas) del país de residencia y pertenecientes a un gran número de familias lingüísticas diferentes.

Nos hubiera gustado tratar de todos ellos, pero es justo reconocer que son idiomas minoritarios cuya significación en el panorama histórico y social de los idiomas de México no es tan grande y, de haberles dado el tratamiento que —como las demás lenguas— se merecen, casi hubiéramos convertido este atlas en un tratado de las lenguas de la Tierra.

En efecto, son bastante numerosos quienes en nuestro país hablan inglés, idioma de la fa-



Hay en nuestro país inmigrantes que conservan amorosamente las tradiciones de su país de origen. La colonia griega de México emplea su idioma tanto en la vida cotidiana cuanto en el ritual religioso

milia germánica a la cual pertenecen también lenguas de uso más restringido en México, como el alemán, el sueco, el danés y el noruego. Es fácil encontrar hablantes de ruso, de polaco o de ucraniano, de la familia eslava, y no faltan quienes hablen griego, hindí, albanés o gaélico, por no mencionar más que un solo idioma de cada una de las familias helénica, indoiranía, albanesa y céltica que, con las que se acaban de mencionar y con la familia románica, hacen parte del gran tronco indoeuropeo.

Pero otros troncos muy diferentes de éste, compuestos por numerosas familias y por más lenguas todavía, se encuentran también representados en nuestro país. Recordemos, solamente a título de ejemplo, al chino, al árabe, al japonés, al turco o al coreano.

Puesto que no es posible referirnos debidamente a todas las familias lingüísticas representadas en México por alguno o por muchos hablantes, tomaremos solamente un caso ilustrativo, el del kikapú, que por ser una lengua indígena americana puede inducir al error de considerar que tiene en el país raíces tan antiguas como las de las otras lenguas indígenas.

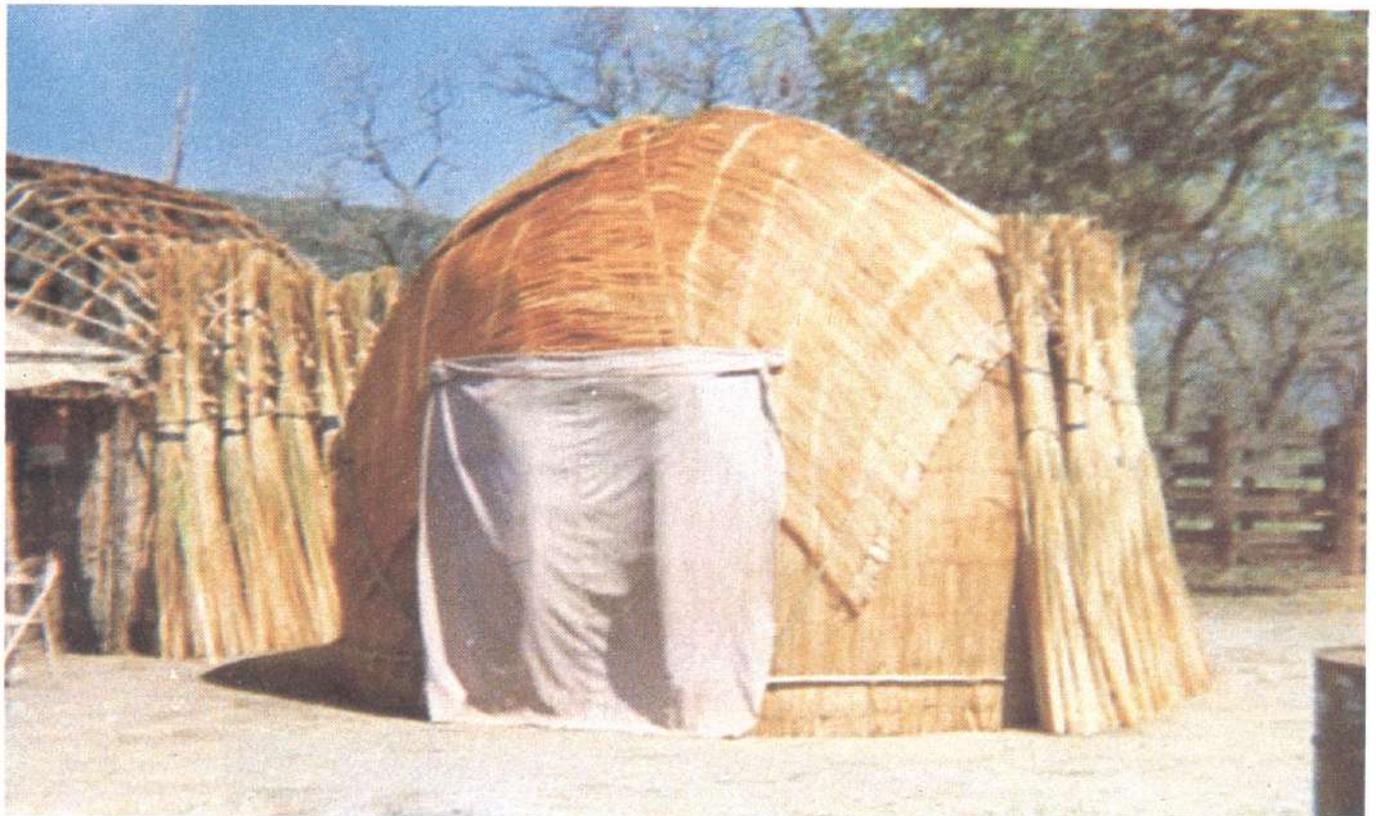
El kikapú es una lengua indígena americana, pero no es muy antiguo en México, pues se estableció apenas a mediados del siglo XIX

El kikapú

En la comunidad llamada El Nacimiento, a unos 35 km de la ciudad de Múzquiz y en el municipio de este nombre, en Coahuila, viven cerca de 700 kikapúes.

El kikapú forma parte de la familia lingüística algonquina, de la región de los Grandes Lagos norteamericanos. Ante el avance de la colonización anglosajona, los kikapúes emigraron a Texas y más tarde, oponiéndose al establecimiento de reservaciones para los indios, solicitaron establecerse en México. A mediados del siglo pasado se les concedió hacerlo en El Nacimiento, si bien parte de ellos prefirió radicar en el estado de Oklahoma; ambos grupos mantienen relaciones, aunque cada vez menos estrechas.

Debido a esta circunstancia, la mayoría de los kikapúes de México es bilingüe kikapú-español y algunos son trilingües, pues agregan el inglés. Sin embargo, es el kikapú —usado cotidianamente para todos los actos familiares y comunitarios y única lengua de los menores de 15 años— el lazo de unión de la comunidad, que contrasta en esto con la de Estados Unidos,





donde el kikapú se pierde aceleradamente ante el uso más frecuente del inglés.

Casi todos los sonidos del kikapú pueden representarse con las convenciones ortográficas del español, pero carece de algunos sonidos de esta lengua. Las consonantes son: *ch, j, k, k^w, m, n, p, s, t, th, w, y*; las vocales son *a, aa, e, ee, i, ii, u, uu*. La *s* tiene dos pronunciaciones, algunas personas la pronuncian también con el sonido que para las lenguas indígenas acostumbramos escribir con *x*, como en la palabra *Xola*. La *j* es muy suave, *k^w* se pronuncia casi como *cu* en español, pero es un solo sonido. La *th* es como la *th* del inglés o la *z* de Madrid. Las vocales dobles se pronuncian el doble de tiempo que las sencillas y no hay *o* ni *oo*.

Hay tres clases de palabras: nombres, verbos y partículas. Las dos primeras tienen una rica inflexión que se marca con prefijos y sufijos, pero al juntarse estos marcadores y las raíces sufren ambos tantos cambios que se hace muy difícil marcar el límite entre ellos; por esta razón se dice que el kikapú es una lengua *aglutinante*.

El poseedor de un nombre o el sujeto de un verbo (para algunos modos y tiempos) se expre-

san con una serie de afijos personales, por ejemplo:

<i>ne-k^w itha</i> "mi hijo"	<i>ne-wiitheni</i> "yo como"
<i>ke-k^w itha</i> "tu hijo"	<i>ke-wiitheni</i> "tú comes"

Pero estos afijos —para las tres personas y los dos números, pero para «nosotros», primera persona del plural, tiene un inclusivo y un exclusivo— son muy complejos, pues a veces van parte como prefijos y parte como sufijos:

<i>ke-thetheej-enaan-aki</i>	"nuestro (de todos nosotros) hermano mayor"
<i>ne-thetheej-enaan-aki</i>	"nuestro (pero no tuyo) hermano mayor"
aquí	"hermano mayor"

es *thetheej*; las dos formas de "nuestro" son *ne*. . . *enaan* y *ke*. . . *enaan*; y *aki* es uno de los sufijos de caso.

Algunos casos tienen sufijos diferentes para nombres de seres animados (animales, seres humanos y algunos que parecerían ser inanimados, como «cedro», «estrella», «cubeta») o de seres inanimados, pero otros no. Los casos de animados distinguen también entre lo que se puede traducir por «este» y «ese»:

Los restaurantes chinos de ambiente forzosamente chinesco están destinados, tanto en México cuanto en muchos otros países, al público que gusta de las comidas «exóticas»

<i>n-ijthi-ani</i>	“(ese) mi amigo” (animado/alejado)
<i>n-ijthi-a</i>	“(este) mi amigo” (animado próximo)
<i>ne-nejk-i</i>	“mi mano” (inanimado)
<i>ne-nejk-ame-ki</i>	“en mis manos” (inanim. plural locativo)
<i>thipu-ki</i>	“en el río” (locativo)
<i>thipu-e</i>	“¡oh río!” (vocativo)
<i>thipu-i</i>	“de, para río” (atributivo)

Casa campesina austriaca. Además de las lenguas aborígenes y del español, pueden encontrarse en nuestro país comunidades de inmigrantes que conservan el idioma de sus países de origen

Prácticamente el verbo kikapú tiene solamente dos tiempos. El futuro expresa que la acción no se ha iniciado todavía en el momento en que se habla; el otro tiempo, llamado aoristo, indica que la acción ya se inició cuando se

habla, puede haberse terminado o no, eso no importa. En cambio tiene buena cantidad de modos —algunos de ellos compuestos— y una gran cantidad de afijos y partículas que indican número, relación (como nuestras preposiciones), magnitud, circunstancias y modalidades; así resultan palabras muy largas en que se aglutinan muchos elementos y que expresan matices a veces muy finos:

aanwipuunieenikiteejea “no puedo dejar de reír”
kuchiniimia “trató de bailar”

Con estas palabras, y otras más cortas, se construyen las oraciones:

nethetheeja neewea neniani eejnethaanichi majk^w ani
“mi hermano mayor vio a ese hombre matar un oso”



Lenguas, historia y cultura

22. La historia de las familias lingüísticas en la época prehispánica

Dos aspectos sobresalen en la historia de una lengua o de un conjunto de idiomas. El primero es la historia interna, propiamente lingüística; el segundo es la historia externa, esto es, como vehículo de comunicación de una sociedad.

La historia interna puede trazarse con mucho detalle poniendo en orden progresivo lo que la reconstrucción lingüística, penetrando cada vez más atrás en el tiempo, nos ha dado en orden inverso. Así podremos conocer, por ejemplo, qué sistema de sonidos o cuadro fonémico tenía el idioma antepasado de las lenguas otopames actuales allá por el año 3500 antes de nuestra era, y del mismo modo conoceremos su morfología, su vocabulario y su gramática de entonces. También podemos indicar los cambios que hubo conforme esa lengua se fue diferenciando a lo largo de mil años poco más o menos, probablemente conforme una porción de esta gente avanzaba más y más hacia el sur, de manera que cerca de 2400 a. de C. había ya un idioma meridional (al que llamaremos protomatlatzinca porque de él deriva el matlatzinca actual) y un idioma diferente hacia el norte; podemos —por supuesto— señalar cómo eran las fonologías, gramáticas, morfologías y vocabularios de ambos.

Con el paso del tiempo (otro milenio más o menos) más gente de la lengua del norte avanzó también hacia el sur y se asentó al oriente de los protomatlatzincas, a lo mejor desplazando a éstos hacia occidente. Los nuevos (podemos llamarlos proto-otomíes) se desligaron así de los norteños que seguían su vida nómada y comenzaron a vivir en aldeas como sus nuevos vecinos. Es difícil precisar cuándo comenzaron a divergir los dialectos del norte, porque sus bandas nómadas estaban con frecuencia en contacto, pero es seguro que para 300 d. de C. ya se habían separado en dos lenguas, los chichimeca jonaz con centro en la Sierra Gorda de Guanajuato y los pames en las serranías desde lo que ahora es Hidalgo hasta San Luis Potosí; los protomatlatzincas y proto-otomíes también comenzaron a mostrar diferencias regionales que surgían en cada pueblo sedentario, pero el intercambio comercial y de otra índole hizo que la diferenciación fuera muy paulatina. Por último, tenemos ahora siete lenguas: pame del norte, pame del sur, chichimeca jonaz, otomí, mazahua (muy

Jeroglíficos palencanos en estuco. Los caracteres de la escritura maya ayudan en dos sentidos a conocer la historia prehispánica de las lenguas mayas: uno es la transcripción de los idiomas tales y como eran hace varios siglos, el otro es el estilo regional de los jeroglíficos



cercano al anterior), matlatzinca y ocuilteco. La historia de la familia otopame aquí resumida ha tomado en cuenta parte de la historia interna (la diferenciación) y parte de la historia externa (movimientos de población, sedentarización, ubicación geográfica) y es mucho muy incompleta. Por ejemplo, no se ha dado ningún detalle sobre la fonología (si la *p* del idioma más antiguo se conservó en las lenguas del norte y se desdobló en *p* y *b* en las del sur, si la vocal de la segunda sílaba del protootomí se perdió, etc.) ni de la morfología, gramática o vocabulario, asuntos que requieren centenares de páginas. Tampoco ha dado detalles sobre la historia externa que pueden derivar de un cuidadoso análisis del vocabulario y su comparación con los restos arqueológicos. En el espacio de que se dispone no puede ni siquiera mostrarse el proceso de diferenciación de las demás familias lingüísticas de nuestro país, sino solamente presentar los mapas de la distribución de cada una de ellas en algún momento, y señalar los rasgos más salientes del conjunto.

Entre los rasgos más interesantes está un movimiento general de los pueblos (y por lo tanto, de las lenguas por ellos habladas) de norte a sur. Nótese que en el mapa de 2500 a. de C. ninguna de las familias pasaba al oriente del istmo de Tehuantepec, por lo que en Chiapas, Tabasco y la península de Yucatán debe haber habido lenguas antepasadas de las que ahora se encuentran en Centro y Suramérica; el idioma antecesor

de la familia maya estaba en la costa del Golfo y al norte de él el antepasado de los mixe-zoques; en tanto que los yutonahuas antiguos ni aparecían en nuestro territorio, los antecesores de huaves, chinantecos, cuitlatecos y tarascos pueden haber estado cerca de donde ahora se encuentran sus descendientes.

Es también interesante notar la función de la Sierra Madre Occidental como corredor de la expansión hokano-coahuilteca en época temprana (mapa de 2500 a. de C.) y luego para la extensión paso a paso de los yutoaztecas (mapas de 1500 y de 600 a. de C.) Las llanuras al oriente de este corredor facilitaron después la expansión hacia el este de ambas familias.

El sentido general de los movimientos indicados, aunado a la sedentarización que ya se daba en Mesoamérica, hizo que en ésta se comprimiera buen número de familias lingüísticas, produciéndose así una región de gran densidad idiomática en la que con frecuencia convivían, en algunas zonas, lenguas de distintas familias (sólo las más típicas se han marcado en los mapas).

Posiblemente este fenómeno se acentuó con el fin del periodo Clásico y el desplome de la frontera septentrional de Mesoamérica, lo que produjo muchos reacomodos internos imposibles de detallar y propició la expansión de lenguas francas imperiales. Una lengua franca es aquella que utilizan como vehículo de comunicación entre sí los pueblos que hablan otros idiomas; sabemos de diversas comunidades pre-

(Véase mapas 15, 16 y 17 en el Apéndice)

hispánicas que tenían su lengua propia pero trataban entre sí empleando un idioma de difusión mayor, como el náhuatl, el tarasco, el maya o el chontal y, puesto que al menos los dos primeros eran las lenguas de grupos conquistadores que habían ido sometiendo a otros pueblos, nos hemos permitido llamarlas lenguas francas «imperiales», dejando a los arqueólogos y a los historiadores la palabra final sobre si se trataba de verdaderos imperios.

En suma, la situación de inferioridad política y social de unas lenguas frente a otras que fueron haciendo desaparecer a las primeras, es un proceso que se inicia ya desde tiempos prehispánicos.

23. La historia lingüística, de 1521 a nuestros días

La historia lingüística de México a raíz de la conquista española consiste en la implantación del español y el retroceso constante de las lenguas indígenas. Sin embargo, no es un proceso uniforme, pues tiene avances y retrocesos así como tiempos diferentes.

En un principio, cuando los conquistadores eran todavía un puñado, no se impuso su idioma, sino que se extendieron más las lenguas francas que los conquistadores encontraron y que —como hemos visto anteriormente— habían venido desplazando a otros idiomas aborígenes desde tiempos prehispánicos. En efecto, las primeras administraciones coloniales, tanto civiles como religiosas, prefirieron emplear el náhuatl o el maya o alguna otra lengua, según la región, porque era más fácil usarlas debido a su carácter de lenguas conocidas por la mayoría de los habitantes, que tratar de que todo un mundo nuevo aprendiera el español.

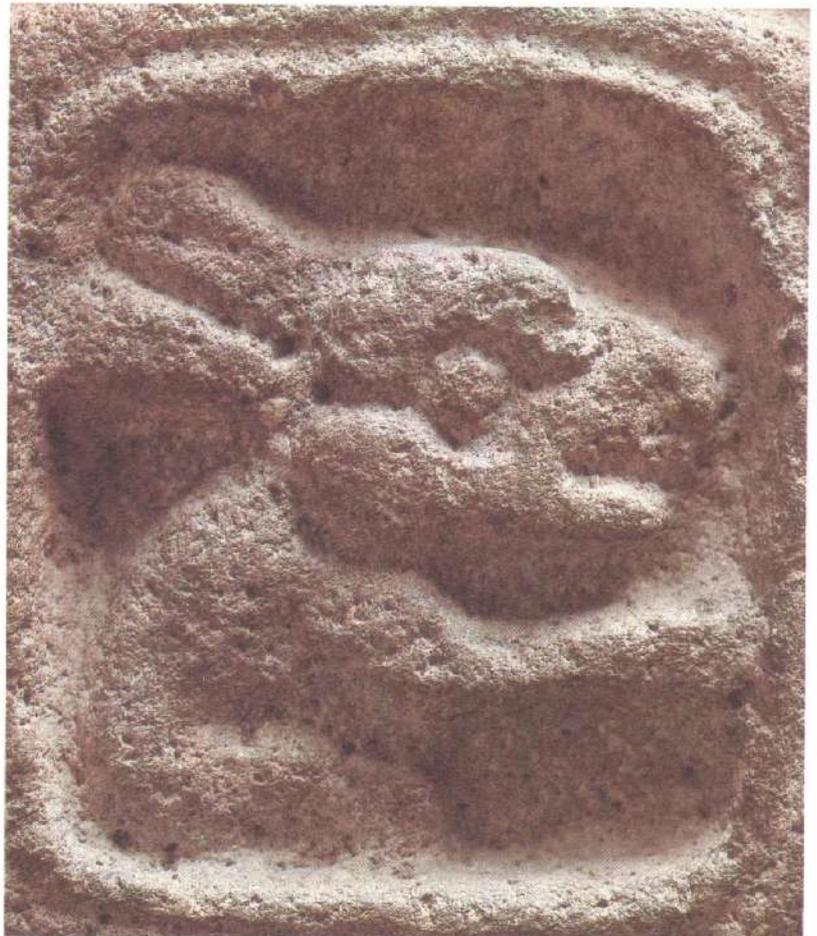
Esta actitud puede parecer meramente oportunista, y no puede negarse que parcialmente lo era, pero obedecía también, entre los misioneros, a un principio general tomado de San Pablo, quien decía haberse hecho griego con los griegos y gentil con los gentiles; esto es, para predicar el evangelio había que hacerlo en el idioma propio de cada pueblo. Los religiosos mantuvieron ese principio durante los tres siglos que duró la Colonia, pero el poder civil —representando el punto de vista de la corona española— pronto tomó conciencia de que el español debía obrar como lengua del imperio

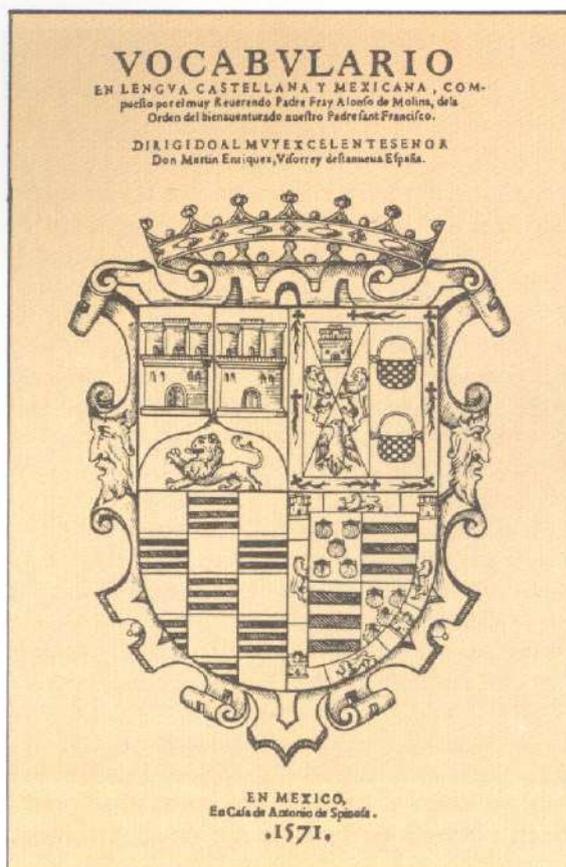
y, así, impuso a los encomenderos la obligación de que los indios a ellos encomendados lo aprendieran. A partir de mediados del siglo XVI solamente de manera involuntaria contribuyeron las autoridades civiles a la expansión de las lenguas francas aborígenes, pues llevaban para sus conquistas y colonizaciones aliados de habla náhuatl (tlaxcaltecas y aztecas sometidos), otomí (los comandados por don Nicolás de San Luis Montañés, por ejemplo) o alguna otra lengua.

Los efectos de estas políticas fueron diferentes en las tierras norteñas que en el ámbito mesoamericano y en éste tuvieron distinto impacto en el occidente que en el resto. Son relativamente pocos los idiomas ahora desaparecidos de entre los que se hablaban en el altiplano, la costa del Golfo, Oaxaca, o la zona maya cuando llegaron los españoles, y si se conservan hoy en día, con más vigor subsistirían en el siglo XVI; en cambio, ya desde el primer siglo colonial se perdió buen número de lenguas del occidente meso-

(Véase mapa 19 en el Apéndice)

Detalle de una estela de Xochicalco. En este sitio o en sus cercanías confluyen tres familias lingüísticas, por lo que es imposible saber qué idioma hablaban sus habitantes





Debemos a los esfuerzos evangelizadores un gran caudal de información sobre idiomas nativos, tanto desaparecidos cuanto aquellos que se empobrecieron a la par de quienes los hablaban y de su cultura

americano, hasta el punto de que de muchas de ellas solamente el nombre conocemos. No fue tan grande el número de idiomas extintos en el norte, en la región chichimeca, debido a que los nómadas de allá hablaban una sola lengua en una área relativamente extensa, pero tal extinción fue total porque una sola batalla podía terminar con la mayoría de los hablantes de un idioma y los pocos sobrevivientes se veían forzados a usar el español en las reducciones que se hacían con ellos y con otros pocos que hubieran quedado y que tenían varias otras hablas.

La voluntad de imponer el español se reforzó en el siglo XVII; al menos, los misioneros parecieron haber puesto un poco menos de empeño en la utilización de las lenguas indígenas. No obstante, la universidad (que era *Real* y *Pontificia*, hay que recordarlo) instituyó en 1623 la cátedra de náhuatl y a mediados de siglo la de otomí, mucho tiempo antes de que en Europa se instituyera la primera cátedra de sánscrito. Por otra parte, la extensión de la colonización hacia el norte y el noroeste —ambas Californias, por ejemplo— acarrió nuevas desapariciones de idiomas nativos, aquellos de los nómadas que todavía no habían sufrido plenamente el contacto con los españoles. Quedó aún, sin embargo, intacto el noreste del país, todavía no colonizado, en tanto que en lo que había sido Mesoamérica fue creciendo el número de

quienes hablaban español, tanto colonos peninsulares o criollos como negros esclavos e indios.

El nuevo ímpetu colonizador que acompañó la madurez de la Colonia (madurez que, por cierto, llevó en sí los gérmenes del nacionalismo) en el siglo XVIII, acarrió más pérdidas de lenguas nativas y una mayor disminución de las muchas que sobreviven. En efecto, fue durante el siglo XVIII que se colonizaron firmemente las Californias y, ya avanzada su segunda mitad, se pacificaron la Sierra Gorda y el Nuevo Santander (hoy Tamaulipas), siendo territorios de nómadas, los efectos de las reducciones fueron los que ya hemos dicho, o bien, la guerra, llevada a cabo a sangre y fuego, exterminó grupos enteros.

La guerra por la independencia política a principios del siglo XIX tuvo grandes consecuencias sobre los avances del español, ya que era ésta la lengua que tenían que usar al estar en contacto quienes hablaban diferentes idiomas indígenas. Se afirmó así como la nueva lengua franca en perjuicio, como todas las lenguas francas, de los idiomas regionales. Al iniciar México su vida independiente, el español era ya, probablemente, el idioma mayoritario, pues aunque todas las lenguas indígenas juntas sumaran un número más grande, cada una tendría menos hablantes que aquél.

La actitud de los grupos dominantes en favor del español no cambió con la Independencia, si bien se encontraron nuevas justificaciones: era el idioma de nuestra historia, lengua de civilización y vehículo de cristianización; si hubo quienes se interesaran por el estudio de los idiomas aborígenes lo hicieron con el mismo sentido con el que investigaban los restos arqueológicos y la historia antigua, negando valor a las culturas e idiomas de los indios vivos, que servían —como sus trajes, por ejemplo— como identificadores étnicos.

En la segunda mitad del siglo XIX hubo un proceso de formación de latifundios en manos de terratenientes ausentistas y, concomitantemente, se acentuó el carácter de sometimiento de un peonaje campesino compuesto en su mayor parte por indios. Cultura y lengua aborígenes se convirtieron así en marca de sometimiento y cuanto más grande era su explotación y más ricos sus explotadores, más infamante resultaba el hablar un idioma indígena.

La revolución de 1910 favoreció la expansión del español por los mismos mecanismos



Las civilizaciones prehispanicas mesoamericanas representaban al lenguaje como una voluta que sale de la boca del que habla, como en esta vasija teotihuacana

24. Importancia de las lenguas indígenas como ejemplares del lenguaje humano

México es una nación privilegiada por su riqueza lingüística. En la mayoría de los países se habla solamente una o unas pocas lenguas, en tanto que en México hay muchas; según lo estricto de los criterios empleados para la clasificación, pueden reconocerse desde un mínimo de 60 hasta un máximo de 170 idiomas aborígenes que pertenecen a unas 14 familias diferentes.

El estudio de estas lenguas es importante por varias razones: en primer lugar, su pertenencia a una misma familia (o a subdivisiones de una familia) y las influencias que se pueden averiguar de unas lenguas sobre otras, atestiguan diversos grados de parentesco o de cercanía entre las etnias que las hablan y permite, por lo tanto, trazar la historia de sus lejanos orígenes, de sus movimientos geográficos, de sus contactos e interrelaciones, como se explica en el apartado siguiente. En segundo lugar, el análisis de cada lengua permite, además, descubrir las creencias, las tradiciones, las maneras de vivir y de concebir la vida y el mundo del grupo que la habla (véase el capítulo 26).

Pero hay otra razón —de más peso todavía, según muchos estudiosos— para considerar de gran valor la extraordinaria riqueza en lenguas que tiene México, y es que cada una de ellas, al igual que cualquier otra lengua, es una manifestación única y peculiar de la facultad del lenguaje de la especie humana, como se explica en los párrafos que siguen.

Al nacer, todos los seres humanos estamos dotados de muchas potencialidades. Por ejemplo, aunque ningún recién nacido camina, ni tiene pelo ni dientes, todos sabemos que a determinada edad y en condiciones normales aprenderá a caminar, tendrá dientes en número y con características determinados y le crecerá el pelo. Lo que venimos diciendo puede parecer obvio (y en cierto modo lo es), pero sirve para señalar el planteamiento general de que éstos y otros fenómenos obedecen a que cada individuo de determinada especie dispone de un bagaje genético específico que determina su desarrollo. Hay, por supuesto, diferencias que comparten grandes sectores de una especie y hay también diferencias individuales; entre las primeras están el que, mucho después de que les hayan salido los dientes, a los hombres —pero no a las mujeres— les crecerá la barba (diferencia por sexo, acompañada de otra gran cantidad de diferencias), y podemos predecir también que en un grupo humano en el que todos sus miembros tienen cabello muy rizado, los niños que nazcan lo tendrán igualmente rizado. Todos, por otra parte, estamos familiarizados con las diferencias individuales, por lo que no es necesario ejemplificarlas.

Aunque es tan evidente como lo anterior, conviene recordar que la potencialidad del bagaje genético no es suficiente por sí sola para que, a su tiempo, se manifiesten las características de la especie, sino que se requiere de un ambiente que sea favorable dentro de ciertos límites. Si, en el extremo, un niño se viera privado de alimento, bebida o aire que le son necesarios para sobrevivir, no alcanzará las edades suficientes para que comiencen a brotarle los primeros dientes, para aprender a caminar o para que, cuando se convierta en adulto, le crezca la barba. Al mismo tiempo, las características y aportes del medio no pueden por sí solos explicar las peculiaridades de cada especie, ya que (y no se tome a broma, aunque pueda parecer chusco) un niño y su perro, criados exactamente en el mismo ambiente, seguirán perteneciendo a distintas especies con características completá-

mente diferentes, o bien, los hombres de una familia tendrán a su tiempo la barba que no crecerá a las mujeres criadas en el mismo medio.

En resumen, cada individuo es como es debido a la acción combinada de sus características genéticas, los individuos y las condiciones del medio en que se desarrolla y, además, los individuos de una especie tienen muchas más características genéticas comunes que aquellas que puedan compartir con otras especies. Hasta el momento hemos manejado rasgos físicos precisamente porque son tan claros e indiscutibles que hasta puede resultar chocante hablar de ellos, pero el mismo planteamiento (interacción del programa genético con el ambiente) se ofrece para rasgos menos tangibles.

Entre las características de la especie humana están el que sus individuos pueden oír únicamente cierta gama de sonidos y solamente ven dentro de determinados límites del espectro electromagnético; otra vez, como sucedía con las características físicas, aunque haya diferencias individuales, ningún miembro de la especie humana oye ciertos sonidos que percibe su perro (lo que permite fabricar silbatos para perros inaudibles para sus dueños) y ni remotamente se acerca al finísimo oído de los murciélagos, si bien otras especies oyen menos que nosotros. De manera semejante, hay seres que ven mejor (el lince entre ellos) y otros, como el topo, que ven mucho menos. Uno de estos rasgos intangibles de la especie humana es la facultad del lenguaje.

Que la facultad del lenguaje pertenece al bagaje genético de cada ser humano queda demostrado por el hecho de que, en condiciones normales, todos los niños del mundo adquieren un idioma. Sucede, esporádicamente, que un niño no llega a hablar, pero son casos que escapan a la normalidad; el más frecuente es el de niños sordos que nunca oyen una palabra de las que se pronuncian en su ambiente y, en consecuencia, no adquieren la lengua de ese ambiente.

Ahora bien, si la facultad del lenguaje es parte de la constitución genética de la especie humana, ella —como cualquier otra potencialidad genética— requiere de condiciones ambientales apropiadas, consistentes en que el niño crezca oyendo hablar a su alrededor determinada lengua particular, y es esta lengua la que adquiere.

A primera vista puede parecer que el lenguaje depende exclusivamente de las condiciones ambientales, porque cada niño adquiere única y



precisamente la lengua que oye hablar a su alrededor y, ya adquirida, no está en posibilidad siquiera de entender otras lenguas o idiomas. Pero es obvio que las condiciones ambientales por sí solas no son suficientes para adquirir una lengua, pues para esto es preciso ser un individuo de la especie humana; ni el perro ni el gato ni el loro que compartan la vida cotidiana de un niño y que oigan tanto como él la misma lengua que se use a su alrededor podrán adquirirla.

Según hemos planteado, el lenguaje es una facultad humana que se realiza en la adquisición de una lengua particular provista por el ambiente (social en este caso). De este planteamiento sobre la naturaleza del lenguaje se desprende la obvia importancia que tienen todas y cada una de las lenguas naturales humanas: cada una de ellas refleja de una manera peculiar las características y los límites de nuestra facultad del lenguaje y, por lo tanto, enriquece nuestra comprensión global del fenómeno.

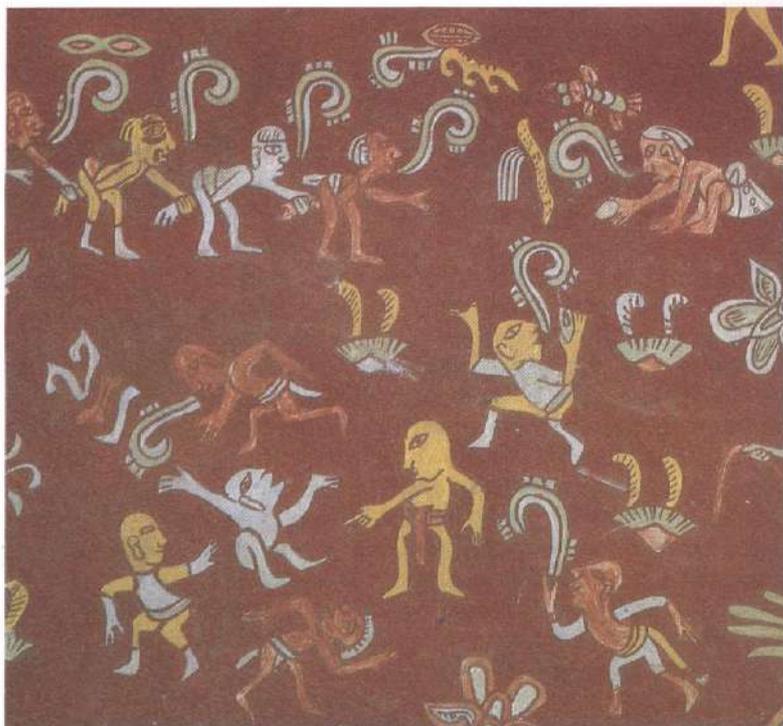
Ninguna lengua o idioma natural es *el* lenguaje, sino una manifestación particular, histórica y socialmente dada, de la facultad del lenguaje. Esta facultad no es directamente accesible, sino por medio de cada una de sus mani-

Sacerdote con disfraz de animal. Fragmento de mural pintado en Atetelco, Teotihuacan, Méx. Los signos de la palabra adornados hacen suponer que representan el canto



Bajorrelieve en una placa maya de piedra verde. La riqueza del discurso está plasmada en la riqueza del signo (izquierda)

Sección de un mural de Tepantitla, Teotihuacan, Méx. Las ricas volutas del habla contrastan con la sencillez del *maxtle* o taparrabos. (derecha)



festaciones particulares, pero al mismo tiempo —como es del dominio común— cada una de estas manifestaciones particulares es «distinta» de las demás. Sin embargo, ¿cuán distinta quiere decir «distinta»? Si retomamos por un momento una de las potencialidades de rasgos físicos con que ejemplificamos en las primeras líneas de este capítulo, nos daremos cuenta de que sabemos que a todos los varones les crecerá en algún tiempo la barba, pero al mismo tiempo sabemos que la barba de cada individuo será distinta de la de cualquier otro; es más, sabemos también que en determinados grupos humanos podemos esperar que todas las barbas individuales tengan bastante en común (rubias u oscuras por un lado, rizadas por otro, abundantes aquí, escasas allá y casi inexistentes en otro grupo, y así sucesivamente). Pues bien, la barba, rasgo físico, está muy poco influida por el ambiente y no tiene el carácter social e histórico que tienen los idiomas, y las clases de barba, así como las realizaciones individuales de las barbas, son diferentes en cierto grado y tienen mucho en común. Algo similar —aunque no estrictamente comparable con la barba— sucede con las lenguas: la forma en la que cada individuo realiza la lengua que adquirió es distinta de la de cualquier otro individuo (incluso esta realización particular tiene un nombre técnico: *idiolecto*), pero tiene mucho más en común con la forma en que se realiza la misma lengua por los demás individuos de su sociedad; hay también lenguas diferentes, que no permiten a quienes hablan una entender lo que dicen quienes

hablan otra, y viceversa (véase el capítulo “*Lengua*” y “*dialecto*”), y a pesar de tales diferencias, todas las lenguas o idiomas de la humanidad, tanto las que se hablan ahora como aquellas hoy desaparecidas de las que podemos conocer algo (y éstas no son muy antiguas, relativamente) tienen mucho más en común de lo que a simple vista pudiera parecer.

El análisis detenido de muchas lenguas (y cuanto más diferentes unas de otras, mejor) nos ayuda a entender cuáles son los rasgos inherentes al lenguaje humano y cuáles son las formas peculiares con las que estos rasgos se manifiestan en cada idioma, así como, por lo contrario, cuáles rasgos es imposible que aparezcan porque su presencia es incompatible con las propiedades de la facultad del lenguaje —o del lenguaje como desarrollo histórico de la humanidad, si se prefiere. Algunos ejemplos de lo anterior se exponen en el capítulo *Cómo se forma una familia de lenguas*.

Es por eso que la riqueza lingüística de México lo hace destacar, en este sentido, entre muchos otros países; pero esta riqueza representa, al mismo tiempo, una responsabilidad. Es cierto que si desaparece una lengua se pierde sólo una parte muy pequeña de las realizaciones posibles del lenguaje —como, si acaso desaparecieran todos los seres humanos de ojos pardos se perdería sólo una parte de las posibles realizaciones del ojo humano—; esta parte, por mínima que sea, es un ejemplar maravillosamente único e irrepetible; de ahí la importancia de conservar cuantas lenguas indígenas sea posible. Por otra

parte, está también el derecho que tienen los hablantes de cualquier idioma a conservarlo como rasgo propio y distintivo, y esta conservación implica que los hablantes de una lengua la mantengan en uso, no solamente en forma oral, sino escribiendo en ella desde cartas personales hasta obras literarias, educativas y de cualquier otra índole, pues las grabaciones y estudios que se hagan sobre estas lenguas, por valiosos que sean, no pasan de ser «momificaciones» suyas.

25. Las lenguas en la reconstrucción histórica

Como se indicó en el capítulo *Cómo se reconoce que ciertas lenguas forman una familia*, así como en el apartado anterior, la reconstrucción de la historia de una familia lingüística es, de hecho, la reconstrucción de la historia del pueblo o pueblos que la han hablado.

En efecto, la serie de diversificaciones sucesivas de una lengua antigua (que pueden establecerse mediante la comparación sistemática de los cambios fonológicos, del vocabulario compartido, ya sea desde antiguo o por innovación, y de rasgos gramaticales) indica una serie de separaciones igualmente sucesivas de grupos de hablantes. Estas separaciones, por cierto, no adoptan normalmente la socorrida forma de un árbol genealógico, sino de una red, primero de dialectos y después de lenguas que se influyen mutuamente. Por otra parte, tal red resulta poco interesante si se le deja en el aire (o en el papel, si se prefiere); cobra importancia si se le da ubicación geográfica y temporal lo más precisa que sea posible.

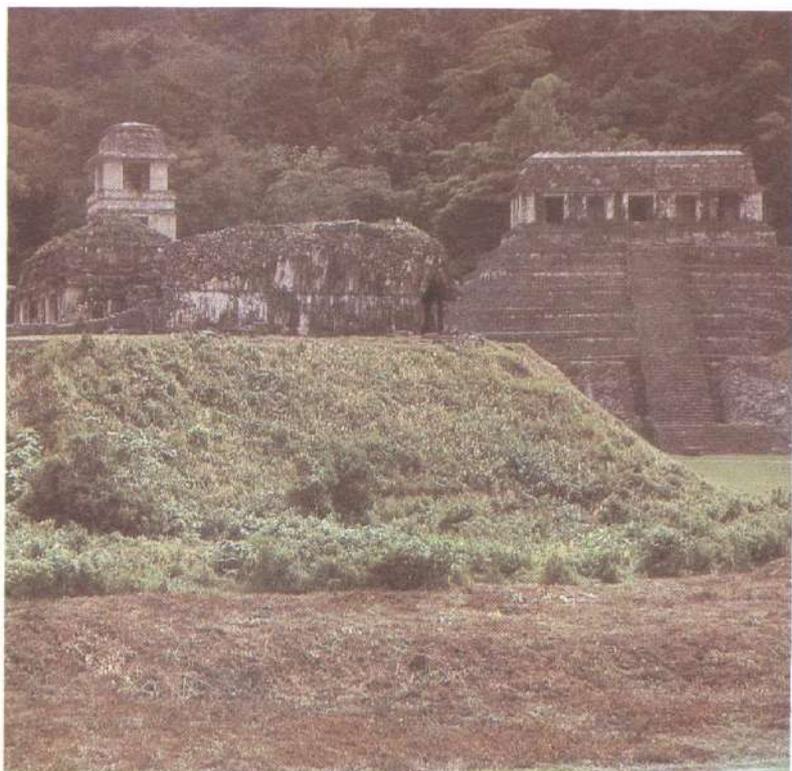
Para la segunda, la lingüística posee una técnica, llamada *glotocronología*, con la cual se determina, por su forma y su sentido, cuáles palabras de una lista diagnóstica especialmente establecida por M. Swadesh se conservan de una lengua antigua en las lenguas actuales que se comparan. Cuanto mayor sea el número de palabras conservado por un par de lenguas, menor será el tiempo que tienen esas lenguas de haberse separado y, según una fórmula matemática, el número de palabras puede convertirse en siglos de separación. Justo es señalar que algunos lingüistas niegan en parte la validez de la glotocronología; prefieren fiarse de otros documentos.

Por «documentos» no debe entenderse solamente los escritos, pues éstos —además de las

dificultades de su interpretación, véanse en este atlas los capítulos sobre escrituras prehispánicas— nunca alcanzan tanta antigüedad como los restos arqueológicos de las mismas regiones. Comenzando por los «escritos» e inscripciones, es claro que si éstos informan sobre una serie de acontecimientos históricos en determinadas fechas y si la secuencia establecida por medios lingüísticos coincide con la escrita, pueden atribuirse a los sucesos de la historia de una lengua las fechas que dan los documentos escritos; un ejemplo de esto podría ser la historia de los reinos mixtecos que Alfonso Caso ha trazado basándose en los códices y la historia de la lengua mixteca elaborada por Evangelina Arana (en este caso, además, las fechas glotocronológicas que ella proporciona coinciden plenamente con las fechas documentales). De manera semejante, cuando la documentación arqueológica refleja culturas pretéritas que tenemos reflejadas también en lenguas reconstruidas, pueden igualmente atribuirse a la historia de las lenguas los fechamientos que dé la arqueología.

En otras palabras, puede establecerse en muchísimos casos un paralelo entre la historia documental o arqueológica y la historia lingüística, que así se apoyan mutuamente y, puesto

Solamente el cuidadoso estudio comparado de los idiomas de una familia permite reconstruir la historia de los pueblos que las hablaron. La información histórica, cuando la hay —como entre los palencanos— se refiere únicamente a los señores



LA RECONSTRUCCIÓN DE UN COMPLEJO LÉXICO

*Palabras protomixtecas referentes al cultivo y las artesanías. La existencia de palabras de ciertas características en algunas lenguas de una familia permite saber que en la lengua antigua existieron los objetos que designan. En el dibujo, * indica las formas reconstruidas según el mixteco (M), el cuicateco (C), el trique (T) y el amuzgo (A)*

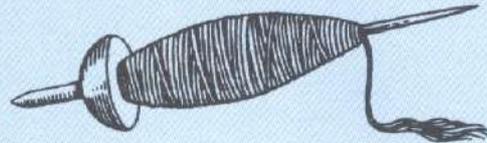


maguey: *yaweh
C. hiiwa
T. we
A. ts-ua

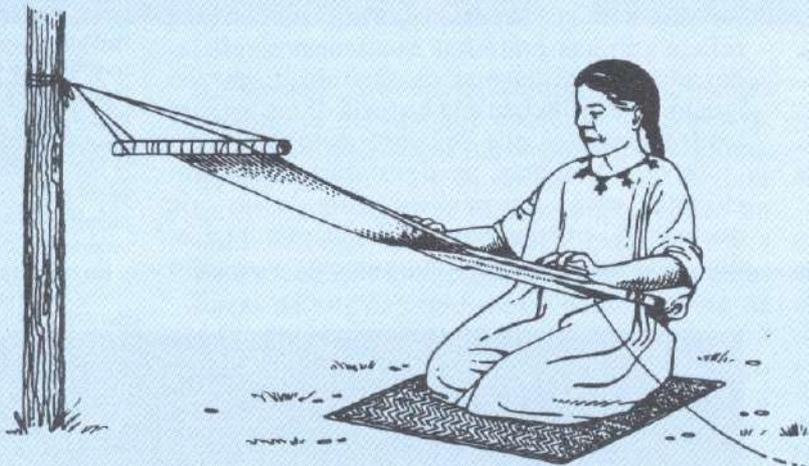
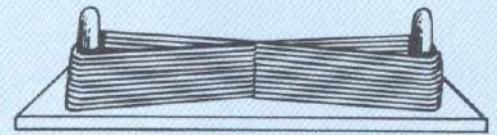
fibra de maguey: *nta / ya
M. ndaa
C. ndaa
T. ya'a



hilar (con malacate): *ka' / wa'
C. 'kaa, 'aa
T. ga'a, wa'a



hilo, hilaza: *yi'weh
M. yu'a, yu'a
C. 'iwa
T. yu'we



púa, espina: *yiram
M. 'iñu
C. yāā
T. tāhā
A. ts-iam, niam



tejer, telar: *kanam
M. kunu
C. kaanu
T. (g)anāh
A. hnam

(planta de) palma: *yum
M. ñuu
C. hñ-yō
T. yū, (d)ū

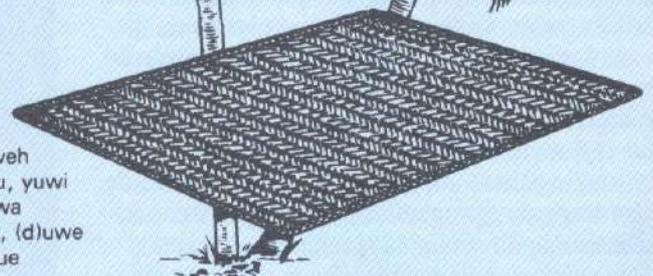


plato, cajete: *ko'o
M. ko'o
C. ku'u
T. go'o

tenate: *nto'o
M. ndo'o
T. do



petate: *yuweh
M. yuu, yuwi
C. hiiwa
T. we, (d)uwe
A. ts-ue





que las culturas arqueológicas o históricas tienen ubicaciones geográficas precisas, de esta manera se llenaría —si fuese necesario— el segundo requisito para dar todo su valor a la historia lingüística. Sin embargo, la lingüística no requiere de esta otra documentación para hacer por sí misma historia.

Así ha ocurrido con frecuencia: la historia de los indoeuropeos —para recordar el ejemplo más conocido—, su cultura y la identificación de su posible país de origen, se resolvieron primero por los lingüistas y solamente después los arqueólogos intentaron su identificación sobre el terreno. En México, los datos de los códices mixtecos no van más atrás de 600 o 700 de nuestra era, ni tampoco remonta mucho la historia de la lengua mixteca, pero la de la subfamilia mixteca llega por lo menos hasta 1900 a. de C. y los arqueólogos se dispusieron a considerarla así, siguiendo lo que los lingüistas dijeron antes.

Estas historias son posibles porque quienes hablaron una lengua en tiempos idos no tenían solamente palabras para los objetos de su cultura, sino también para los del medio ambiente en que vivían, de manera que la reconstrucción lingüística nos da las imágenes de culturas pasadas y de los medios geográficos donde florecieron, de donde pueden deducirse localizaciones muy antiguas, desplazamientos, contactos con otros pueblos, etc. Pero la lingüística puede dar más detalles todavía: puesto que las corresponden-

cias entre palabras de un mismo origen son muy precisas, se puede identificar vocablos tomados de otros idiomas en épocas remotas y saber quién los tomó, quién los dio y, generalmente, cuándo. Las palabras nahuas *cacáhuatl* “cacao” y *coxolitli* “cojolite” no tienen correspondientes en otros idiomas de la familia yutoazteca y son, en cambio, muy similares a las de la familia maya (*cacau* y *cox* en yucateco), de donde sin lugar a dudas fueron tomadas; por lo contrario, en maya yucateco *hipil* y *uaxim* no tienen forma de raíces mayas sino que fueron tomadas del náhuatl (*huipil* y *huaxin*) y, puesto que ambas cosas existían en el mundo maya, no fueron introducidas con los objetos que designan, sino por el prestigio de una élite dominante.

El ejemplo anterior muestra otra de las ventajas de la historia establecida por medios lingüísticos: puesto que hay muchos aspectos de la cultura que no dejan restos materiales (los términos de parentesco, entre muchos otros), no pueden ser recuperados por la arqueología, en tanto que la lingüística sí lo hace. De manera semejante, hay vestigios arqueológicos (sobre todo los de más antigüedad) que pueden interpretarse de una forma o de otra, o que escapan por completo a la interpretación solamente arqueológica pero sobre los cuales la lingüística arroja por lo común claras luces.

En suma, la historia que pueden elaborar los lingüistas y la historia arqueológica o documental se complementan, pues si la primera tiene

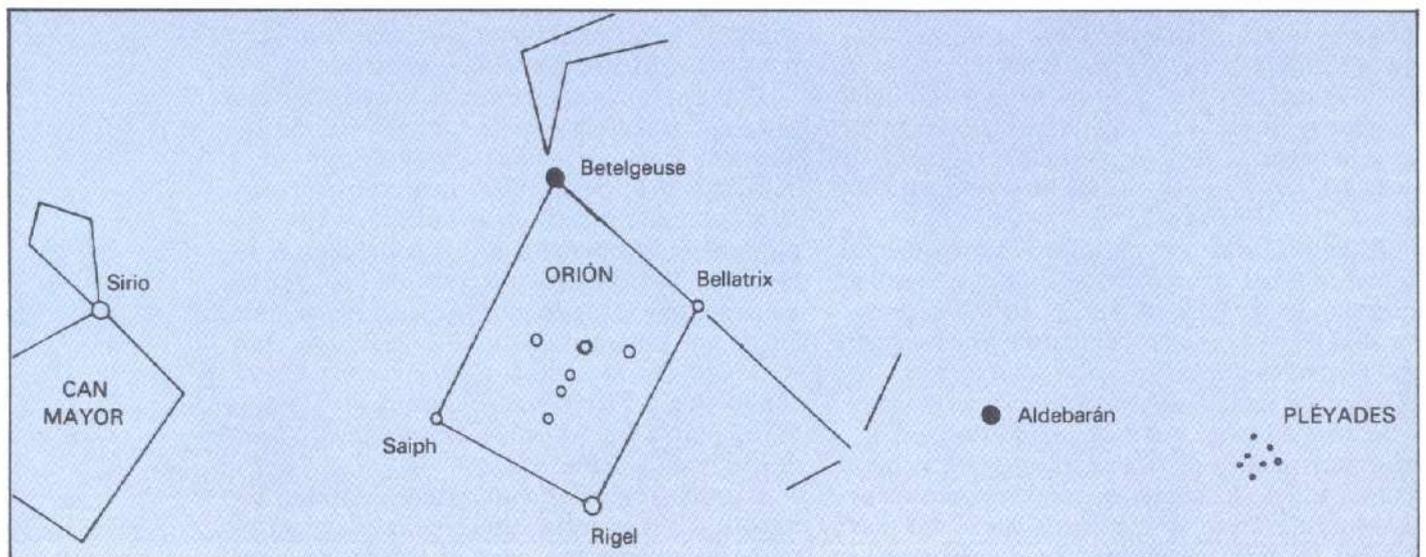
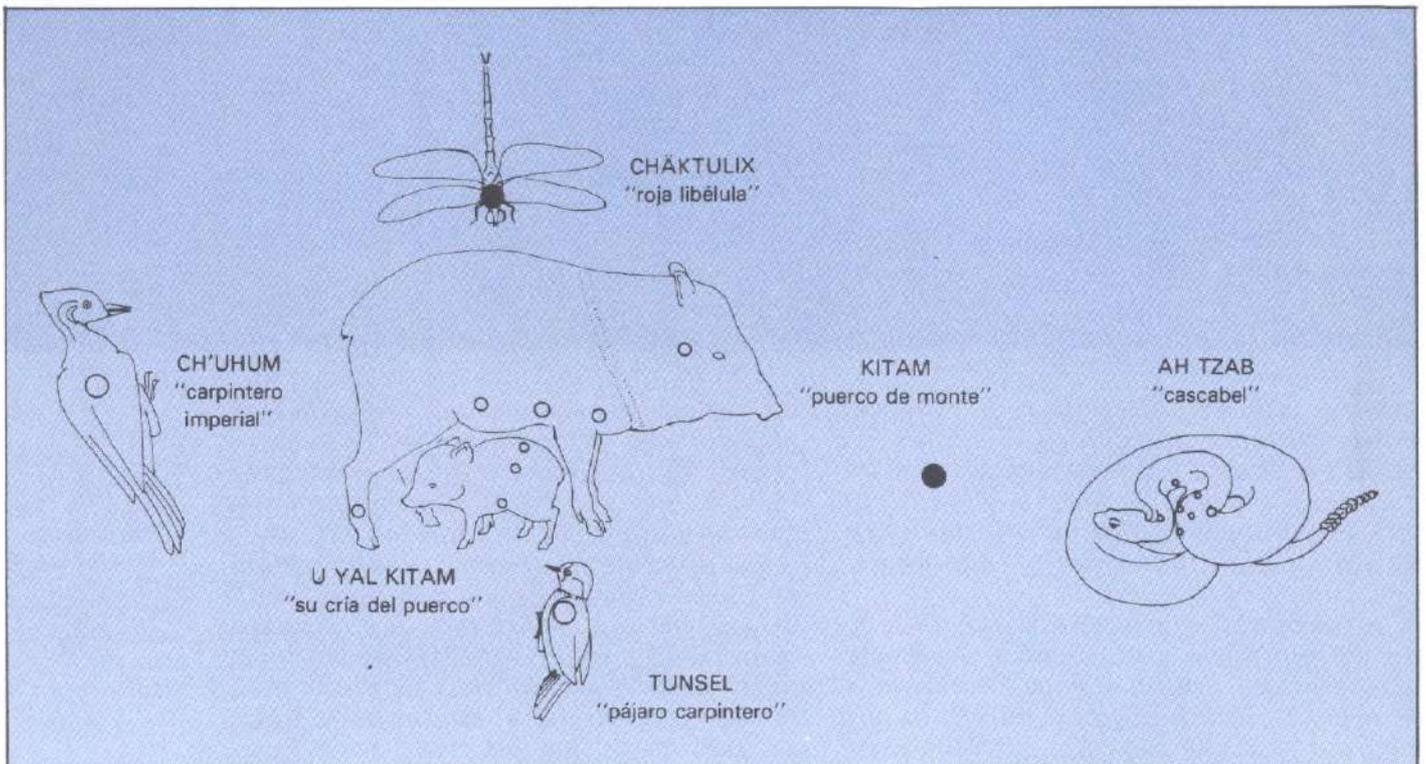
La reconstrucción del vocabulario protomixteca nos remonta al periodo entre 1500 y 1000 antes de nuestra era. La del vocabulario mixteco se acerca a pocos siglos de los primeros «escritos»

También en los cielos se proyecta la concepción del mundo que tienen los hablantes de un idioma. En este dibujo se comparan la visión occidental y la que tienen de ciertas estrellas los lacandones

ciertas ventajas, también es verdad que hay aspectos (por ejemplo, sobre la forma y tamaño de un objeto cuyo nombre conocemos) en que la lingüística debe rendir tributo a la arqueología. Si la porción más larga de nuestra historia, corresponde a los pueblos aborígenes, no cabe duda de la importancia que para su estudio tienen las lenguas indígenas.

26. Importancia de las lenguas para el conocimiento de las formas culturales

El mundo en que vivimos es uno solo. En él encontramos plantas, animales, objetos y fenómenos naturales, así como personas, cosas, habitaciones e instrumentos. Es cierto que hasta cierto punto este mundo varía por regiones o de



TAXONOMÍA DE AVES EN AMUZGO



kíci
águila

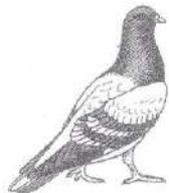


kisa
pájaro

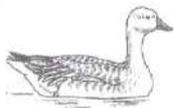


kisio
picaflor

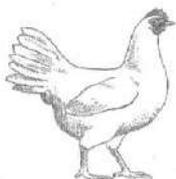
Kinsa
ave, pájaro



kitu
paloma



kitha
pato
kitha
tecolote



kinho
gallina

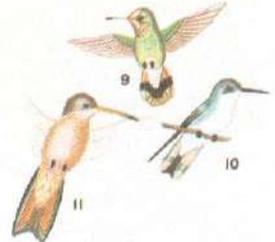
1. *c'oe*
2. *kicinto*



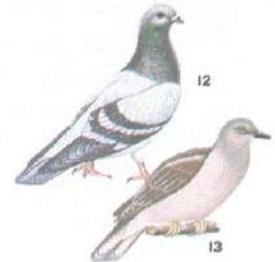
3. *kisacikirui'ée*
4. *kisakisha*
5. *kisabe*
6. *kisakantō*
7. *kisakisoli'*
8. *sndō'ēio'*



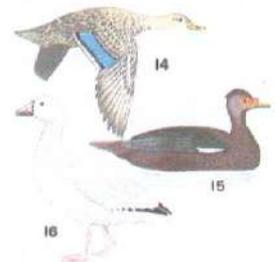
9. *kisjonda*
10. *kisiobi*
11. *kisiobe*



12. *kitu'ēohnda*
13. *kitu'tho*

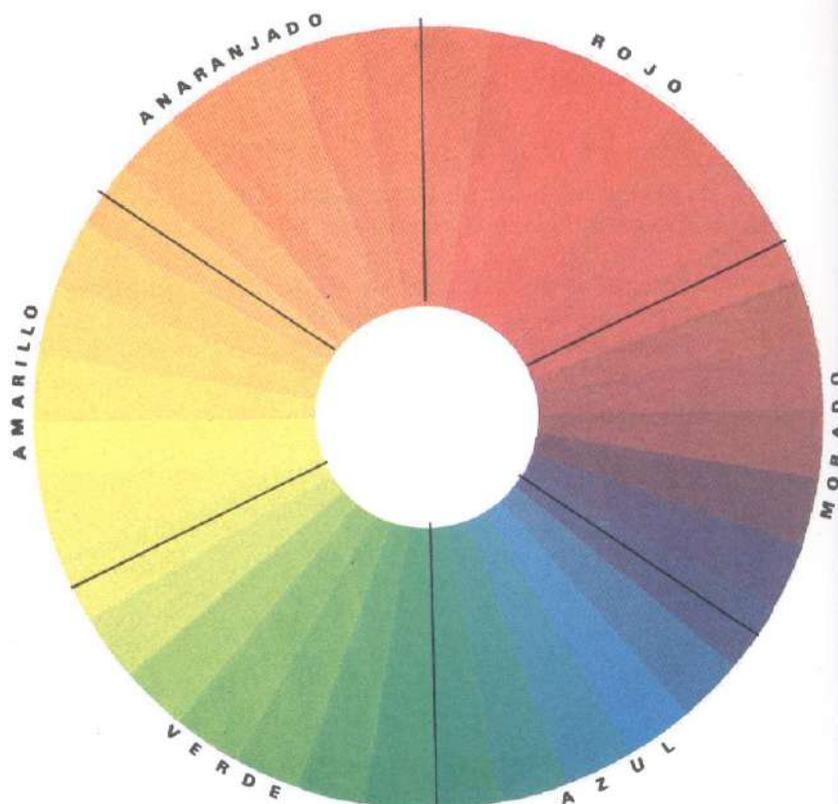


14. *kithanti*
15. *kithantō*
16. *kitha kici'*



y muchas otras
clases de *kinsa*

(Solamente se dan unos cuantos ejemplos para cada clase).



TÉRMINOS BÁSICOS DEL COLOR EN IDIOMA ESPAÑOL

acuerdo con los grupos humanos, pero aun cuando sean las mismas cosas en el mismo ambiente, cada sociedad les dará una significación diferente.

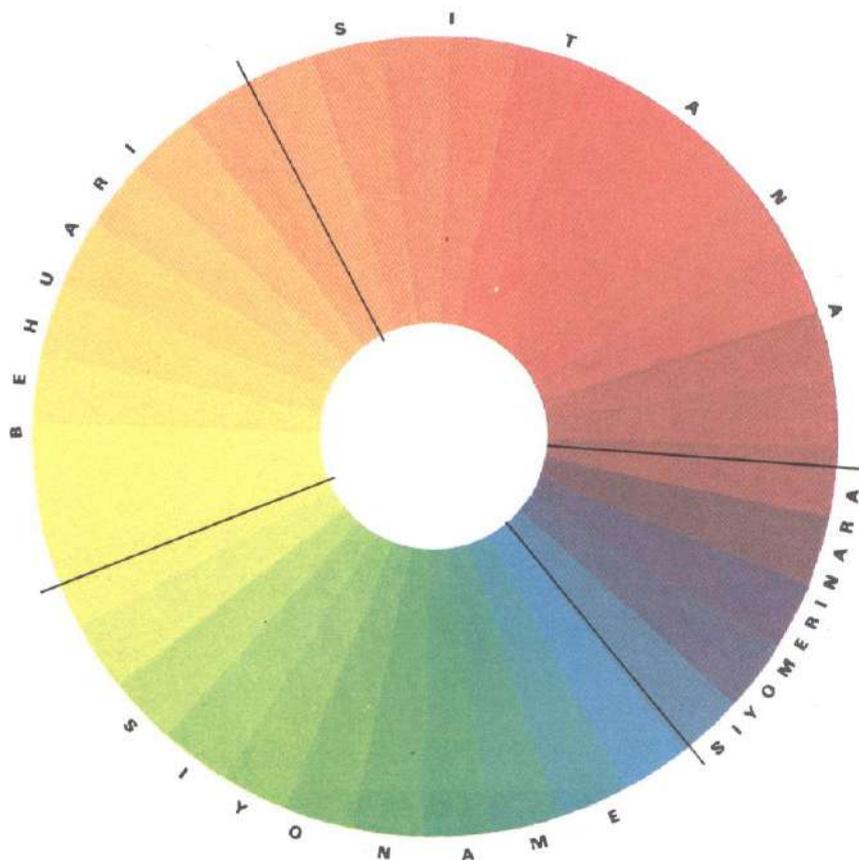
En realidad, cada árbol individual es distinto a todos los demás, cada piedra es diferente, ninguna casa es igual a otra, y así sucesivamente, pero el hecho mismo de que estemos usando las palabras «árbol», «piedra», «casa», «persona», etc., nos indica que *el hombre es un ser clasificador por naturaleza*. Esta esencia clasificadora del ser humano parece obedecer a la necesidad de ordenar su mundo y actuar frente a éste de acuerdo con clases ordenadas para las cuales tiene una serie de comportamientos más o menos definidos, en lugar de tener que imaginar un comportamiento o manejo distinto hacia todos y cada uno de los seres o fenómenos que por decenas de miles (quedándonos cortos) lo rodean.

Sin embargo, aunque la naturaleza clasificadora y ordenadora del hombre sea universal, cada grupo humano tiene necesidades, costumbres y tradiciones diferentes y, de esta manera, clasifica su mundo de modo distinto a como lo hacen otros grupos. Así como cada grupo difiere de otros —pensemos, por ejemplo, en la variedad cultural de México— en la forma de vestirse, en la religión, en los modos de vida, organización social, danzas y lengua, también difiere en la clasificación que hace del mundo que lo rodea y

en los comportamientos que tiene hacia ese mundo; los miembros de un grupo deben seguir ciertas reglas de comportamiento para ser comprendidos (y no rechazados) por los demás integrantes del mismo grupo cultural. Así, podemos decir que hay una «gramática de la cultura», como hay una gramática de la lengua.

La lengua forma parte de la cultura, pero también la refleja completa, no en el sentido de que en cualquier idioma se pueden describir las costumbres o modos de vida de cualquier cultura, sino en el sentido de que el vocabulario de una lengua lleva en sí mismo la clasificación que los hablantes de esa lengua hacen del mundo, tanto material como inmaterial, tanto natural como cultural, y muestra cómo ciertas concepciones sobre este mundo tienen una correspondencia en la gramática del idioma. Esto sucede con cualquier lengua, ya sea una de las muchas lenguas indígenas de nuestro país o una de las conocidas como «lenguas cultas» (español, inglés, francés, alemán, etc.), o idiomas africanos o asiáticos. Los estudios sobre la lengua como reflejo de la cultura en el sentido que acabamos de explicar son relativamente nuevos y constituyen la *etnolingüística*, cuyo valor para el conocimiento de las formas culturales ejemplificaremos brevemente en los párrafos que siguen.

Tomemos primero el mundo natural material, que parecería estar ahí, dado y objetivo, en



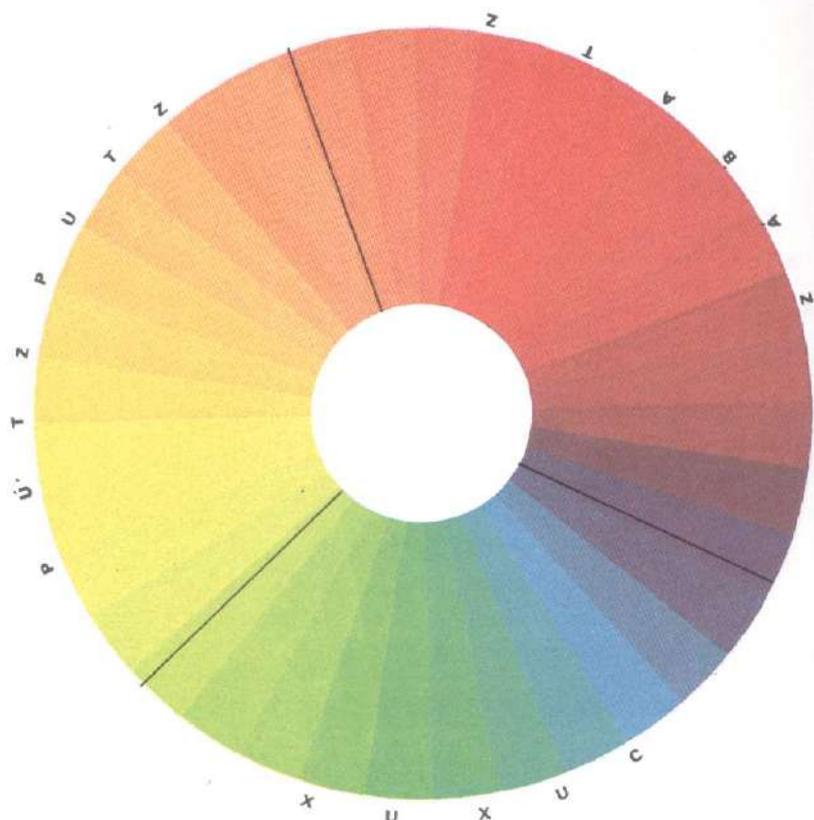
TÉRMINOS BÁSICOS DEL
COLOR EN IDIOMA
TARAHUMARA

el que no tenemos nada que hacer sino reconocerlo. Sin embargo, no es así. Los amuzgos, por ejemplo, dan gran importancia a las aves dentro de su vida cotidiana y, por principio de cuentas, reconocen más aves que el común de nosotros: su clasificación es distinta a la clasificación o taxonomía científica —basada en la morfología—, pues ellos usan otros criterios: si son silvestres o domésticas, si son comestibles o no, si se les usa en la magia, si son portadoras de buenos o malos augurios, etc. De esta manera, el rasgo más sobresaliente de un grupo de avecillas, los *kisio* “chuparrosa”, es que tienen la facultad de anunciar que puede suceder algo malo. Los términos que usan los amuzgos para designar a cada ave muestran los principios de agrupación que emplean y la jerarquía (indispensable en toda clasificación) que les dan; el nombre de la “lechuza”, *kichitsjo*, se compone de *ki-* el prefijo marcador de animal, *chi* “águila” y *tsjo* “noche”, esto es, quiere decir algo así como «animal que es águila nocturna» y revela que la «lechuza» es un miembro del subgrupo de las «águilas» que forma parte del grupo de las aves que son, a su vez, un grupo de los «animales».

De la misma manera, nosotros tendemos a pensar que el arcoiris tiene los «siete» colores que se nos enseñan en la escuela: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y morado. Pero ¿qué es el índigo?, es un matiz entre azul y

morado, pero en ese caso el anaranjado es un matiz entre rojo y amarillo, y el verde lo es entre amarillo y azul. No sólo eso, sino que el rojo va matizándose en infinitas gradaciones hacia el anaranjado, éste hacia el amarillo, que a su vez se transforma en verde, y así sucesivamente, hasta que, situados en un círculo, el morado va graduándose otra vez en rojo. En el arcoiris hay pues un número grandísimo de colores; ¿por qué han de tener los siete nombres que nos enseñan en la escuela? ¿No pueden ser más o menos? Por supuesto que sí, según la lengua que se hable, incluyendo el «blanco» y el «negro» que si para los físicos no son colores, lo son para el común de los mortales.

Hay unos cuantos idiomas en el mundo que no tienen más que dos nombres para la designación abstracta de todos los colores, pueden traducirse por «blanco» (para todos los colores brillantes y sus tintes claros) y «negro» (que comprende todos los matices y tintes oscuros); otras lenguas tienen tres términos, llamémosles «blanco», «negro» y «rojo», éste incluye lo que nosotros diríamos anaranjado, amarillo, café, rosa y púrpura. Los idiomas que tienen cuatro términos agregan a los tres anteriores uno para «verde» (es decir, para lo que nosotros llamamos verde y que se extiende a parte de nuestros azules y amarillos) o para «amarillo» (nuestro amarillo y algo de nuestros naranjas y verdes); muchas lenguas, entre ellas varias de nuestro



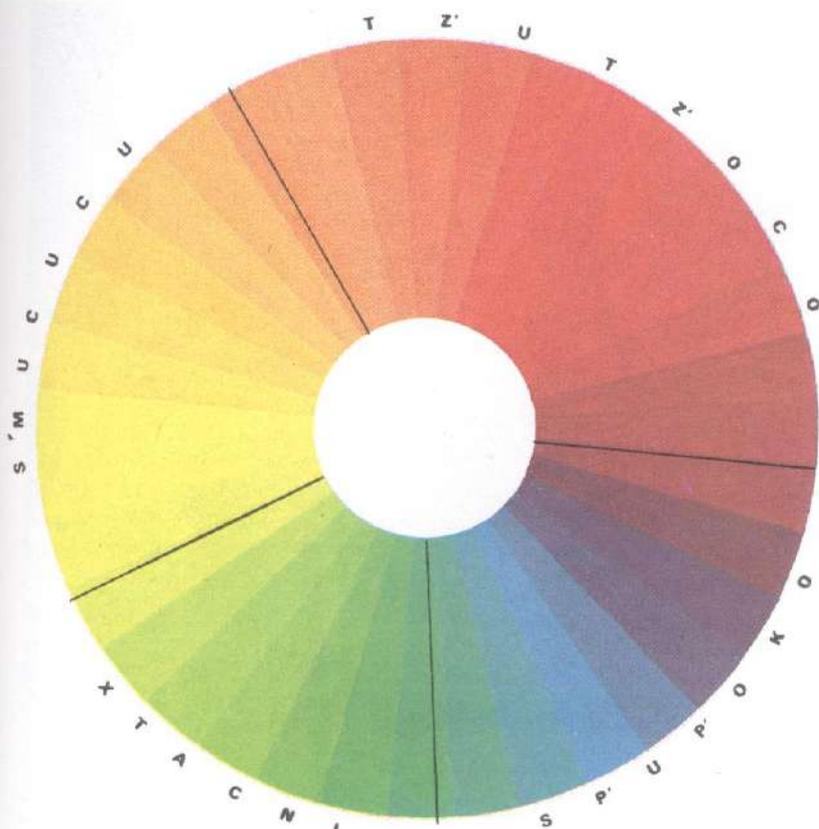
TÉRMINOS BÁSICOS DEL
COLOR EN IDIOMA
POPOLUCA DE OLUTA

país, como el ixcatéco, el mazateco, el tarasco, el tzeltal y el tzotzil usan cinco términos que, para poner como ejemplo el popoloca, son: «blanco» *po'p*, «negro» *yigic*, «rojo» *tsabats*, «amarillo» *pu'tsputs* y «verde-azul» *xuxuc*; otros idiomas, como el pápago, llegan a seis términos agregando a los cinco anteriores el de «café». Para idiomas con un mayor número de términos no hay tendencias claras; el español de México separa «verde» de «azul» y tiene también «rosa» y «gris».

Los miembros de una cultura tienden a «ver» el color de los objetos específicos según las reglas de la gramática cultural de los nombres de los colores en su idioma: la sangre es roja, el pasto es verde, el cielo es azul, etc., aunque podamos percibir pastos amarillos, cielos grises, etc. A la inversa, los colores típicos de ciertas cosas han dado origen a ciertos nombres de colores en abstracto (por ejemplo «rosa», «anaranjado», «café»); incluso acostumbramos esas asociaciones para especificar matices: «verde botella», «verde limón», «rojo manzana» o «morado obispo». Los tzotziles tienen dos juegos de palabras para nombrar los colores, el primero son nombres de objetos de la vida cotidiana, como si nosotros en vez de «rojo», «verde», «azul», dijéramos «sangre», «pasto», «cielo», con las asociaciones que acabamos de mencionar; el otro juego sirve para nombrar los colores en abstracto y es bastante complejo.

Para los nombres abstractos de colores, los tzotziles usan tres clases de raíces. La primera se compone de cinco nombres auténticos y se usa generalmente para designar los colores «puros»; la segunda usa los nombres anteriores modificados por sufijos y designa matices o pequeñas diferencias; la tercera está formada por palabras tomadas del español (*'asul-*, *kajvue-*, *'oro-*, etc.) y puede tener sufijos, como la segunda clase, para formar nuevos términos.

Como se ve, es bastante rico el inventario de términos para colores que los tzotziles usan en su vida cotidiana, pues se emplean en la descripción de diferencias en los estados de la vida vegetal (plantas tiernas, maduras, secas, marchitas, etc.), del vestido y de los tejidos y bordados que elaboran, etc. Pero los colores tienen también gran importancia en los rituales y, en este caso, el número de los términos que usan es menor. Se usa maíz de diferentes colores para la adivinación de las causas de las enfermedades, y para su curación se usan velas también de colores diversos. En este sentido los tzotziles son herederos, como muchos otros grupos mayas actuales, de una tradición maya antigua que asociaba los colores a diversos aspectos del ritual, como lo hacían otras muchas sociedades prehispánicas. Así, los cinco rumbos del universo (hacia el norte, hacia el sur, hacia el oriente, hacia el occidente y hacia arriba y abajo) estaban asociados a los cinco colores tan comunes en las



TÉRMINOS BÁSICOS DEL COLOR EN IDIOMA TONACACO DE PAPANTLA

lenguas indígenas, y los árboles que —según algunos mitos— sostenían los cielos en esos cinco rumbos eran, cada uno, de uno de esos colores, como también lo eran ciertos dioses que existían en cuartetas; por ejemplo, Tezcatlipoca (el mero mero Tezcatlipoca) era negro, pero había un Tezcatlipoca rojo, y Huitzilopochtli era considerado en ciertas circunstancias como el Tezcatlipoca azul, en tanto que Quetzalcóatl podía ser el Tezcatlipoca blanco.

Hemos visto ejemplos del mundo tangible natural, uno más corpóreo (las aves), otro menos (los colores). Veamos ahora qué sucede con algo intangible: *el tiempo*. Para nosotros el tiempo fluye como el agua de un río en el que estuviéramos metidos viendo hacia sus fuentes; así, el tiempo que ha transcurrido queda a nuestras espaldas, ha pasado; hay un tiempo presente en el que estamos inmersos, en tanto que el futuro queda frente a nosotros y viene a nuestro encuentro. Nuestra gramática, con sus tres tiempos verbales, refleja y es parte de esta concepción, pero otras lenguas —como se describe en los apartados sobre familias lingüísticas— no tienen tiempos sino aspectos y otras más, aun con tiempos, como el tojolabal, conciben el tiempo de manera distinta a la nuestra.

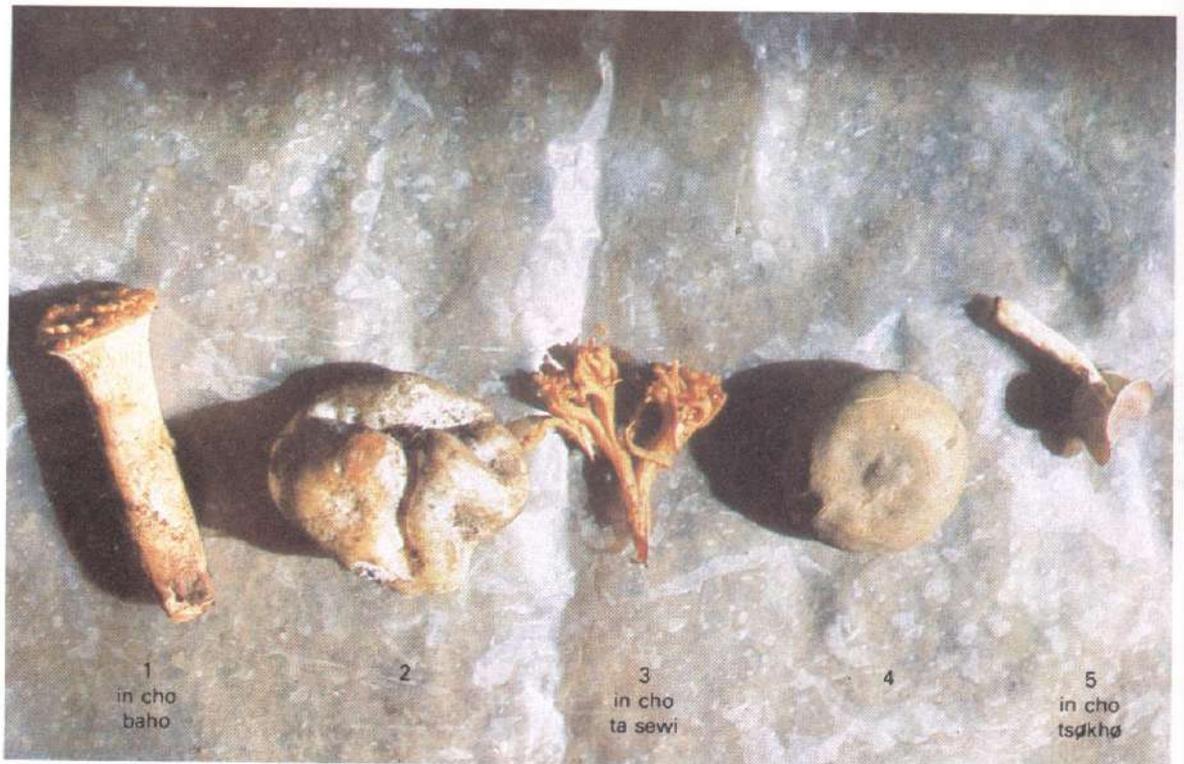
La división fundamental del mundo entre los tojolabales es entre lo objetivo y lo subjetivo. Lo objetivo comprende todo lo que es o ha sido accesible para los sentidos; el mundo subjetivo

es aquél de lo que no se percibe aun por los sentidos, es el mundo de los deseos, de la mente (o «del corazón»), como ellos prefieren decir; el corazón tanto del hombre como de los animales, las plantas y las cosas), el mundo también de los propósitos. Puesto que el futuro todavía no puede percibirse con los sentidos, pertenece al mundo subjetivo y queda atrás de nosotros, donde no lo podemos «ver», en tanto que el pasado y el presente pertenecen al mundo objetivo, porque los hemos percibido o los estamos percibiendo, quedan ante nosotros, ante nuestra «vista», sin clara distinción entre ellos.

Dada esta forma de concebir el tiempo, lo que está comenzando a hacerse, como «empezar a escribir» o «irse a dormir» en este momento, que nosotros expresáramos con verbo en presente (*empiezo a...*) se expresan en tojolabal con verbo en futuro, porque gran parte de la acción todavía no queda en el mundo objetivo. Por otro lado, lo que suceda a distancia de quien habla llegará a su percepción solamente cuando haya transcurrido cierto tiempo de sucedido, de modo que si sabe que está realmente sucediendo (no si sólo lo conjetura), se referirá a este hecho empleando el pasado, y cuanto más lejos suceda lo que dice, más claramente estará en el pasado.

De la misma manera que cada lengua y cada cultura clasifican y ordenan el mundo natural lo hacen con el mundo cultural, tanto tangible

En todos los idiomas se usa el nombre de un color o de una forma para distinguir variedades de una cosa, como hace el matlatzinca con los hongos: "de trompeta" (1), "pata de pájaro" (2), "de oreja" (3)



como intangible, y prescriben ciertas conductas (prohibiendo o desaprobando otras) según esta clasificación y ordenamiento. En nuestra propia cultura una casa debe tener por lo menos cocina, baño, recámara y comedor; las casas que no tienen estas habitaciones nos parecen «incompletas», y veríamos extraño que alguien se bañara en la cocina, comiera en la recámara o durmiera en el comedor, pues todo ello violaría las reglas de nuestra gramática cultural, aunque para otras culturas será normal usar una sola pieza para cocinar y comer, otra para dormir y para recibir, o varias otras combinaciones. Así, hay también muebles y objetos «propios» de cada división de la casa: sillas, mesas y sillones pueden ir en el comedor o la sala, pero sólo ésta puede tener sofás; cama, ropero, tocador, etc., son de la recámara, que en otras culturas tendrá alfombras, cojines y baúles. No se nos ocurrirá dormir sobre una estufa ni cocinar sobre un sillón, en parte porque nuestra cultura les ha dado características muy específicas para las funciones a las que se destinan, pero en ocasiones no son sus características objetivas las que impiden darles un uso «impropio», sino solamente las reglas culturales.

También clasificamos a los seres humanos y nos portamos con ellos según el lugar donde tengamos clasificado a cada uno. No son lo mismo compañeros de trabajo que amigos, o conocidos que familiares, y dentro de estas categorías hay divisiones más finas. Tomemos como ejemplo la forma en que se designa a los

familiares, es decir, a quiénes se considera parientes y qué términos se usan para denominarlos. Todas las culturas reconocen la relación de descendencia (quién es hijo de quién), que no forzosamente es una descendencia biológica —aunque en la mayoría de los casos exista una relación genética real— sino la que socialmente se reconoce como tal; esta relación permite, también en todas las culturas, que una persona determinada reconozca a sus parientes primarios, para los cuales hay términos definidos: «padre» y «madre» (de quienes desciende inmediatamente) «hijo» e «hija» (que descienden de ella), «hermano» y «hermana» (descendientes de los ascendientes inmediatos de uno). Además de éstos, las diferentes lenguas y culturas reconocen un número mayor o menor de parientes según muy variados sistemas, algunos relativamente simples, otros complejísimo.

Las personas con las que puede establecerse una conexión paso a paso por medio de parentescos primarios sucesivos (por ejemplo, el hijo del hermano de la madre del padre de uno) tienen con uno una relación de consanguinidad. Si están en una sola línea de descendencia son consanguíneos lineales; si el vínculo se establece en algún punto por una relación de «hermano», serán parientes consanguíneos colaterales. El matrimonio no sólo vincula a los cónyuges, sino también a sus respectivos parientes consanguíneos (en un grado cuya extensión varía de cultura a cultura) quienes, así, se convierten unos de otros en parientes por afinidad.

Hay dos formas generales (con muchísimas variantes específicas) para designar a los parientes consanguíneos. La primera describe la relación mediante aumentos a los términos primarios de parentesco, por ejemplo «padre grande», «hermano de la madre», «hijo mayor», y así sucesivamente. La segunda no describe, sino que generaliza hasta cierto punto los términos primarios, de una manera aparentemente arbitraria pero que sigue una estricta lógica interna; en algunas de las lenguas que siguen este sistema una persona llamará «padre» a su padre y a los hermanos de su padre, en tanto que los hermanos de su madre serán «tíos», y un hombre llamará «hijo» también al hijo de su hermano, pero «sobrino» al de su hermana, en tanto que una mujer llamará «sobrino» al hijo de su hermano e «hijo» al de su hermana.

El último ejemplo muestra dos de los factores que pueden intervenir en la conformación de un sistema de parentesco: el sexo de quien habla (si es hombre o mujer) y el de quien constituye el nexos (hermano o hermana de quien habla) con el pariente designado como «hijo» o como «sobrino». Cada cultura puede utilizar (o dejar de hacerlo) éstos y algunos otros factores, como el sexo del pariente (*frère* y *soeur* «hermano» y «hermana», *neveu* y *nièce* «sobrino» y «sobrina»), el número de generaciones ascendentes o descendentes («padre», «abuelo», «bisabuelo», «hijo», «nieto», «bisnieto»); el tipo de nexos, como consanguíneos lineales o colaterales, o parientes por afinidad, o parientes ceremoniales («compadre», «ahijado», etc.).

En suma, el «mundo real» de un individuo no es tanto un mundo (natural o social) objetivo, sino un mundo construido en gran parte por los hábitos lingüísticos de su grupo, es un mundo que se percibe —y con el que se interactúa— en términos de la gramática de su idioma y la «gramática» de su cultura.

27. Las escrituras prehispanicas

Las grandes civilizaciones se caracterizan, entre otras cosas, porque han desarrollado complejos sistemas de registro para consignar información importante, ya que ésta era tan variada y abundante que no era posible simplemente memorizarla; por este medio se conservan datos astronómicos y calendáricos, cuentas de comercio y tributo, relaciones con otros pueblos, ge-

nealogías, historia, etc. Esta información, que con frecuencia permitía un control del pueblo, se mantenía reservada a los grupos dominantes. Cuando el registro es gráfico (pintado, esgrafiado, sellado, etc.) se acostumbra llamarlo «escritura», pero conviene restringir este nombre para los sistemas de registro más eficientes, aquellos que fijan gráficamente un idioma.

La eficacia de una verdadera escritura estriba en que sirve para registrar cualquier cosa, pues una lengua permite hablar de absolutamente todo: cuestiones abstractas y asuntos concretos, números, géneros de mercancía, dioses y cosas terrenas, así como seres que viviendo en el mundo ostentaban un carácter divino o semidivino (monarcas, sacerdotes, profetas y similares), en tanto que otras formas de registro —sea gráfico o no lo sea— se encuentran limitados, según ciertas convenciones establecidas, a consignar más que nada ayudas para la memoria.

Varios pueblos nativos de México crearon sin influencias de otros lados, «escrituras» que tienen una larga y compleja historia todavía

Vaso tripode teotihuacano con el glifo que representa un año, en decoración excavada. Los teotihuacanos tenían un complejo sistema de registro calendárico



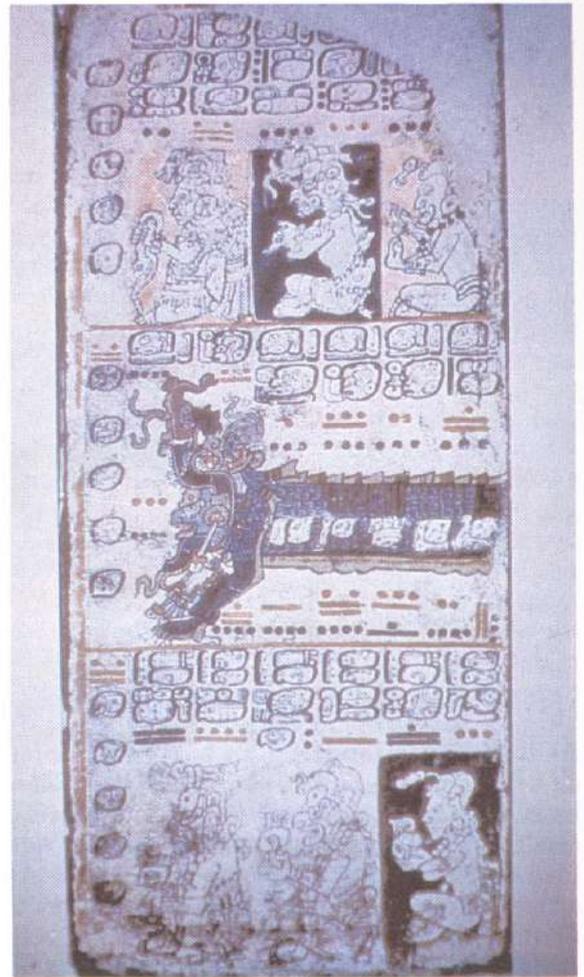
insuficientemente dilucidada. En su mayoría estos sistemas de registro gráfico no son la transcripción más o menos exacta de un idioma, es decir, no son verdaderas escrituras, con la excepción de la escritura maya que, precisamente por ello, todavía no ha sido descifrada por completo.

En efecto, aunque con cierta dificultad, es posible interpretar una «escritura», porque puede hacerse en términos del idioma del investigador, quien establece que tal o cual combinación de signos significa «Cerro del pájaro», o que tal otro signo significa «guerra», o el de más allá representa «años», y así sucesivamente, y con estos elementos está en posibilidad de inferir el contenido de un trozo «escrito». Pero en una escritura verdadera los signos (de cuyos valores y funciones se trata en los dos capítulos siguientes) consignan oraciones de un idioma determinado que se habló en un lugar preciso, y pueden leerse solamente en ese idioma, lo cual presenta grandes obstáculos, porque es preciso conocer ese idioma y las convenciones que se emplearon para transcribirlo. El proceso de descifre de una escritura así es paulatino y circular: al averiguar los usos de determinados signos se abre la posibilidad de darles valores lingüísticos (es decir, se va conociendo la lengua que los signos transcriben) y al conocer un poco la lengua empleada es posible atribuir valores a otros signos y corregir muchas de las primeras suposiciones, aunque a veces se llega a callejones aparentemente sin salida, de los que solamente con grandísimo esfuerzo —ocasionalmente con un golpe de suerte, como el hallazgo de una nueva inscripción— puede salirse y avanzar más.

En los capítulos siguientes se presentan los rasgos más característicos de la escritura maya, de la llamada escritura azteca y, en conjunto, de otros sistemas de registro menos conocidos, entre otras cosas porque sus materiales son mucho más escasos que los de las anteriormente mencionadas.

28. La escritura maya

La escritura —un verdadero sistema de escritura— es uno de los logros más importantes de la civilización maya que floreció en la porción sur de Mesoamérica, desde lo que hoy es el sureste de México hasta Honduras. En esta región los mayas construyeron ciudades tan importantes co-



Los textos en los códices mayas se inician con una columna de glifos de días y están limitados arriba y abajo por líneas rojas. El animal mítico demuestra que este texto pasa de la hoja 4 a la 5. (Códice Dresde) (esta página y la siguiente)

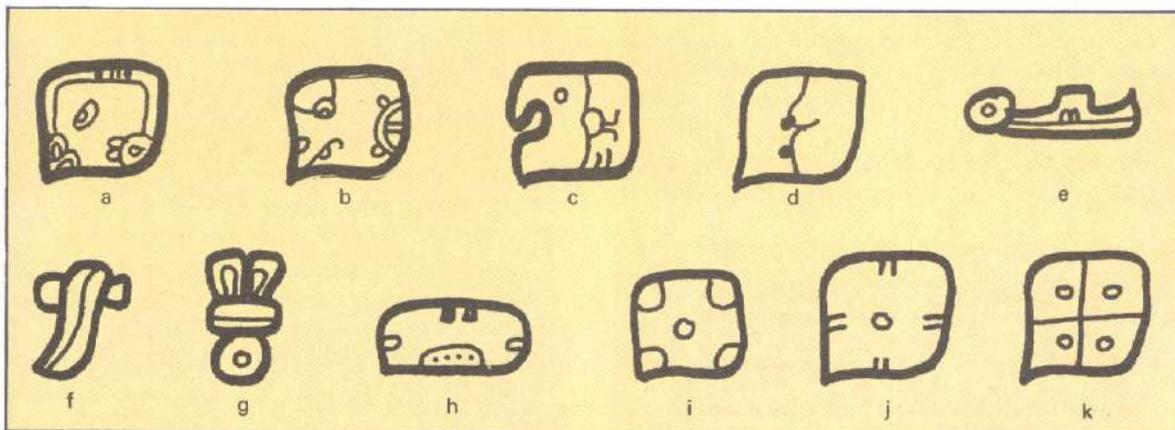
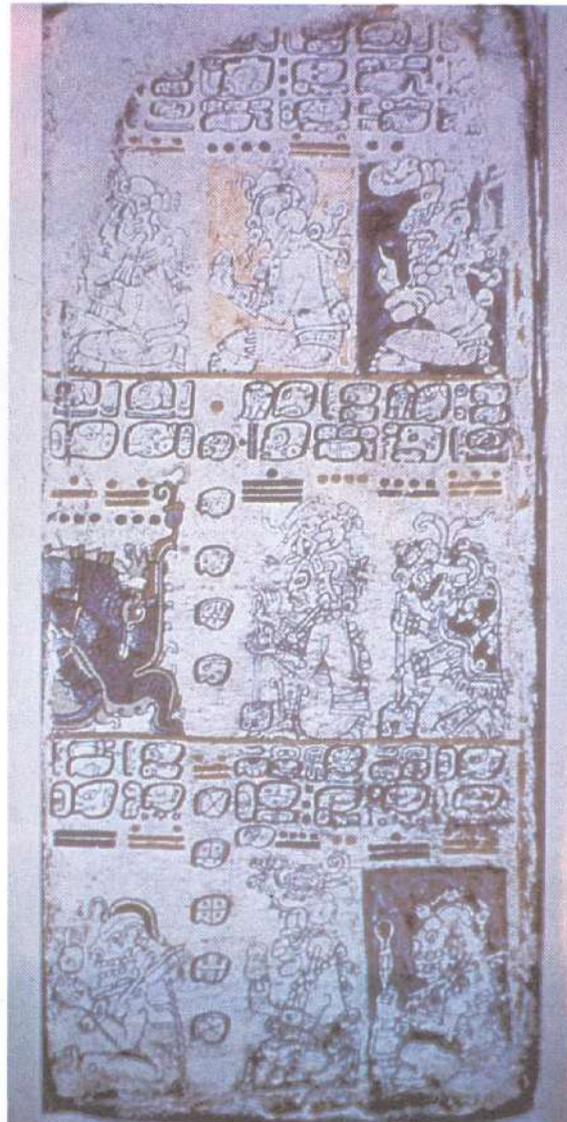
mo Palenque, Yaxchilán, Uxmal y Chichén Itzá (las cuatro en México); Tikal, Uaxactún y Quiriguá en Guatemala o Copán en Honduras, y es ésta también la región donde —con la excepción del huasteco— se hablan las lenguas de la familia maya, por lo que no se puede dudar que los ejemplares de escritura encontrados en ciudades como las mencionadas representan estas lenguas o, por lo menos, algunas de ellas, en sus formas antiguas.

La historia de la escritura maya es larga. Alcanzó su máximo desarrollo cerca del año 100 de nuestra era, pero el hecho de que no existan inscripciones rudimentarias indica que el sistema tuvo origen en otra cultura, probablemente la «olmeca». Son características de este periodo de esplendor (el Clásico, según los arqueólogos) las inscripciones labradas en piedra e incorporadas en los edificios, ya sea como tableros, dinteles o escalinatas; igualmente importantes son las inscripciones que con notas biográficas acompañan a los relieves escultóricos de personajes, probablemente jefes o reyes, en las estelas. Durante este periodo también hay escritura labrada, esgrafiada o pintada en otros materiales como el hueso, el jade o la cerámica, así co-

mo los jeroglíficos pintados en los murales de Bonampak.

Después del año 700 de nuestra era se inicia el colapso de las grandes ciudades clásicas y luego, del 900 al 1200 de nuestra era, el surgimiento de lo que los arqueólogos llaman período postclásico o del florecimiento de la civilización maya-tolteca, que se caracteriza, en lo que respecta a la escritura (y probablemente debido a influencias del altiplano) por los libros de papel de amate, pintados a mano, que llamamos códices.

Como escritura verdadera que es, la escritura maya tiene semejanzas y diferencias con otros sistemas de escritura del mundo con los que no tiene ninguna relación histórica; por lo tanto, las comparaciones que haremos sirven solamente para describirla. Sus signos (a los que llamamos *glifos*) no se escriben en forma lineal, sino agrupados en bloques o racimos, como hacen los caracteres chinos, grupos o racimos que reciben el nombre de *cartuchos* (por su semejanza con los óvalos que en la escritura egipcia encerraban los nombres propios, a los que Champollion llamó «cartouches»). Los glifos dentro de un cartucho llevan un orden preciso, de la izquierda hacia arriba, al centro, a la derecha y abajo:



- a. Perfil del dios de la Estrella Polar, *Xaman ek* "Estrella del Norte"
- b. Perfil del dios de la muerte, *Ah Puch* "El Descarnado"
- c. Perfil de una cabeza de tortuga
- d. Orejas de perro, dentro de un marco que completa el cartucho

- e. Representación de un árbol
- f. Representación de un hacha
- g. Representación de un lazo y del color blanco, *zac*
- h. Representación del color rojo, *chac*
- i. Representación del color amarillo, *kan*
- j. Dibujo del sol para representar "sol" o "día", *kin*
- k. Glifo del planeta Venus

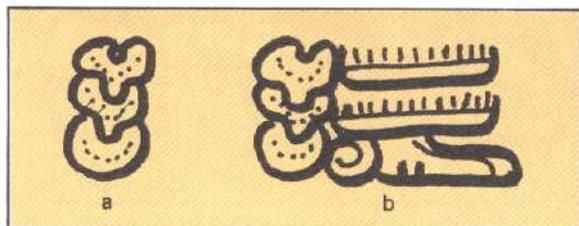
En ésta y otras hojas del Códice de Dresde, amplios textos se refieren al planeta Venus, personificado de distinta manera en la parte superior de cada hoja; las víctimas sacrificiales aparecen abajo (arriba y abajo derecha)



Los cartuchos también tienen un orden preciso, se leen por pares de columnas, de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, tanto en los tableros, los dinteles o las estelas, como en los códices; cualquier otro orden iría en contra de la escritura de fechas. Designando las columnas con letras (A, B, C, D, . . .) y los renglones por números (1, 2, 3, . . .) una inscripción se lee: A1, B1, A2, B2, . . . C1, D1, C2, D2, etc.

El sistema maya tiene unos mil glifos, según el catálogo de Thompson, lo que indica que no

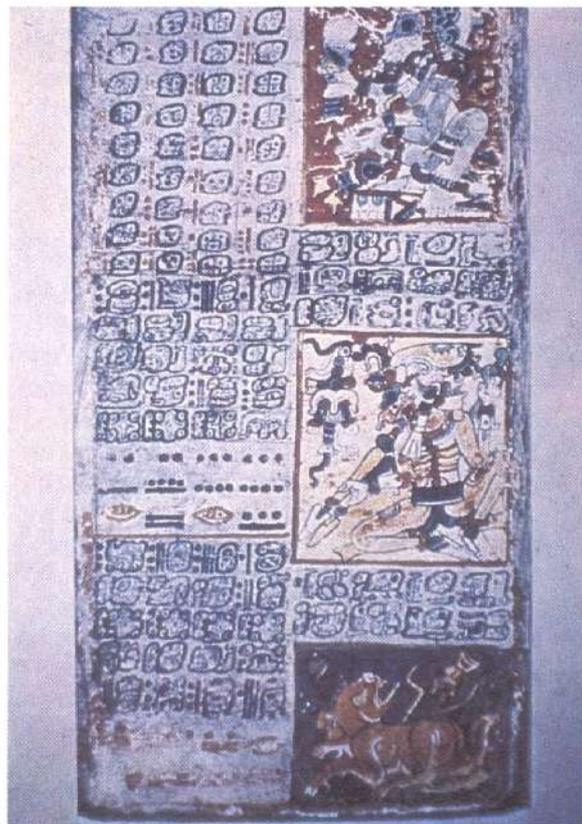
REBUS



- Dibujo de un cascabel de víbora, *tzap*, empleado también para *tzap*, "ofrenda".
- Cartucho de *tzap cacau*, "ofrenda de cacao"; la palabra *cacau* se escribe repitiendo el signo que en el "Alfabeto" de Landa tiene el valor *ca* y un signo final.

se trata de un alfabeto, ya que bastaría con 50 signos o menos para representar los sonidos de cualquier idioma conocido; no se trata tampoco de un sistema puramente silábico, pues bastan 100 a 200 signos para representar las combinaciones de consonante y vocal en los sistemas conocidos (por ejemplo, el Linear B cretense, o el japonés). El número de glifos señala, entonces, que se trata de un sistema mixto o logosilábico en el que cada signo representa una palabra, o una sílaba (o parte de una sílaba, como peculiaridad de la escritura maya), y algunos signos pueden representar ambos. Es, pues, más semejante a la escritura china o a la egipcia que a cualquier escritura alfabética, como la nuestra, y en ese sentido podemos decir que es de tipo jeroglífico.

Los glifos mayas se clasifican, según sus funciones, de manera semejante a los grafemas de otros sistemas de tipo jeroglífico, entre ellos el mexica. Para evitar repeticiones inútiles no describiremos aquí las clases de grafemas, sino que pedimos al lector consultarlas en el apartado siguiente. Cabe advertir que algunos glifos pertenecen a más de una clase (esto es, pueden tener más de un uso) y que —hasta donde sabemos—





Detalle del Tablero de la Cruz, Palenque, Chis. Cuando un texto ocupa grandes espacios se lee por pares de columnas; el glifo inicial ocupa las dos y abajo de él están los signos y numerales del *baktún* y el *katún*

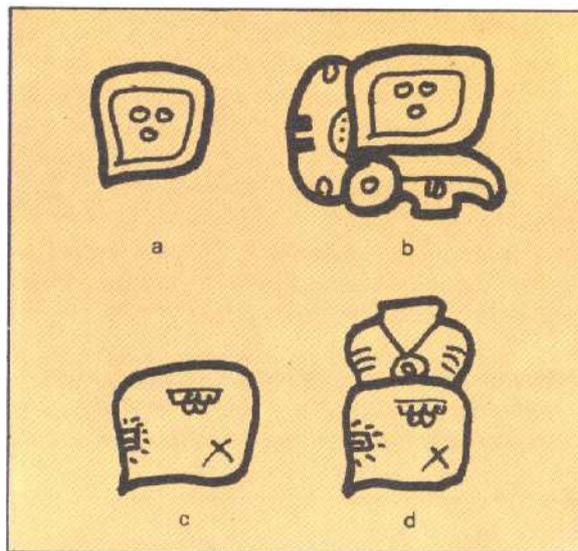
la escritura maya no tiene sumas lógicas, pero sí las otras clases que tiene la escritura mexicana: *numerales*, *logogramas* (directos o indirectos), *rebus*, *determinadores fonéticos* y *determinadores semánticos*.

Algunos ejemplos de las clases —con ciertas aclaraciones necesarias— son:

Numerales. Se usaba el sistema de puntos (unidades) y rayas (cinco) común en Mesoamérica, pero los mayas agregaron el concepto y notación del *cero* (una concha de caracol) y lo aprovecharon para la notación posicional con base 20. Como un refinamiento en las inscripciones, también se usaron perfiles (humanos o de animales) para escribir números y ocasionalmente a estos perfiles se les dio un cuerpo completo.

Logogramas. Regularmente se dibuja solamente una parte de lo que se quiere representar, por ejemplo la cabeza de *AhPuch* para este dios, o un lazo para *zac* “blanco”.

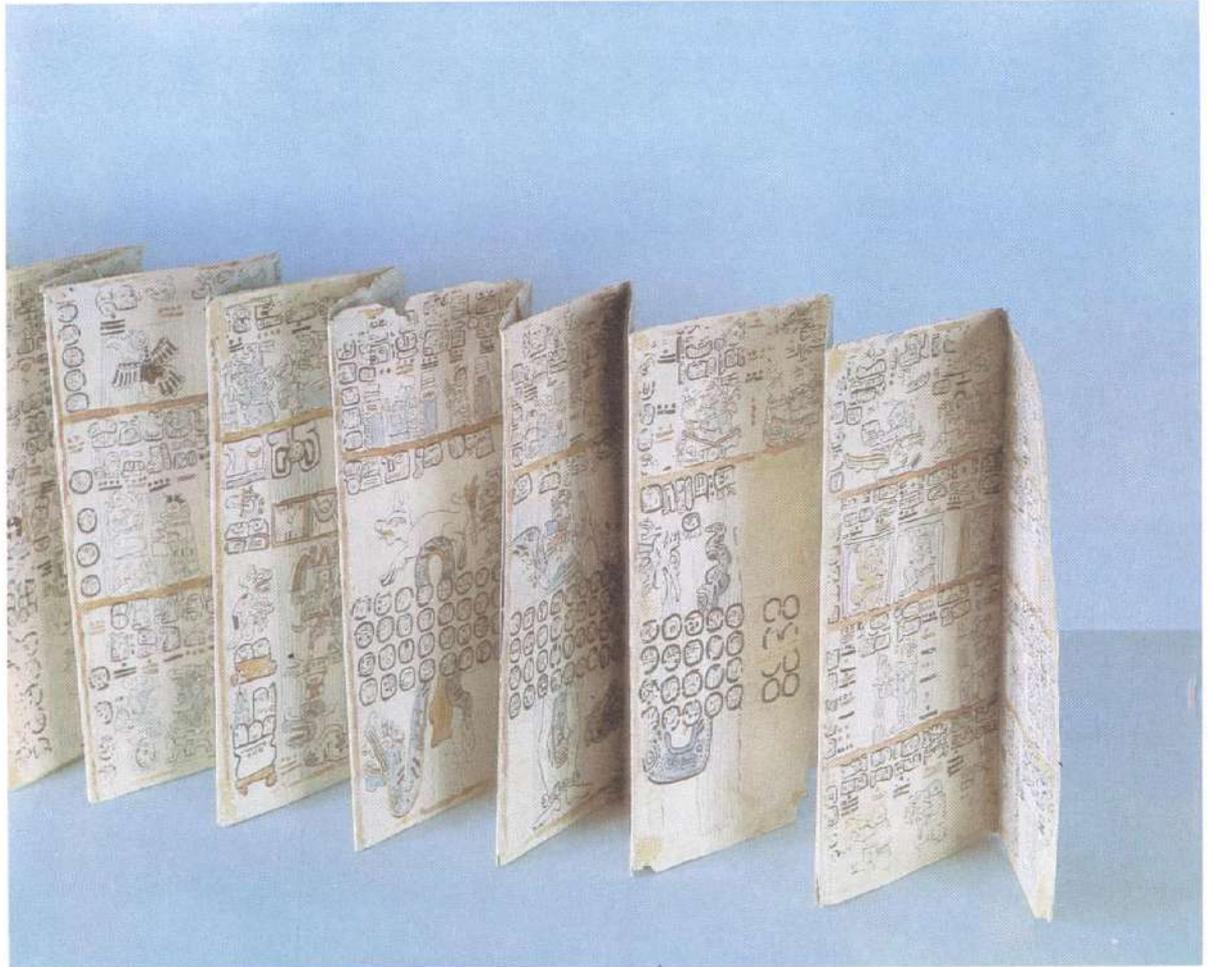
Rebus. Por ejemplo, el dibujo de un cascabel de víbora, *tzap*, se emplea para escribir la palabra homónima *tzap* “ofrenda”. Posible-



DETERMINADORES FONÉTICOS Y SEMÁNTICOS

- a. Signo para la “letra” *e* del “Alfabeto” de Landa. Probablemente del maya *he* “huevo”, y representación de un huevo de pípila.
- b. El glifo con valor de *e* confirma el sonido de la vocal del glifo *te*, “árbol”. El cartucho se lee *chac-le-te* “rojo-árbol” o “Ceiba Roja”.
- c. Glifo con valor de *ha’ab*, “año”
- d. El glifo *ha’ab* como determinador semántico del mes *yax* “verde”; no se lee, solamente indica que se trata del periodo de veinte días y no del color.

Fragmento del Códice de Madrid o Trocortésiano. Como los otros «libros» mayas conocidos, es de papel de amate recubierto por una capa de yeso bruñido y se pliega en forma de biombo



mente el supuesto «alfabeto» de Landa sea una colección de estos rebus. Se empleaban para escribir ciertas raíces (que en maya son en su mayoría monosilábicas, formadas por una consonante, una vocal y una consonante), como *ku + ku* para escribir *kuk* “quetzal”.

Determinadores fonéticos. Entre ellos está el dibujo de un huevo de pípila, *he'*, para confirmar la vocal *e* de otros glifos.

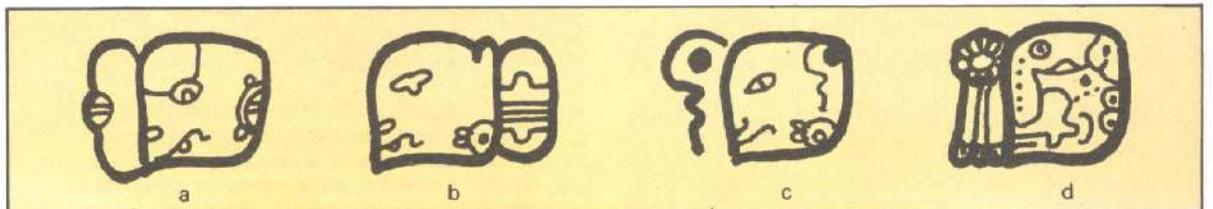
Determinadores semánticos. Un ejemplo es el signo del año, que por sí solo se lee *haab*, para indicar que otros glifos se refieren a periodos.

Formación y clases de cartuchos

Además de pertenecer a las clases que se han descrito, los glifos mayas forman parte de otras dos clases según su ubicación en los cartuchos: aquellos que ocupan la posición central y más destacada del cartucho se han llamado *principales*; los que aparecen a los lados, o arriba, o abajo o dentro del principal se llaman *afijos* por analogía con los elementos lingüísticos, pero solamente corresponden a éstos en forma parcial.

Hay glifos que pueden formar un cartucho ellos solos, sin afijos, pero hay otros que

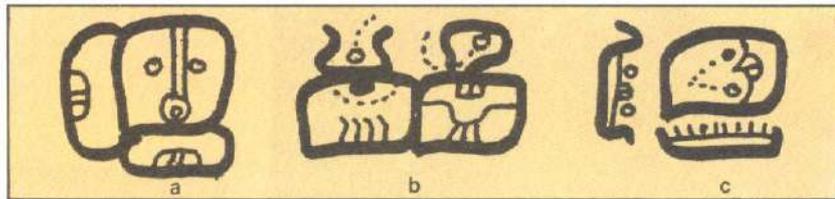
CARTUCHOS DE NOMBRES PROPIOS



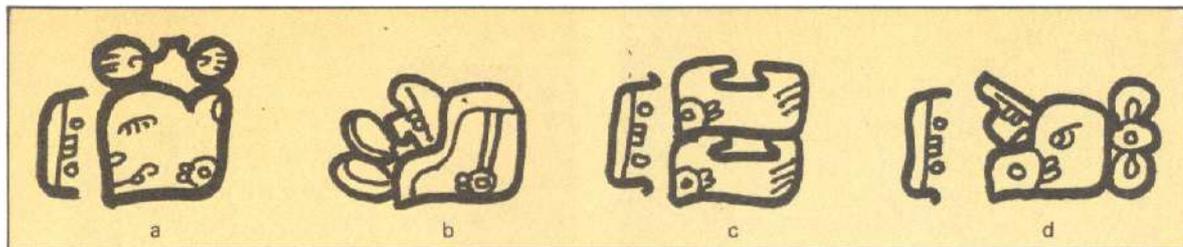
Los cartuchos de nombres propios se usan generalmente como sujetos de las oraciones glíficas
 a. Cartucho del Dios de la Muerte, *Ah Puch*
 b. Cartucho del Dios de la Lluvia, *Chac*

c. Cartucho de la Diosa de la Luna
 d. Cartucho del Señor Escudo-Jaguar, gobernante de Yaxchilán

- a. Cartucho de *ahau*, "señor"
- b. Cartucho de *imix-kan* con el sentido de "abundancia"
- c. Cartucho para *u kaz*, "su maldad"

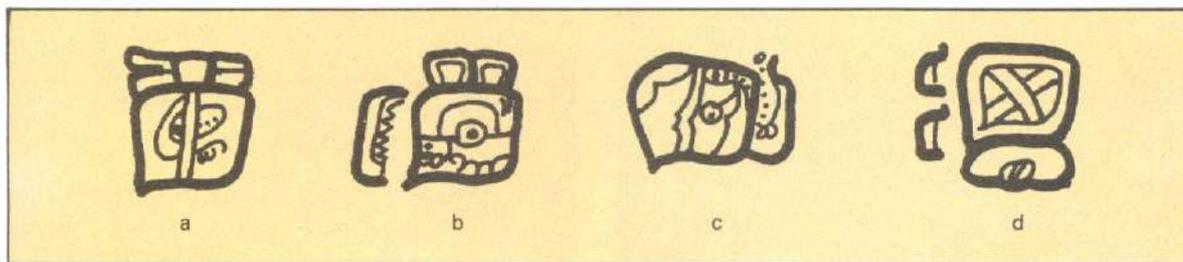


CARTUCHOS DE ATRIBUTOS



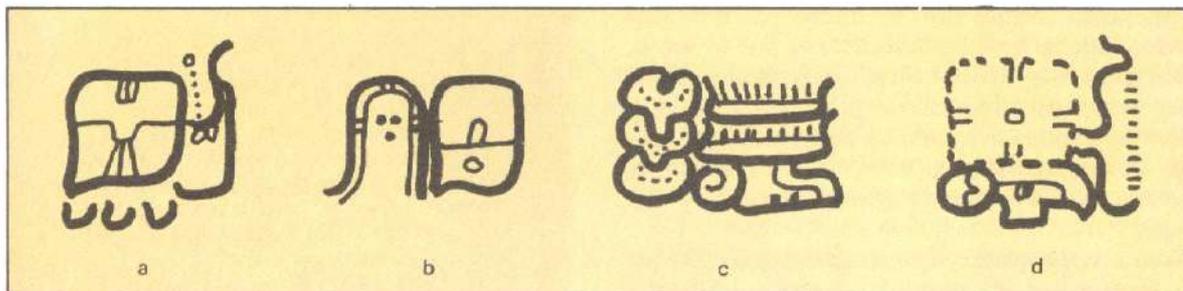
CARTUCHOS DE ACCIÓN

- a. Cartucho del verbo *ka-m(a)*, "recibe, acepta"
- b. Cartucho del verbo "carga"
- c. Cartucho del verbo "lleva"
- d. Cartucho del verbo "teje"



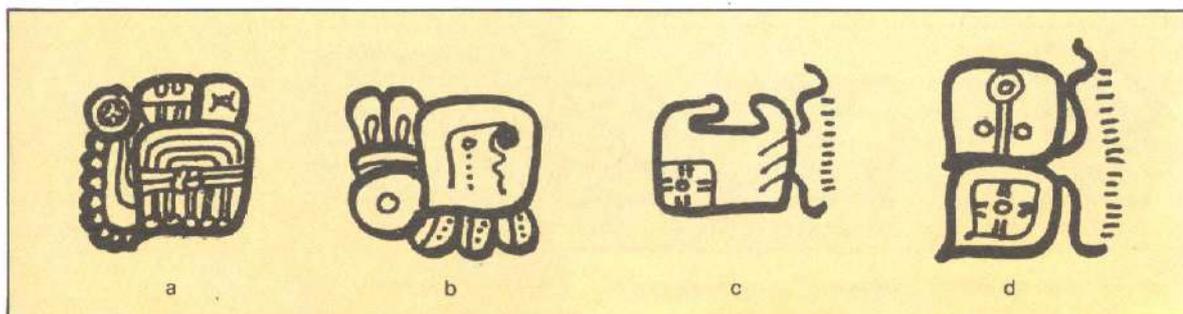
CARTUCHOS DE ACCIÓN EN LAS INSCRIPCIONES DE YAXCHILÁN

- a. Cartucho de "entronizar"
- b. Cartucho de "capturar"
- c. Cartucho de "nacer"
- d. Cartucho de "casarse"



CARTUCHOS DE OBJETOS

- a. Cartucho de ofrenda en la mano de los dioses
- b. Cartucho que representa "taladro de jade"
- c. Cartucho donde se lee "ofrenda de cacao"
- d. Cartucho de *nicté*, "flor"



NOMBRES DE LUGAR

- a. Cartucho emblema de la ciudad de Tikal
- b. Cartucho para *zac cab*, "tierra blanca"
- c. Cartucho de *chikin*, "oriente"
- d. Cartucho de *likin*, "poniente"

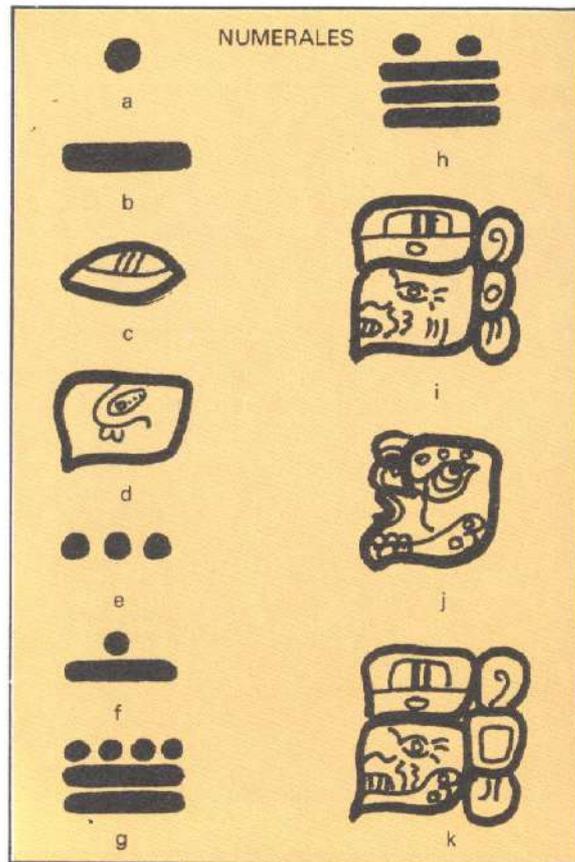


Cartucho modelado en estuco, Palenque, Chis. En este sitio muchos cartuchos se han desprendido de su lugar. En este cartucho está a la izquierda la variante de cabeza del numeral 5 y a la derecha el glifo del día *chuen*

requieren ciertos afijos. Estos afijos indispensables para la formación de cartuchos se denominan por ello formativos.

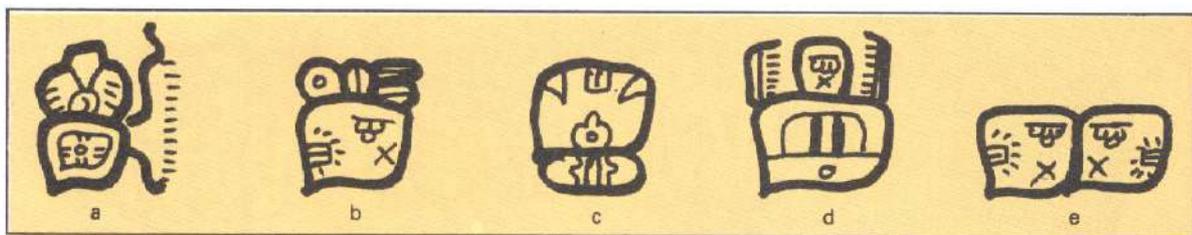
A otros afijos que se añaden a cartuchos ya formados (incluso los formados por un solo glifo principal) y se substituyen con otros afijos en diferentes construcciones, se les llama *paradigmáticos*, porque forman series paralelas de cartuchos con una parte invariante y otra variable, como los modelos gramaticales o paradigmas. Al parecer no se trata de una pura semejanza formal sino en buena parte de una verdadera inflexión gramatical y, por lo tanto, determinados afijos paradigmáticos acompañan regularmente a ciertos glifos principales (o combinaciones de éstos) en determinados lugares de las oraciones glíficas, lo que permite reconocer varias clases de cartuchos.

Nombres propios. Se trata de cartuchos que transcriben los nombres de deidades representadas en los códices o los nombres de gobernantes en las estelas y en otras inscripciones.



- a. El punto vale una unidad
- b. La raya representa cinco unidades
- c. La valva vacía representa el cero
- d. Glifo de la luna, representa el numeral 20
- e. Tres puntos hacen el numeral 3
- f. Una raya (5) más un punto (1), para el numeral 6
- g. Dos rayas (5+5=10) y cuatro puntos (4), hacen 14
- h. Tres rayas (5 x 3 = 15) y dos puntos (2), para 17
- i. Perfil que representa el numeral 5
- j. Perfil de una cabeza descarnada que representa el numeral 10
- k. Perfil que combina los rasgos de 5 y la mandíbula descarnada de 10; la combinación representa el numeral 15

CARTUCHOS PARA LOS PERIODOS DE TIEMPO



- a. Cartucho de *yax-kin*, "sol nuevo", nombre de una de las veintenas
- b. Cartucho de *zac*, "blanco", nombre de otra veintena
- c. Cartucho de *uinal*, nombre genérico de "veintena" o periodo de veinte días
- d. Cartucho de *katún*, periodo de 20 años de 365 días cada uno
- e. Cartucho de *baktún*, periodo de 400 (= 20 x 20) años, de 365 días.

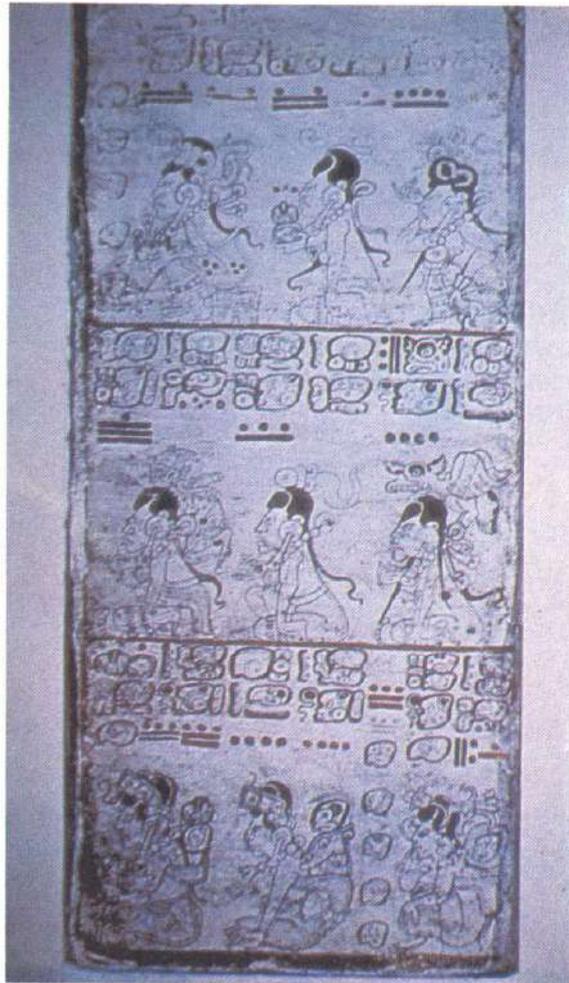
Atributos. Son cartuchos con los que se escribe el atributo de una deidad o personaje o el pronóstico (de hecho una clase de atributo) de una fecha calendárica.

Cartuchos de acción. Tanto en códices como en inscripciones son la escritura de palabras verbales. En algunas ocasiones es muy claro el paralelo entre la escritura glífica y la acción representada en la escena que la acompaña; en otras el sentido del verbo se puede deducir de la escena y, conociendo un buen número de cartuchos de acción, puede leerse correctamente aunque no figuren en la escena.

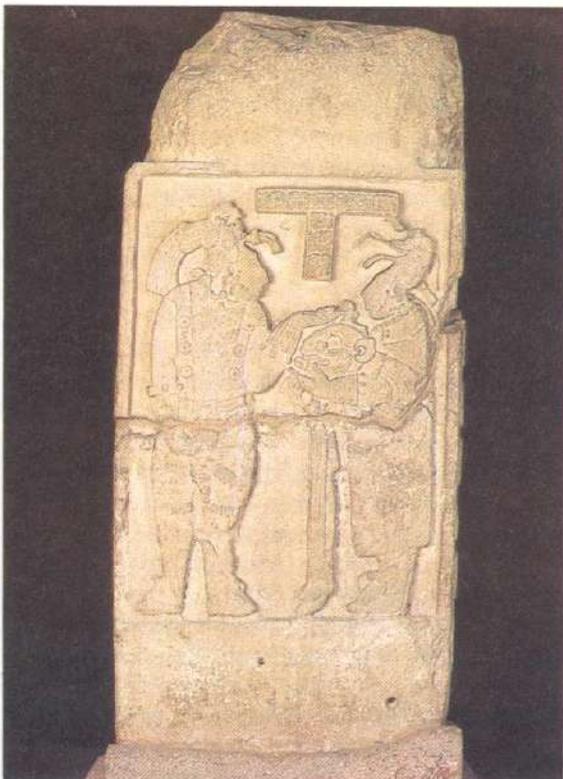
Objetos. Son nombres de ofrendas, animales y otros complementos directos de verbos transitivos. Muchas veces el objeto se escribe con un cartucho que se representa de la misma manera en la escena del códice.

Nombres de lugar. Son nombres de puntos cardinales, lugares, ciudades o vehículos donde se realiza la acción.

Periodos temporales. Sitúan en el tiempo (por lo común a partir de una fecha inicial) la ins-



En el texto de la sección media de esta hoja del Códice de Dresde cada oración de cuatro cartuchos pronostica bienes o males — representados por aves — en relación con la diosa que está inmediatamente abajo



cripción o suceso, sumando días (*kin*), los nombres de las 18 veintenas o «meses» (*uinal*), periodos de 18 veintenas (o sea, 360 días, *tun*), de 20 tunes (*katun*) y de una veintena de katunes (*baktun*); ocasionalmente se representan periodos más largos cuyos nombres reales desconocemos, pero los investigadores han creado nombres apropiados como *pictún* y otros.

Numerales. Se usan para la cuenta de estos periodos. Los puntos y barras se usan como afijos. Pueden formar cartucho aparte o ser afijos los perfiles, distintos para los números del 1 al 12; los números superiores a 12 se forman con la quijada característica de «10» y los rasgos del perfil de las unidades, por ejemplo «perfil de 5» + «quijada de 10» = «15».

Las oraciones glíficas

En los códices es muy común que una oración acompañe a una escena, pero hay también oraciones sin escena, es decir, son texto puro, posible porque se trata de una verdadera escritura. Es-

Dintel 26 de Yaxchilán, Chis. El texto, en forma de T entre las dos figuras, se refiere a la escena en que una mujer presenta una cabeza o máscara de jaguar a un personaje importante

EJEMPLOS DE ORACIONES GLÍFICAS

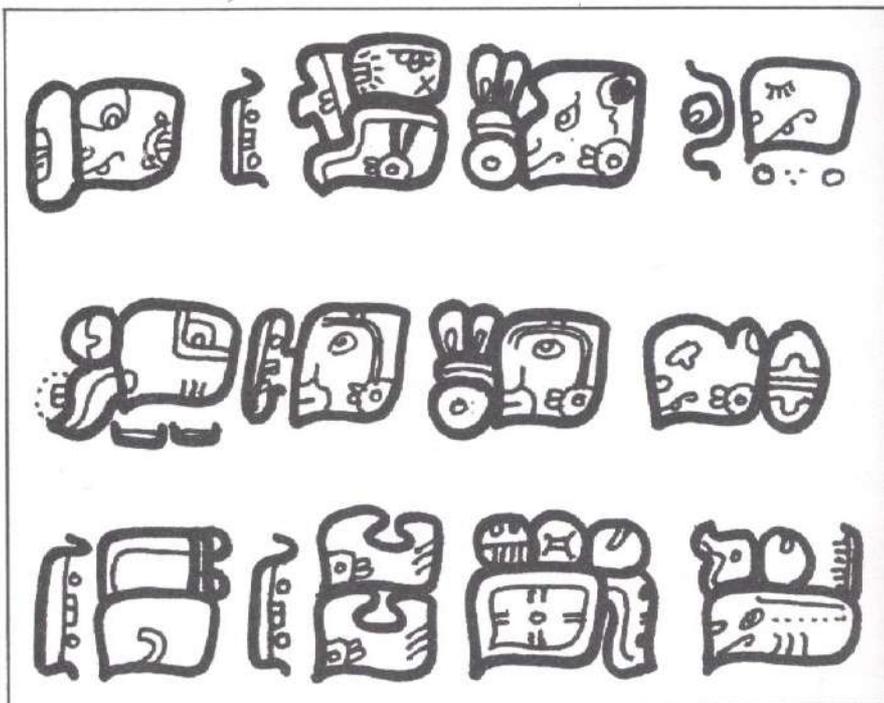
La mayoría de las oraciones glíficas tiene un número par de cartuchos; en los códices son más frecuentes las que tienen cuatro cartuchos, de manera que estos son tres ejemplos típicos.

En las lecturas que siguen se emplea una diagonal para separar lo que dice cada cartucho y se emplean paréntesis para hacer aclaraciones o para agregar algo que se sobreentiende pero que no está escrito por los mayas.

Primera oración tomada del Códice de Dresde, página 20, registro c, oración 1:
(El) Dios de la Muerte / su carga (o lo carga) /
(la) Diosa Blanca, / muerte (es el pronóstico).

Segunda oración, Códice de Dresde, página 62, registro c, oración 1:
Mora / (al) norte / (el) Señor Blanco, / (el Dios) Chac.

Tercera oración, Códice de Dresde, página 4, registro c, oración 1:
Su ofrenda / lleva / (el) Dios del Sol, / mala suerte.



Las oraciones están formadas en la mayoría de los casos por dos, cuatro, seis u ocho cartuchos, pero rara vez por tres o cinco, y claramente reproducen oraciones gramaticales formadas por *sujeto*, representado por un nombre propio (de un dios) acompañado por un *adjetivo* (cartucho de atributo), seguido de un *verbo* (cartucho de acción) y —según el caso— un *objeto* (cartucho de objeto) y *complementos gramaticales* de lugar y de tiempo (escritos con los cartuchos correspondientes).

En ningún momento debe olvidarse el carácter mágico de las oraciones glíficas, especialmente las que aparecen en los códices. La consulta de estos «libros pintados» por parte de los sacerdotes y adivinos era parte esencial del ritual, pues descifrando su sentido, se determinaba el carácter del día que afectaba el temperamento de la persona nacida en una fecha determinada, así como el oficio que tendría y la suerte (augurio o pronóstico) que le esperaba; de la misma manera se averiguaba la clase de ofrendas que debían hacerse a los dioses según el día, o si éste era propicio o nefasto para iniciar o realizar alguna actividad.

Las inscripciones son de carácter distinto. En muy buen número (por ejemplo las de las estelas) tienen un carácter histórico, pues registran fechas de los acontecimientos importantes —nacimiento, ascenso al trono, matrimonio, proezas

guerreras y defunción— de personajes a quienes se identifica por su nombre, sus títulos y el nombre de la ciudad que regían, sin omitir, cuando es el caso, el nombre del padre o de la madre, o nombre y ciudad de procedencia de la consorte. Hay inscripciones con otra clase de contenidos, como indicación de correcciones calendáricas, acontecimientos astronómicos poco usuales, etc., pero son menos frecuentes y de más difícil lectura y para los que se esperan los avances que constantemente se obtienen en el desciframiento de la escritura maya.

29. La escritura mexicana

Los mexicas, a quienes generalmente se conoce como aztecas, eran un pueblo guerrero que a principios del siglo XVI de nuestra era estaban en pleno proceso de expansión y ya habían hecho caer bajo su dominio a una buena parte de los otros pueblos mesoamericanos. Entraron así en contacto con las civilizaciones de Oaxaca, de la costa del Golfo de México y con grupos de habla maya en Tabasco o en el Soconusco, por no mencionar a los tarascos del occidente o a los otopames y a gente de su mismo idioma que desde tiempo atrás ocupaban buena parte del altiplano central. De todos ellos tomaron algo (además, por supuesto, del tributo): la metalur-



Página 12 del Códice Borbónico, que la mayoría de los especialistas consideran uno de los pocos códices del centro de México pintado en la época prehispánica (arriba)

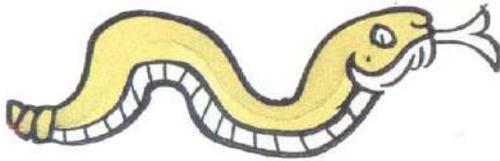
Detalles de la Piedra de Tizoc, que muestra que los mexicas sólo escribían nombres y que otra información no escrita se infiere del conjunto del relieve (abajo)

gia de los mixtecas, arte plumaria de las costas del Pacífico, formas y acabados cerámicos de los matlatzincas, y así sucesivamente, pero a todo dieron los mexicas una interpretación propia. Lo mismo sucedió con su escritura, que hereda algo de teotihuacanos y toltecas aunque incluye influencias de Oaxaca y de otras partes pero es, como producto acabado, mexica y nada más que mexica, aunque comparta rasgos con otros sistemas contemporáneos suyos.

A semejanza de la escritura maya, la mexica es de tipo jeroglífico, esto es, sus signos o glifos (también llamados *grafemas*, o sea, unidades mínimas del sistema gráfico) tienen básicamente los mismos usos que se encuentran en el sistema maya o en algunos sistemas del mismo tipo en el Viejo Mundo, con los cuales los de nuestro país no tienen ninguna relación histórica. Más adelante se apuntarán algunas diferencias fundamentales; ahora se mostrará la semejanza en los usos de los grafemas, para lo cual se emplearán las mismas designaciones y orden de presentación que se usan en el artículo sobre la escritura maya.



LOGOGRAMAS DIRECTOS



côa(tl) vibora



cóm(tl) olla



tonatiuh sol

a) **Numerales.** Los mexicas empleaban pequeños círculos en sucesión para representar las unidades de primer orden (del 1 al 20) en su numeración vigesimal. Las unidades de segundo orden (20 a 380, contando por veintenas) se representaban por banderas, las de tercer orden (400 a 7600) por espigas y las de cuarto orden (a partir de 8000) por bolsas. Con estos signos y sin tener, como tenían los mayas, un signo para cero, sólo se pueden escribir cantidades inferiores a 160,000.

b) **Logogramas.** Son dibujos de objetos o de acciones que transcriben las palabras correspondientes a esos objetos o acciones, o las raíces de tales palabras, pues en náhuatl los sustantivos, adjetivos y otros vocablos llevan terminaciones especiales cuando están aislados, pero las pierden cuando entran en composición. Hay logogramas de dos clases: en la primera el dibujo representa directamente al objeto, sea completo o una parte característica de él, según convenciones claramente establecidas para el sistema; entre estos *logogramas directos* es-

tán el dibujo de una muralla *tenamitl* o *tenan-* "muralla", de una piedra *teitl* o *te-* "piedra", de volutas de humo *poctli* o *poc* "humo", de un cerro *tepetl* o *tepe-* "cerro" y muchas más.

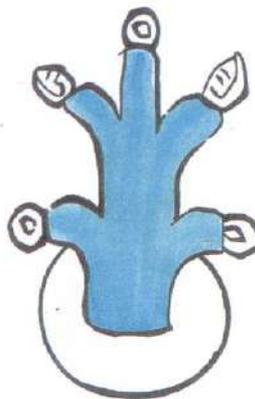
En la segunda clase, *logogramas indirectos*, el dibujo de un objeto o una acción representa una palabra —o raíz, por supuesto— que corresponde a una idea asociada al dibujo. Entre ellos el dibujo de una pata de venado para *cholo(a)* "huir", o una diadema de señor para *tecu(htli)* "señor".

c) **Suma lógica.** El conjunto de varios grafemas transcribe una palabra que no corresponde a la que cada uno de ellos transcribe por sí mismo, sino una palabra más cuya idea se sugiere por el conjunto de los grafemas. Como ejemplo de este uso, que no se encuentra (o todavía no se ha identificado) en la escritura maya está *tlapaco* "lavar", compuesta de una mano, ropa, una piedra y agua, cada uno de los cuales se leería (en el mismo orden); *mai(tl)*, *quemi(tl)*, *te(tl)* y *a(tl)*.

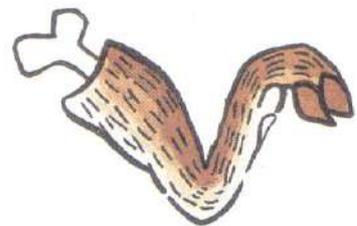
LOGOGRAMAS INDIRECTOS



patla(ni) volar



ameyal manar

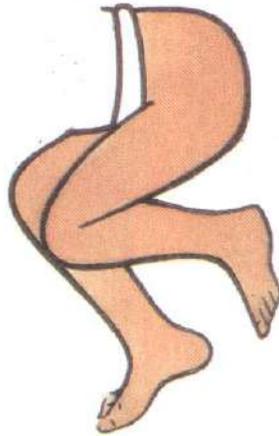


cholo(a) huir

SUMAS LÓGICAS



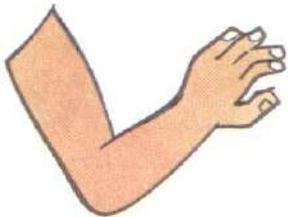
ocelo(tl) tigre



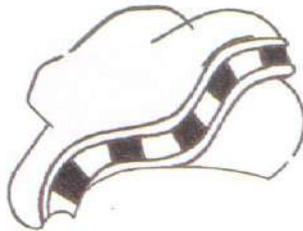
tzin(tli) trasero



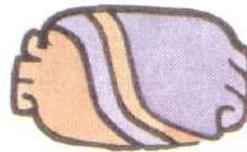
tecua(ni) fiera



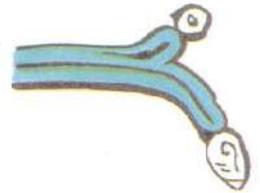
má(itl) mano



quémi(tl) ropa

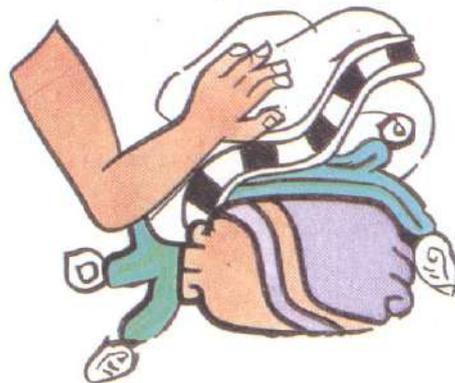


te(tl) piedra



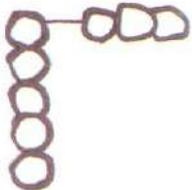
a(tl) agua

= *tlapaco* lavar





SIGNOS GEOMÉTRICOS



a. unidades



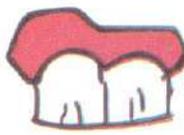
b. signo para *-hua* en *Xicalhuacan*



Acalhuacan

Arriba a la derecha, Tizoc conquista Xochimilco, lo que se muestra porque toma de los cabellos (es decir, hace prisionero) a su señor. A la izquierda, escritura de *Xochimilco* "Sementera de flores", que se ve detrás de la cabeza del señor vencido

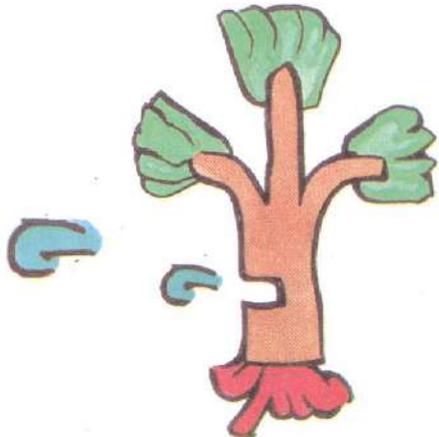
REBUS



tlan(tli) dientes por el locativo *tlan*



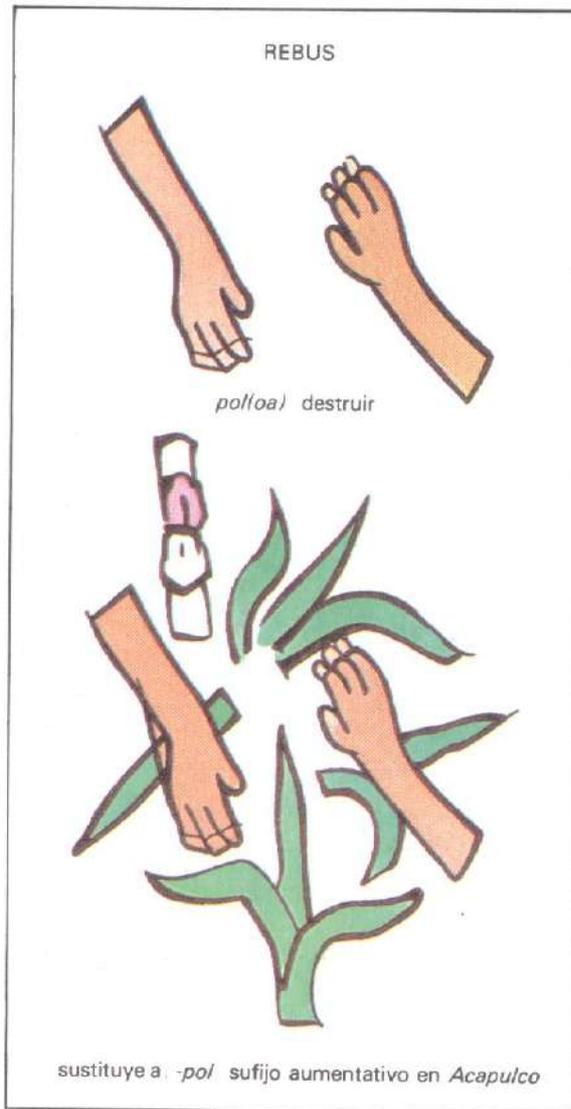
en *Mazatlan*



nahua hablar bien por el locativo *náhuac*

d) **Rebus.** El dibujo transcribe una palabra homónima, o bien un morfema sufijo o terminación igualmente homófono. En el primer caso el dibujo de un perro *chichi* se emplea para escribir *chichic* "amargo", en el nombre de lugar *Chichiccuauhtla* "donde hay muchos árboles amargos", o bien las manos que destruyen *pol(oa)* que transcribe el aumentativo despectivo *pol* en *Acapulco* "lugar de cañas gruesas". En el segundo caso, algunos morfemas locativos, esto es, con los que se forman nombres de lugar sufijándolos a ciertas raíces, se escriben con dibujos que suenan igual o de manera muy semejante, como los dientes *tlan(tli)* para el sufijo *-tlan* "donde abunda. . ." como en *Tochtlan* "donde abundan los conejos", *Camotlan* "camotal", etc., o la voluta que representa *náhua* "hablar", usada como *náhua* "rodeado de. . ." en *Cuauhnáhuac* "lugar rodeado de bosques", y muchos otros.

Por su cualidad de representación «fonética», los rebus se emplearon para escribir nombres en lenguas extranjeras. Así, *Coyuca* (un lugar de Guerrero) se escribe con un coyote (*coyo-tl*) y un huarache (*cac-tli*). Los zapotecos deberían el nombre con el que los conocemos a la escritura mexicana por medio de rebus del nombre que ellos mismos se dan: *zaa*.



DETERMINATIVOS



El dibujo del cerro no representa al cerro sino que en los tres ejemplos acompaña a diferentes locativos.

DETERMINATIVOS

Atocpan

barro

planta de maíz

La planta de maíz determina la lectura de "barro" como *Atocpan*.

má(itl) mano y pách(tli) heno

para escribir *Mapachtépec*
"Cerro del Mapache"

NOMBRE ESCRITO COMPLETAMENTE EN REBUS

NOMBRE EXTRANJERO POR MEDIO DE REBUS

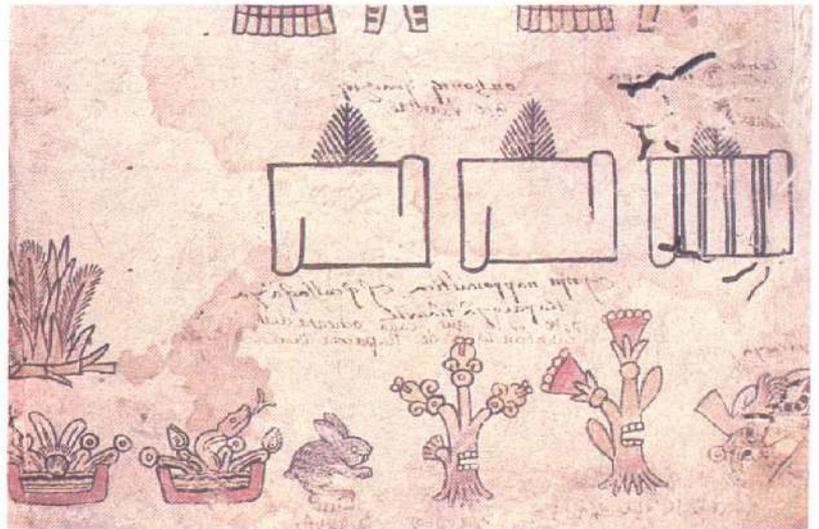
(y)el(li) hígado

en *Tampatel*
(huasteco *Tampadhel*, Lugar de la Choza)

- e) **Determinador fonético.** El dibujo o grafema ratifica, por su sonido (y en esto se parece al rebus), cómo se lee otro grafema; con frecuencia se emplea para evitar posibles confusiones. Por ejemplo, el dibujo de una mano y una corta porción del brazo se lee *máitl* "mano"; si la porción del brazo es mayor y se muestra el hueso del hombro se lee *acolli* "hombro", pero para que no quepa duda se dibuja también agua, *a(tl)*, ratificando el fonema inicial de *acolli*.
- f) **Determinador semántico.** El dibujo indica en qué sentido debe entenderse el grafema al que acompaña o a qué clase pertenece y,

por lo tanto, qué terminación o sufijo debe llevar. Por ejemplo, el dibujo de un cerro (que, como se ha visto puede ser el logograma directo para *tépe-tl*) se usa con frecuencia nada más para indicar que se trata de un nombre de lugar, como en Acayocan y Tecpantzinco.

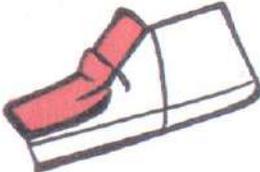
Aquí terminan prácticamente las semejanzas entre los sistemas maya y mexica, pues en éste no hay oraciones glíficas que reproduzcan oraciones de la lengua, con su sujeto (generalmente



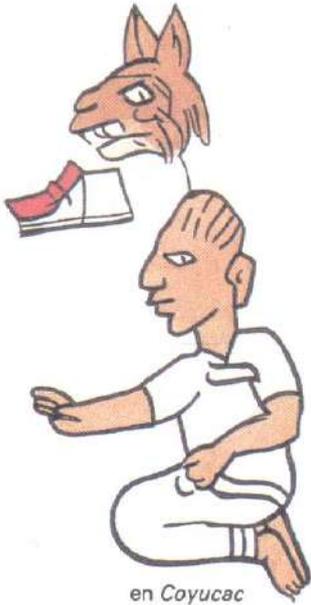
NOMBRE EXTRANJERO POR MEDIO DE REBUS



coyo(tl) coyote



cac(tli) huarache



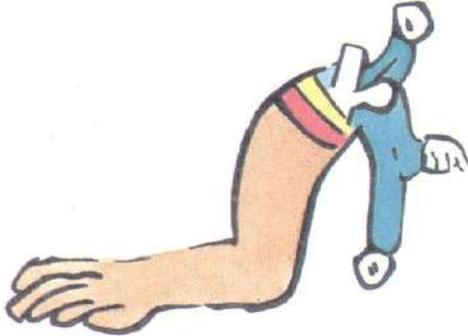
en Coyucac

El reverso del folio 14 de la *Matricula de Tributos* registra pueblos de la Huasteca veracruzana, *Tlapacoyan*, *Xiloxochitan*, *Xochicuahtitlan*, *Tuchtlan*, *Coapan*, *Aztaapan* y *Acazacatla* y las mantas tributadas

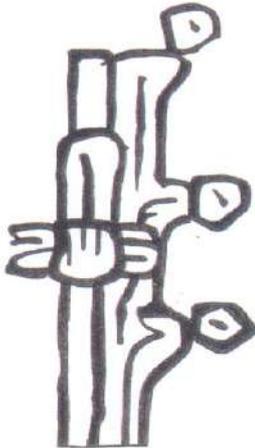
CONFIRMADORES DE SONIDO



a(tl)



en (A) *Acolman*



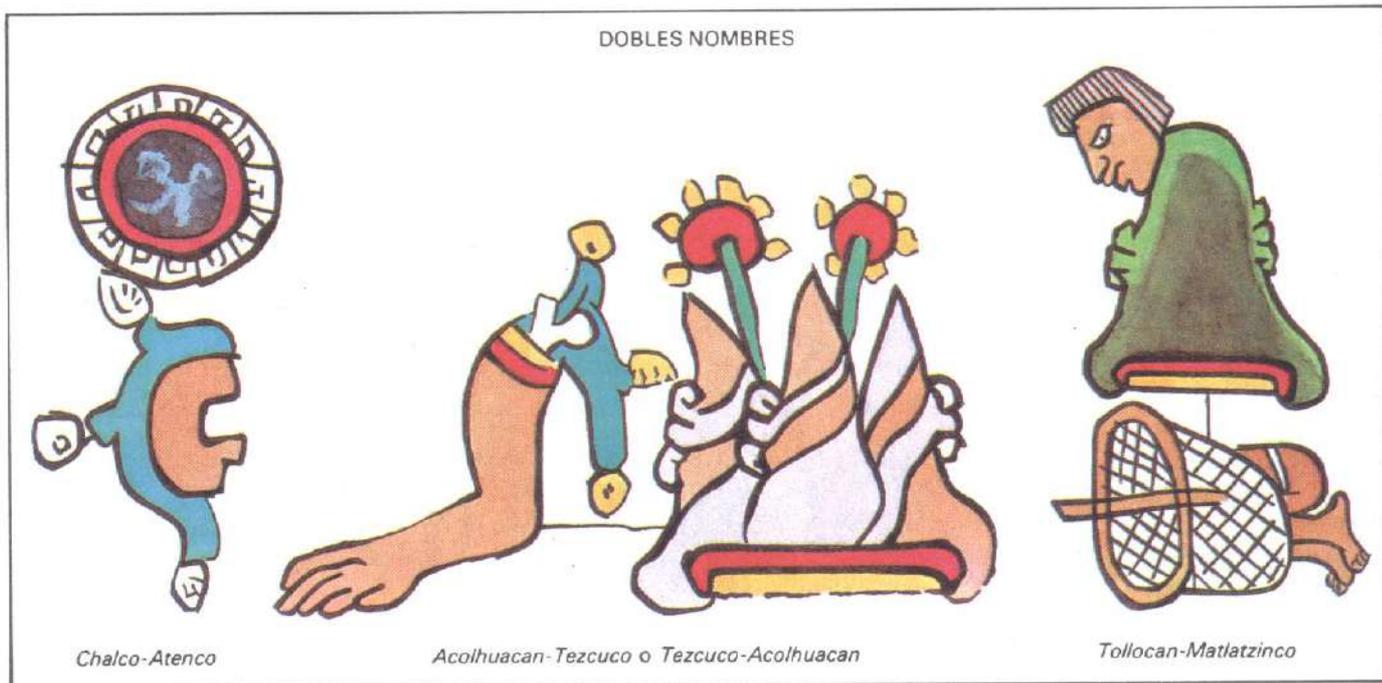
(A) *Aztlan*



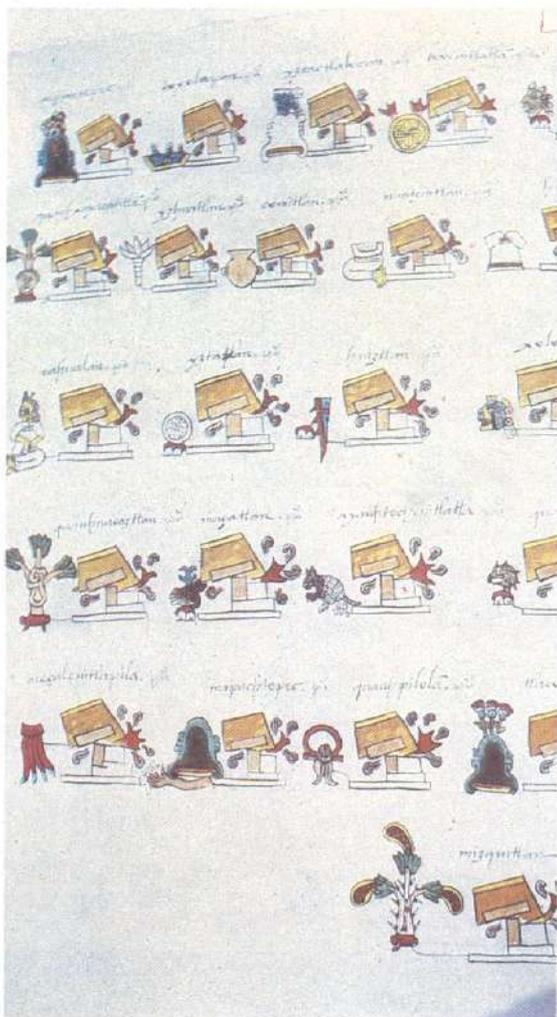
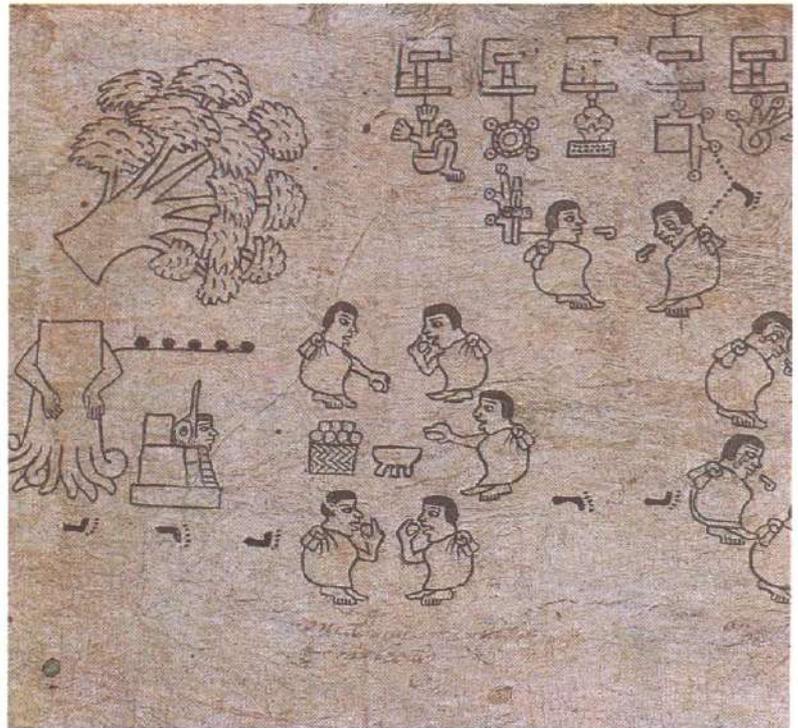
un cartucho de nombre propio) a veces con un adjetivo (atributo) y seguido de un verbo (cartucho de acción) y con objeto y complementos gramaticales, cuando es el caso. Las acciones o sucesos se indican en la escritura mexicana de varias maneras, ninguna de las cuales tiene un lu-

gar preciso en una oración. Por ejemplo, las conquistas en el Códice Mendocino se representan por un templo medio derruido e incendiado junto al nombre del pueblo, en tanto que en la piedra de Tizoc el nombre del pueblo está junto a dos figuras humanas, una de ellas el propio Tizoc y la otra su prisionero que aquél toma por los cabellos; en ninguna de las dos formas de representación se escribe realmente un verbo. En varios documentos una sucesión de huellas de pies conectando dos nombres de lugar indica que alguien (no se puede saber si una persona, una comisión, los soldados o todo el pueblo) fue del primero al segundo.

Si no hay oraciones, tampoco hay un orden preciso de lectura de los jeroglíficos y de otras representaciones complementarias. Es más, no hay tampoco un orden de lectura de un compuesto jeroglífico, pues los grafemas se acomodan en composiciones más o menos naturalistas. Solamente hay un orden muy general para una sucesión de acontecimientos: cada uno de ellos lleva una fecha y hay una línea que los conecta en ese orden; en la *Tira de la Peregrinación*, estrecha y larga, van en general de izquierda a derecha, pero en el *Mapa de Sigüenza* —casi cuadrado— los lugares se acomodan «geográficamente», según una convención que no podemos tratar aquí y la línea va de unos a otros según se necesite, por todas partes del documento.



En suma, la llamada escritura azteca, o mexicana, no es una verdadera escritura. No quiere esto decir, sin embargo, que los registros y documentos no fueran suficientemente precisos, pues había una amplia gama de convenciones propias de cada tipo de registro que eran bien conocidas por tlacuilo especializados en ese tipo. Había así «libros de los días» (*tonalámatl*) para predecir la suerte de los que nacían o para escoger días provechosos para ciertas empresas y evitar los días aciagos. Había historias que, con gran frecuencia, estaban dominadas por la historia o la genealogía de los semidioses reinantes y, también a menudo, se combinaban con la información geográfica acerca de los lugares donde esa historia sucedió. Conocemos también mapas y planos topográficos detallados y tenemos noticia de varias otras clases de libros.



La Tira de la Peregrinación registra a la manera antigua la peregrinación de los aztecas, aunque haya sido pintada después de la conquista (arriba)

El Códice Mendocino, pintado a la manera prehispánica sobre papel europeo y con anotaciones en español, fue ordenado por el primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza (abajo, izquierda)

La segunda parte del Códice Mendocino reproduce la Matrícula de Tributos. Aquí aparecen pueblos tributarios al poniente de la ciudad de México (abajo, derecha)



El Códice Borgia es el más rico ejemplar de la escritura mixteca, por el detalle y la calidad de sus dibujos. En esta página el Tezcattlipoca Negro lleva sobre el cuerpo y el vestido los 20 signos de los días (arriba)

Códice Colombino. Es el único original mixteco prehispánico que se conserva en México; fue pintado hacia el siglo XII y narra las hazañas de «8 Venado, Garra de Tigre», undécimo señor de Tututepec (abajo)

30. Otras escrituras prehispánicas

La larga historia de las escrituras prehispánicas así como sus mutuas influencias impiden precisar cuántos sistemas diferentes hubo. Por ejemplo, si los Lienzos de Tuxpan son huastecos, se puede inferir que este pueblo tuvo el mismo sistema mexica; pero si son mexicas, ignoramos cómo era el sistema huasteco o siquiera si tuvieron uno. Igualmente, aunque es seguro que el sistema maya tiene como antecedente al «olmeca», ¿debemos considerar que es uno solo con diferencias?

Los olmecas fueron creadores de uno de los sistemas más antiguos, pero posiblemente no hicieron mucho más que registrar fechas.

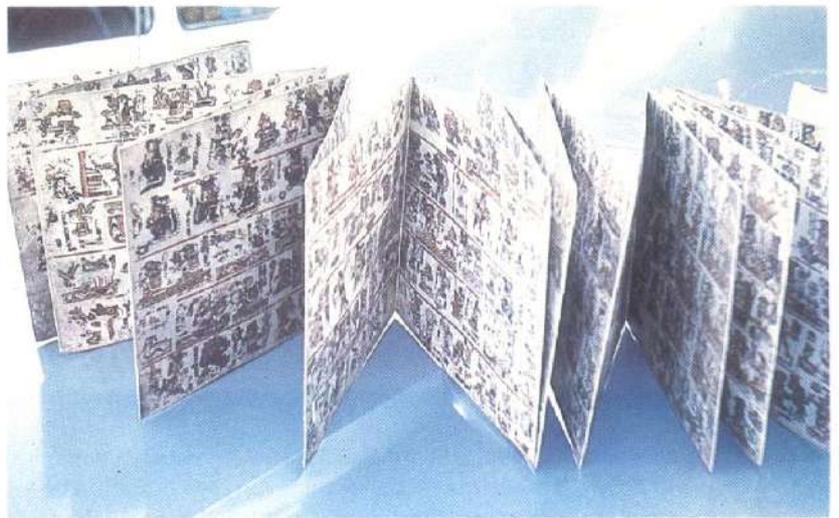
• Casi tan antiguo como el olmeca (y posiblemente más en sus inicios) es el sistema zapoteca. Las primeras inscripciones en las lápidas de «Los danzantes» de Monte Albán tienen también solamente fechas; más adelante aparecen nombres de personajes y de lugares, así como signos para «conquista». Según parece era semejante, como sistema, al mexica, pero de estilo muy diferente.

En cambio, las figuras mixtecas se asemejan un poco más a las mexicas, aunque su estilo es muy propio. Como en el mexica, se escriben los nombres de personajes y de lugares, pero es común que tanto unos como otros se integren al «paisaje» (es decir, dibujos complementarios de una escena) o a las figuras de personas, y es-





El sistema de semiescritura mixteca permite interpretar lo que se registra sin necesidad de leerlo en idioma mixteco. En la foto aparece el lugar «Montaña que se abre-Abeja», del Códice Bodley



ta integración es bastante libre, menos sistemática. Hay grandes lienzos cuadrangulares que son mapas-historias, como el Tezacoalco, pero los códices se distinguen de los mexicas porque cada página (de las cuales se leen dos contiguas a la vez) está dividida en un número impar de renglones separados por líneas rojas salvo en el lugar donde debe pasarse de un renglón a otro.

Menos conocidas son la escritura teotihuacana, algunos de cuyos elementos parecen ser los antecedentes de escrituras como la mixteca y la mexica, o la escritura de Xochicalco, que también tiene rasgos comunes con todas las anteriores.

En suma, hay dos familias de sistemas. Una es la de la escritura maya, única verdadera escritura, y su antepasada olmeca. La otra familia comprende el resto de las escrituras mesoamericanas prehispánicas, salvo, en parte, la zapoteca, pues ésta parece ubicarse en cierto modo entre las otras dos familias, pero inclinándose un poco más hacia las semiescrituras del centro y del sur de México.

El Códice Bodley es uno de los varios «libros pintados» de la cultura mixteca. Hay también ejemplares de escritura en una sola gran hoja o lienzo, y otros largos y enrollados, en vez de plegados (abajo, derecha)

Estela 3 de Xochicalco, Mor., que fue enterrada con otras dos en el núcleo de la pirámide mayor, posiblemente en el momento del cambio del período clásico hacia el postclásico (izquierda)

32. El desarrollo del español

Puesto que el español es una lengua neolatina (véase el apartado *Las lenguas romances*), no es de extrañar que aproximadamente el 70 por ciento de su vocabulario provenga del latín, y si tomamos en cuenta muchas palabras de origen distinto (especialmente del griego) pero que fueron adoptadas ya por el latín y por ese conducto llegaron a hacerse españolas, el porcentaje es, con seguridad, mucho más elevado.

La influencia de otras lenguas se deja sentir también en algunos otros aspectos del idioma —de lo cual daremos uno que otro ejemplo en su lugar— pero es en el vocabulario donde más claramente se percibe, por lo que al trazar este mínimo esbozo del desarrollo histórico del español daremos especialmente ejemplos de palabras.

Desde el periodo neolítico (entre 5000 y 2000 antes de nuestra era, en números redondos) vivían en lo que hoy conocemos como península ibérica, varios pueblos de agricultores y criadores de ganado que entre 2000 y 1000 a. de C. adquirieron las técnicas del bronce y el hierro y explotaron las ricas minas de sus territorios;

eran éstos los indigetias, ausetanos, lacetanos y muchos otros, entre quienes destacaron los iberos. Poco antes del año 1000 a. de C., con el propósito inicial de comerciar con los pueblos locales, se instalaron en Gadir (hoy Cádiz) los fenicios —entre quienes no faltaban miembros de otros pueblos orientales— y desde entonces, durante casi 900 años, crearon numerosas colonias costeras, empresa en la que los griegos los imitaron a partir del siglo VII con la fundación de Emporion (ahora Ampurias), Rodas (Rosas), etc. Al mismo tiempo los celtas comenzaron a infiltrarse desde la actual Francia alrededor de 800 a. de C. y ocuparon poco a poco gran parte del interior.

Las lenguas de todos estos pueblos dejaron huella en el latín de los romanos que ocuparon la península, comenzando por su desembarco en Emporion (en 218 a. de C., como parte de las guerras púnicas) y terminando entre 29 y 19 años antes de nuestra era con la conquista de Galicia, Asturias y Cantabria. Se debe a los más antiguos pobladores prerromanos el debilitamiento de la *f* al principio de palabra en el latín de la región, lo que dio como resultado su pérdida en el español (*factu(m)*, *ferire*, *ficu(s)*),



Tumba gallega de Betanzos. Los historiadores del español consideran que alrededor del siglo X el latín que se hablaba en Castilla se había separado lo suficiente del que se hablaba en Galicia como para considerarlos castellano y gallego antiguos

La lengua nacional

31. «Lengua» y «dialecto»

Cualquier persona, sin ser especialista o poseer gran erudición, sabe qué es una lengua: el sistema de signos vocales con el que se comunica un grupo humano (para decirlo en términos muy generales), y para no entrar en detalles, posiblemente nos daría algunos ejemplos como definición ostensible, entre ellos tal vez estarían el francés, el inglés, el ruso, con toda seguridad el español, pero difícilmente una de las muchas lenguas indígenas de las que se ha hablado en otros capítulos de este atlas.

Por otra parte, si preguntamos a la misma persona qué es un dialecto, posiblemente dirá que es una lengua incompleta o degradada, que no tiene una gramática, propia de sociedades primitivas e incultas. Lo que es peor, dará como ejemplos el náhuatl, el otomí, el zapoteco o cualquier otra lengua indígena.

Es evidente que en lo anterior hay, por una parte, la expresión de un prejuicio infundado y, por otra, la interpretación errónea de nociones lingüísticas. Desafortunadamente esta combinación de equivocaciones está tan difundida y arraigada que los autores de estas líneas han oído a los indígenas llamar «dialecto» a su propia lengua nativa, o han visto que personas interesadas y bien intencionadas preguntan dónde pueden estudiar náhuatl, maya o algún otro «dialecto», y aun los estudiantes de algunas escuelas superiores han acudido al Departamento de Lingüística del Instituto Nacional de Antropología e Historia, enviados por sus maestros para investigar sobre los «dialectos indígenas».

En los párrafos que siguen procuraremos explicar el error e injusticia de llamar en nuestro país «lenguas» a las europeas (fundamentalmente, aunque se puedan incluir otras, como el chino) y «dialectos» a las lenguas aborígenes.

Como hemos visto en el capítulo *Cómo se forma una familia de lenguas*, todo idioma cambia con el paso del tiempo y, si se encuentra suficientemente extendido, la comunicación incompleta entre las regiones donde se habla hace que el cambio produzca diferenciación. En ese capítulo llamamos *variedades regionales* a las producidas por la diferenciación, pero en los capítulos sobre las familias de lenguas de México usamos ya el término *dialecto*, que emplearemos también en el que trata sobre *El desarrollo del español*.

Instituto Nacional de
Antropología e Historia



Dirección de Lingüística
BIBLIOTECA



El náhuatl se habla en varias regiones no contiguas del país. Esta familia es una de las últimas que todavía lo usan en Tuxpan, Jalisco

Éste es el sentido propio de *dialecto*, nada más que una variante regional de una lengua o idioma. El vocablo tiene un rancio abolengo, pues los griegos ya empleaban *diálektos* con el sentido «manera de hablar» que, naturalmente, no se aplicaba a la manera de hablar de otros grupos, sino a la de los propios griegos, pues las de los otros no eran para ellos *glossa* (es decir, «lengua» o «idioma»), sino gorjeos o gruñidos de los *bárbaroi*, «los que emiten sonidos como los pájaros». Esta actitud ante maneras de hablar ajenas y que nos resultan incomprensibles, caóticas y hasta desagradables de oír, es muy general en todas las culturas; los mexicas, por ejemplo, llamaban a su propio idioma *náhuatl* «que suena bien», en tanto que el de cualquier otro grupo era *popoloca* «tartamudeo, balbuceo».

Ahora bien, las «maneras de hablar» de los griegos no se referían a maneras retóricas o de otro tipo, sino a un conjunto de hablas relacionadas en distintos grados que ya en esa época, aunque de manera un poco difusa, se reconocían cinco grupos: aqueo, jónico, eólico, dórico y ático, característicos de distintas regiones geográficas. Los filólogos y lingüistas se dieron cuenta desde el siglo pasado de que esa situa-

ción del griego se debía a la diferenciación regional de un idioma antiguo, lo que era comparable a lo que ellos observaban en muchas lenguas modernas; así que adoptaron el término *diálektos* para designar, en general, las variantes regionales que son producto de la diferenciación de un idioma, pero que son todavía mutuamente intercomprensibles.

Así pues, toda lengua que tenga variantes geográficas tiene dialectos. Para cualquiera de nosotros es evidente que hay una «manera de hablar» diferente en Yucatán que en Chihuahua, en Jalisco que en el centro de Veracruz, y así sucesivamente, aunque no podamos precisar el número de dialectos ni en qué consisten sus diferencias (de lo que da cuenta el último apartado de este atlas); es más, todos los hablantes del español reconocemos una forma general que comprende a todas las anteriores (el español mexicano, como un superdialecto) y que es distinta de, digamos, la «argentina» (propia- mente el dialecto rioplatense), o de la «peruana», o de la «española», etc. No advertimos con igual facilidad los dialectos de los idiomas que no hablamos; por eso, quienes hablamos español no nos damos cuenta por lo general de los dialectos del huasteco (dos principales, dos me-

nores), o los del náhuatl, ni los del mixteco, el mixe, el inglés, el chino o cualquier otro.

Ahora bien, las variantes dialectales mencionadas en el párrafo anterior son las que se pueden observar ahora, pero no siempre han sido así. La acumulación de cambios diferentes ocasiona la diversificación progresiva e irrefrenable de una lengua hasta concluir primero en dialectos (cuando la intercomprensión entre las diversas hablas es todavía posible en gran medida); luego, pasado mucho más tiempo, en la constitución de lenguas diferentes (cuando la intercomprensión se anula o se hace extremadamente difícil). Aunque es muy conocido, no deja de ser útil el ejemplo del latín, cuya diferenciación progresiva produjo primero dialectos (latín de las Galias, latín ibérico, latín dacio, etc.) que se convirtieron en lenguas (galorromance, hispanorromance, italarromance y otras), cada una con sus propios dialectos (para los del hispanorromance véase el apartado *El desarrollo del español*), algunos de los cuales han desaparecido y otros se han convertido en lenguas: español, catalán, gallego-portugués, etcétera.

Son siempre circunstancias fortuitas y externas a las lenguas o dialectos las que hacen que el habla de una región o de determinado grupo social adquiera importancia y se erija por encima de otras, sean dialectos vecinos, lenguas hermanas o idiomas completamente diferentes. En el apartado *El desarrollo del español* se muestra cómo, por circunstancias políticas, el castellano se convirtió en el idioma español; de paso señalaremos que al hacer desaparecer al leonés, que servía de puente de comprensión con el gallego-portugués, la comprensión entre éste y el castellano se hizo más difícil, por lo que ambos vinieron a ser lenguas diferentes. Este mecanismo se ha dado una y otra vez en la historia lingüística; el náhuatl de Tenochtitlan se impuso y sirvió de modelo para otros dialectos nahuas, lo mismo sucedió con el mixteco de Teposcolula y, en Asia, con el chino mandarín.

Esta elevación de rango se ha visto frecuentemente acompañada de acciones que a propósito o inadvertidamente (a veces en un proceso circular) tienden a justificar esa nueva posición, no pocas veces menospreciando y devaluando a las hablas que poco antes estaban a la par. Lo primero es llamar «lengua» a la encumbrada y «dialectos» (o con términos equivalentes como expresiones de menosprecio: «jerga», «patois», etc.) a las demás, y luego atribuir a la «lengua» características que, por definición, no tienen los «dialectos».

Se dice comúnmente —y equivocadamente, por supuesto— que una «lengua» tiene gramática, diccionarios y literatura, que es la lengua oficial de por lo menos un país, que tiene muchos hablantes y que goza de prestigio y reconocimiento frente a otras lenguas, en tanto que un «dialecto» carecería de todo esto. Examinemos estas afirmaciones:

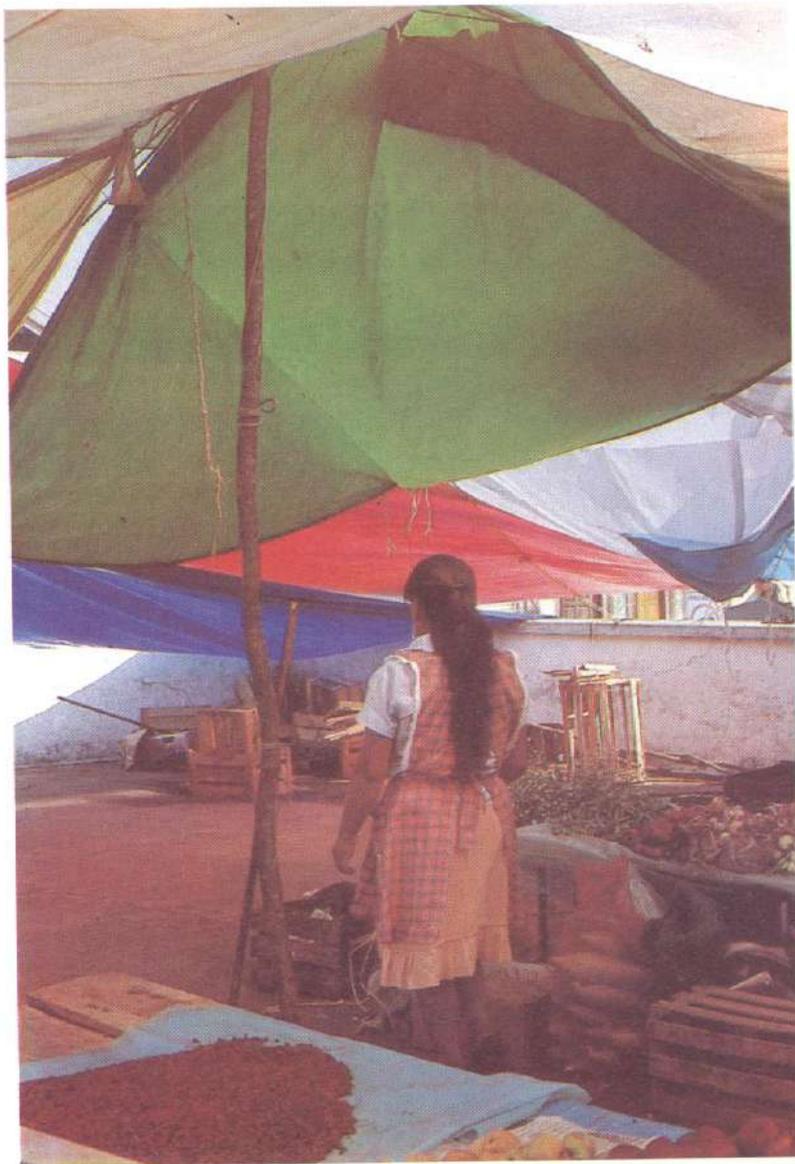
1. **Las lenguas tienen gramática.** Es verdad, todos los idiomas tienen una gramática, es decir, reglas para construir expresiones, reglas que todos los niños adquieren (aunque de manera inconsciente) cuando aprenden a

La indumentaria, frecuentemente distinta en cada pueblo y muy diferente según las regiones, podría sugerir que hay varias lenguas nahuas, pero es un solo idioma con variantes dialectales



hablar; pero los dialectos de una lengua, como variantes de la misma que son, tienen la misma gramática. Éste es el caso de una noción lingüística mal entendida; cuando se dice que «una lengua tiene gramática», se refiere a libros de carácter normativo donde se expongan las reglas de su uso, pero es claro que la lengua existe antes de que se escriba su gramática; el castellano no comenzó a ser lengua con la gramática de Nebrija. Lo mismo puede decirse de los diccionarios, pues éstos no inventan una lengua sino que recopilan las voces que de ella hay.

Náhuatl de Chilapa, Guerrero, que habla uno de los dialectos más parecidos al que se usaba en la antigua Tenochtitlan



2. **Una lengua tiene una literatura.** La existencia de una literatura escrita (preferentemente original y de cierta antigüedad) no cambia el carácter de un habla, ni aumenta o disminuye sus posibilidades de comprensión respecto a otras hablas. El hecho de que se escriba es completamente ajeno a sus rasgos esenciales; puede haber una tradición de escritura que anteceda el momento en que el grado de diferenciación convierta en lengua una manera de hablar (por ejemplo, la escritura latina precedió al castellano); puede haber una rica literatura oral antes de la adopción de un sistema de escritura (es el caso de la poesía náhuatl o de las sagas nórdicas); puede haber existido una literatura ejemplar en un idioma ahora considerado «patois» o «dialecto» por razones sociopolíticas, como ha acontecido con el provenzal y con el gallego.
3. **Una lengua tiene carácter oficial.** Naturalmente, que una manera de hablar (sea dialecto o lengua) reciba reconocimiento oficial y por ello se utilice en los documentos, la educación y —en nuestros tiempos— se difunda por los principales medios de comunicación, obedece exclusivamente a motivos políticos y sociales. ¿Qué hubiera sucedido si en lugar de que Castilla tomara cierta primacía en la guerra de reconquista y si los arreglos matrimoniales entre las casas reinantes de Europa a fines del siglo XV hubieran sido otros que los que fueron? Aunque no es válido elucubrar sobre hechos históricos que no fueron, podemos suponer que estas líneas estarían escritas en gallego, o tal vez en alemán. Más interesante es percatarnos de la circularidad del argumento: una forma de habla se impone por motivos políticos o sociales y entonces se le considera «lengua», superior a otras formas de habla o «dialectos».
4. **Número de hablantes.** Estos números tienen gran importancia social e histórica, pero ninguna importancia lingüística. Un dialecto (esto es, una variante regional intercomprensible con otras variantes) puede tener muchos o pocos hablantes, lo mismo que una lengua (forma de hablar que no puede entenderse con otras); el dialecto —o superdialecto— mexicano del español es hablado por decenas de millones, el dialecto chigmecatiteco del mixteco apenas llega a 5000 hablantes; la lengua pame del norte es

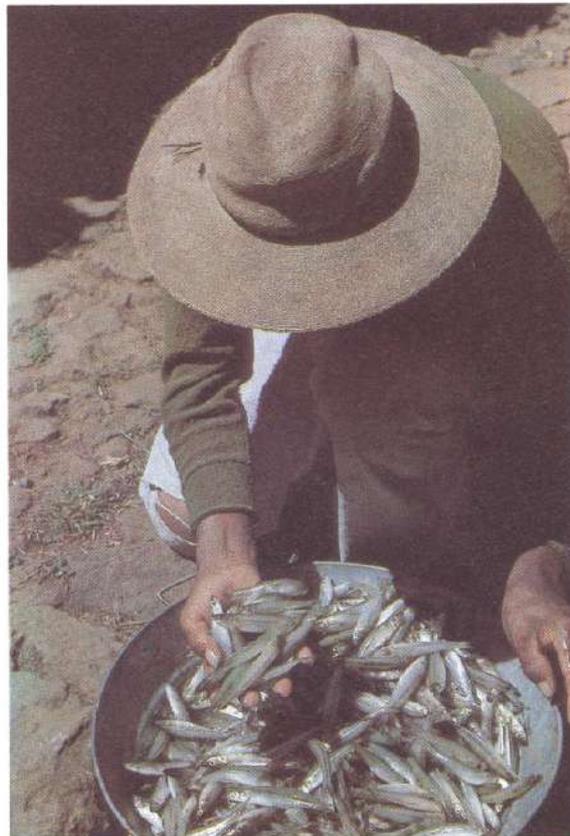


hablada por unos cuantos cientos, el idioma chino por millares de millones.

5. **Gozar de prestigio frente a otras lenguas.**

El prestigio está dado en gran parte por el carácter oficial de un idioma o porque sea el vehículo de comunicación de un grupo dominante. En ambos casos el prestigio tiende a aumentar cada vez más a costa del desprestigio de los mal llamados «dialectos».

Todas estas «razones» se esgrimen, incluso de buena fe, para llamar «lengua» a la que —por circunstancias de sobra conocidas (véase el capítulo sobre *La historia lingüística de 1521 a nuestros días*)— ha llegado a ser la lengua común de los mexicanos: el español. Con él coexisten unas sesenta lenguas indígenas, muchas de ellas con variantes regionales (es decir, con sus propios dialectos, como los tiene el español) y es a éstas a las que popularmente se acostumbra designar como «dialectos», creyendo que son formas inferiores del lenguaje que, como hemos visto, no lo son. Se trata de una apreciación que proyecta indebidamente sobre las lenguas la inferioridad social a la que están sometidos quienes las hablan.



Todas las lenguas (con muy contadas excepciones) tienen variantes regionales a las que se llama técnicamente «dialectos». El tarasco que se habla en la zona lacustre (abajo) difiere del que se habla en la Sierra (arriba)

formica, fumu(s) son ahora *hecho, herir, higo, hormiga, humo*), así como los sufijos *arro, orro* y *urro*, de cierto sentido despectivo, como en *cacharro, machorro* y *cazorro*; también hay palabras de este origen: *manteca, perro, burro* (derivado de *borrico*), *nava* y algunas más desplazaron en el habla popular a las voces latinas *crassa, canis, asinus* y *campus*, que subsisten como sinónimos: *grasa, can, asno, campo*. Lo mismo hicieron algunas palabras celtas, *camminus* y *cervesia* (en lugar de *vía* y alguna palabra que se ha olvidado) son hoy *camino* y *cerveza*, entre otras. Menos notable es la influencia del fenicio o el cartaginés sobre el latín ibérico, probablemente *barca* sea de ese origen.

Muy difícil es saber el camino de cada una de las palabras de origen griego que nos han llegado en su gran mayoría adoptadas previamente por el latín; algunas provienen de las colonias en la Iberia y en otras partes del Mediterráneo, otras —como dice Menéndez Pidal— de la moda helenista romana posterior, o de la presencia bizantina en España y del comercio medieval. Son palabras de uso popular que deben haber formado parte del latín vulgar *antro, tomillo, golpe, cobre, metal, cristal, frijol* (las tres últimas acusan influencia catalana o gallega) y muchas más; en tanto que por su uso literario o erudito no evolucionaron en la forma común *biblioteca, coro, gramática, melodía* ni menos aún las de uso eclesiástico como *evangelio, diablo, Cristo* o *iglesia*.

Las provincias romanas ibéricas sufrieron las primeras incursiones de los bárbaros (francos y suevos) después del año 250 de nuestra era, pero no se encontraron verdaderamente en peligro antes de las invasiones de vándalos, suevos y alanos (en 409) rematadas por la de los visigodos, quienes a partir de 415 se adueñaron de toda la península, establecieron su capital en Toledo (560) y un régimen feudal que no logró controlar la región costera del Mediterráneo. El prestigio de la lengua y la religión romanas hizo que los visigodos las adoptaran en lugar de las propias, si bien el latín de ese tiempo había venido evolucionando hasta el punto en que podemos llamarlo hispanorromance; dejaron, sin embargo, buen número de palabras germánicas como las actuales *rueca, ganso, falda, sala* y, a través del latín (y posiblemente un poco más antiguas), *guerra, guardia* y *robar*, así como los nombres *Álvaro, Fernando, Rodrigo* y muchos otros.

Este último nombre llevaba el rey visigodo



derrotado por los ejércitos mahometanos de Tariq en 711; la conquista del reino se completó catorce años después y así los árabes ocuparon más de media península, arrinconando en las montañas del norte a los cristianos, agrupados en pequeños reinos que muy pronto (año 722) intentaron la reconquista. Poco o nada lograron, pues los musulmanes se asentaron con firmeza y poco después del año 900 erigieron el califato de Córdoba, importante centro cultural del mundo islámico. Es por ello que las palabras de origen árabe ocupan el segundo lugar en el vocabulario español y cubren un amplio espectro que apenas se puede ilustrar: en el campo de la guerra (*atalaya, ronda, adalid, alcázar*), en el del cultivo (*aceituna, alubia, zanahoria*), sobre sitios y medidas del comercio (*alcaicería, zoco, arroba, quintal, fanega*); en la arquitectura (*albañil, aldea, zaguán, alcoba*) y en las ciencias (*álgebra, cifra, guarismo, alambique*, ésta última tomada por los árabes del griego *ámbix*). Incluso esa parte del vocabulario un poco más

¿Cuándo comienza la historia del español? Dado que el cambio lingüístico es paulatino y sin rupturas, en ciertos aspectos debemos remontarnos al latín por lo menos

resistente al cambio, las palabras instrumentales —preposiciones, interjecciones, indefinidos— muestra influjo árabe: *hasta, ojalá, zutano, mengano, fulano*. Por supuesto, no faltan nombres personales y de lugares, como *Cid, Benavides, o Algeciras, Gibraltar y Guadalajara*. También es árabe el sufijo *i* de adjetivos y gentilicios: *alhelí, baladí, maravedí, bengalí, alfonsí*.

La larga estancia del latín en la región había producido —además del cambio general que lo transformó en hispanorromance— diferencias regionales (es decir, dialectos) que fueron acentuando su diversificación durante el reino visigótico y, más todavía, en el tiempo de la dominación musulmana. Al norte, en los reinos cristianos (y parcialmente debido a ellos) estaban, de occidente a oriente, el gallego-portugués, el leonés, el castellano, el navarro-aragonés y el catalán, en tanto que en los territorios islámicos los cristianos hablaban varios dialectos que llamamos mozárabes. La reconquista, casi irreal al principio, fue ganando cada vez más terreno a los árabes y los cinco dialectos de los reinos norteños se extendieron formando cinco fajas de norte a sur y haciendo desaparecer, englobándolos, a los dialectos mozárabes.

Constituido como reino independiente en el

siglo X, Castilla se expandió no sólo sobre los reinos árabes sino también a costa de sus vecinos cristianos, no obstante la oposición de almorávides (fines del siglo XI) y almohades (finales del siglo XII) y las disputas con los otros reinos cristianos. Si en la corte de Alfonso X se cultivaban varias hablas hispánicas, el castellano —llevado por los soldados y el pueblo— se impuso al leonés y al aragonés e influyó sobre el gallego-portugués y el catalán, no sin dejar de recibir influencia de todos ellos. Así, *faja* es palabra aragonesa, *juerga* y *jamelgo* provienen del andaluz; entre otras muchas, al gallego-portugués se deben *morriña, vigía, chubasco* y *arisco* y al catalán *paella, nao* y *timonel*.

Con la unión de Castilla y Aragón durante el reinado de los Reyes Católicos se llegó, de hecho, a la unificación de la península y el castellano pasó así a ser español. Tres acontecimientos importantes tuvieron lugar en 1492: la derrota definitiva de los árabes con la caída del reino de Granada, el descubrimiento de América y la publicación de la primera gramática castellana, escrita por Antonio de Nebrija con la idea de que un imperio debe tener una sola lengua y que la del naciente imperio español no podía ser otra que el castellano. Correspondió a Carlos V,

«Hijas» ambas del latín, las lenguas francesa y española habían divergido tanto en 1619 como para que se escribiera la gramática de la segunda usando la primera

GRAMATICA DE LA LENGVA ESPAÑOLA.

Compuesta en Español y Frances,
por
HIERONYMO DE TEXEDA,
Español.

GRAMMAIRE DE LA LANGVE ESPAGNOLE.

Composée en Espagnol & François,
par
HIEROME DE TECHÉIDE,
Espagnol.



A PARIS,
Chez NICOLAS BOVRDIN, en
l'Isle du Palais, vis-à-vis des Augustins, au Brouge

M. DC. XIX.
AVEC PRIVILEGE DV ROY.



AL
ILLVSTRISSIMO
Y EXCELLENTISSIMO
Señor Don Henrrique Guido
de la Trimulla, Duque de
Touares, Conde de Lual,
Par de Francia, Principe de
Talemont, &c.



Xcellentissimo Señor,
Noay quien duse, el escritor saca su suficiencia ala plaça del mundo, donde cada vno pueda conforme su estimacion qui latar el valor de ella, siendo lo mas ordinario juzgar los hombres segun sus voluntades deprauadas, lo qual principalmete sucede, entre los que son de un mismo officio, segun dize el Castellano prouerbio, (ese es tu enemigo que es detu officio) por-

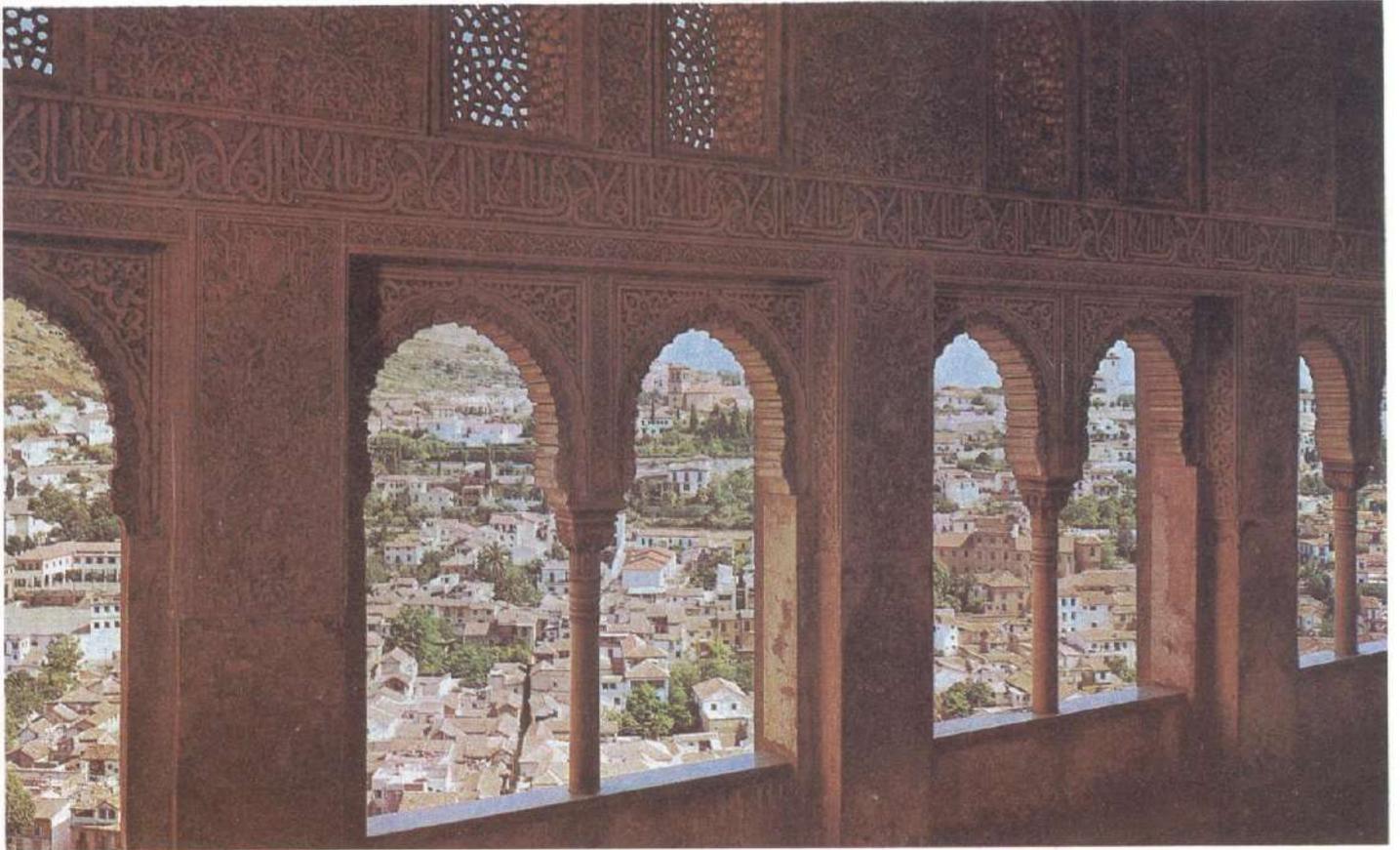


A
TRES-HAVLT ET
TRES-PVISSANT SEI-
gneur, Monseigneur Hen-
ry Guy de la Trimouille,
Duc de Thouars, Conte
de Lual, Pair de France,
Prince de Talemont, &c.



ONSEIGNEVR,
Il n'y a point de doute,
que celuy qui escrit expose
sa suffisance au iugement
d'vn chacun, & met son veuve en bute
des plus experimenter censeurs, les-
quels le plus souuent en iugent selon
la soblesse de leur iugement: cela se
veucntre principalement entre ceux
qui se meslent à vne mesme vacacion.

ii ij



nieto de los Reyes Católicos, llevar a su máximo esplendor el imperio adivinado por el humanista nebrisense: España, Austria, Alemania, los Países Bajos, partes de Francia e Italia. . . , amén de las posesiones en América. Tan imponente imperio dejó profunda huella en toda Europa y en sus colonias, tanto por la presencia directa de soldados, diplomáticos o virreyes, como por las actividades comerciales, o bien porque era un modelo para imitar en literatura, bailes, costumbres cortesanas, etc. De esa época datan muchas palabras españolas (algunas originarias de América) en las lenguas europeas, así como vocablos que de éstas pasaron al español.

Del francés vienen (algunas anteriores al siglo XVI) *paje*, *homenaje*, *fraile*, *jardín*, *manjar*, *sargento*, *jaula* y muchas más, en tanto que *centinela*, *fachada*, *medalla* o *soneto*, entre otras, son italianas; del holandés proviene *foque*, y así de otras lenguas europeas. Las lenguas indígenas americanas han dado un grueso caudal de palabras para designar cosas del Nuevo Continente; algunas se conservan como voces regionales, otras se han hecho generales del español y otras más, por conducto de éste, son prácticamente universales, como *chocolate* y *tabaco*. De los idiomas antillanos provienen, desde el siglo XVI, *canoas*, *batey*, *cacique*; el náhuatl ha dado *malacate*, *petaca*, *tiza*, *tocayo*, y el

quechua *chiripa*, *pampa*, *papa*, *tanda*, y lo mismo otras lenguas.

El desarrollo de la literatura (con su apogeo en el siglo de oro, el XVII), así como la copia de modelos de otros países en ésta y las demás artes, fomentó la creación de voces nuevas sobre modelos latinos y griegos (*oda*, *sinfonía*, *rubicundo*) o nuevas importaciones de palabras (*novela*, *soneto*, *camafeo*).

En los últimos siglos las ciencias y las técnicas han producido una explosión del vocabulario especializado que, no pocas veces, pasa a ser de uso popular junto con el empleo generalizado de ciertos inventos. Difícil resulta a veces saber de dónde provienen estos términos, porque es costumbre construirlos con raíces griegas o latinas sea cual fuere la lengua del sabio o el descubridor, y así podrían parecer en el español como si fueran heredadas de hace mucho, si no supiéramos que lo que designan no existía en las culturas clásicas. No vienen del griego *cinematógrafo*, *telégrafo* ni *biología*, son creaciones nuevas, como lo son *computadora*, *aeroplano* y *petróleo*, aunque tengan raíces latinas; por lo demás, *televisión* y *sociología* son híbridas de esos dos idiomas, en tanto que *gas*, *laser*, *radar* y muchas más que constantemente ingresan en nuestro idioma, son resultado de siglas en otras lenguas pero han llegado a ser, como el resto del vocabulario técnico y científico, universales.

El español tiene una gramática derivada del latín y de esta lengua proviene la mayor parte de su léxico. Fuera del latín, el árabe es el idioma que más vocabulario ha aportado



Cuando un idioma se habla en un país tan extenso como es México, que no ha tenido la misma historia en toda su superficie, es común que haya en él varios dialectos que no siempre se pueden unir en un solo superdialecto nacional

33. Características del español mexicano

Es muy arriesgado hablar de las características del idioma de un país tan vasto como el nuestro, pues, como se ha explicado en otros apartados de esta obra, una lengua hablada durante algún tiempo en una considerable extensión tiende a formar variantes regionales, de modo que en México no hay una manera de hablar única, sino considerable número de dialectos (véase el apartado siguiente). El asunto se complica porque algunos de estos dialectos, por razones históricas, se formaron en zonas que hoy rebasan nuestras fronteras; así, por ejemplo, el español de Chiapas es más similar al de la región guatemalteca contigua que al de otras regiones de nuestro país. Hay, no obstante, algunas características generales de la modalidad (o superdialecto) del español mexicano, aunque alguna pueda faltar en uno u otro de sus dialectos, características que han sido estudiadas con gran esmero por el doctor Juan M. Lope Blanch.

Otra dificultad consiste en que el conjunto de rasgos de alguna variante es característico de ella, pero no excluye que algunos de tales rasgos se encuentren en otras variantes, sea porque se

extendieron de unos a otros dialectos vecinos, sea porque algún cambio se dio en forma independiente en dialectos geográficamente alejados o bien, por lo contrario, éstos han conservado rasgos antiguos que han desaparecido de otros dialectos.

Por último, es difícil también decirles a los hablantes de una forma regional de un idioma (como serán quizá los lectores más numerosos de esta obra) cuáles son las peculiaridades de su forma de hablar, porque para ellos éstas son lo más natural. La única manera de describirlas sin usar demasiados términos técnicos es comparando con otros dialectos y dando ejemplos, pero esto no quiere decir que nuestra manera de hablar sea incorrecta o mejor que otras; es, simplemente, diferente.

Comparte el español mexicano un rasgo fonológico con el español del resto de América y del sur de la península ibérica. Consiste en la unificación de dos fonemas *s* y *θ* que en parte de España se conservan distintos y que la ortografía también distingue: el primero se representa con la letra *s* y en el segundo con *z* y con *c* antes de *e* o *i*. Pronunciamos igual *caso* que *cazo*, *cima* que *sima* y *seta* que *zeta*.

También es muy generalizada la fusión en un solo de dos fonemas palatales: *y* y *ʎ*, que se conservan distintos en partes de España y en la región de América donde se hablaba el quechua (Perú, partes de Colombia, Ecuador y Bolivia, y en el norte de Argentina y de Chile). En todo México pronunciamos exactamente igual *cayó* que *calló* (lo mismo en otros países, aunque sus *y* sean distintas de la nuestra).

Un fenómeno fonético, la asibilación de *rr* (escrita como *r* al principio y al final de palabra o después de *n*, *l* o *s*), es decir pronunciada un poco entre *rr* y *s*, es característico solamente de la región del altiplano en México y, además, se encuentra también en Guatemala y Colombia.

Otros rasgos no son comunes a todo el país, pero tampoco se encuentran fuera de él, por lo cual son característicos a la vez del habla mexicana y de alguno de sus dialectos. Entre ellos están el agregar una vocal nasalizada a la *s* final de determinadas palabras, en Jalisco, que pueden transcribirse *puesⁿ*, *adiósⁿ*, *tresⁿ*, etc., o la peculiar pronunciación yucateca que todos podemos reconocer, pero cuya descripción técnica es larga y compleja (en ella destacan la aspiración de las consonantes oclusivas sordas, la fuerte oclu-

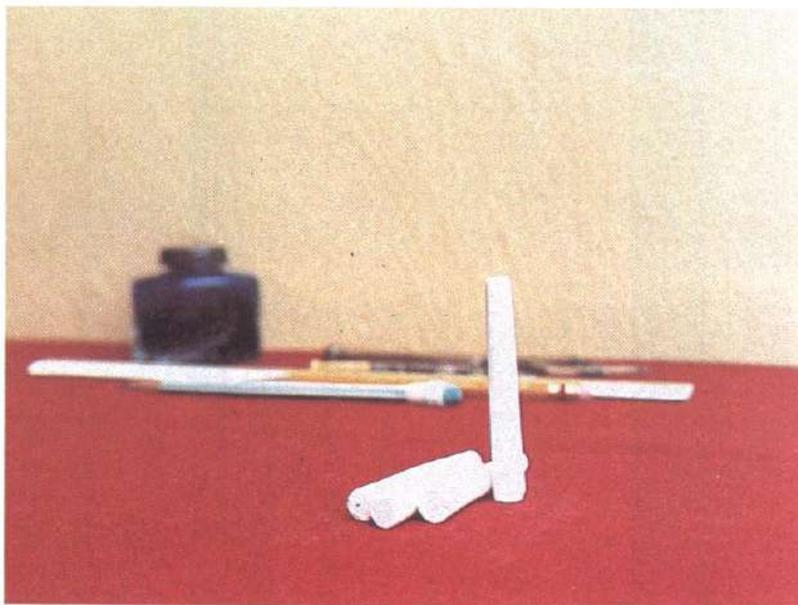
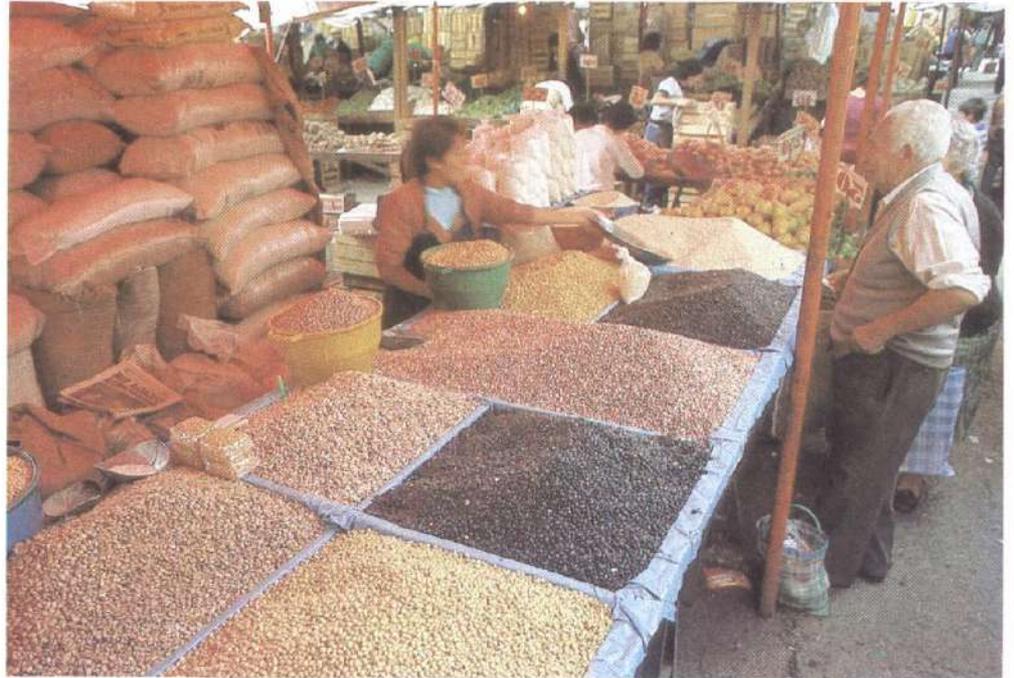
sión de las consonantes sonoras *b*, *d*, *g* —incluso intervocálicas— y el desdoblamiento de *ñ* en *ni*); en el altiplano se pronuncian muy débilmente las vocales no acentuadas, sobre todo antes de *s* final: *entons's*, *vam's*, etc. Por último recordemos un fenómeno que se da esporádicamente en todo el mundo hispánico, especialmente rural, se trata de la conversión de hiatos (*eo*, *oe*, *ea*, etc.) en diptongos: *pior*, *cuete*, *tia-tro*, etcétera.

¿A qué se deben estas características (y otras que veremos en los párrafos siguientes) del español mexicano y americano en general? Obedecen al proceso de cambio que, al producirse en varios sentidos, va diferenciando unos dialectos de otros. En este proceso todos los dialectos se muestran conservadores en algunos aspectos (distintos en diferentes dialectos o grupos de dialectos), en otros aspectos innovan, y es muy característica la innovación léxica, es decir, la adquisición de vocabulario nuevo (sobre todo para plantas, animales y cosas que no existían en el lugar de origen de la lengua) que en ocasiones desplaza a términos del vocabulario existente. Examinaremos en este orden algunas características —no todas— del español mexicano.



Faltas de ortografía como la aquí ilustrada son posibles porque en todo México —como también en el resto de América y en el sur de España— hay un solo fonema fricativo dental en vez de dos, como en parte de España

Se dice que el español de México es «arcaizante». Es verdad, conserva algunas palabras anticuadas, como *frijol* y *gis*, que por ser más cercanas al latín que *judía* y *tiza* (de raíz náhuatl) usadas en otras partes, podrían más bien considerarse «puristas» (arriba y abajo)



Hasta hace poco era común pensar que todo aquello que difiriera del español madrileño era «defectuoso» o «incorrecto». Si se trataba de una innovación (como las fusiones de fonemas que hemos visto en párrafos anteriores), estaba mal, y también estaba mal si se conservaba un rasgo antiguo. Así, el español de América ha sido caracterizado como *arcaizante*, fijándose solamente en sus aspectos conservadores y olvidando que el español de España también los tiene, sólo que distintos; conservar la distinción entre los fonemas *s* y *θ* es rasgo arcaizante respecto al nuestro, como lo es la conservación de las tres personas en los dos números, que veremos en seguida.

Como todos sabemos (pues así se nos ha enseñado en la escuela hasta hace muy poco), los pronombres personales del español de España son seis: *yo*, *tú*, *él*, *nosotros*, *vosotros*, *ellos*. En el español de América (la mayor parte de México incluida) el pronombre *vosotros* de la segunda persona del plural ha sido sustituido por *ustedes*, pero las terminaciones de los verbos que la acompañan (*amáis*, *coméis*, etc.) se han perdido y son las mismas que las de la tercera persona del plural: *ustedes aman*, *ustedes comen*, *ustedes suben* (igual que *ellos comen*, etc.).

En dos regiones americanas —la primera comienza en Chiapas y se extiende a parte de Centroamérica, la segunda está en torno al río de la Plata (Argentina, Uruguay y Paraguay)— se usa *vos* en lugar de *tú*. En el siglo XVI había dos pronombres de segunda persona singular, uno para situaciones familiares o de un superior a un inferior jerárquico, era *tú* (y sigue siéndolo), el otro se usaba en situaciones formales o de respeto y era *vos*; cuando se generalizó *usted*, desplazó a *vos*, pero en las dos regiones antes indicadas *vos* no se perdió sino que sustituyó a su vez a *tú* y se usa con las formas verbales apropiadas (si bien con reducción de los dip-tongos en *áis*, *éis*, *óis*): *vos cantás*, *tenés*, *sabés*, *sos*, incluso en los imperativos como *andá*, *vení*, *poné*, etc., con pérdida de la *d* final (*andád*, *veníd*).

En México hay otros muchos rasgos «arcaizantes». Entre los rasgos gramaticales está el tipo de construcción de *se rentan departamentos* o *se venden botellas*, nunca, o casi nunca *se renta departamentos* ni *se vende botellas* (es decir, se mantiene en estas construcciones la voz pasiva).

También conservamos más clara la distinción etimológica en el uso de los pronombres de tercera persona: decimos (a Juan) lo vi el otro día, (a María) la vi el otro día; no decimos *le vi* como objeto directo; tampoco usamos nunca *la* como objeto indirecto femenino, pues decimos *le voy a dejar un recado a Rosa* y jamás *la voy a dejar un recado a Rosa*.

En tanto los anteriores son rasgos a veces considerados «puristas», otros caracteres arcaizantes tienen cierto tinte «rústico»; al ilustrarlas en este párrafo pondremos entre paréntesis y con comillas las formas correspondientes que se usan en otros dialectos distintos. Oímos decir (*esto*) *ya se los dije (a ustedes, o a ellos)*, pluralizando el objeto directo por confusión con el objeto indirecto («ya se lo dije»); escuchamos también, aunque con menos frecuencia, que la forma impersonal de *haber se* conjuga: *hubieron muertos y heridos, habíamos muchos alumnos* (por «hubo». . . , «había». . .). También es común que *poco* y *medio*, que en otros dialectos son adverbios invariables, coincidan con el sustantivo que los sigue, como adjetivos: *dame una poca de sopa* («un poco. . .»), *son medios tontos* («medio»). Aunque se usen ambas formas de los comparativos, se prefieren las compuestas de dos palabras (llamadas perifrásticas), como *más bueno* y *más grande*, en lugar de las formas orgánicas *mejor* y *mayor*.

En el terreno del vocabulario —incluso grupo de palabras o partes de ellas (morfemas)— también se conservan en México formas que han dejado de usarse en otras hablas o que en ellas han cambiado de sentido: *al otro día* («al día siguiente»), *se me hace* («me parece»), *mucho muy* (simplemente «mucho»), *donde* («si» condicional: «*donde se lo digas, te mato*»); si bien se encuentra ocasionalmente en otras variantes del español, en nuestro país conserva pleno vigor el prefijo *re* o *rete*: *retarde*, *retetarde* («tardísimo»), *refeo*, *retefeo* («feísimo»). Algunos ejemplos de palabras que conservan su significado antiguo son: *bravo* («enojado»), *demorar-se* («tardar»), *dilatarse* («retardarse»), *escribir* («registrar»), *lindo* («bonito»), *liviano* («ligero»), *prieto* («moreno, oscuro»), *luego* («inmediatamente»), *pararse* («ponerse de pie»), *recordar* («despertar»).

Por supuesto, ciertas características del español mexicano son innovaciones. Muy conocido (pues los que hablan otros dialectos nos critican por ello) es que *hasta* se utiliza para indicar



límite inicial de una acción o un tiempo: *la película empieza hasta las seis; viene hasta las cuatro* («la película no empieza hasta. . .», «no viene hasta. . .»), sin que haya dejado de indicar final, como en *estaré aquí hasta que llegues*. En México —y en parte de Centroamérica— *desde* puede hacer referencia a una acción no durativa: *mi hermano llegó desde el martes*.

Entre las innovaciones gramaticales hay reforzamientos y debilitaciones de usos que, con distinto carácter, existen en otros dialectos. Se ha acentuado, por ejemplo, el uso de *ir + gerundio*, con diversos valores; puede tener valor terminativo en *espera un momento, ya voy acabando*, o valor perfectivo en *no lo he visto todavía, voy llegando* («acabo de llegar»), también puede indicar el principio de una acción (valor incoactivo) como en *vamos comiendo para que no acabemos tarde* («comencemos a comer. . .») y puede indicar una acción repentina, en especial en expresiones exclamativas: *hacia mucho que no veía a Juan y que lo voy encontrando*. Por lo contrario, se han debilitado el futuro y el pospretérito de indicativo, el primero se suple por *ir a (en presente) + infinitivo*: *mañana voy a ir al cine* («mañana iré. . .»); en lugar del segundo se usa *ir a (en copretérito) + infinitivo*: *me dijo que iba a venir* («. . . que vendría»).

En cuanto al léxico, el español de nuestro país ha creado o adaptado palabras para cosas nuevas de manera distinta a como se ha hecho en España (o en otras regiones de América). Así

En el español de México algunas palabras de origen latino han sido reemplazadas más o menos completamente (y con variantes regionales) por voces aborígenes. Nadie usa «mortero» en vez de *molcajete*

usamos *cigarro* («pitillo», «cigarrillo»), *plomero* («fontanero»), *pluma atómica* («bolígrafo», «esferográfica»), *saco* («americana», «chaqueta»), *sobrecargo* («azafata»), y muchas más.

Contrariamente a la creencia popular, las lenguas indígenas han dejado relativamente poca huella en nuestro español, salvo por lo que respecta al vocabulario. No es verdad que la profusión de diminutivos se deba al náhuatl; tantos o más se usan en otras regiones como en Chile o partes de España. Hay, sin embargo, algunas influencias.

En cuanto a rasgos fonéticos, ya señalamos que el habla de Yucatán tiene una pronunciación peculiar debida al maya; igualmente es típico que pronunciamos con facilidad el grupo *tl* (tan abundante en palabras de origen náhuatl) que los que hablan otros dialectos encuentran difícil. En la gramática no se encuentran influencias muy extendidas en el país, y en cuanto a morfemas sólo tenemos el sufijo *-eco* para formar gentilicios: *tamaulipeco*, *yucateco*, *tlaxcalteco*, calcados sobre nahuatlismos como *zapoteca*, *mixteca*, etcétera.

El vocabulario tomado de las lenguas indi-

genas es un poco más abundante. Unos pocos ejemplos ilustrarán varios casos diferentes. El primer caso consiste en que la voz española general coexiste con la palabra de origen indígena; usamos más o menos por igual e indistintamente *cuate* y *amigo*, empleamos *escuincle* o *chamaco* tanto como *niño*, o bien, *guajolote* y *pavo*, *mecate* y *reata*, *tatemar* y *quemar*, etc. En el segundo caso las palabras indígenas tienen un matiz especial, no es exactamente lo mismo *molcajete* que *mortero*, ni *tianguis* que *mercado*, o *tlapalería* que *ferretería*, es decir, las palabras españolas generales han sido desplazadas en una parte de su uso. El tercer caso corresponde a palabras nativas que han desplazado a las voces españolas de uso más general, como *atole* («papilla»), *chapulín* («saltamontes»), *milpa* («maíz»), *tecolote* («búho»), *zacate* («hierba-jó») y muchos otros. El último caso comprende aquellas palabras que designan una realidad de nuestro país que no existe en España y, naturalmente, el español de México ha incorporado las voces que estaban en uso —a veces con variantes regionales— entre las cuales se cuentan *ahuehuete*, *coyote*, *lec* (en Yucatán), *corunda* (en Michoacán) y muchas más.



Varias palabras ahora de uso universal fueron tomadas del español, que a su vez las adoptó de lenguas aborígenes mexicanas. Entre ellas está *chocolate*, escrita y pronunciada de modo similar en todo el mundo.



Casa veracruzana. Posiblemente no todos somos capaces de reconocer cada uno de los 17 dialectos del español mexicano, pero si reconoceremos con cierta facilidad uno, el de Veracruz, como habla «jarocha» (arriba)

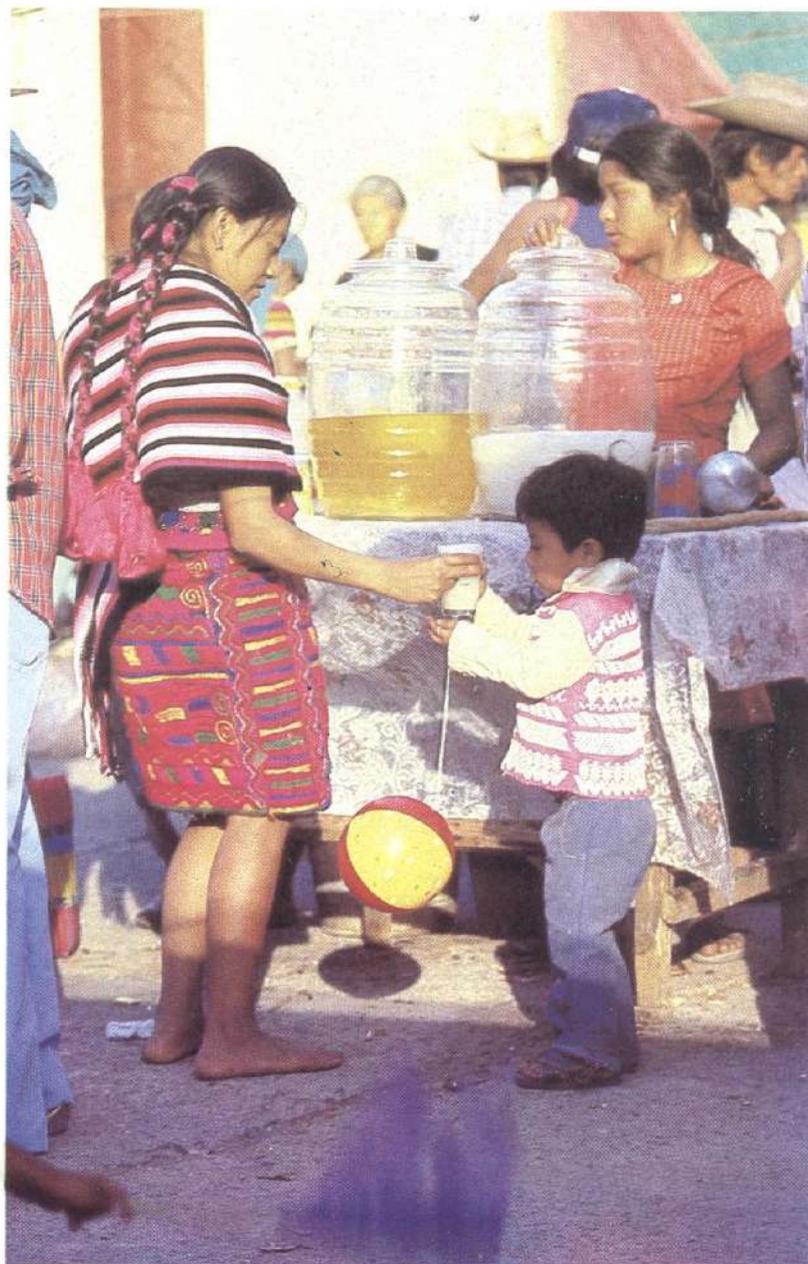
Una de las formas dialectales más característica es la del español que se usa en la península de Yucatán, donde la influencia del maya ha sido decisiva (abajo)

34. Los dialectos del español de México

La apreciación de la variedad dialectal de un idioma es cuestión de perspectiva, si se trata de la percepción cotidiana, popular; pero si ha de hacerse de manera científica es asunto altamente técnico que requiere la aplicación de elaborados cuestionarios, una buena preparación de los encuestadores y una sólida formación especializada para proyectar la investigación, para dirigirla y —por último— para analizarla y obtener resultados válidos. (Sobre el concepto de *dialecto* véase el apartado «Lengua» y «dialecto».)

Todo individuo hablante de un idioma tiene cierta noción de la variedad dialectal, aunque no sepa designarla técnicamente ni pueda describir en qué consiste. Tomemos como ejemplo a cualquier mexicano que habla español (hay todavía, aunque son cada vez menos, mexicanos que sólo hablan una lengua indígena) y que normalmente reconoce «por el tonito» si otro mexicano viene «del norte», si es «yucateco», etc., pero le será más difícil saber de qué parte «del norte» es, o darse cuenta de que el «yucateco» es en realidad campechano. Pero hay que hacer una salvedad, si quien está reconociendo dialectos proviene de Chihuahua es probable que pueda distinguir si otro «norteño» es de su misma región, o saber si viene de Sonora o si es tamaulipeco. A este fenómeno es al que hemos





El español que se habla en Chiapas tiene más en común con el de la zona centroamericana contigua que con otras formas regionales del español que se habla en México

llamado *perspectiva*, y consiste en que por lo común somos más capaces de distinguir diferencias entre dialectos con los que estamos más familiarizados, aunque se parezcan bastante entre sí y al nuestro propio, y nos cuesta un poco más de trabajo diferenciar dialectos similares entre sí con los cuales no estemos familiarizados.

Por esta razón y debido a algunas características comunes a todas las variedades del español americano (mencionadas en el apartado anterior), hace tiempo se generó en España la idea popular de que el español de América es único, sin variantes, un solo español «indiano», en tanto que entre dos valles vecinos de la península ibérica se encontraba mayor diferencia. Desafortunadamente esta falsa idea (tan falsa como cuando nosotros tenemos la impresión de que todos los españoles hablan igual) influyó en los

primeros estudios serios, o supuestamente serios, sobre el tema. La carencia de estudios científicos, con todos los requisitos que se han señalado en el primer párrafo de este apartado, contribuyó a perpetuar el equívoco, pues no era posible describir en qué y cuánto difieren unos dialectos de los otros, es decir, por qué oímos y reconocemos «un tonito» peculiar. Este «tonito» comprende la entonación de la oración, la existencia de más o menos fonemas (diferencias fonológicas), diferencias en la pronunciación o realizaciones de éstos (diferencias fonéticas), construcciones gramaticales distintas (pero, sobre todo, preferencia de determinadas construcciones a costa de otras que predominan en dialectos distintos; esto es, diferencias sintácticas), así como distinciones en el vocabulario (diferencias léxicas).

En 1921, Pedro Henríquez Ureña, con poco material confiable pero con cierto conocimiento directo, dividió el español del Nuevo Mundo en cinco grandes zonas, la primera de las cuales comprendía a México. Esta gran zona se subdividía a su vez en seis regiones: 1) el territorio hispánico de los Estados Unidos, 2) el norte de México, 3) el centro, 4) las tierras calientes de la costa oriental, 5) la península de Yucatán y 6) América Central; nótese que la primera región queda fuera de nuestro país en tanto que la sexta se inicia en Chiapas. En 1938 escindió la tercera región, separando definitivamente del centro una región sur (Morelos, Guerrero y Oaxaca) y reconociendo que Colima, Nayarit y Jalisco tienden también a formar un grupo aparte (resultarían así seis o siete regiones en México).

Unos diez años más tarde, Boyd-Bowman advertía que todas las regiones propuestas por Henríquez Ureña debían subdividirse, pero sin posibilidad de hacer sobre el terreno todos los estudios necesarios, usó sus propias observaciones para proponer la división de la región central en cinco áreas de límites imprecisos: a) el Valle de México, b) el oriente, c) el Bajío, d) el norte y e) el occidente.

Este panorama impresionista está destinado a cambiar gracias a los trabajos rigurosos y que cubren todos los requisitos científicos, hechos y dirigidos por el doctor Juan M. Lope Blanch, quien desde hace muchos años se ha dedicado a la formación de lingüistas hispanistas y al estudio del español mexicano. Desafortunadamente todavía no se ha concluido la investigación ni, menos aún, ha sido publicada con todo detalle.

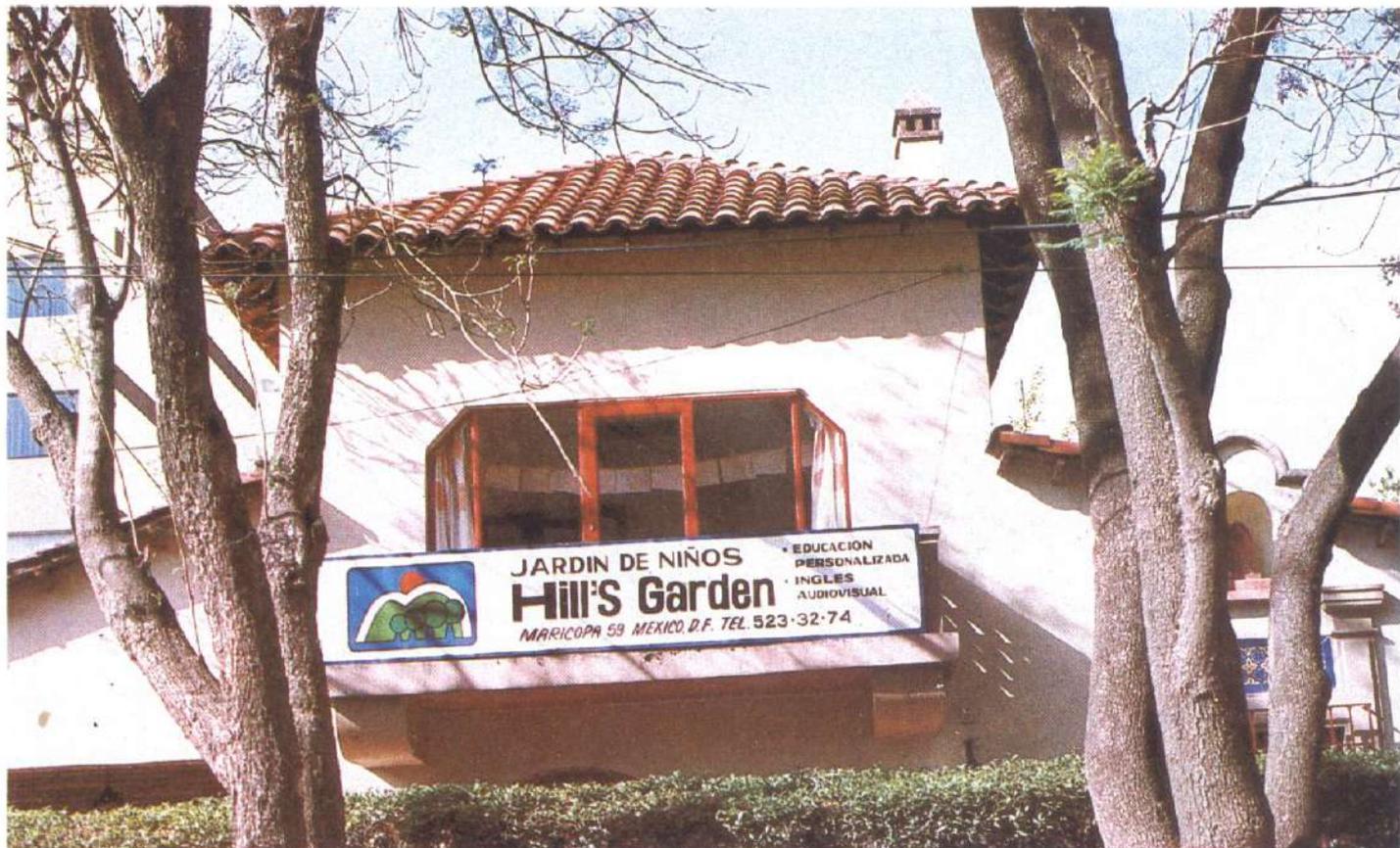


Las variantes regionales que ha adquirido el español de México muestran menos influencia de las lenguas nativas que lo que se cree, salvo en el vocabulario

Sin embargo, en 1971 Lope Blanch, basado en datos léxicos, determinó diecisiete dialectos que él mismo reconoce están sujetos a revisión, sobre todo en cuanto a precisar sus límites, pero que son ya un gran avance en nuestros conocimientos. Los diecisiete dialectos son:

- 1-2. Yucateco-campechano
3. Tabasqueño
4. Veracruzano meridional
5. Zona veracruzana
6. Chiapaneco
7. Juchiteco o ístmico
8. Altiplano oaxaqueño
9. Altiplano meridional
10. Michoacano (de sustrato tarasco)
11. Hablas occidentales
12. Altiplano central
13. Hablas del noroeste
14. Chihuahuense
15. Bajacaliforniano septentrional
16. Hablas del norte
17. Zona de transición (entre 5 y 16)

Estos dialectos son polimórficos, es decir, que en cada uno de ellos existen variantes fonológicas, fonéticas, sintácticas y léxicas que aparecen en el mismo contexto lingüístico. Por ejemplo, en la misma región se usan *escuincle* y *niño* por las mismas personas en las mismas expresiones (digamos ¡*éstos escuincles / niños no se callan!*) en distintas ocasiones, si bien es cierto que algunos grupos o clases sociales así como ciertas personas emplean más abundantemente una forma que otra, difícilmente encontraremos quien use solamente la primera y nunca la segunda; y algo similar sucede no sólo con el léxico, sino en todos los aspectos (fonética, fonología y sintaxis). Debido a esta circunstancia, pueden parecer demasiado tajantes



Es verdad que todos los idiomas han sido siempre influidos por otros que gozan de prestigio (no siempre merecido). Nuestro español no puede ser excepción, pero hay ejemplos de imitación innecesaria y con frecuencia disparatada (arriba y foto de la página siguiente)

tes las características que se dan a continuación al describir como muestra cuatro dialectos; y algún lector podría pensar: «nunca he oído hablar así», y tendría toda la razón, porque casi nunca un hablante exhibe consistentemente todos y cada uno de los rasgos característicos de su dialecto.

Nótese que algunas de las características se encuentran en dos o más dialectos, lo que los asemeja entre sí y dificulta su distinción por el común de la gente; pero esta misma generalidad de ciertos rasgos permite a los especialistas formar grupos de dialectos y, no pocas veces, inferir su historia.

El habla yucateco-campechana. Aunque de manera intrincada, muestra influencias evidentes de la lengua maya. Se caracteriza por:

1. Las consonantes oclusivas sordas **p**, **t**, **k** (escrita *c* o *qu*) son aspiradas: *papá*, *tinta*, *casa* (que podemos transcribir fonéticamente **p^hap^há**, **t^hint^ha**, **k^hása**). Las consonantes sonoras **b**, **d**, **g**, se pronuncian fuertemente oclusivas, aun entre vocales: *caballo*, *todo*, *cogote*. **ñ** se desdobra en *ni*: *ninio* («niño»), *danio* («daño») y la *i* de este grupo puede desaparecer ante otra *i*: *albanil*, *compañía*.
2. Es muy frecuente el saltillo ante la vocal inicial de una palabra, sobre todo cuando la palabra anterior termina en vocal: *mi hi-*

jo, *su ala*, *eso es* se pronuncian **mi 'ijo**, **su 'ala**, **'eso 'es**. Menos frecuente es la pérdida de **y** en contacto con **i** acentuada: *cuchio*, *medañita*, *tortia*, pero también se da precisamente lo contrario, como ultracorrección: *miyo* («mio»), *sandiya* («sandía»).

3. Muy peculiar es el empleo del auxiliar *tener* con participios de verbos transitivos (*tengo leída tu carta*, *tengo pensado hacerlo*) y aun con participios de verbos intransitivos: *me tiene sucedido eso*.
4. Se construye el verbo *ir* con el auxiliar *estar*: *mi papá está ido a cortar leña*.
5. Se usa una construcción pasiva para indicar agente: *se lo dijeron por su hermano*, en lugar de «se lo dijo su hermano».
6. Empleo de *pasar a* con el sentido de «casi», como en *lo pasé a atropellar* («casi lo atropello»).
7. Un buen número de voces mayas son parte del español yucateco cotidiano, entre ellas *xix* «asiento, poso, residuos», *chel* «rubio», *mulix* «rizado», *puch* «aplastado».

Chiapaneco. Tiene influencias de lenguas de la familia maya distintas al maya yucateco; comparte muchos rasgos con hablas de Guatemala y otros países centroamericanos con los

que formaba, durante la Colonia, la Capitanía General de Guatemala:

1. Conserva la forma *vos* como pronombre de segunda persona singular y las formas verbales correspondientes (véase con más detalle en el apartado anterior).
2. Uso del artículo indefinido con los posesivos: *un su hijo, una mi hermana*.
3. Empleo de *lo* invariable como antecedente de complemento objetivo femenino: *lo limpié la casa, sácalo las botellas*.
4. Respuesta afirmativa, repitiendo el verbo usado en la pregunta: *¿Tenés hambre? — Tengo; ¿Fueron a Oxchuc? — Fueron*.
5. Anteposición del adverbio de cantidad al verbo: *mucho pican, no muy lo usan*.
6. Pérdida de *y* (escrita *ll* o *y*) en contacto con vocal acentuada, especialmente *i*: *vainía, cuarto, aquéa, medaita*.

Hablas occidentales. Propias de Jalisco, Colima y Nayarit, esto es, en términos generales, lo que comprendía la Nueva Galicia durante la Colonia.

1. Se conservan los hiatos, inclusive en el habla popular: *pasear, almohada, ahora, co-*

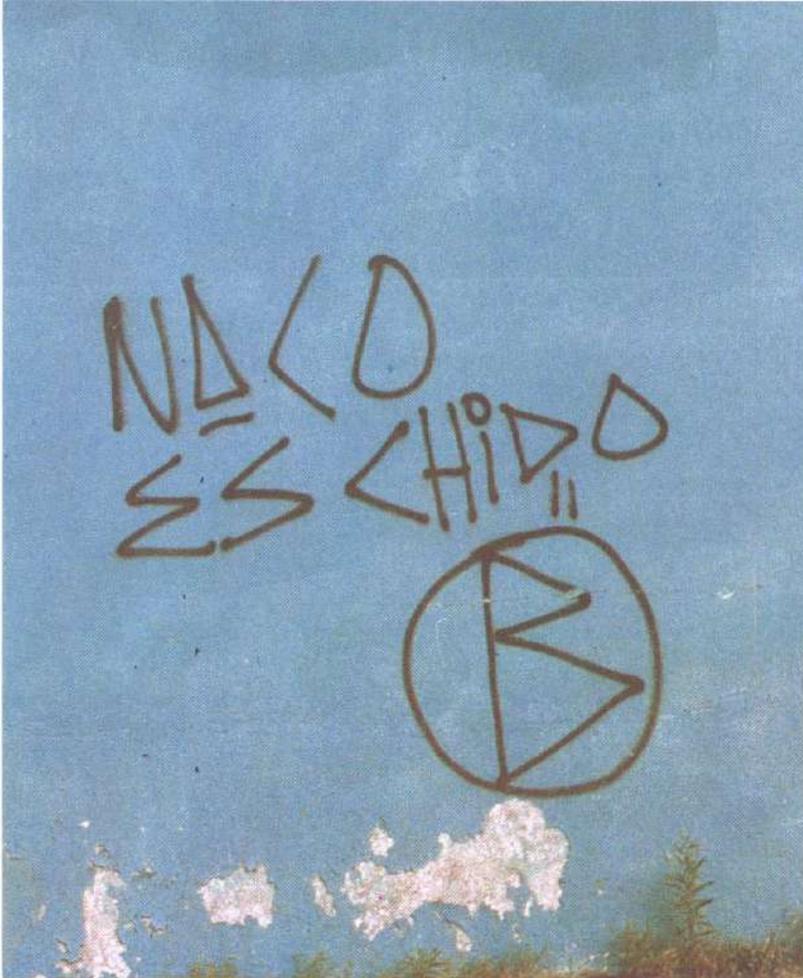
hete, etc., que en otros dialectos se hacen diptongos (por ejemplo «*pasiar*», «*almuada*»), pero se exceptúa *ea*, que sí diptonga: *cairá*.

2. Se agrega una vocal central nasalizada a ciertas palabras que terminan en *s*: *puesⁿ, dosⁿ, adiósⁿ, tresⁿ*, etc.
3. La *f* inicial se convierte en una consonante aspirada, similar a la *j*: *jondo* («fondo»), *juimos* («fuimos»), *jierro* («fierro»), etcétera.
4. Se conserva el pronombre relativo *cuyo*.
5. Como en la mayoría de los dialectos de México, solamente se usa una de las dos formas del pretérito de subjuntivo, aquella en *ra*: *cantara, comiera, subiera*, nunca «*cantase*», «*comiese*» o «*subiese*»; este rasgo lo distingue muy claramente del dialecto michoacano, que es su vecino.

Altiplano central. Es una de las zonas primeramente colonizadas fuera de Mesoamérica; el habla de Guanajuato sirve para ilustrar sus características más salientes.

1. Las vocales no acentuadas se debilitan y aun se pierden, en especial en contacto con *s*: *much^os, ant[']s, eⁿton[']s*, rasgo que este





Se dice que inscripciones como éstas revelan el empobrecimiento extremo de la lengua nacional. No puede negarse que a veces es difícil entender lo que nos dice un «chavo banda», pero el problema es que no conocemos su vocabulario, que no es pobre, sino distinto (arriba y abajo)



dialecto comparte con los otros del altiplano.

2. Las vocales **e** y **o** finales se cierran a **i** y **u**: *bonitu, delanti, nochi*.
3. Las consonantes **b**, **d**, **g** se articulan débilmente; las dos últimas llegan a desaparecer entre dos vocales: *aua* ("agua"), *soldáu* ("soldado") en tanto que **b** se convierte en **u** antes de algunas consonantes: *pueulo* ("pueblo"), *oujeuto* ("objeto").
4. Hay una fuerte tendencia en el habla popular a no pronunciar los grupos **kt**, **pt**, **ks**, **ps**, que se resuelven muchas veces convirtiendo la primera consonante en **i**: *correito, caráiter, conceito, aceitar* ("aceptar"), *aición, aicidente, conceición*. Tampoco se pronuncian otros grupos, como **gn**, *inorante* ("ignorante"). En cambio, quienes han ido a la escuela los pronuncian muy cuidadosamente.
5. Hay varios fenómenos en la conjugación, entre ellos destaca la **s** agregada a la segunda persona del singular del pasado: *cantástes, vení(s)tes, comí(s)tes*. Igualmente notable es la pronunciación *nos* de *mos*, terminación de la primera persona plural, sobre todo en copretérito: *íbanos, veníanos, estábanos*, pero también *vanos* ("vamos"), *henos* ("hemos").
6. Se agrega una **n** (esto es, una nueva marca de plural) a los imperativos plurales con sufixo *se*: *fórmensen, cállensen, subansen*.

Instituto Nacional de
Antropología e Historia



Dirección de Linguística
BIBLIOTECA

Palabras finales

Desde hace poco más de 400 años se llama ATLAS a un *libro de mapas*, esto es, varias cartas geográficas convenientemente encuadernadas. Tal nombre, como se sabe, proviene de que en la portada del atlas de Mercator apareció —en alegoría muy apropiada— el mundo sobre las espaldas de Atlas, el titán condenado por los dioses a cargarlo.

Con el transcurso del tiempo el sentido de las palabras cambia; si un atlas era por necesidad un libro eminentemente gráfico, su nombre se extendió a otros libros de láminas o ilustraciones referentes a un tema, pero *atlas* sin especificación siguieron y siguen siendo los libros cartográficos.

En 1864 publicó don Manuel Orozco y Berra su *Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México*, libro pionero en el que recoge la información que sobre la distribución de las lenguas dan las fuentes históricas coloniales, la analiza, la discute y la vierte en la *carta* que menciona el título de su obra. Digno de todo encomio, como lo es, ha quedado superado en muchos aspectos, pues no ha pasado en balde un siglo y cuarto, además de que ahora es imposible conseguirlo.

Puesto que aquí nos estamos refiriendo a la cartografía lingüística de México, no mencionaremos a los estudiosos de las lenguas y de su clasificación que contribuyeron grandemente a su conocimiento a fines del siglo XIX y principios del que corre, pero que no prestaron atención especial a los mapas.

Hace unos cincuenta años, Miguel Othón de Mendizábal y Wigberto Jiménez Moreno elaboraron el mapa *Distribución prehispánica de las lenguas indígenas de México*, que publicó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Puede considerarse prácticamente definitivo en cuanto a la distribución, pues corrige lo poco que en el de Orozco y Berra estaba equivocado y aunque estudios posteriores permiten afinar ciertos detalles, éstos son insignificantes. No sucede lo mismo en cuanto a su clasificación de las lenguas: no se conforman con echar mano de los últimos estudios entonces disponibles, sino que hacen sus propios aportes; pero sucede que las investigaciones que han resuelto la mayor parte de los problemas de clasificación (aunque algunos todavía queden pendientes) se iniciaron diez o quince años más tarde. Los trabajos cartográficos posteriores se apoyan

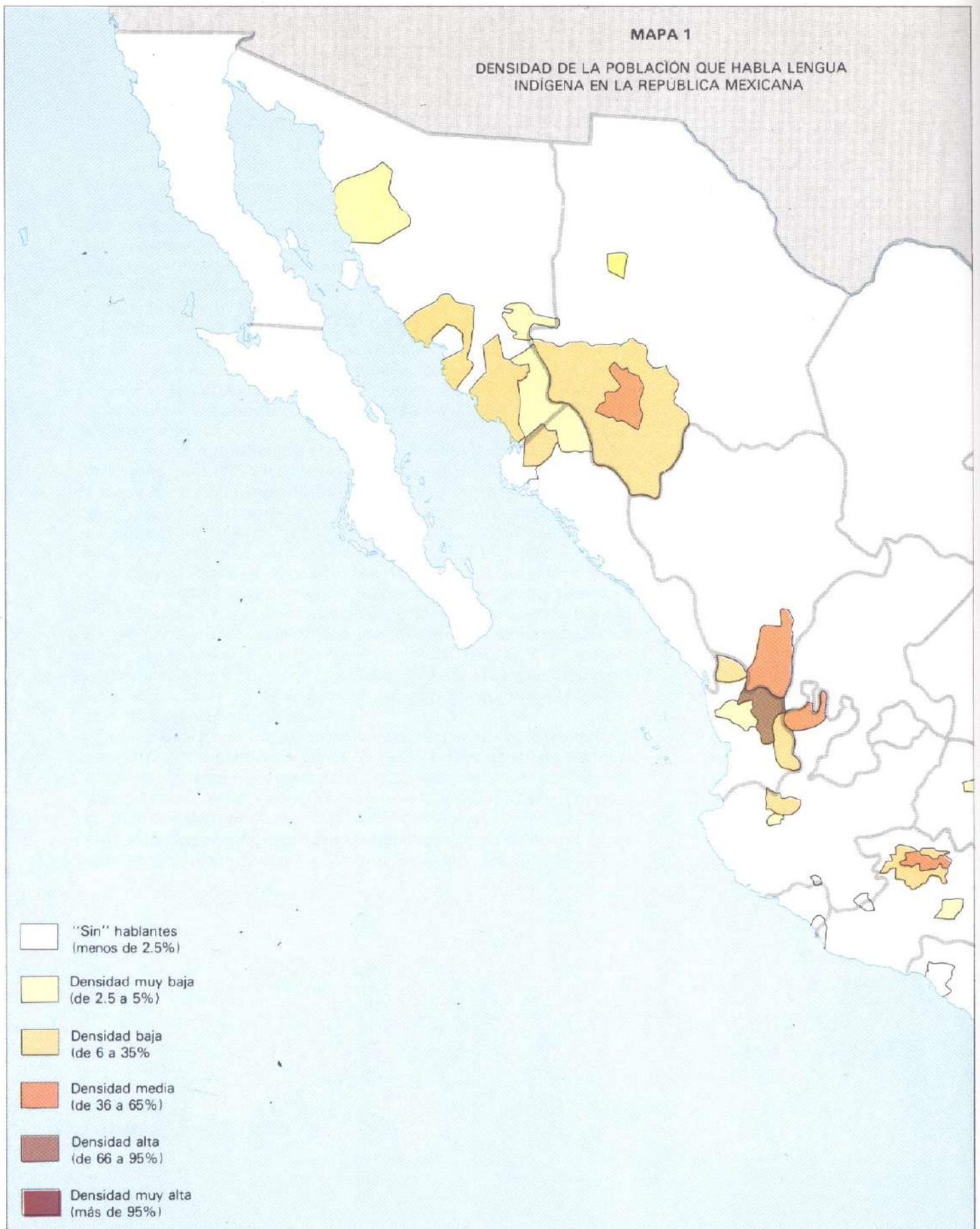
fuertemente en el de Mendizábal y Jiménez Moreno, salvo en cuanto a algunos aspectos de la clasificación.

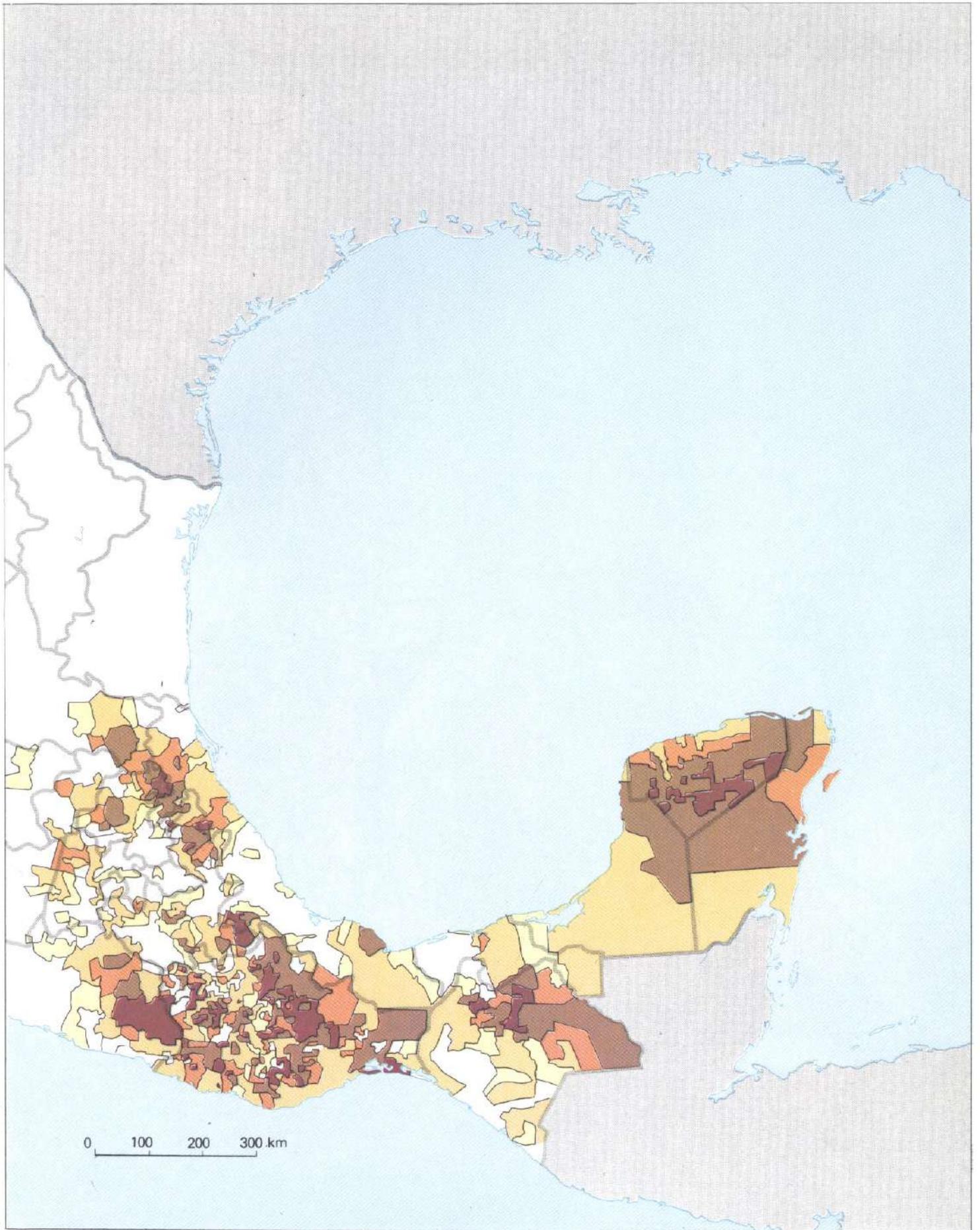
Cuando la Dirección del Instituto Nacional de Antropología e Historia nos pidió elaborar el *Atlas de Lingüística* para la colección ATLAS CULTURAL DE MÉXICO, nos pareció excelente la idea de dar a conocer al público el patrimonio cultural del país, en forma accesible. Por desgracia, no podíamos ofrecer fotografías de los idiomas, en tanto que en otros atlas de la colección sí pueden mostrarse las de objetos arqueológicos o artesanales, las de monumentos históricos, las de plantas, de animales o de guisos; tampoco podemos levantar el plano de una lengua como puede levantarse el de una zona arqueológica, ni se puede mostrar en un esquema el funcionamiento de un verbo. Todavía más, ¿qué objeto tiene marcar en un mapa «familias», «subfamilias», «grupos» y «lenguas» si la generalidad de los lectores no está enterada de lo que tales nombres quieren decir?

Por lo dicho, no creímos conveniente restringir el atlas a una serie de mapas, sino dar a los lectores un panorama consistente y veraz, aunque breve, del conocimiento actual sobre las lenguas de nuestro país, que en buena parte ha sido producido en el Departamento de Lingüística del INAH. No en todo estamos los lingüistas en desventaja: si no es posible retratar los idiomas o exhibirlos en las vitrinas de un museo, tenemos en cambio la gran ventaja de que todo el género humano habla alguna lengua y —por extraño que pueda parecer— todas tienen ciertos rasgos en común que permiten a quien habla una de ellas tener una comprensión intuitiva de las características de otras, si se explican sin tecnicismos en nuestro idioma y las explicaciones se complementan con esquemas y dibujos. Tales son, pues, las características del *Atlas de Lingüística*, que lo alejan un poco de la idea más general de «atlas».

Hemos hecho el mayor esfuerzo por dar a conocer a nuestros compatriotas el panorama de las lenguas de México y para que —si acaso no la tenían— adquirieran conciencia del gran valor de los idiomas como bienes culturales para todos, no solamente para aquellos que los usan cotidianamente como instrumento de comunicación y de expresión. Confiamos sinceramente en que habremos logrado nuestro propósito, pese a las dificultades inherentes al tema.

Apéndice de mapas

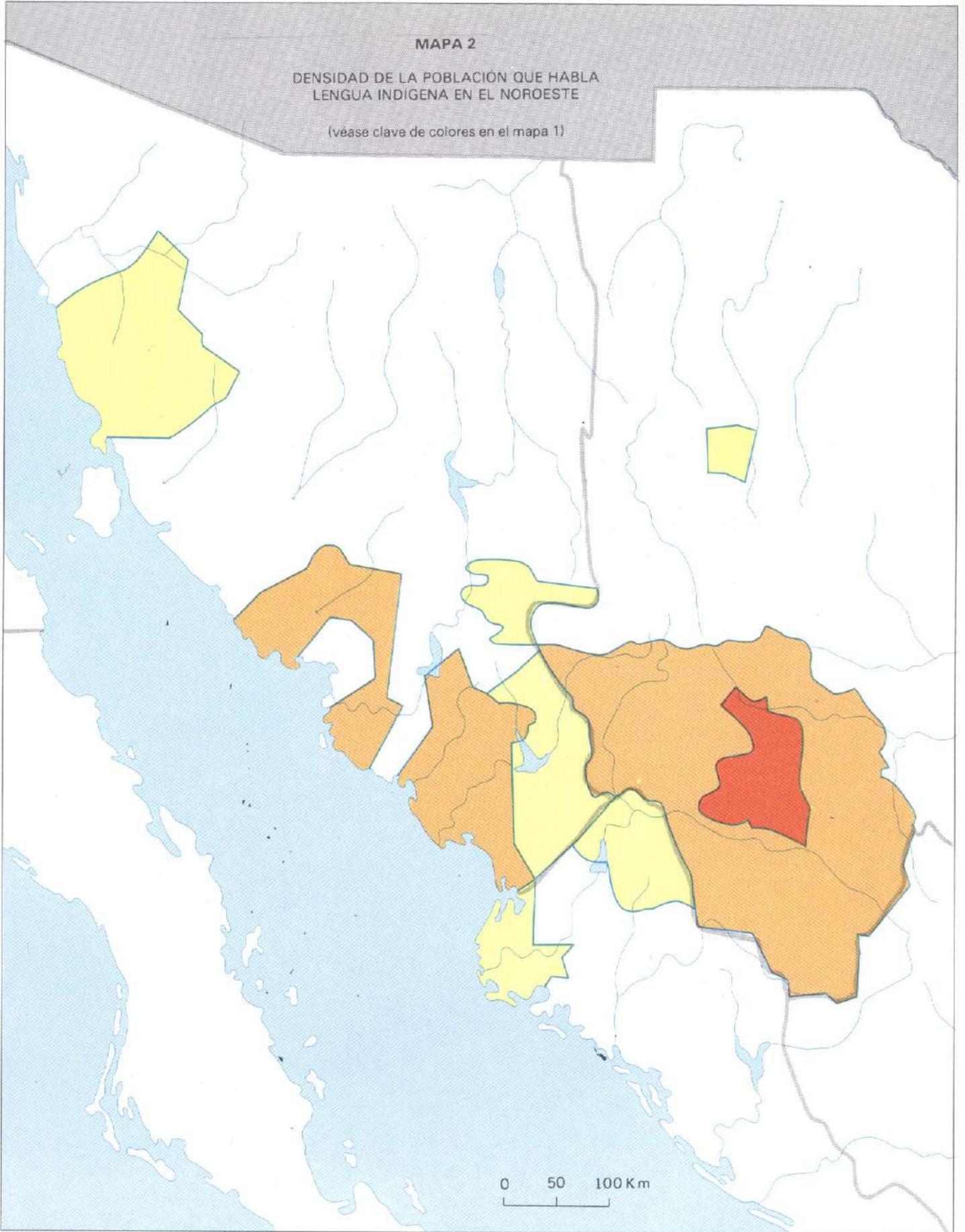




MAPA 2

DENSIDAD DE LA POBLACION QUE HABLA LENGUA INDIGENA EN EL NOROESTE

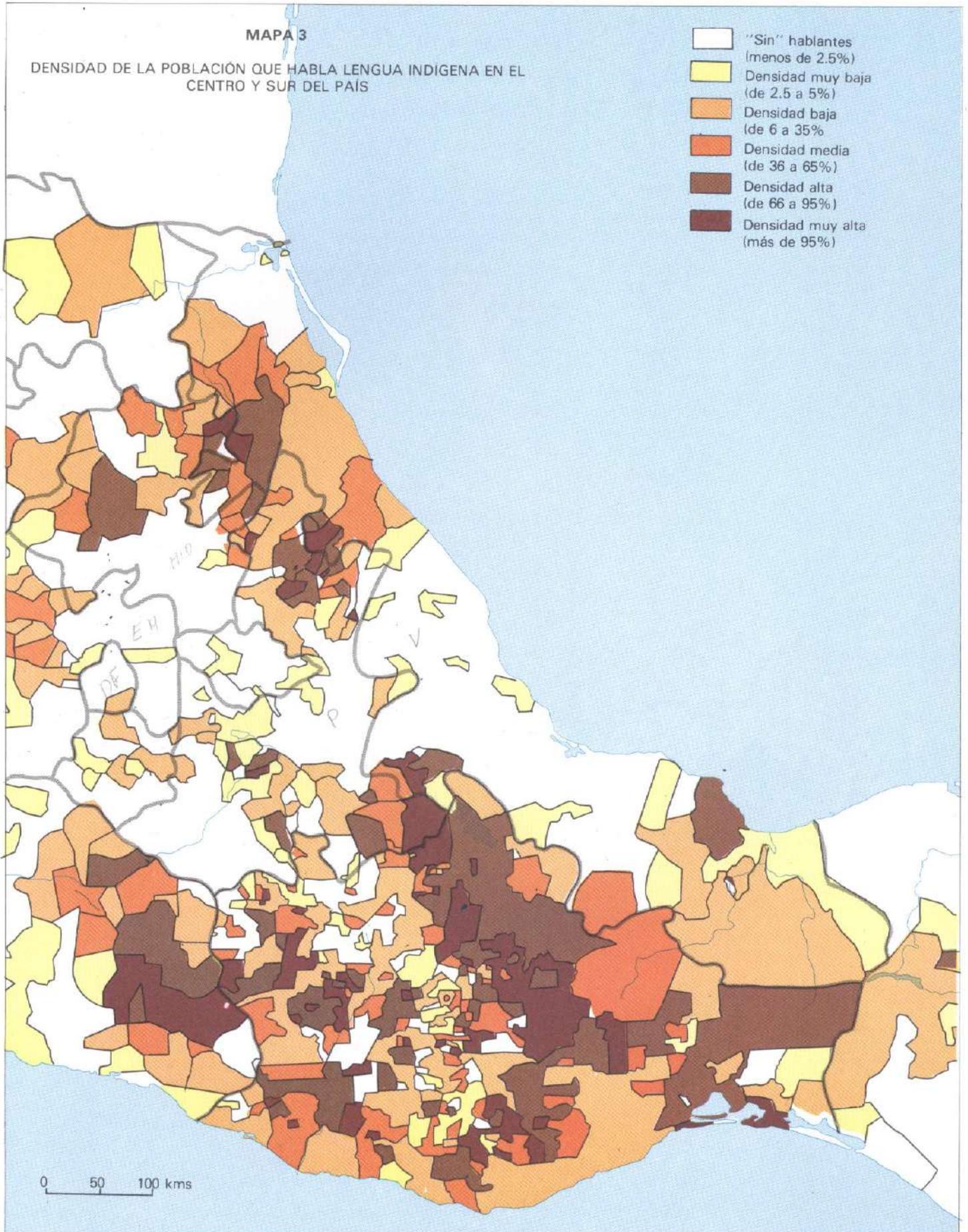
(véase clave de colores en el mapa 1)



MAPA 3

DENSIDAD DE LA POBLACIÓN QUE HABLA LENGUA INDIGENA EN EL CENTRO Y SUR DEL PAÍS

- "Sin" hablantes (menos de 2.5%)
- Densidad muy baja (de 2.5 a 5%)
- Densidad baja (de 6 a 35%)
- Densidad media (de 36 a 65%)
- Densidad alta (de 66 a 95%)
- Densidad muy alta (más de 95%)

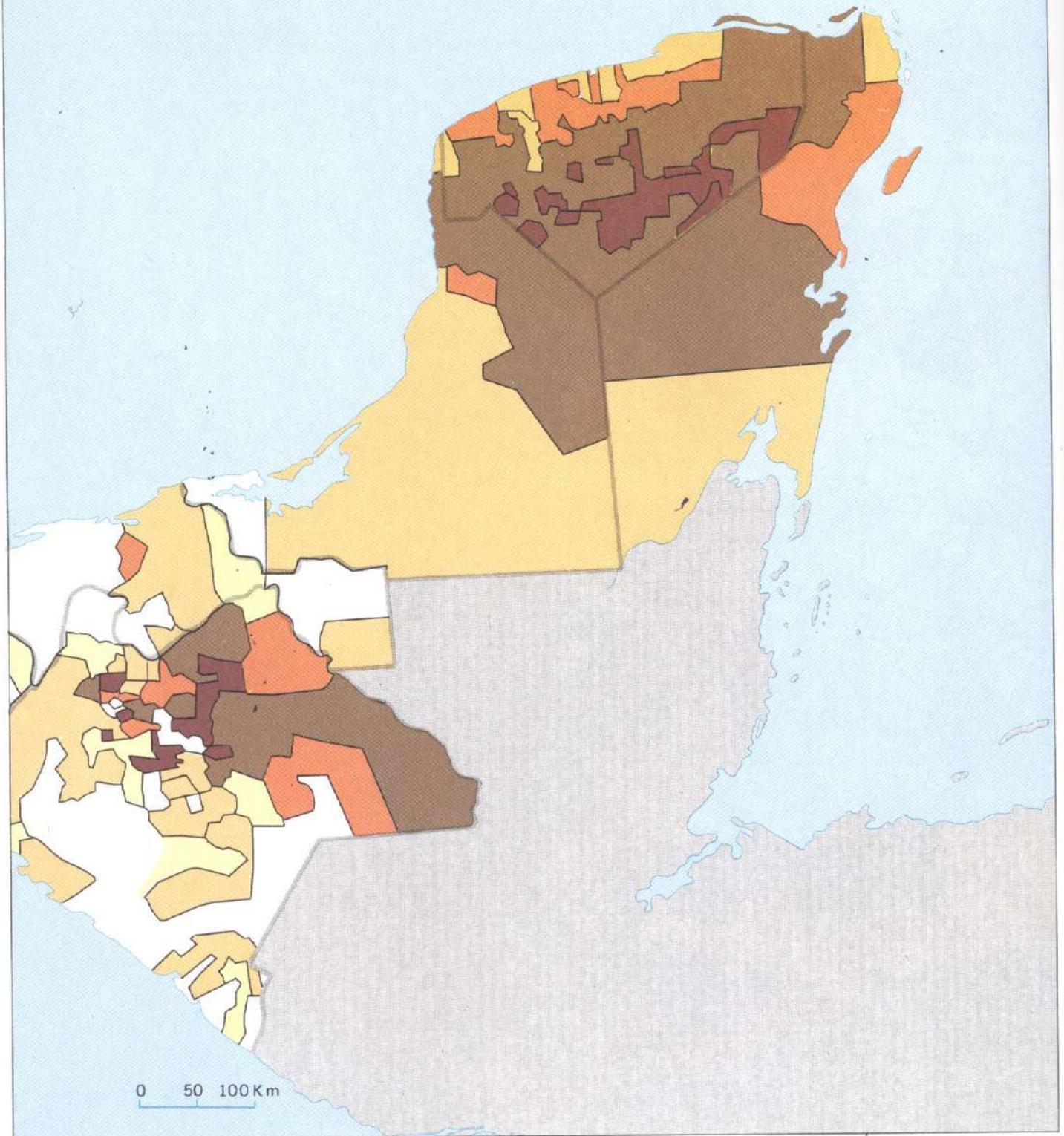


0 50 100 kms

MAPA 4

DENSIDAD DE LA POBLACIÓN QUE HABLA LENGUA INDÍGENA EN EL SURESTE

(véase clave de colores en el mapa 1).

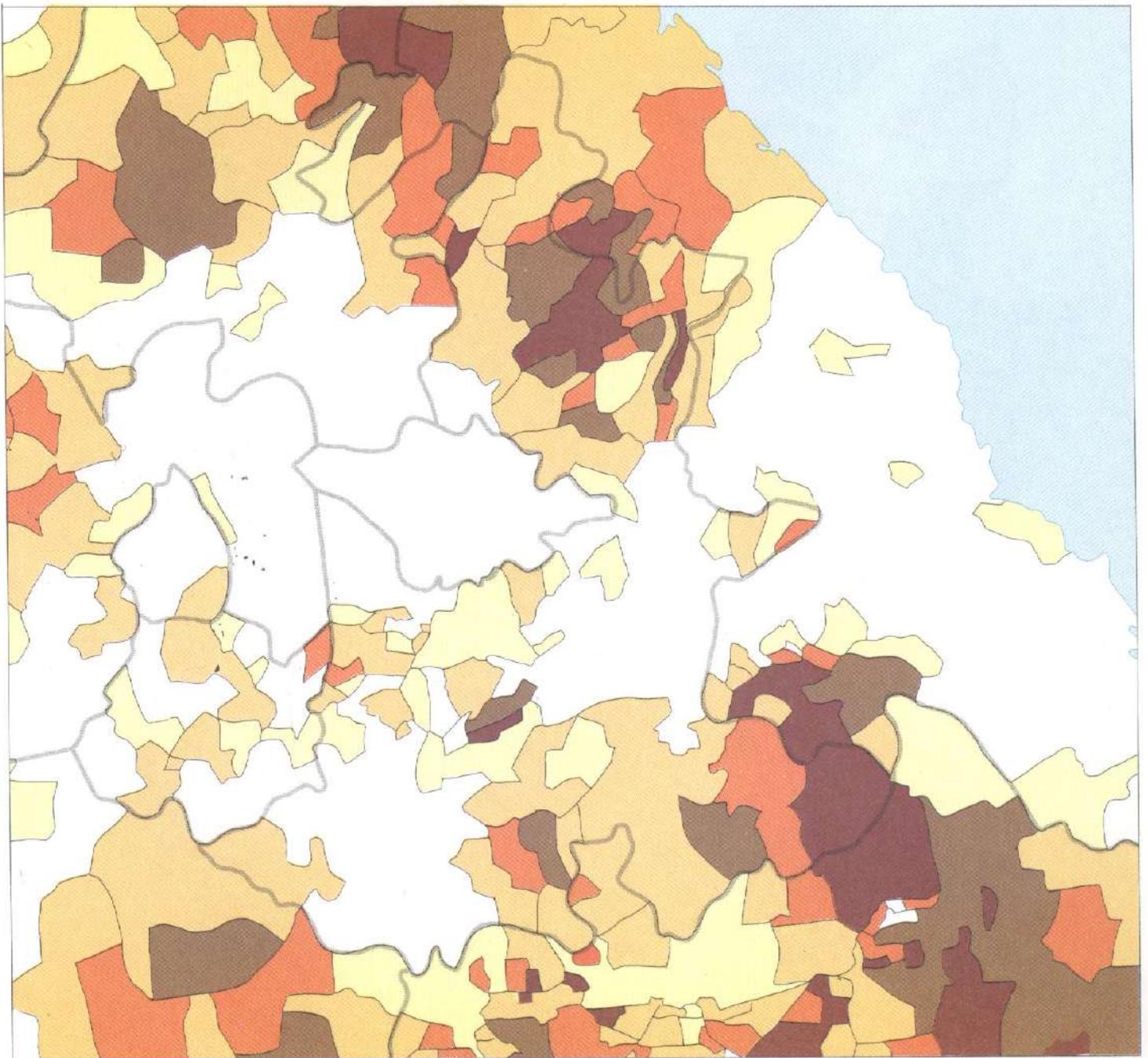


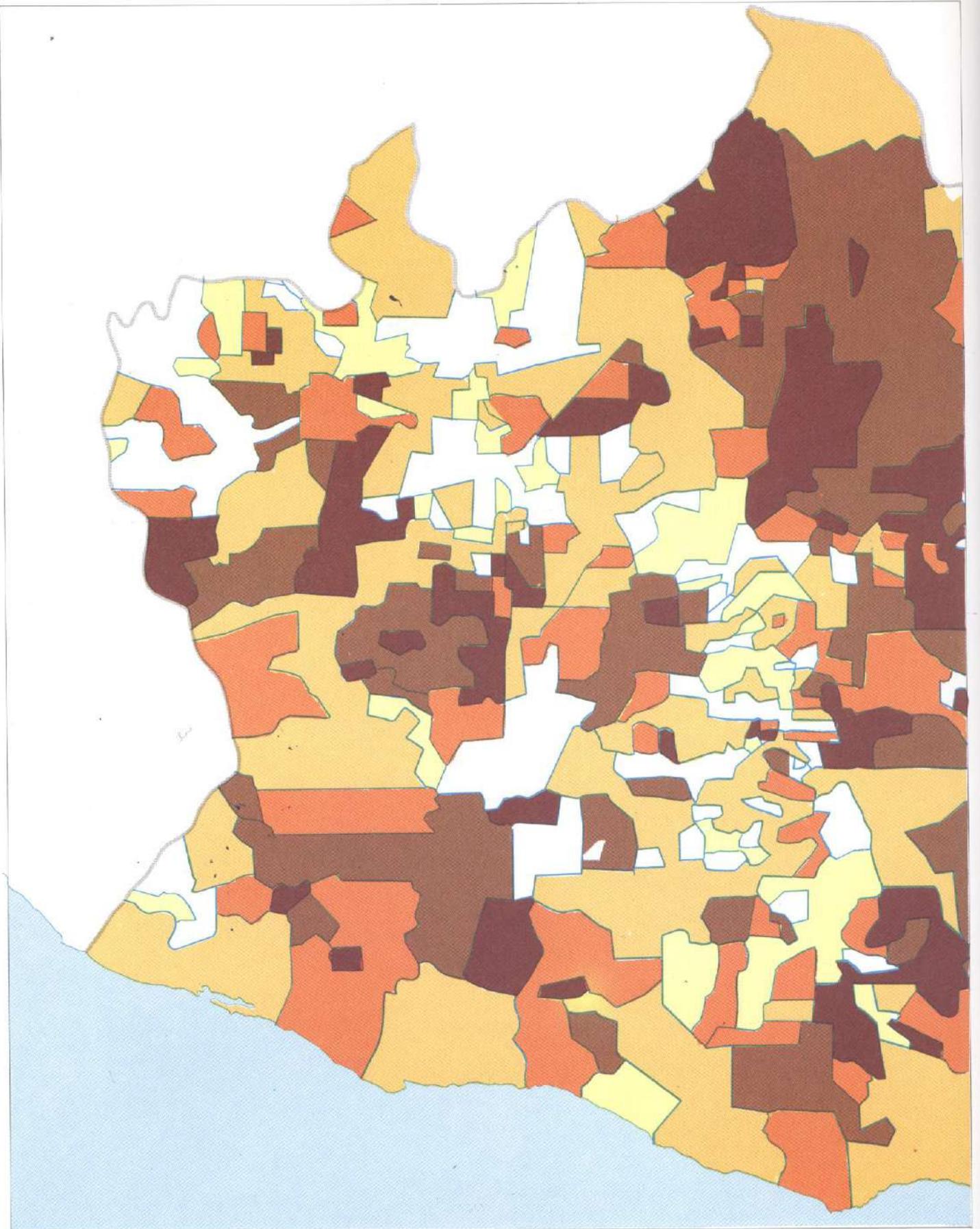
MAPA 5

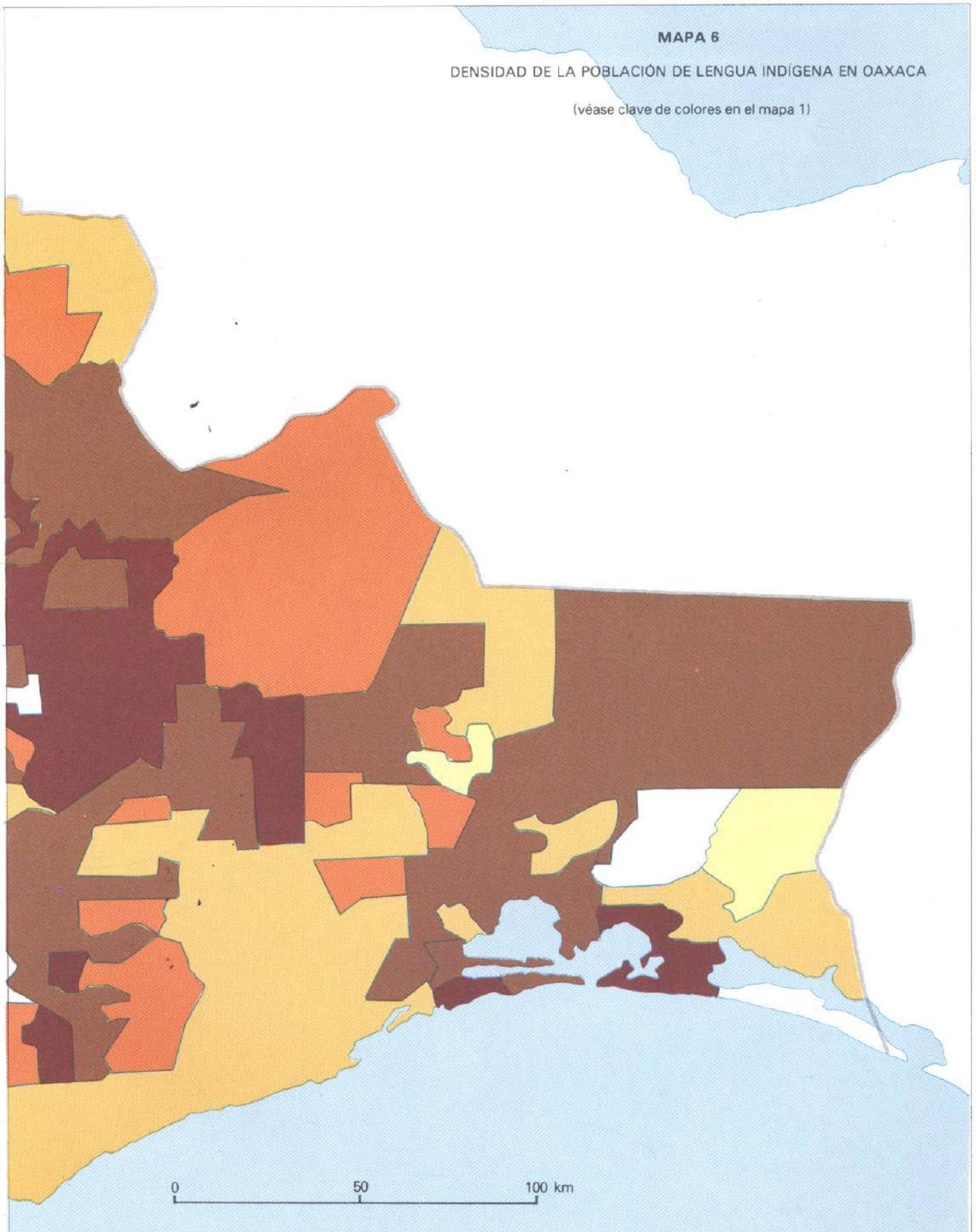
DENSIDAD DE LA POBLACIÓN QUE HABLA LENGUA INDÍGENA EN TORNO AL EJE MÉXICO-VERACRUZ

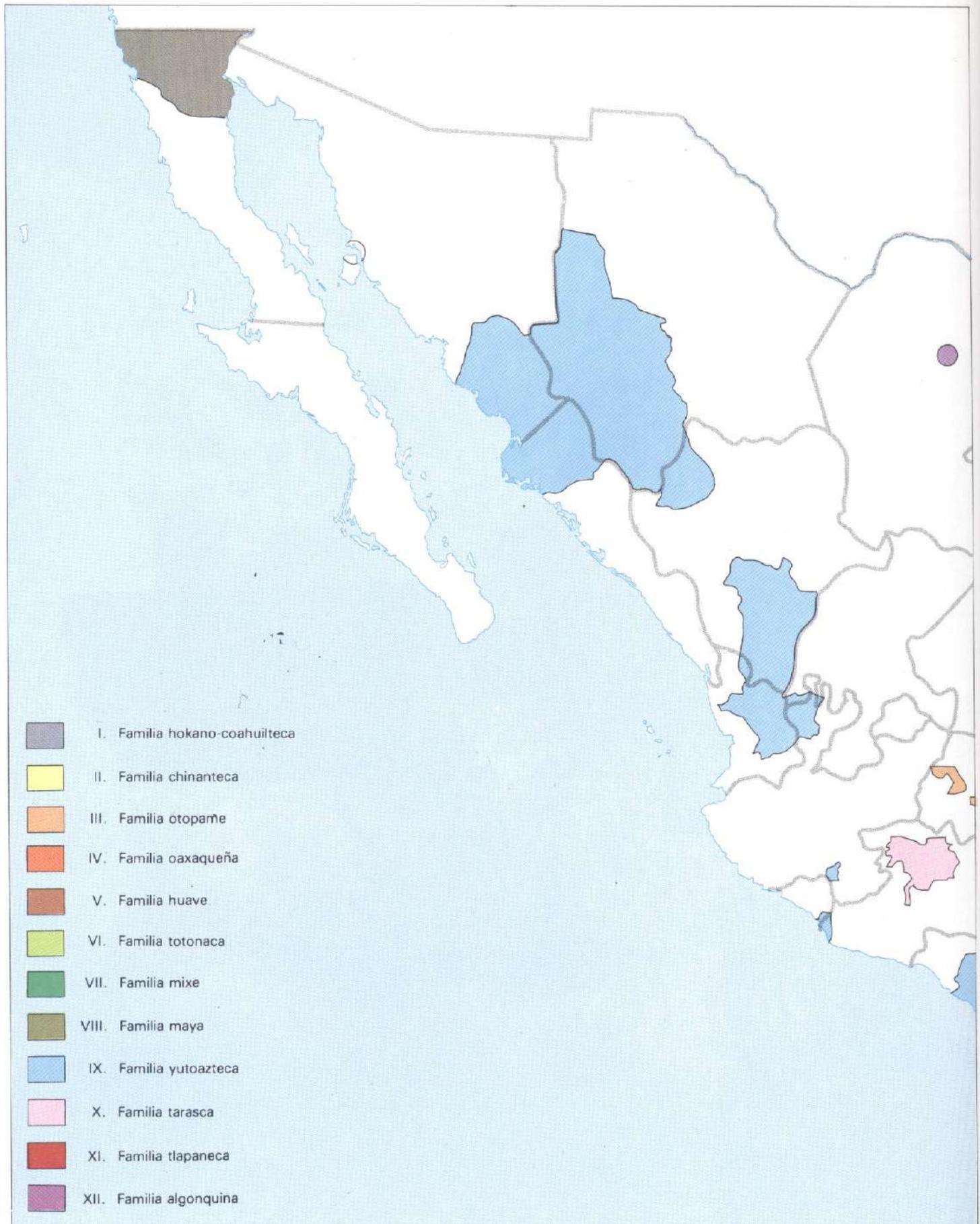
La desaparición de buen número de las lenguas nativas que se hablan en Mesoamérica obedece a que éstas fueron dejando de usarse por la imposición del español, como lo muestra claramente una zona de baja densidad de lenguas aborígenes que se extiende entre la ciudad de México y el puerto de Veracruz, donde el tráfico era intenso. En este mapa asoman otras regiones de baja densidad que corresponden en general con la ruta hacia Acapulco y el camino hacia las minas de Zacatecas.

Los idiomas indígenas se han conservado sobre todo en zonas sin minas importantes e impropias para el cultivo de tipo europeo o la ganadería, hacia las cuales fueron arrinconados los indios, como se ve claramente en el mapa anterior a éste y en el que le sigue, así como en el mapa general de densidades.



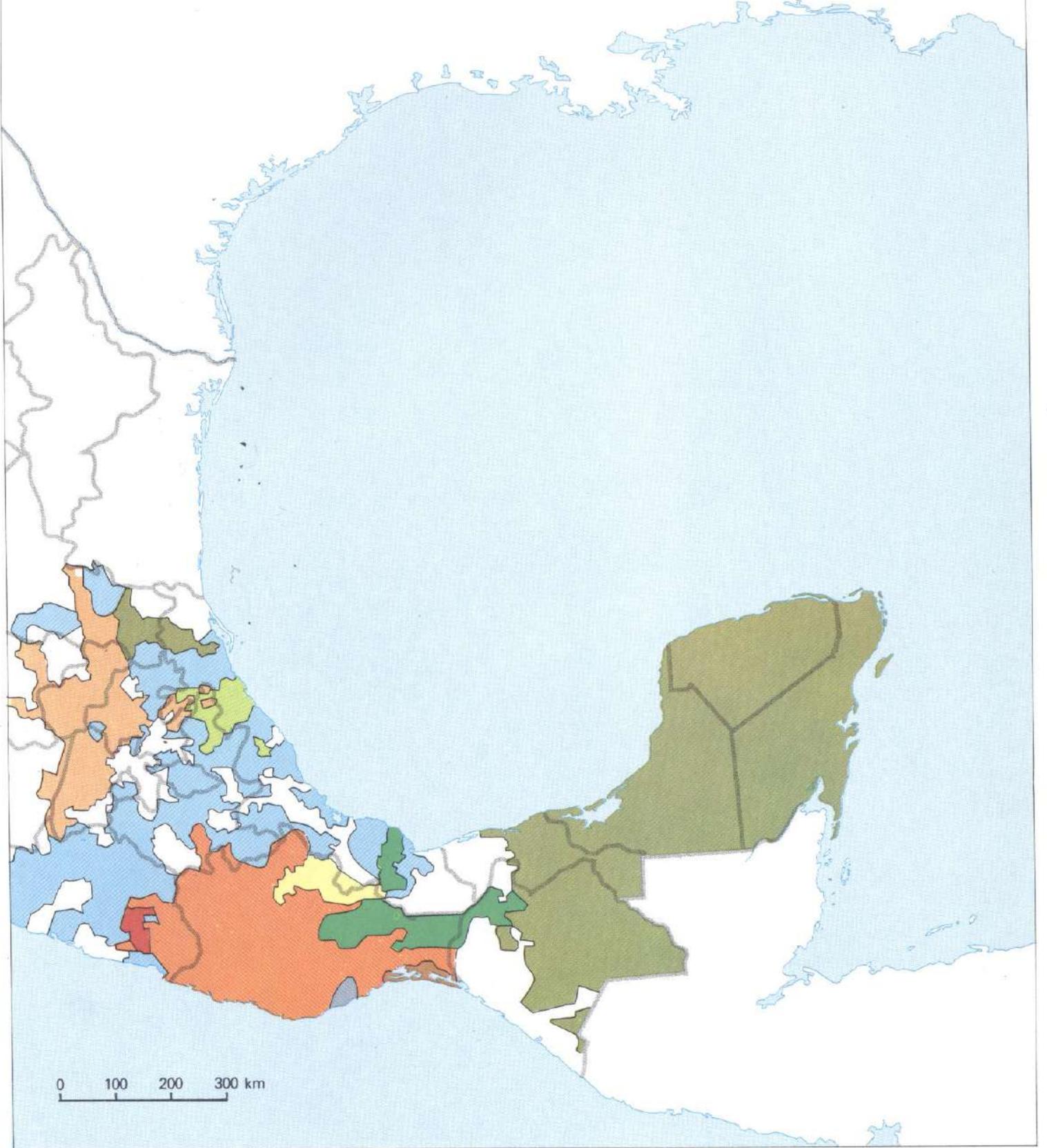


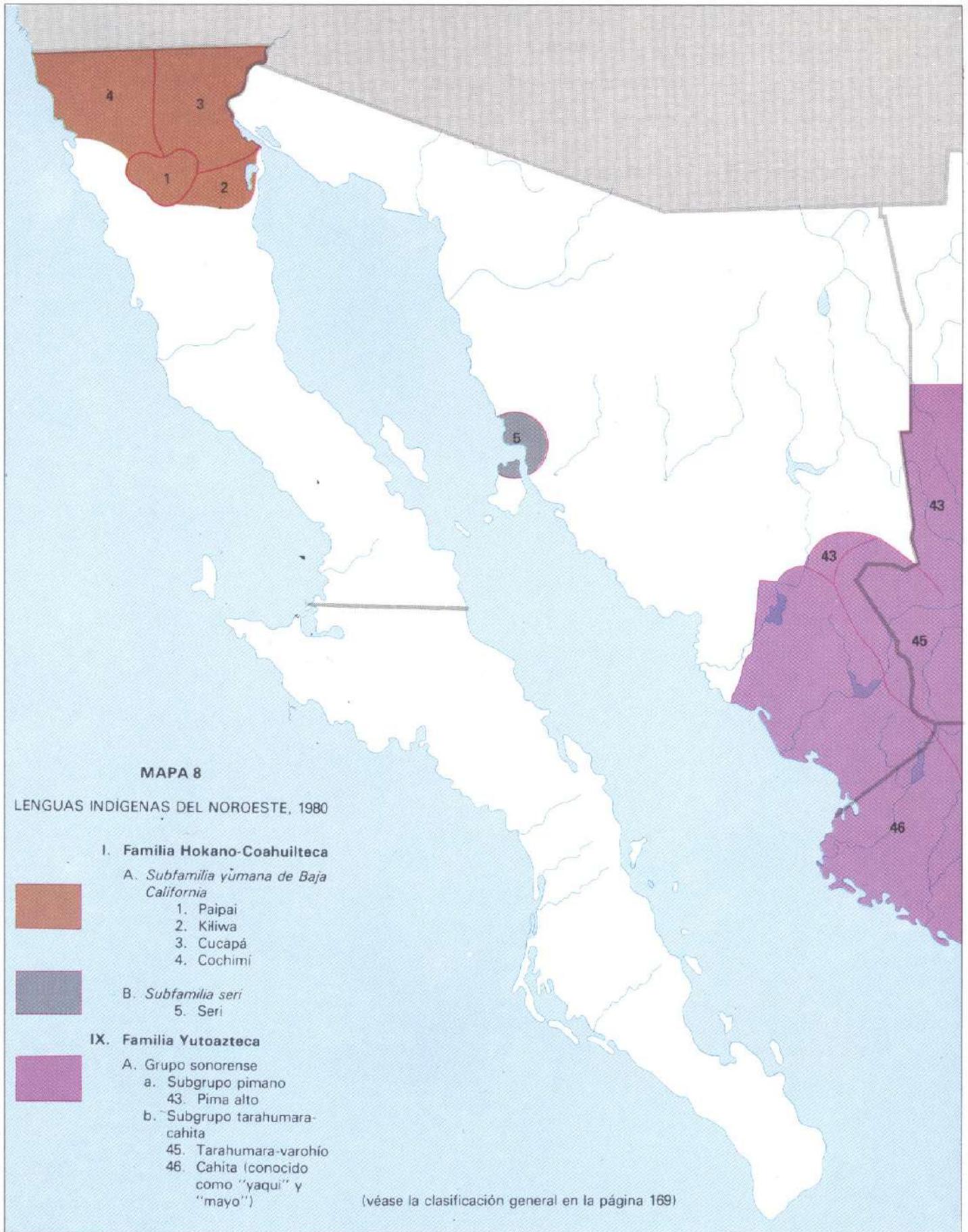




MAPA 7

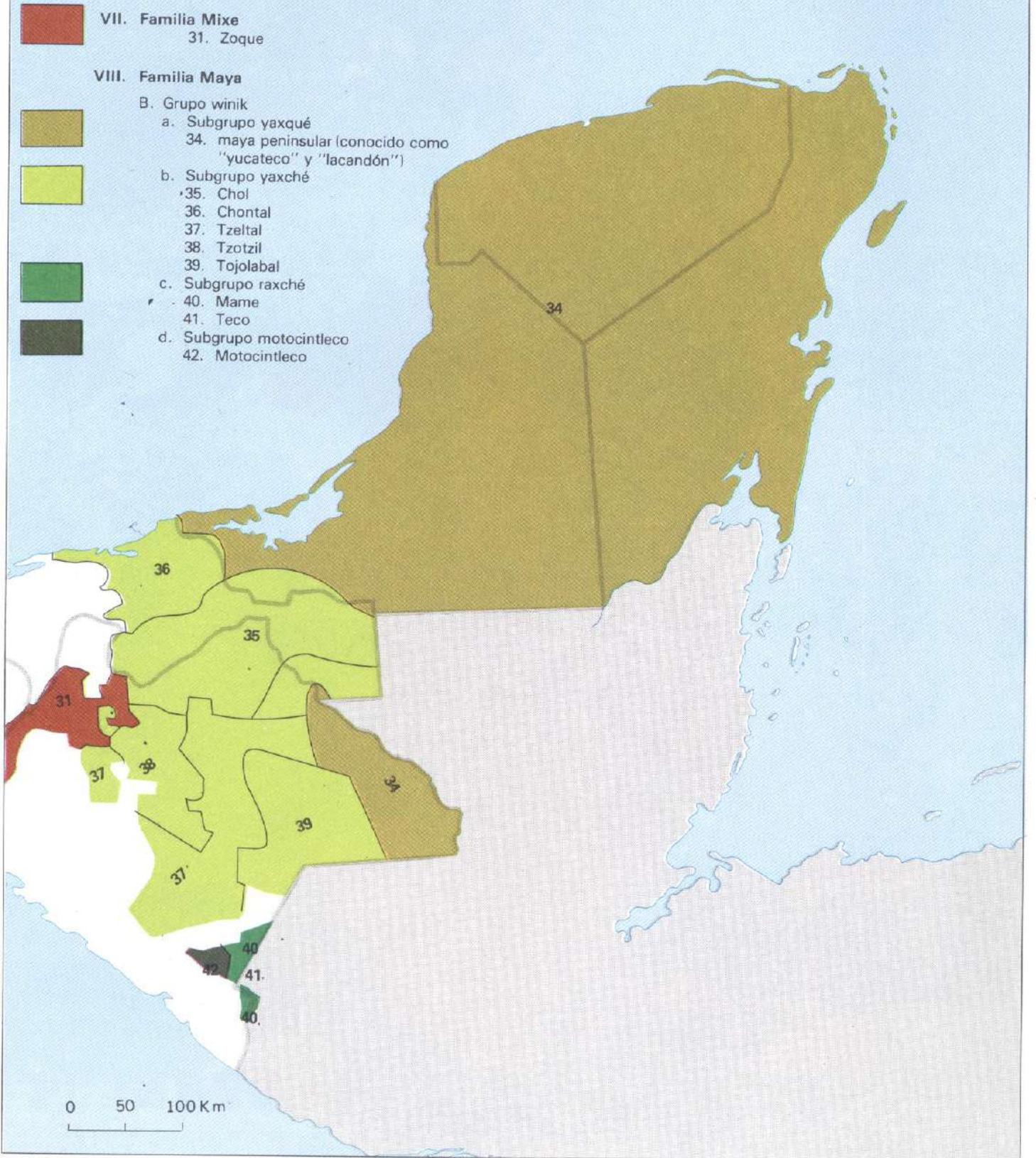
LAS LENGUAS DE MÉXICO EN 1980

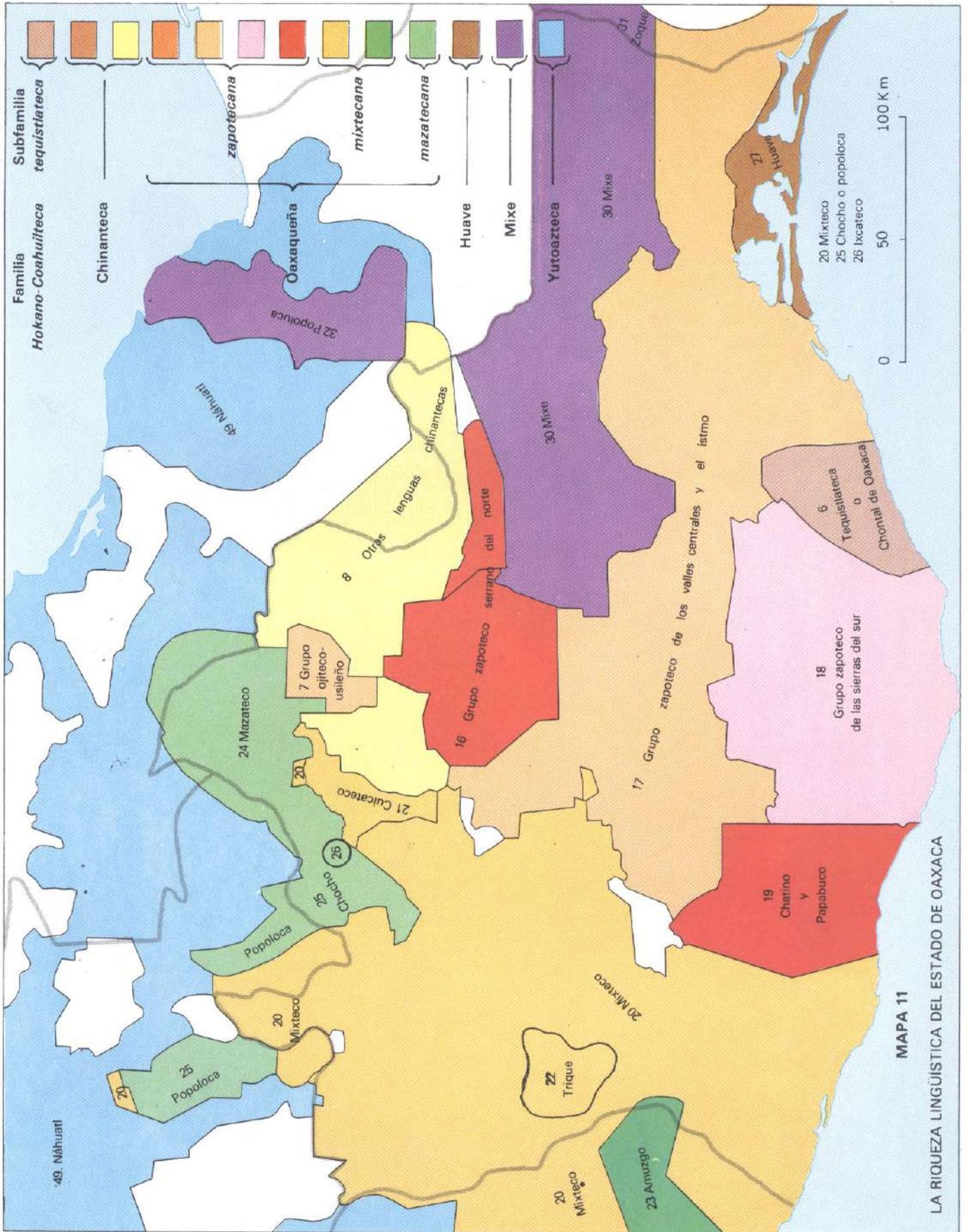




MAPA 9

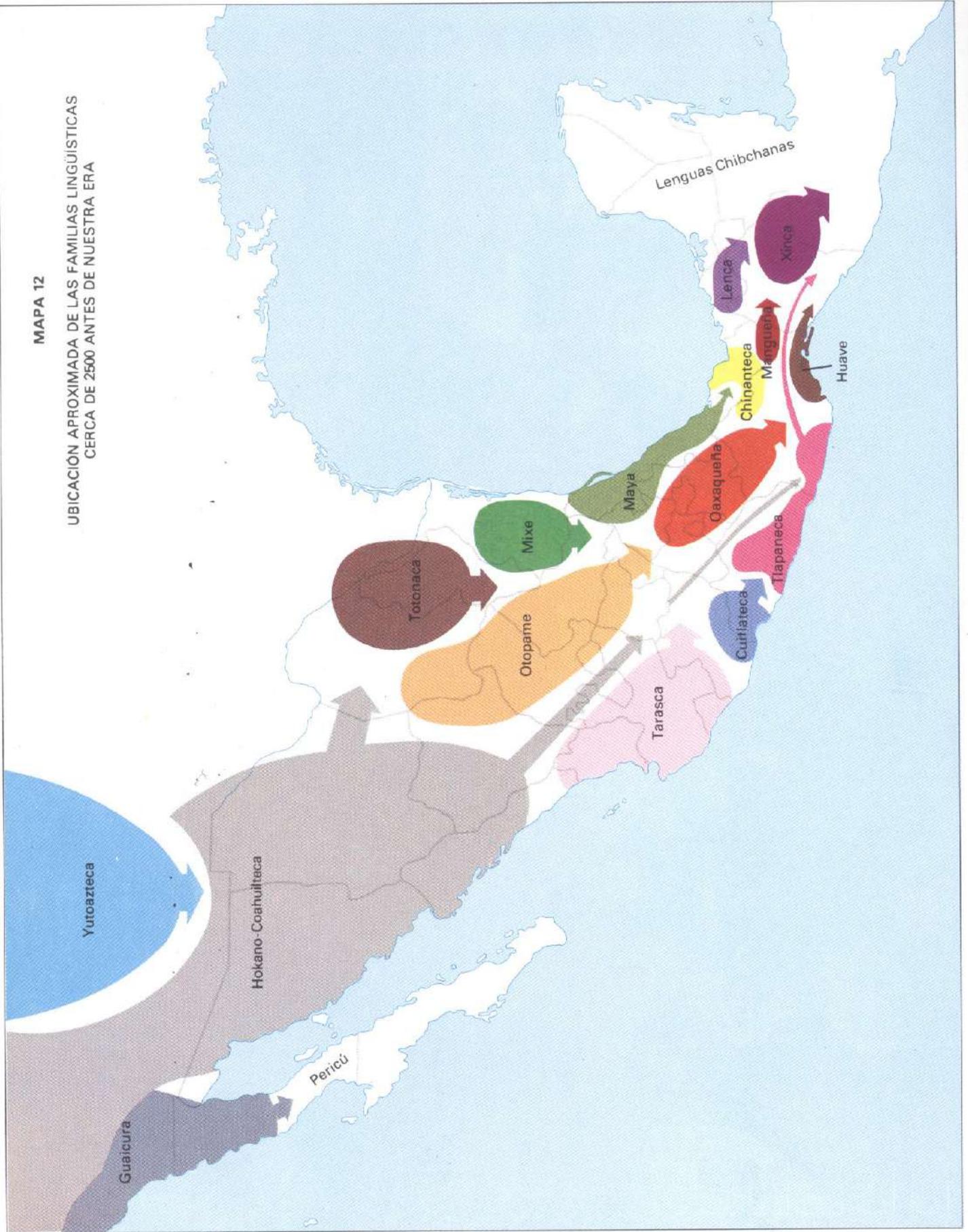
LAS LENGUAS INDÍGENAS EN LA ZONA MAYA, 1980





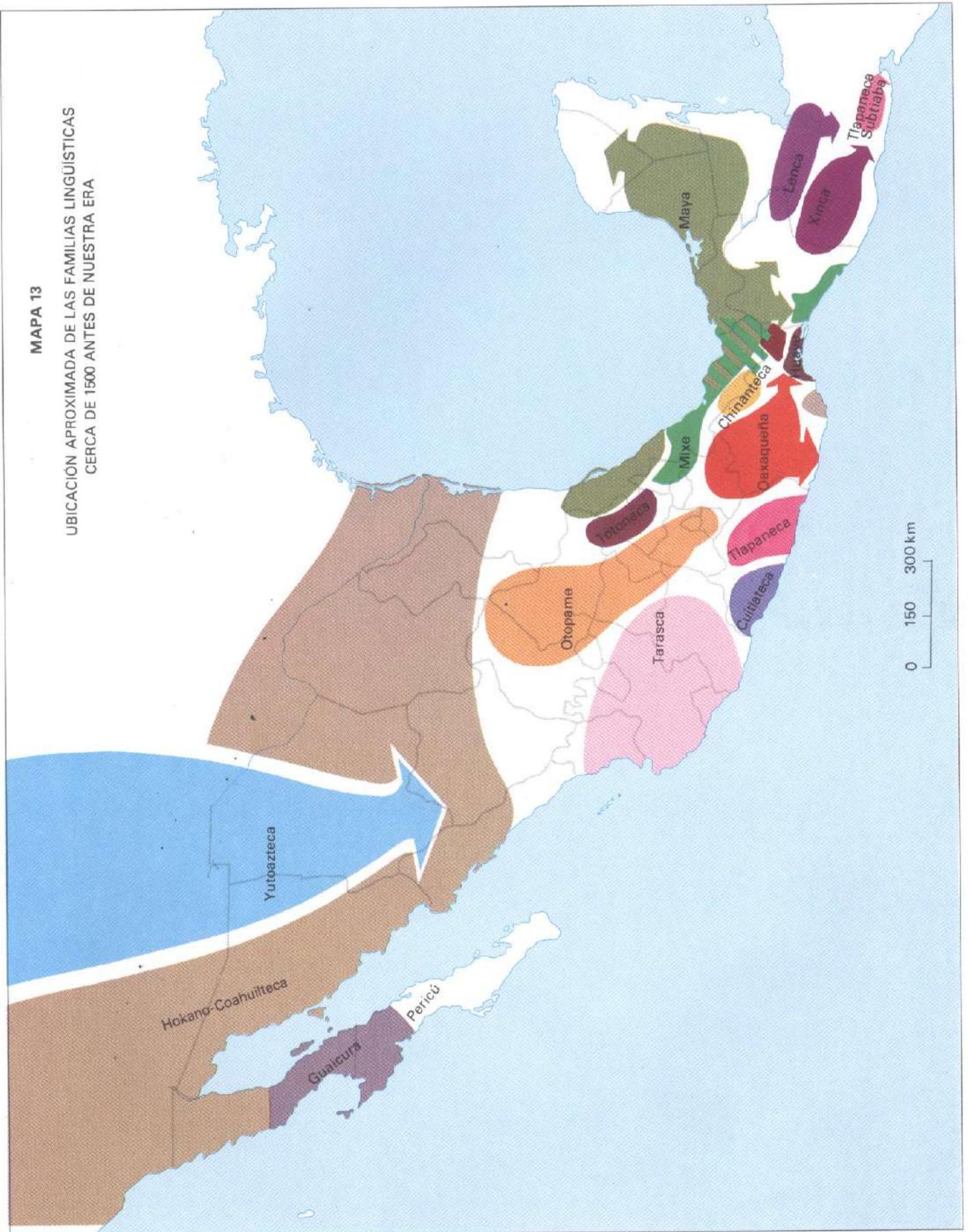
MAPA 12

UBICACIÓN APROXIMADA DE LAS FAMILIAS LINGÜÍSTICAS CERCA DE 2500 ANTES DE NUESTRA ERA



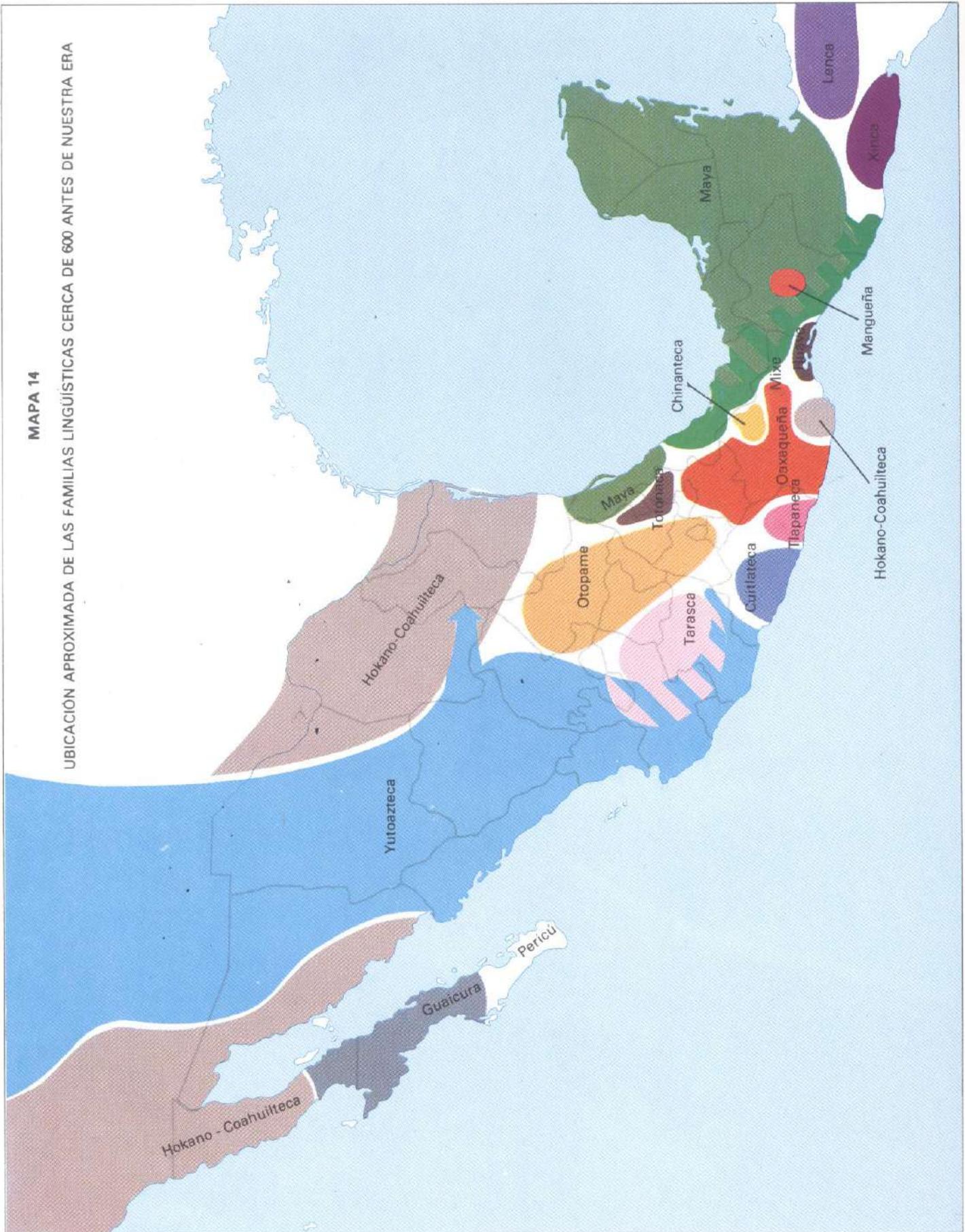
MAPA 13

UBICACIÓN APROXIMADA DE LAS FAMILIAS LINGÜÍSTICAS
CERCA DE 1500 ANTES DE NUESTRA ERA



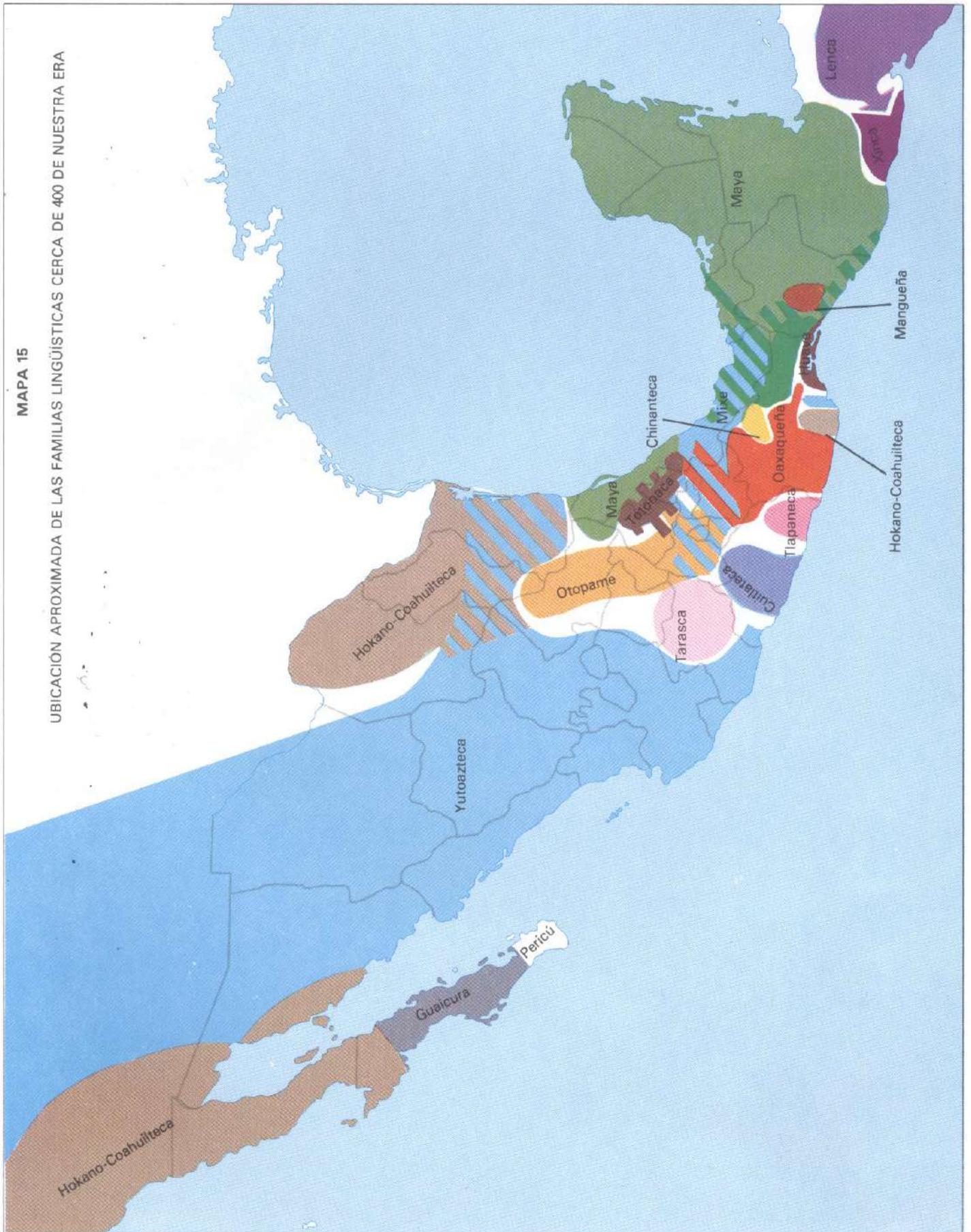
MAPA 14

UBICACIÓN APROXIMADA DE LAS FAMILIAS LINGÜÍSTICAS CERCA DE 600 ANTES DE NUESTRA ERA



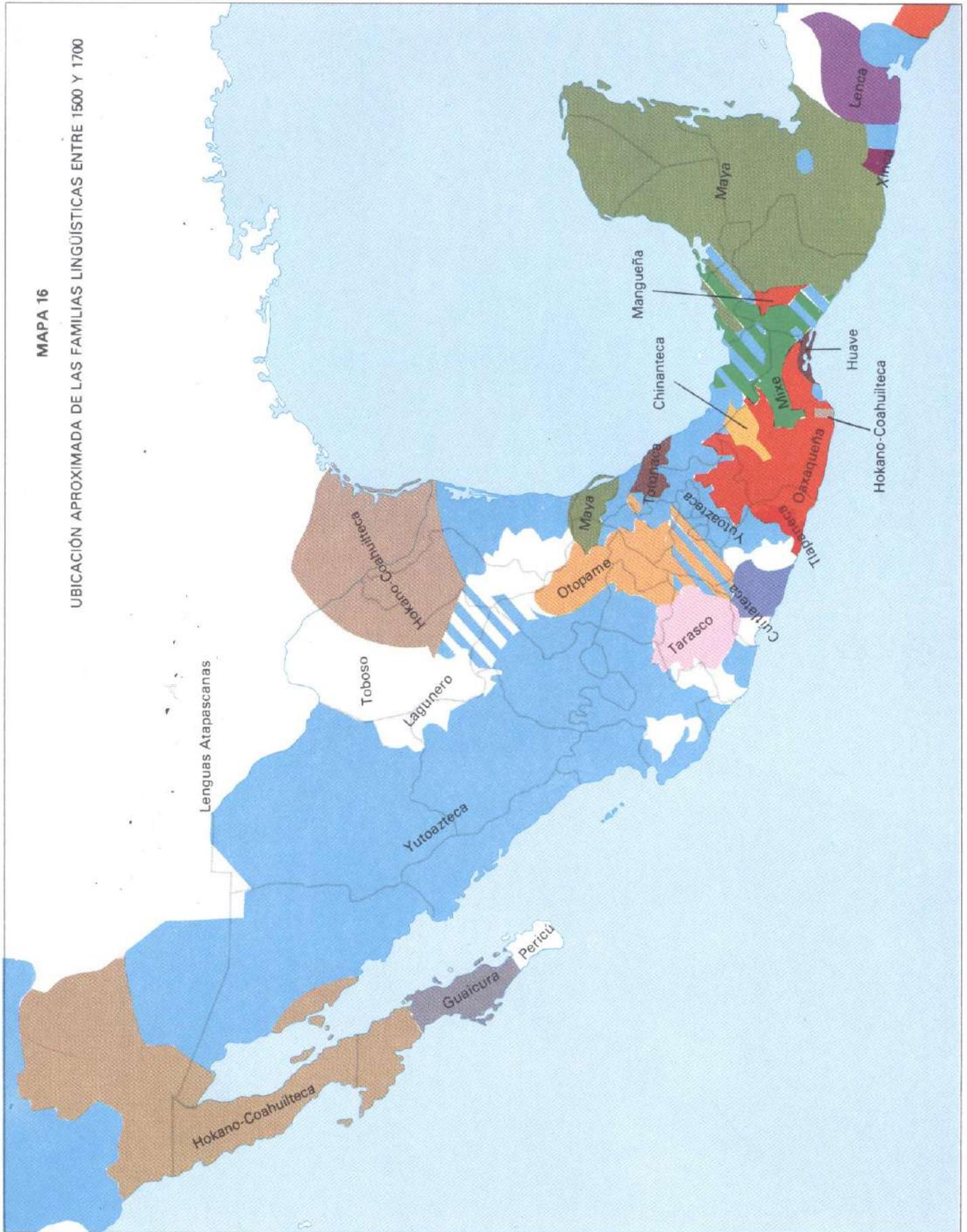
MAPA 15

UBICACIÓN APROXIMADA DE LAS FAMILIAS LINGÜÍSTICAS CERCA DE 400 DE NUESTRA ERA



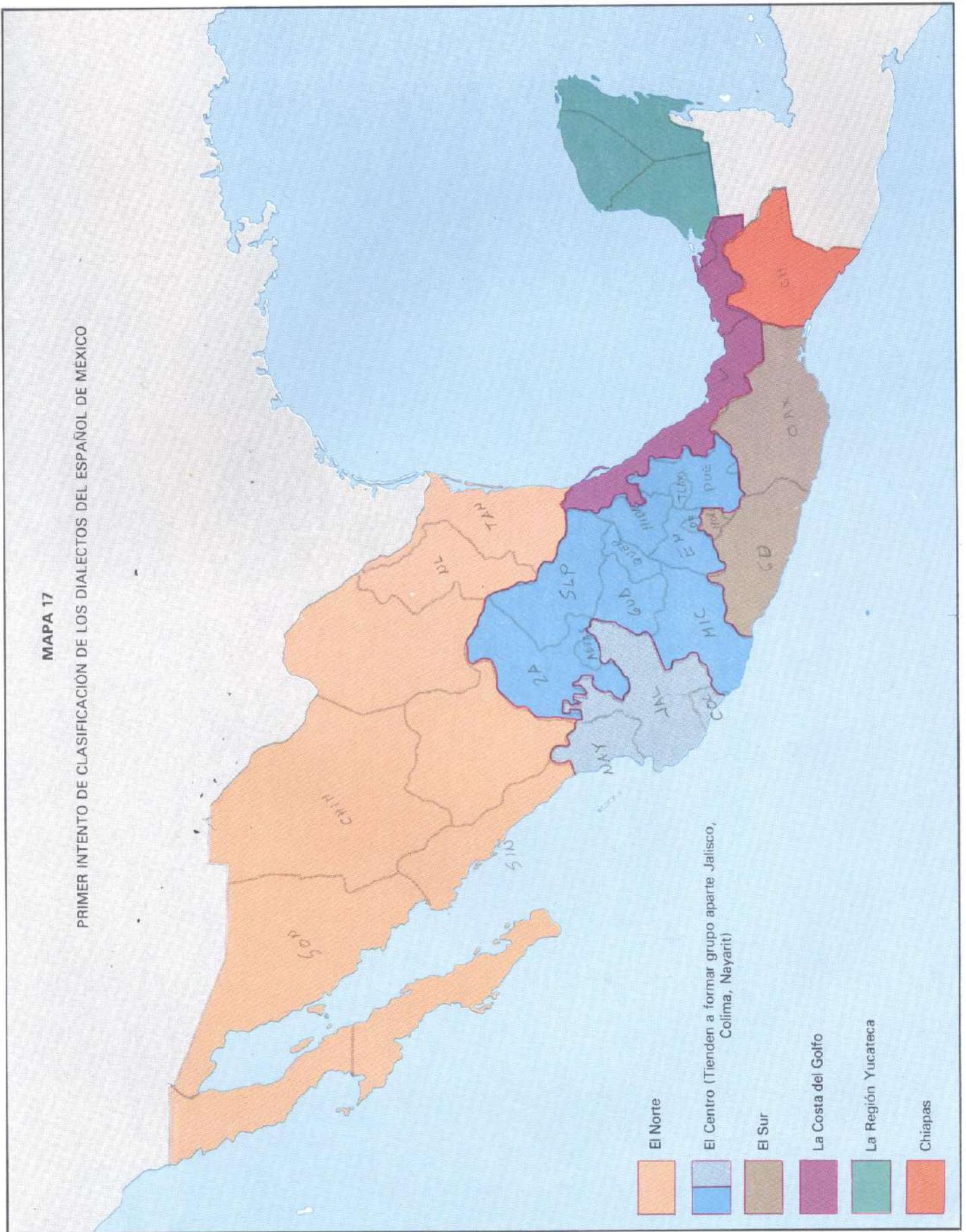
MAPA 16

UBICACIÓN APROXIMADA DE LAS FAMILIAS LINGÜÍSTICAS ENTRE 1500 Y 1700

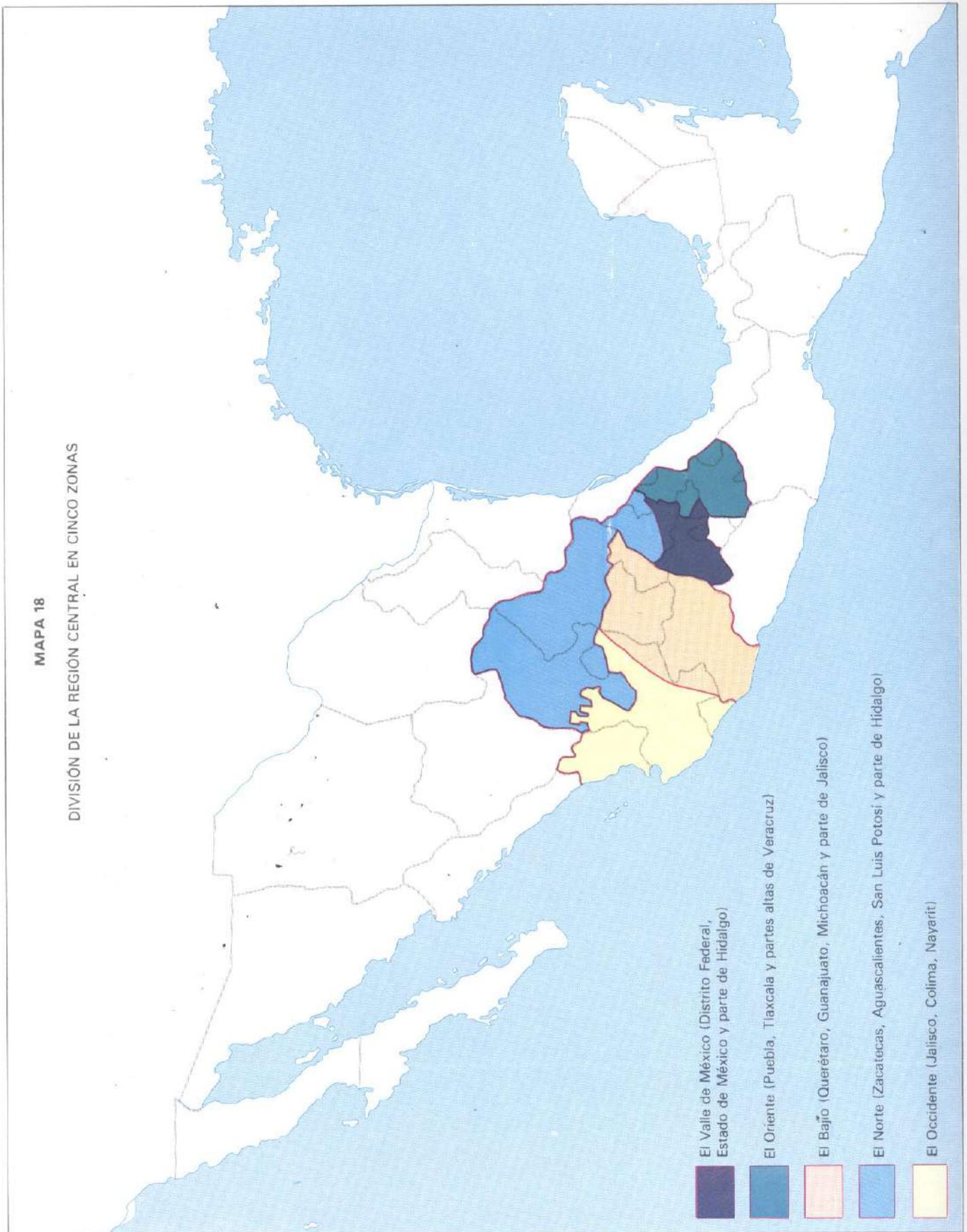


MAPA 17

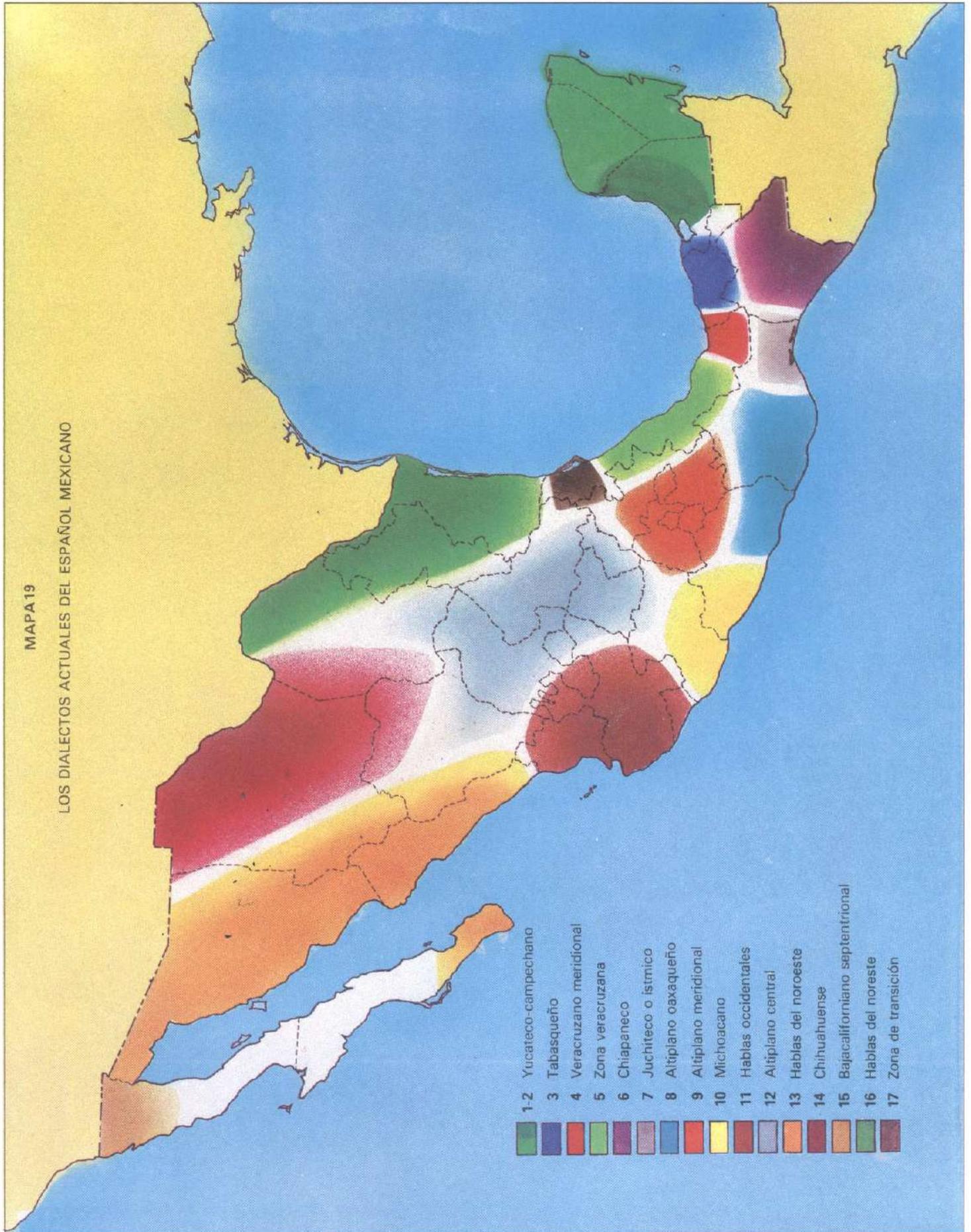
PRIMER INTENTO DE CLASIFICACIÓN DE LOS DIALECTOS DEL ESPAÑOL DE MÉXICO



MAPA 18
DIVISIÓN DE LA REGIÓN CENTRAL EN CINCO ZONAS



MAPA 19
LOS DIALECTOS ACTUALES DEL ESPAÑOL MEXICANO



MAPA 20

LA CAPITANIA GENERAL DE GUATEMALA Y EL ESPAÑOL CHIAPANECO



LAS LENGUAS DE MEXICO EN 1980 CLASIFICACION GENERAL

Como se explica en el capítulo *Cómo se reconoce que algunas lenguas forman una familia*, en algunos casos pueden distinguirse agrupaciones intermedias (subfamilias, grupos, subgrupos) entre una familia y las lenguas que la componen, pero no hay siempre las mismas agrupaciones en todas las familias y además puede haber ligeras diferencias de criterio. En la clasificación que sigue se han respetado los puntos de vista de los autores de los diferentes capítulos del atlas.

Para facilitar su identificación en los mapas se ha dado en la clasificación un número a cada lengua (o a un grupo, cuando no se conoce suficientemente cuántas lenguas lo forman); los mismos números se usan en los pies de los mapas.

I. Familia Hokano-Coahuilteca**A. Subfamilia yumana de Baja California**

1. Paipai
2. Kiliwa
3. Cucapá
4. Cochimí

B. Subfamilia seri

5. Seri

C. Subfamilia tequistlateca

6. Taquistlateca o chontal de Oaxaca

II. Familia Chinanteca

7. Grupo ojiteco-usileño
8. Otras lenguas chinantecas

III. Familia Otopame**A. Subfamilia pame**

9. Pame del Norte
10. Pame del Sur

B. Subfamilia Chichimeca

11. Chichimeca jonaz

C. Subfamilia Otomiana

12. Otomí
13. Mazahua

D. Subfamilia Matlatzincapa

14. Matlatzinca
15. Ocuilteco

IV. Familia Oaxaqueña**A. Subfamilia zapotecana**

16. Grupo serrano del norte
17. Grupo de los valles centrales y el istmo
18. Grupo de las sierras del sur
19. Chatino y papabuco

B. Subfamilia mixteca

- a. Grupo mixteco
 20. Mixteco
 21. Cuicateco
 22. Trique
- b. Grupo amuzgo
 23. Amuzgo

C. Subfamilia Mazatecana

24. Mazateco
25. Chocho o popoloca
26. Ixcateco

V. Familia Huave

27. Huave

VI. Familia Totonaca

28. Totonaca
29. Tepehua

VII. Familia Mixe

30. Mixe
31. Zoque
32. Popoloca

VIII. Familia Maya**A. Grupo inik**

33. Huasteco

B. Grupo winik

- a. Subgrupo yaxqué
 34. Maya peninsular (conocido como "yucateco" y "lacandón")
- b. Subgrupo yaxché
 35. Chol
 36. Chontal
 37. Tzeltal
 38. Tzotzil
 39. Tojolabal
- c. Subgrupo raxché
 40. Mame
 41. Tecó
- d. Subgrupo motocintleco
 42. Motocintleco

IX. Familia Yutoazteca**A. Grupo sonorese**

- a. Subgrupo pimano
 43. Pima alto
 44. Tepehuán o tepecano
- b. Subgrupo tarahumara-cahita
 45. Tarahumara-varohío
 46. Cahita (conocido como "yaqui" y "mayo")
- c. Subgrupo cora-huichol
 47. Cora
 48. Huichol

B. Grupo azteca

49. Náhuatl, mexicano o azteca

X. Familia Tarasca

50. Tarasco o purhépecha

XI. Familia Tlapaneca

51. Tlapaneco

XII. Familia Algonquina

52. Kikapú

Índice de mapas

A. Densidad de la población que habla lengua indígena

	Núm. pág.
1. En la República Mexicana	146-147
2. En el noroeste	148
3. En el centro y sur del país	149
4. En el sureste	150
5. En torno al eje México-Veracruz	151
6. En Oaxaca	152-153

B. Distribución geográfica de las lenguas según el censo de 1980

7. Las lenguas de México en 1980	154-155
8. Lenguas del noroeste	156
9. Las lenguas en la zona maya	157
10. Lenguas del centro de México	158
11. La riqueza lingüística del Estado de Oaxaca	159

C. Mapas históricos: ubicación aproximada de las familias lingüísticas en varias épocas

12. Cerca de 2500 antes de nuestra era	160
13. Cerca de 1500 antes de nuestra era	161
14. Cerca de 600 antes de nuestra era	162
15. Cerca de 400 de nuestra era	163
16. Entre 1500 y 1700	164

D. Los dialectos del español de México

17. Primer intento de clasificación	165
18. División de la región central en cinco zonas	166
19. Los dialectos actuales del español mexicano	167
20. La Capitanía General de Guatemala y el español chiapaneco	168

Las lenguas de México en 1980, clasificación general	169
--	-----

Índice analítico

A

abandono de lenguas indígenas, 87
absolutivo, sufijo (yutoazteca), 68
absoluto, nombre:
 yutoazteca, 69
 hokano-coahuilteca, 29
Acámbaro, nombre indígena y significado, 75
Acapulco, significado y escritura jeroglífica, 115
Acayucan, nombre indígena y significado, 55
acción:
 glifo de (escritura maya), 110
 cartucho de (escritura maya), 109
acento:
 mayance, 62
 tarasco, 74
 yutoazteca, 68
 musical (véase: tono)
"acento" de las lenguas, 23
"acentos" regionales o dialectales, 23
acontecimientos históricos, 91
actitudes hacia las lenguas: en general, 13, 14
 hacia el español, 14
 hacia las lenguas indígenas, 14
adjetivo:
 chinanteca, 33
 huave, 48
 latín, 79
 nahua, 112
 oaxaqueña, 45
 otopame, 36
 tononaca, 49
 en escritura maya, 110
adquisición:
 del lenguaje, 7, 89
 de la gramática, 125
 de una lengua, 7 (véase también: adquisición del lenguaje)
adverbio:
 chinanteca, 33
 de cantidad en español chiapaneco, 141
afijos (véase: prefijos, infijos, sufijos)
 kikapú, 81, 82
"afijos" en la escritura maya, 108
África, 76
aglutinación (kikapú), 81
aglutinante, lengua, 81
aguacateco, 56

Aguascalientes, 9
alanos, 129
albanés y familia albanesa, 80
alemán, 80, 96
Alemania, 131
alfabetismo y educación, 16 y ss
alfabetización, 14, 16, 19
alfabetizada (persona), definición de UNESCO, 16
"alfabeto" de Landa, 106
Alfonso X "El Sabio", 130
algonquina, familia, 80
Altiplano, 85
altiplano:
 central, dialecto español mexicano, 139
 meridional, dialecto español mexicano, 139
 oaxaqueño, dialecto español mexicano, 139
América, 76, 130, 131, 135
América Central (véase: Centroamérica)
amuzgo, 23, 39, 42
amuzgos:
 importancia que dan a las aves, 97
 taxonomía de aves, 97
 términos para aves, 97
analfabetismo (véase: alfabetismo)
andaluz, 130
Angola, 76
animado:
 cuitlateca (no poseído), 71
 chinanteca, 32
 kikapú, 82
 mayance, 63
 oaxaqueña, 41
 otopame, 34
antropólogo, 5
aoristo (kikapú), 82
aprendizaje de idiomas (véase: adquisición del lenguaje)
aprendizaje:
 de lectura y escritura, 17
 de lenguas, 12
 del español, 13
aqueo, dialecto griego, 124
árabe, 80, 129
 influencia en el español, 129
Aragón, 130
aragonés, 130
Arana, Evangelina, 91
arcaísmos, 134
arcaizantes, rasgos, 134

Argelia, 77
Argentina, 133, 134
Arizona, 66, 67
arqueología, 5
Arroyo de Armadillos, nombre indígena y significado, 71
artículo:
 cuitlateca, 71
 indefinido en español chiapaneco, 141
asibilación (español americano), 133
aspecto verbal:
 chinanteca, 32
 guaycura, 30
 hokano-coahuilteca, 29
 ixcateco, 30
 oaxaqueña, 41
 otopame, 34
 tarasco, 75
aspiradas, 25, 27
 tarasco, 71
Asturias, 128
atributo (escritura maya):
 glifo de, 110
 cartucho de, 109
Austria, 131
autoridades educativas, 87
auxiliar en yucateco-campechano, 140
aves, importantes para los amuzgos, 97
 taxonomía en amuzgo, 97
azteca, 64
azteca, escritura (véase: escritura mexicana)
azteca, grupo de la familia yutoazteca, 67
aztecas, 67
 aliados de conquistadores, 85
aztequismos, 68

B

Baja California, 11, 30
Baja California (Estado de), 11
Baja California Norte, 11, 29
bajacaliforniano septentrional, dialecto español mexicano, 139
Bajío, dialecto español mexicano, 138
Baleares, 76
bannock, 65
bárbaros, 129
Bélgica, 77
Belice, 59
bilingües, 11 y ss

- maestros, 87
porcentaje de, 15
- bilingüismo:
funcional, 12
individual, 12
social, 12
- Bolivia, 133
- Boyd-Bowman, Peter, 138
- Brasil, 76
- breves, vocales (*véase*: vocales breves)
- C**
- cahita = yaqui y mayo, 67
- cahuila, 66
número de hablantes, 66
- cakchiquel, 56
- California, 65
colonización de, 86
- cambio:
de cantidad o de timbre vocálicos (huave), 48
de consonante suave a fuerte (zapotecano), 41
fonético, 27
fonológico, 91
funcional de consonantes y vocales (huave), 48
lingüístico en el tiempo, 25 y ss
- Camotlán, significado y escritura jeroglífica, 115
- campechano, dialecto español mexicano, 139
- Campeche, 10, 59
- campesinos indios, 86
- Canadá, 77
- Cantabria, 128
- cantidad vocálica (*véase*: vocales largas)
- cantidad vocálica, cambio de:
huave, 48
latín a lenguas romances, 77
- carácter histórico:
de las inscripciones mayas, 110
de las lenguas, 89
- carácter mágico de las oraciones glíficas en los códices, 110
- carácter social de las lenguas, 90
- caracteres chinos, 103
- Carácuaro, nombre indígena y significado, 75
- Carlos V, 130
- cartaginés, 129
- cartillas de lecto-escritura, 19
- cartucho (escritura maya):
definición, 103
de acción, 109
de atributo, 109
de nombre de lugar, 109
de nombre propio, 108
de objeto, 109
de periodos de tiempo, 109
- cartuchos, formación, 106
- Caso, Alfonso, 91
- caso:
kikapú, 81
- latín, 78
- tarasco, 74
no desinencial (lenguas romances), 78
- casos y orden de la oración (latín), 78
- castellanización, 7
políticas de, 14
- castellano, 130
- Castilla, 130
- catalán, 76, 125, 130
- Cataluña, 76
- cátedras de lenguas:
náhuatl, 86
otomí, 86
sánscrito, 86
- causativo (mixtecano), 43
- celtas, 128
- céltica, familia, 80
- censos, 8, 12, 13, 51, 52
- Centro de México, dialecto español mexicano, 138
- Centro de Veracruz, dialecto español mexicano, 124
- Centroamérica, 47, 64, 67, 84, 134, 135
- centroamericano, dialecto del español, 47
- Cerdeña, 76, 77
- Cerro del Amparo, nombre indígena y significado, 38
- ciencias antropológicas, 5
- cierre glotal (*véase*: saltillo)
- clases de cartuchos, escritura maya, 106
- clases sociales, variación dialectal, 139
- clasificación:
como facultad humana, 96
de aves en amuzgo, 97
principios universales, 97
tangible e intangible, 99, 100
- clasificaciones, diversidad de, 96
- clasificadores (de sustantivos):
kikapú, 82
manguéño, 47
mayance, 62
mixtecana, 43
otopame, 34
- Coahuila, 9, 80
- coahuilteca, 29, 30
- coahuilteco, grupo, 29
- cochimi, 29
- Código Mendocino, 118
- códices, 103, 109
- colectivos (cuitlateca), 71
- Colima, 9, 73, 138
- Colombia, 133
- Colonia, 7, 11, 15
- Colorado, 65
- colores:
y rumbos del universo, 98
nombres y ritual
maya antiguo, tzotzil, 98
mexicas, 99
- términos en varias lenguas, 97-98
- Comachuén, nombre indígena y significado, 75
- comanche, 65
- comecrudo, 29
- comparativos orgánicos y perifrásticos, en español mexicano, 135
- complementaridad, principio clasificatorio, 97
- complemento:
cuitlateca, 71
escritura maya, 110
lenguas mayances, 62
mixtecano, 43
otopame, 35
- complemento directo (*véase también*: objeto)
- completivo:
chinanteca, 32
zapotecano, 41
- comportamiento cultural, 96
- composición:
huave, 48
ixcateco, 45
náhuatl, 112
yutoazteca, 68
- comprensión:
existe entre dialectos, 125
falta entre lenguas, 125
- concho, 67
- concordancia (chinanteca), 32
- condicional (tononaca), 50
- conducta lingüísticamente prescrita, 100
- conicari, 67
- conjugación:
español del Centro de México, 141
guaycura, 30
huave, 48
latín, 79
manguéño, 47
romance, 79
tarasco, 75
tononaca, 50
- conjunciones (chinanteca), 33
- Conquista, 9, 10, 14, 76, 85
- consecuencias de la pérdida de lenguas, 90
- conservación:
de las lenguas, 90
dialectal, 132
- consonante:
lateral sorda (*véase*: lateral sorda)
oclusiva sorda glotal (*véase*: saltillo)
- consonantes, búsquense en cada familia las que son más típicas de ella, y además: 20 y ss
- aspiradas (*véase*: aspiradas)
- dobles
italiano, 77
latín, 78
- fricativas (hokano-coahuilteco), 29
- fuertes (zapotecano), 41
- glotalizadas (*véase*: fonemas glotalizados)
- nasales, 29
- oclusivas sonoras (*véase*: oclusivas sonoras)
- oclusivas sordas (*véase*: oclusivas sordas)
- prenasalizadas (mixtecano), 42
- sibilantes (*véase*: sibilantes)
- suaves (zapotecano), 41
- construcción, rasgo diferencial dialectal, 138

- contacto de lenguas, 12
 contactos, reconstrucción lingüística de, 92
 continuativo:
 ixcateco, 45
 zapotecano, 41
 cópula (cuitlateca), 71
 corā, 23, 67
 cora-huichol (subgrupo de familia yutoazteca), 67
 coreano, 80
 Corona española, 85
 corrección de un habla, 133
 correspondencias regulares o sistemáticas de fonemas entre lenguas, 25, 27, 92
 en mixtecano, 38
 en yutoazteca, 64
 cortas, vocales (véase: vocales breves)
 Costa del Golfo, 84, 85
 costa oriental, dialecto español mexicano, 138
 Costa Rica, 47
 costumbres, 5
 de cada cultura, 96
 cotoname, 29
 cotoque, 56
 criollos, 86
 criterios de clasificación en amuzgo, 97
 C̄auhnhuac, significado y escritura jeroglífica, 115
 cucupá, 29
 cuicateco, 39, 42
 cuicatecos, 31
 cuitlateca, 71
 cultismos griegos, 129
 cultura, 5, 7
 reflejada en el vocabulario, 96
 reflejada en la lengua, 96
 culturas mesoamericanas, 9
 cupeño, 66
- CH**
- Champollion, Jean-François, 103
 Chañabal (véase: tojolabal)
 Charanda, nombre indígena y significado, 75
 chatino, 13, 23
 chemehuevi, 65
 chiapaneco:
 lengua, 47
 dialecto español mexicano, 139
 Chiapas, 9, 13, 14, 47, 51, 53, 57, 60, 63, 84, 132, 134, 138
 Chichén Itzá, nombre indígena y significado, 63
 Chichicuahtla, significado y escritura jeroglífica, 115
 chichimeco jonaz, 83
 chicomucelteco, 56, 57
 Chihuahua, 11, 67, 137
 chihuahuense, dialecto español mexicano, 124, 139
 Chihuitán, nombre indígena y significado, 49
- Chile, 133, 136
 chinanteca, 10, 23, 38, 43, 44
 chino, 32, 80
 mandarín, dialecto de prestigio, 125
 existencia de dialectos en, 125
 número de hablantes, 127
 chocho o popoloca, 44
 chol, 10, 11, 13, 56, 59
 chontal (de Tabasco), 26, 29, 56, 59, 60, 62
 como lengua franca, 84
 chontal de Oaxaca, 29
 chorotega, 47
 chortí, 26, 56, 59
 chuchón (véase: chocho)
 chuj, 56
- D**
- dacio, dialecto del latín, 125
 Dahomey, 77
 dálmata, 77
 danés, 80
 dativo (tarasco), 75
 declinación:
 latín, 78
 tarasco, 75
 densidad idiomática, 84
 derecho de conservar la propia lengua, 91
 desarrollo del español, 128 y ss
 descifre de una escritura, 102
 desplazamientos, reconstrucción lingüística de, 92
 determinadores:
 fonéticos, definición, 116
 en la escritura maya, 106
 en la escritura mexicana, 116
 semánticos, definición, 116
 en la escritura maya, 106
 en la escritura mexicana, 116
 dialecto(s), 9, 123 y ss, 132
 en cadena, 25
 en red, 25
 intercomprensibles, 125
 pérdida, 125
 uso erróneo del término, 123 y ss
 dialectos (por lengua):
 chino, 125
 chontal de Oaxaca, 29
 español, 78, 133
 español mexicano, 137 y ss
 griegos, 124
 guaycura, 30
 huasteco, 56
 huave, 48
 ibéricos, 130
 italiano, 77
 latín, 125
 mixteco, 126
 payute del norte, 65
 romances, 77
 tononaca, 49
 diccionario, criterio errado
 en definición de dialecto, 125
 en definición de lengua, 125
- diferenciación: 25, 133
 dialectal, 23, 73, 133
 lingüística, 25, 123
 difusión interdialectal, 132
 diminutivo (huave), 48
 diptongación de hiatos, 133
 direccionales (chinanteca), 32
 Distrito Federal, 9, 34, 68
 diversidad:
 cultural, 96
 de clasificaciones, 96
 de lenguas, 96
 étnica y educación, 18
 diversidad lingüística, 9, 16
 regional, 10
 y educación, 18
 diversificación:
 dialectal, 91
 lingüística, 25, 27. (Véase también: diferenciación lingüística)
 documentación:
 arqueológica, 91
 escrita, 91
 histórica, 91
 dórico, dialecto griego, 124
 dual (número gramatical) matlatzinca, 35, 36
 Durango, 9, 67
- E**
- Ecuador, 133
 educación:
 autoridades de, 87
 políticas de, 18, 87
 problemas de la, 16
 servicios de, 16
 y alfabetismo, 16 y ss
 educación indígena, 19
 políticas de, 14
 El Salvador, 67
 elite, 92
 enajenables (yutoazteca), 69
 encomiendas, 85
 entonación, 23
 dialectal, 138
 eólico, dialecto griego, 124
 Escalante, Roberto, 71
 escritos:
 en lenguas antiguas, 27
 como documentos, 91
 escritura, aprendizaje de la, 17
 escritura (por cultura)
 azteca, 102 (véase: escritura mexicana)
 china, 104
 egipcia, 103, 104
 huasteca, 120
 japonesa, 104
 Linear B, 104
 maya, 102 y ss, 111
 mexicana, 104, 110 y ss
 mixteca, 120
 náhuatl (véase: escritura mexicana)
 olmeca, 120
 teotihuacana, 120

- zapoteca, 120
 escritura (por tipo), 101
 alfabética, 104
 de tipo jeroglífico, 104, 111
 logosilábica, 104
 silábica, 104
 verdadera, 101, 402
 escrituras mexicanas prehispánicas, 91,
 101 y ss
 escuelas rurales, 17, 87
 eslava, familia, 80
 España, 76, 129, 131, 135
 español, 12, 13, 26, 27, 54, 68, 71, 73, 77,
 96, 123, 125, 130, 131
 actitudes hacia el, 14
 como lengua franca, 86
 comunidades hablantes de, 52
 conjugación, 79
 historia y desarrollo del, 128 y ss
 idea del tiempo y gramática, 99
 implantación del, 85
 como lengua
 dominante, 9, 10, 126
 favorecida, 86
 franca, 87
 materna, 9, 23
 nacional de México independiente, 7
 préstamos de otras lenguas (*véase:*
 vocabulario de origen)
 resistencia hacia el, 13
 terminología de parentesco, 100
 términos para colores, 97, 98
 uso, 15
 en la enseñanza, 17, 18
 obligado del, 14
 vocabulario
 de origen árabe, 130
 aragonés, 130
 catalán, 130
 céltico, 129
 gallego-portugués, 130
 germánico, 129
 griego, 129, 131
 fenicio, 128
 francés, 131
 italiano, 131
 latino, 128 y ss
 lenguas antillanas, 131
 náhuatl, 131
 prerromano, 128
 quechua, 131
 vocales del, 77
 español americano, 133, 138
 asibilación, 133
 características, 132
 fonemas, 132
 palatales, 133
 pronombres personales, 134
 sibilantes, 132
 español de España, pronombres perso-
 nales, 134
 español indiano, 138
 español mexicano, superdialecto, 124,
 126, 132, 133
 características, 132 y ss
 objeto directo, 135
 objeto indirecto, 135
 voz pasiva, 134
 españoles:
 conquistadores y colonos, 9
 difusores de voces nahuas, 68
 en la Colonia, 7
 Estado de México, 34, 68, 73
 Estados Unidos, 64, 65, 76, 80
 dialecto español mexicano, 138
 estudios históricos, 6
 etnolingüística, 96
 eudeve u ópata, 67
 Europa, 131
 exclusivo:
 chinanteca, 33
 kikapú, 81
 mixteca, 43
 otopame, 35
 zapotecano, 41
 existencia de dialectos en varias lenguas, 124
 expansión:
 del español, 85, 129
 del hokano-coahuilteca, 84
 del yutoazteca, 84
- F**
- f* en español occidental, 141
 factores en las terminologías de paren-
 tesco, 101
 facultad:
 de clasificación, 96
 del lenguaje, 88, 89, 90
 familia de lenguas, definición, 25
 cómo se forma, 23 y ss
 cómo se reconoce, 26 y ss
 familias lingüísticas:
 albanesa, 80
 algonquina, 80
 céltica, 80
 cuitlateca, 64, 71
 chibcha, 71
 chinanteca, 31 y ss, 39
 del Golfo, 48
 eslava, 80
 germánica, 80
 guaycura, 30 y ss
 helénica, 80
 hokano-coahuilteca, 29 y ss
 huave, 48 y ss
 indoirania, 80
 manguéna, 39, 47 y ss
 maya, 25, 48, 49, 56 y ss, 73
 mixe, 48, 49, 51 y ss, 73
 oaxaqueña, 34, 38 y ss
 otomangue, 39, 48
 otopame, 27, 34 y ss, 39, 84
 penutiana, 64
 pericú, 30 y ss
 popolocana (*véase:* subfamilia maza-
 tecana)
 quechua-aymara, relacionada con el
 el tarasco, 73
 romance, 76 y ss
 románica, 80
- taño-caigua, 64
 tanoazteca (*véase:* familia yutoazteca)
 tarasca, 72 y ss
 totonaca, 49 y ss
 utoazteca (*véase:* familia yutoazteca)
 yutoazteca, 26, 64 y ss, 71
 yutonahua (*véase:* familia yutoazteca)
 familias indoeuropeas, 79
 fenicio, 129
 fenicios, 128
 Filipinas, 76
 filum:
 de lenguas, 39
 indoeuropeo, 92
 otomangue, 39
 fonema, concepto, 20 y ss, 26, 27
 fonema antiguo o protofonema, 27
 fonemas, sistemas (por lengua o familia):
 cuitlateca, 71
 chocho, 44
 español americano, 132
 hokano-coahuilteca, 29
 huave, 48
 kikapú, 80
 maya yucateco, 25
 mayance, 60
 mixe, 54
 tarasco, 72
 tononaca, 49
 fonemas (por clases o tipos):
 aspirados, 25, 27
 glotalizados, 27
 tononaca, 49
 mayance, 62
 palatales (en español y en otras len-
 guas romances), 78
 simples, 27
 tonales (*véase:* tono, como fonema)
 fonemas, otros aspectos:
 correspondencias entre lenguas y entre
 dialectos, 25
 pronunciación dialectal, 25
 rasgo dialectal, 138
 reconstrucción de, 28, 83
 fonética, diferencias dialectales caracte-
 rísticas, 138, 139
 fonético, cambio, 27
 fonología (*véase el capítulo:* "Los difíci-
 les sonidos de los idiomas. . .")
 20 y ss, 84
 distintiva dialectal, 138, 139
 forma de las palabras, 27
 formación de cartuchos (escritura ma-
 ya), 104
 formación de topónimos (otopame), 36
 formativos, afijos (escritura maya), 108
 francés, 25, 27, 34, 76, 77, 78, 96, 123
 préstamos al español, 131
 terminología de parentesco, 101
 Francia, 76, 131
 francos, 129
 frase:
 cuitlateco, 71
 otopame, 36
 fricativas, consonantes (*véase:* fonemas
 fricativos)

funciones en la oración (latín), 78
 fuertes, consonantes (véase: consonantes fuertes)
 futuro:
 kikapú, 82
 matlatzínca, 34
 totonaca, 50
 futuros de subjuntivo (latín), 79

G

gabrieleño, 26, 66
 gaélico, 27, 76
 Galicia, 76, 128
 gálico, dialecto del latín, 125
 gallego, literatura, 126
 gallego-portugués, 76, 125, 130
 galorromance, lengua antigua, 125
 género, ausencia de:
 huave, 48
 mazatecano, 44
 mixtecano, 42
 totonaca, 49
 zapotecano, 41
 genitivo:
 matlatzínca, 36
 tarasco, 75
 germánica, familia, 80
 germánicas, lenguas, 129
 gíamina, 80
 glifos: 103
 afijos (escritura maya), 106
 principales (escritura maya), 106
 glotalizados, fonemas (véase: fonemas glotalizados)
 glotocronología, 28, 73, 91
 Goa, 76
 Golfo de México, Costa del (véase: Costa del Golfo)
 grafemas, definición, 111
 escritura maya, 104
 escritura mexicana, 104
 gramática, 12, 96, 101
 característica dialectal, 138
 en definición errada de dialecto, 125
 de lengua, 125
 reconstrucción de la, 83
 refleja la idea del tiempo español, 99
 tojolabal, 99
 "gramática" cultural, 96, 98, 101
 Grecia, 76
 griego, 80, 124, 128, 129
 clásico, 35
 dialectos, 124
 fuente para neologismos, 131
 griegos, 128
 grupo (de lenguas):
 aztecaño, 67
 coahuilteco, 29
 sonorense, 67
 grupos consonánticos:
 español del centro de México, 141
 hokano-coahuilteca, 29
 huave, 48
 mixe, 54

oaxaqueña, 38
 grupos sociales:
 dominantes, 86
 variación dialectal, 139
 Guanajuato, 8, 34, 73, 83
 Guatemala, 56, 59, 61, 63, 67, 102, 133
 guaycura, 30
 guazápar, 67
 Guerra de Independencia, 86
 Guerrero, 11, 13, 42, 68, 71, 73, 138

H

hábitos lingüísticos, 101
 habitual (zapotecano), 41
 habla:
 adulta, 25
 juvenil, 25
 mexicana, 133
 hablante (de un idioma), 8, 9
 hablantes:
 de lenguas indígenas, 12
 de un dialecto, 140
 número de, 10, 11
 porcentajes de, 8, 9, 10, 11
 helénica, familia, 80
 Henríquez Ureña, Pedro, 138
 hiatos:
 en español occidental, 141
 diptongación, 133
 Hidalgo, 34, 49, 83
 hindi, 80
 hispanohablantes, 9
 sus relaciones con indohablantes, 14
 hispanorromance, 125, 129, 130
 historia arqueológica mixteca, 92
 historia de los pueblos e historia lingüística:
 general, 91
 del español, 128 y ss
 de los reinos mixtecos, 91
 externa e interna de las lenguas 83, 84
 historia lingüística:
 concepto, 88, 125
 de México, de 1521 a 1988, 85
 de los pueblos aborígenes, 94
 de los reinos mixtecos, 91
 e historia social, 91
 interna, 83, 84
 prehispánica de México, 83
 historias, en escritura mexicana, 119
 histórico, carácter de las lenguas, 90
 hokano-coahuilteca, 30 y ss, 49, 71
 expansión, 84
 holandes, préstamos al español, 131
 Honduras, 47, 67, 102
 hopi, 26, 66
 huasteco, 10, 11, 26, 56, 57, 102
 dialectos en, 124
 huave, 23, 39, 48
 Huaztlán, nombre indígena y significado, 49
 huichol, 26, 65, 67
 huíte, 67

I

Iberia, 129
 ibéricas, provincias de Roma, 129
 ibérico, dialecto del latín, 125
 iberos, 128
 Idaho, 65
 idea del tiempo y gramática:
 español, 99
 tojolabal, 99
 identidad (cuitlateca), 71
 identidad cultural y lengua, 13
 identificadores étnicos, 86
 idioléctica (o individual), variación, 139
 idiolecto, 90
 idioma (véase: lengua)
 idiomas minoritarios, 79
 imperativo
 aspecto en ixcateco, 45
 modo en huave, 48
 plural en español del centro de México, 142
 imperio azteca, 68
 imposición de lenguas de conquistadores, 85
 inalienables (véase: obligatoriamente poseído)
 inanimado:
 chinanteca, 32
 kikapú, 82
 mayance, 63
 otopame, 34, 35
 zapotecano, 41
 inclusión, principio clasificatorio, 97
 inclusivo (primera persona plural):
 chinanteca, 33
 kikapú, 81
 mixtecano, 44
 otopame, 35
 zapotecano, 41
 incoativo, 135
 "incorrección" de un habla, 132, 133
 Independencia, Guerra de, 86
 indeterminado, aspecto (ixcateco), 45
 indicativo, modo (huave), 48
 indigenismos universales a través del español, 131
 indios durante la Colonia, 86
 indoeuropeo, 80, 92
 familias, 79
 lenguas, 77
 indohablantes, sus relaciones con hispanohablantes, 14
 indoiranía, familia, 80
 inenajenables, nombres (véase: nombres obligatoriamente poseídos)
 inferioridad (supuesta):
 de dialectos respecto a lenguas, 123 y ss
 de unas lenguas respecto a otras, 85
 inferioridad social, de los hablantes de lenguas indígenas, 127
 infijos (chontal de Oaxaca), 30
 inflexión: (véase: bajo cada familia sus rasgos de inflexión más característicos)

su representación en la escritura maya, 108
 inglés, 23, 26, 27, 79, 96
 existencia de dialectos, 125
 innovaciones:
 gramaticales, español mexicano, 135
 independientes, 132
 léxicas, 133
 inscripciones, 91
 mayas, carácter histórico, 110
 intensificación (yutoazteca), 69
 intercomprensión entre dialectos, 125
 interjecciones españolas del árabe, 130
 interpretación de una semiescritura, 102
 interrogación (zapotecano), 44
 interrumpidas, vocales nasalizadas, 44
 intransitivo:
 huave, 48
 maya, 63
 istmico, dialecto español mexicano, 139
 istmo de Tehuantepec, 48, 52, 84
 Italia, 77, 131
 italiano, 23, 27, 28, 77
 consonantes, 77
 préstamos al español, 131
 italo-romance, lengua antigua, 125
 itzá, 56, 59
 ixcateco, 44, 45
 términos para colores, 98
 Ixhuatán, nombre indígena y significado, 49
 ixil, 56

J

jacalteco, 56
 Jalisco, 9, 67, 73, 138
 dialecto del español mexicano, 124
 vocal nasalizada, 133
 Jáltipan, nombre indígena y significado, 55
 japonés, 34, 80
 jerarquización, principio clasificatorio, 97
 jerga, 125
 jeroglífico, tipo de escritura, 104
 jeroglíficos, 103
 jesuitas, misioneros, 30
 jónico, dialecto griego, 124
 jova, 67
 juaneño, 66

K

Kalakmul, nombre indígena y significado, 64
 kanjobal, 56
 Kantunil, nombre indígena y significado, 64
 Kaufman, Terrence, 61
 kawaiisu, 65
 kekchi, 56
 kikapú, 8, 80
 kiliwa, 29
 kitanemak, 66

L

La Pagua, nombre indígena y significado, 51
 lacandón, 26, 56, 59
 ladino, 77
 Laguna Quirio, nombre indígena y significado, 49
 Laguna Seca, nombre indígena y significado, 38
 largas, vocales (véase: vocales largas)
 Las Mesas, nombre indígena y significado, 38
 lateral sorda:
 cuitlateca, 71
 hokano-coahuilteca, 29
 totonaca, 49
 latín, 27, 68, 75
 clásico, 77
 culto, 76, 78
 ibérico, 129
 romano, 128
 visigótico, 129
 vulgar, 28, 76, 77, 78, 129
 latín:
 conjugación, 79
 consonantes, 77
 fragmentación dialectal, 130
 fuente para neologismos, 131
 protolengua romance, 28, 128
 Latinoamérica, 76
 lealtad lingüística, 15
 lectura, aprendizaje de la, 17
 lengua (o idioma), 5, 6, 123, 124
 aglutinante, 81
 antecesora, 39
 antigua, 26, 27, 27, 91
 carácter social e histórico, 90
 como institución social, 8
 como reflejo de la cultura, 96
 como representación del mundo, 7
 de prestigio, 15
 de una escritura, 102
 derecho a la propia, 91
 derivada, 27
 dominante, 10, 126
 e identidad cultural, 13
 erudita, 129
 franca
 chontal, 85
 español, 86
 maya, 85
 náhuatl, 85
 indígena, 123
 abandono de la, 15
 revalorización, 15
 usos, 15, 19
 "madre" de una familia, 26, 27, 91
 más difundida, 7
 materna, 8, 9, 12, 15
 español como, 15
 uso en la enseñanza, 19
 mayoritaria, 7
 nacional, 7
 oficial, 126
 segunda, 12, 19

universal, 68
 uso ceremonial, 34
 y dialecto, 123 y ss
 lenguaje, 5, 6
 como facultad humana, 26, 88, 89
 como medio de expresión y transmisión de la cultura, 18
 adquisición del, 7
 teoría general del, 6
 uso del, 7
 lenguas, 91
 actitudes hacia las, 13, 14
 antillanas, 131
 "cultas", 96
 de conquistadores, imposición, 85
 diferentes, 9
 distintas, 25
 diversidad de, 96
 emparentadas, 27
 en contacto, 12
 en inferioridad respecto a otras, 85
 francas coloniales, 85
 historia externa e interna, 83
 historia prehispánica, 83
 naturales, 89
 no intercomprensibles, 125
 número de, 10
 rasgos:
 comunes a varias, 6
 comunes a todas, 90
 individuales, 6
 su revaloración, 90
 subordinadas, 127
 tonales, (véase: tono)
 valoración de las, 12
 y formas culturales, 96
 y reconstrucción histórica, 91 y ss
 lenguas indígenas mexicanas: se tratan a lo largo de todo el libro; algunas menciones en especial, como conjunto, se encuentran en: 7, 85, 96
 abandono, 86
 actitudes hacia ellas, 14
 como ejemplares del lenguaje, 88 y ss
 como identificadores étnicos, 86
 en los censos, 8
 fuente de léxico para otras, 131, 136
 su importancia, 88
 subordinadas, 126
 uso en la enseñanza, 17
 valoración, 87
 lenguas indígenas (por grupo): (véase: el índice general y, en este índice, las familias lingüísticas; algunos sinónimos útiles son):
 aztecanas, (véase: familia yutoazteca)
 coahuilteca, (véase: familia hokano-coahuilteca)
 macromixteca, (véase: familia oaxaqueña)
 matlatzincanas, (véase: familia otomame)
 maya-quichés, (véase: familia maya)
 mayanas, (véase: familia maya)
 mayances, (véase: familia maya)

- mayas, (véase: familia maya)
 mayenses, (véase: familia maya)
 mazatecanas, (véase: familia oaxaqueña)
 meridionales, (véase: familia yutoazteca)
 mixtecanas, (véase: familia oaxaqueña)
 nahuatlanas, (véase: familia yutoazteca)
 otomianas, (véase: familia otopame)
 pameanas, (véase: familia otopame)
 popolocanas, (véase: familia oaxaqueña)
 sonorenses, (véase: familia yutoazteca)
 yutanas, (véase: familia yutoazteca)
 yumanas, (véase: familia hokano-coahuilteca)
 zapotecanas, (véase: familia oaxaqueña)
 zoqueanas, (véase: familia mixe)
- lenguas mesoamericanas, 28, 47
 lenguas no indias, por grupo:
 germánicas, 129
 indoeuropeas, 77
 neolatinas, 78
 romances, 77
 romances antiguas, 125
 románicas, 79
- León Portilla, Miguel, 31
 leonés, 125, 130
 léxico, 12. (Véase también: vocabulario)
 rasgo dialectal, 138, 139
 del español mexicano, 135
- lexicoestadística (véase: glotocronología)
 libros pintados (o códices): 103, 109, 119
 adivinatorios, 118
 de tributos, 118
- Lienzos de Tuxpan, 120
 lingüista, 5, 6, 26, 91, 92
 lingüística, 5, 6
 como ciencia comparativa, 5
- literatura:
 escrita, 125
 gallega, 126
 oral, 125
 provenzal, 126
 en definición errada de dialecto, 125
 de lengua, 125, 126
- locativo (chontal de Oaxaca), 30
 logogramas, definición, 112
 escritura maya, 105
 directos, escritura mexicana, 112
 indirectos, escritura mexicana, 112
- Loma de los Coyotes, nombre indígena y significado, 72
- Lope Blanch, Juan M., 132, 138
- Los Iltamos, nombre indígena y significado, 71
- luiséño, 66
 Luisiana, 77
- M**
- macoyahue, 67
 macromixtecano, filum, 39
- maestros y promotores bilingües, 19, 20, 87
 mam o mame, 10, 26, 56, 61
 mangue, 38, 47
 Mapa Sigüenza, 118
 mapas (escritura mexicana), 119
 Mar Tileme, nombre indígena y significado, 49
- Marruecos, 76
 matlatzincas, 8, 15, 34, 35, 36, 84
 maya, 10, 11, 23, 26, 27, 75, 85, 123
 antiguo, colores y ritual, 98
 como lengua franca, 85
 peninsular, 59
 yucateco, 25
 préstamos
 al náhuatl, 92
 del náhuatl, 92
 en yucateco-campechano, 140
- maya-quichés, lenguas (véase: familia maya)
 mayanas, lenguas (véase: familia maya)
 mayances, lenguas (véase: familia maya)
 mayas, lenguas (véase: familia maya) y 26, 27, 49, 62, 63, 102
- mayas 8, 15
 mayenses, lenguas (véase: familia maya)
 mayo, 8, 14, 67
 mazahua, 15, 34, 84
 mazateca, 10, 44
 términos para colores, 98
- mazatecana(s), subfamilia y lenguas, 40, 44
 mazatecos, 31
- McQuown, Norman A., 56
- Mecapalapa, nombre indígena y significado, 51
- medición de la separación de lenguas, 91
 menosprecio de lenguas subordinadas, 125
 meridional (rama yutoazteca), 67
- Mesoamérica, 84, 87, 102, 105
- Mesón Viejo, nombre indígena y significado, 38
- mexicana, escritura, 110 y ss
 mexicana(s) o azteca(s), 67, 71, 86, 124
 colores y ritual, 99
- mexicano, 64
- México, 56, 64, 69, 79, 80, 92
- México (Estado) (véase: Estado de México)
 México independiente, 86
- Michoacán, 19, 34, 72, 136
- michoacano, dialecto español mexicano, 139
- migraciones, 11, 79
- Miller, Wick R., 65
- minoritarios, idiomas, 79
- misioneros, 85, 86
- Misiones Culturales, 87
- Mistontla (San Pedro), nombre indígena y significado, 51
- mixe, 10, 51, 55
 existencia de dialectos en, 125
- mixe-popoluca, 53
- mixes, 31
- mixteca, historia lingüística, 92
- mixtecanas(s), subfamilia y lenguas, 40, 42
 historia arqueológica y lingüística, 92
- mixteco, 10, 11, 26, 38, 42, 43, 77
 dialectos, 126, 127
- de Teposcolula, dialecto de prestigio, 125
- modificador
 mangueña, 47
 chinanteca, 32
 español, 79
 huave, 48
 kikapú, 82
 tarasco, 75
- mono, 65
- monolingües, 11 y ss
 y bilingües, porcentajes de, 13
 tarasco, 72
- monolingüismo, 18
- mopán, 56, 59
- Morelos, 68, 138
- morfemas, 23, 26, 27
 antiguos (otopame), 84
 de conjugación (mangueño), 47
 locativos
 matlatzincas, 36
 náhuatl, 69
 verbales (mixe), 54
 cambios que producen (huave), 48
 español mexicano, 135, 136
 reconstrucción de, 27, 83
- motocintleco, 26, 56, 60
- Mozambique, 76
- mozarabe, 130
- multilingüismo, 18
- mundo cultural, tangible e intangible, 99, 100
- mundo natural material, 99, 100
- mundo objetivo y subjetivo (tojolabal), 99
- N**
- n* en yucateco-campechano, 140
- nahuas, 15, 55
 aliados de conquistadores, 85
- náhuatl (o mexicano), 11, 15, 23, 26, 27, 29, 46, 51, 54, 63, 64, 65, 67, 68, 69, 75, 85, 123
 clásico, 67
 como lengua franca, 85
 de Tenochtitlan, dialecto de prestigio, 125
- náhuatl:
 adjetivos, 112
 cátedra de, 86
 composición, 112
 escritura (véase: escritura mexicana)
 existencia de dialectos en, 124, 125
 influencia en español mexicano, 136
 nombres, 112
 número de hablantes, 68
 préstamos
 al español, 131
 al maya, 92
 del maya, 92
 raíces, 112
- nahuatlato, 67
- nasales (hokano-coahuilteca), 29
- nasalizadas, vocales (véase: vocales nasalizadas)
- navarro-aragonés, 130

Nayarit, 11, 67, 138
 Nebrija, Elio Antonio de, 126, 130
 necesidades de cada cultura, 96
 negros esclavos, 86
 neolatinas, lenguas, 128 (*véase también*: romances)
 neologismos:
 españoles del S. XVII, 131
 técnicos de raíces griegas o latinas, 131
 universales, 131
 Nevada, 65
 névome, 67
 Nicaragua, 47, 67
 nicarao, 67
 Nicolás de San Luis Montañés, 85
 nicoleño, 66
 nicoya, 47
 no poseídos animados (cuitlateca), 71
 nomadismo de proto-otomapes, 83
 nombre (por lengua):
 cuitlateca, 71
 latín, 79
 náhuatl, 112
 otopame, 36
 tarasco, 74
 yutoazteca, 69
 zapotecano, 41
 nombre (por tipo):
 absoluto (chontal de Oaxaca), 29
 animado (*véase*: animado)
 en escritura maya:
 cartucho de nombre propio, 108
 propio, 109
 de lugar (cartucho), 109
 inanimado (*véase*: inanimado)
 obligatoriamente poseído
 chinanteca, 33
 guaycura, 30
 huave, 48
 yutoazteca, 69
 poseído
 chontal de Oaxaca, 30
 otopame, 36
 nombre, función en la oración (latín), 77
 nombres de lugar (*véase*: topónimos)
 nombres, clasificadores de (*véase*: clasificadores de sustantivos)
 nominativo, (tarasco) 75
 normales, vocales (*véase*: vocales orales)
 noroeste, dialectos del español mexicano, 139
 norte de México, dialecto español mexicano, 138, 139
 Norteamérica, 73
 noruego, 80
 Nuevo León, 9
 numeral(es):
 en frase numeral (otopame), 36
 escritura maya, 104, 109
 escritura mexicana, 112
 y clasificadores en mayance, 63
 número de hablantes, en definición errada de dialecto y de lengua, 125, 127
 número gramatical (*véase*: dual; pronombres personales)
 numérica, rama y lenguas yutoaztecas, 64, 65

O

Oaxaca, 9, 11, 14, 31, 39, 42, 44, 51, 85, 110, 138
 Oaxaca, nombre indígena y significado, 46
 objeto:
 chinanteca, 32, 33
 cuitlateca, 71
 escritura maya, 109
 cartucho en escritura maya, 108
 directo e indirecto, 71, 135
 español chiapaneco, 140
 huave, 48
 mayance, 62
 mixe, 55
 otopame, 35, 36 (*véase también*: complemento directo)
 obligatoriamente poseído (*véase*: nombre obligatoriamente poseído)
 occidentales, dialectos del español mexicano, 138, 139
 occitano, 77
 Oceanía, 76
 Océano Pacífico, nombre indígena y significado, 49
 oclusiva sorda glotal (*véase*: saltillo)
 oclusivas (tipo de consonantes):
 sonoras
 hokano-coahuilteca, 29
 en Yucatán, 133
 español central, 141
 mixtecanas, 42
 yucateco-campechano, 140
 sordas
 hokano-coahuilteca, 29
 mixtecanas, 42
 yucateco-campechano, 140
 su aspiración en Yucatán, 133
 sordas sencillas y glotalizadas en mayance, 61
 ocoroni, 67
 ocuilteco, 34, 84
 oficialización, en definición errada de lengua y de dialecto, 125, 126
 Oklahoma, 80
 olmeca, cultura, 102
 ópata o eudeve, 26, 67
 oración, orden de la: (*véase*: orden de la oración)
 oraciones de la escritura maya:
 de carácter mágico en los códices, 110
 glificas, 108, 109
 gramaticales, 110
 orden de la frase (otopame), 36
 orden de la oración
 chinanteca, 33
 cuitlateco, 71
 huave, 49
 latín, 79
 otopame, 36
 orden de lectura, escritura mexicana, 118
 orden de lectura de cartuchos y glifos, escritura maya, 104
 Oregon, 65
 organización social, diversidad de, 96
 oriental, dialecto español mexicano, 138

otomangue, 39

otomí, 10, 11, 15, 34, 38, 83, 123
 catedra de, 86
 otomíes, aliados de los conquistadores, 85
 otopame, 34 y ss, 40, 41, 84, 110
 otras familias lingüísticas, 79 y ss

P

paipai, 29
 Países Bajos, 131
 palabra(s):
 kikapú, 81
 mayas en yucateco-campechano, 140
 similares, como indicio de relación lingüística, 27
 sin inflexión (chinanteca), 33
 tarasco, 74
 verbales
 cuitlateca, 71
 escritura maya, 108
 palatales y palatalizados, fonemas español americano, 132
 lenguas romances, 78
 mazatecanas, 44
 Palestina, 76
 pame, 83
 pame del norte, 34, 35, 36, 83, 126
 pame del sur, 34, 83
 panammint, 65
 pápago, 65
 términos para colores, 97
 paradigmáticos, "afijos" en la escritura maya, 108
 Paraguay, 134
 parentesco lingüístico, 27, 88
 parentesco, términos de (*véase*: términos de parentesco)
 parientes, designación de ceremoniales, 101
 consanguíneos, 100
 por afinidad, 100
 participio, modo (huave), 48
 pasado
 aspecto (ixcateco), 45
 inmediato y remoto (matlatzinca), 35
 pasiva en yucateco-campechano, 140
 Pata de Puerco, nombre indígena y significado, 38
 patois, 125
 paviotso (*véase*: payute del norte)
 payute
 del norte, 65
 del sur, 65
 península de Yucatán, dialecto español mexicano, 138
 península Ibérica, 76, 128
 peones indios, 86
 pérdida de dialectos, varios casos, 151
 pérdida de lenguas, 86
 colonial, 86
 prehispánica, 85
 sus consecuencias, 90
 perfectivo, 135
 chinanteca, 32

- pericú, 30
 periodos de tiempo, cartuchos de escritura maya, 109
 persona gramatical
 cuitlateca, 71
 chinanteca, 33
 matlatzinca, 35
 Perú, 133
 Petén, 59
 Piedra de Tizoc, 118
 Piedra Grande, nombre indígena y significado, 38
 pima, 11, 14
 alto, 67
 bajo, 67
 pimano (subgrupo de la familia yutoazteca), 67
 pipil, 67
 planos (escritura mexicana), 119
 plural
 chinanteca, 32, 33
 huave, 48
 matlatzinca, 35
 otopame, 36
 pame del norte, 36
 zapotecano, 41
 pluralización
 cuitlateca, 71
 chontal, 30
 yutoazteca, 69
 nominal, prefijos (tononaca), 50
 verbal, sufijos (tononaca), 50
 pocomam, 56
 pocomchi, 56
 polaco, 80
 polimorfismo de los dialectos del español mexicano, 139
 política educativa, 14, 18, 87
 popoloca o chocho, 44
 popolocana, familia (véase: subfamilia mazatecana)
 popolocas, 8
 popoluca, 51, 52, 55
 términos para colores, 97
 popolucas, 8, 53
 porcentajes de
 bilingües, 15
 monolingües y bilingües, 13, 14
 porhó, 19 (véase: tarasco)
 Portugal, 76
 portugués, 77
 poseedor
 kikapú, 81
 otopame, 36
 tononaca, 49
 yutoazteca, 69
 poseído, nombre
 cuitlateca, 71
 chontal, 30
 guaycura, 30
 otopame, 36
 posesión (cuitlateca), 71
 posesivo(s)
 español chiapaneco, 140
 ixcateco, 45
 mazateco, 44
 yutoazteca, 69
 potencial (zapotecano), 41
 predicado
 cuitlateca, 71
 chinanteca, 33
 prefijo(s)
 ausencia en tarasco, 74
 cuitlateca
 artículo, 71
 chinanteca
 verbales, 32
 chontal, 29
 español mexicano, 135
 huave
 verbales, 48
 kikapú
 personales, 81
 mangueño
 de tiempo-aspecto, 47
 fossilizados, 47
 matlatzinca
 de tiempo-aspecto-persona, 35
 mixtecano
 clasificadores, 43
 verbales, 43
 otopame
 de número, 36
 de poseedor, 36
 tononaca
 personales, 50
 zapotecano
 de pluralización, 41
 prehispánica, historia lingüística, 83
 prehistoria, 5
 prenasalizadas (véase: consonantes prenasalizadas)
 preposiciones
 chinanteca, 33
 españolas de origen árabe, 130
 latín, 78
 romance, 78
 prerromanos, 128
 presente
 continuativo (matlatzinca), 35
 progresivo (tononaca), 50
 préstamo lingüístico, 27
 del español en tzotzil, 98
 mayas en español yucateco-campechano, 140
 al nahua, 92
 nahuas al maya, 92
 determinación del sentido en que se dan, 92
 prestigio de la lengua dominante, 125
 pretérito de subjuntivo en español occidental, 141
 primera persona plural exclusivo (véase: exclusivo)
 primera persona plural inclusivo (véase: inclusivo)
 principios de clasificación, 97
 progresivo (chinanteca), 32
 promotores y maestros bilingües, 19
 pronombre posesivo
 ixcateco, 45
 yutoazteca, 69
 pronombres personales
 chinanteca, 33
 español
 en América, 134
 en España, 134
 en Chiapas, 141
 huave (libres y ligados), 48
 matlatzinca, 35
 mayance (prefijos y sufijos), 62
 mixtecano (libres y ligados), 43
 usos de los ligados, 43
 romances (declinados), 78
 tepehua, 50
 tononaca, 50
 pronunciación, 23
 proporción de monolingües y bilingües (véase: monolingües, bilingües)
 proto-cuitlateco, 84
 proto-chinanteco, 84
 proto-huave, 84
 proto-matlatzinca, 83
 dialectos y vida sedentaria, 83
 proto-maya, 84
 proto-mixe-zoque, 84
 proto-mixtecano, 39
 proto-otomí, 83
 sílabas, 84
 dialectos y vida sedentaria, 83
 proto-otopame, 83
 proto-yutoazteca, 65, 84
 proto-tarasco, 84
 protofonemas, 83
 protomorfemas, 83
 Provenza, 77
 provenzal, 77
 literatura, 126
 provincias romanas ibéricas, 129
 "Proyecto Tarasco", 18, 19, 87
 Puebla, 10, 34, 42, 44, 49, 68
 pueblos aborígenes, historia lingüística, 94
 purépecha (véase: tarasco)
 Pustunich, nombre indígena y significado, 64
- Q**
- quebradas, vocales, 40
 quechua
 influencia sobre el español, 132
 préstamos al español, 131
 Querétaro, 34
 quiché, 25, 56
 quinigua, 29
 Quintana Roo, 9, 10, 59
- R**
- rabinal-achí, 56
 raíz (por lengua):
 chinanteco, 31
 kikapú, 81
 mangueño, 47
 maya, 106
 mazateca, 45

- mixteca, 42
 nahua, 112
 otomangue, 39
 tarasco, 74
 yutoazteca, 69
 zapotecano, 42
- raíz (por tipo):
 adjetivo-nominal, 45
 bisilaba, 38, 43
 con clasificador fundido, 47
 difícilmente aislable, 81
 monosilaba, 32
 nominal, 68
 verbal, 41, 69
- rasgos de las lenguas:
 arcaizantes, 134
 del español mexicano, 132
 gramaticales de una familia, 91
 individuales, 6
 puristas, 135
 rústicos, 135
 universales o comunes a todas, 6, 26, 27, 90
- Real y Pontificia Universidad de México, 86
 realidad vista según hábitos lingüísticos, 101
 realización distinta de fonemas, característica dialectal, 138
- rebus, definición, 115
 escritura maya, 105
 escritura mexicana, 115
- reconstrucción lingüística, 27, 39, 83
 de contactos, 92
 de desplazamientos, 92
 de la cultura antigua, 92
 del medio ambiente antiguo, 92
 fonemas, 27, 83
 gramática, 83
 morfemas, 28, 83
 palabras, 27
 reglas gramaticales, 28
 significados, 28
 vocabulario, 28, 83
- reducciones de indios, 86
 reduplicación (yutoazteca), 69
 reflexiva, voz (otopame), 35
 registro gráfico, 101
 reglas gramaticales, reconstrucción de, 28
- reino(s)
 tarasco, 71
 mixtecos
 historia documental (códices), 91
 historia lingüística, 91
- relaciones gramaticales (kikapú), 82
- relaciones sociales:
 hispanohablantes-indohablantes, 14
 entre parientes (véase: términos de parentesco)
- relativo 'cuyo' en el español del occidente de México, 141
- religión, diversidad de, 96
 resistencia al español, 13
 respuesta afirmativa en español chiapaneco, 141
- restos arqueológicos
 como documentos, 91
 y vocabulario, 84
- rético, 77
 retorromano, 77
 retroflejo, fonema (popolocano), 45
 revaloración
 de lenguas, 91
 de las lenguas indígenas, 15, 87
- Revolución Mexicana, 7, 14, 86
 Reyes Católicos, 131
 Río Verde, nombre indígena y significado, 37
 riqueza lingüística de México, 88, 90
 Roma, provincias ibéricas, 129
 romances, lenguas, 76 y ss, 128
 romanche, 77
 románicas, familia y lenguas, 76 y ss, 128
 romanos, 128
 Rumania, 77
 rumano, 77, 78
 rumbos del universo y colores, 98
 ruso, 63, 123
- S**
- saltillo
 cuitlateca, 71
 chinanteca (distingue persona), 33
 español yucateco-campechano, 140
 hokano-coahuiltecas, 29
 mixteca, 42
 totonaca, 49
 zapotecano (final de vocal), 40
- saludos (totonaça), 50
 San Luis Potosí, 34, 56, 83
 sánscrito, cátedra de, 86
 sardo, 77
 Sayula, nombre indígena y significado, 55
 sedentarización de proto-otomies, 83
 sefardis, 76
 segunda lengua, 12
 su uso en la enseñanza, 19
- semejanzas y diferencias (totonaco-tepehua), 50
 semiescrituras, 102
 prehispánicas, 121
- sencillas y glotalizadas, oclusivas sordas mayances, 61
- separación de lenguas, medición de la, 91
 seri, 11, 29
 serrano, 66
 servicios educativos, 16
 Sevina, nombre indígena y significado, 75
 shoshoni, 65
- sibilantes
 mazatecano, 45
 español americano, 132
- Sierra Madre Occidental, 84
 significados, reconstrucción de, 28
- sílaba
 chinanteca, 32
 tarasco, 74
 proto-otomí, 83
- similitud
 de palabras, 27
 accidental, 27
 entre lenguas, 26
 sistemática (véase: correspondencias regulares)
- simples, vocales (zapotecano), 40
 Sinaloa, 67
- sintaxis, rasgo diferencial dialectal, 138, 140
- sistema de registro o "escritura", 101
- sistemas consonánticos, búsquense en cada familia
- sistemas vocálicos, búsquense en cada familia
- situación lingüística de México, 7 y ss
 social, carácter de las lenguas, 90
 sociedad, 5
 sociedad "nacional", 8
 solomeco, 56
 sonidos de las lenguas, 20 y ss, 23 (véase también: fonemas)
- Sonora, 11, 29, 67, 137
 sonoreño, grupo yutoazteca, 67
 suaves, consonantes (zapotecano), 41
 subgrupos de la familia yutoazteca, 67
 subfamilias de la familia oaxaqueña, 40 y ss
 historia lingüística (mixteca), 92
- subjuntivo (huave), 48
- Sudamérica, 73, 84
 sueco, 80
 suevos, 129
- sufijo(s)
 absoluto (yutoazteca), 68
 de objeto (otopame), 35
 de términos para colores (tzotzil), 98
 para animados o inanimados (kikapú), 81
 pluralizador de pronombres (totonaça), 50
 pluralizadores (cuitlateca), 71
 posesivo (mazatecana), 45
 pronominal
 manguña, 47
 huave, 48
 mazatecana, 45
 zapotecano, 41
 únicos afijos del tarasco, 74
 verbales
 cuitlateca, 71
 totonaca, 50
- Suiza, 77
- sujeto
 cuitlateca, 71
 chinanteca, 32, 33
 escritura maya, 109
 huave, 48
 kikapú, 81
 latín (su lugar en la oración), 78
 manguña, 47
 mayance, 62
 mixe, 55
 mixteca, 43
 otopame, 35, 36
- suma lógica, definición, 112
 escritura mexicana, 112
- suma-jumano, 67
- superdialectos del español andino, 124
 mexicano, 124, 126, 132
 rioplatense, 124

sustantivo, (véase: nombre)
Swadesh, Mauricio, 18, 39, 73, 91

T

Tabasco, 51, 84, 110
tabasqueño, dialecto español mexicano, 139
tácica (rama yutoazteca), 66
Tamaulipas, 9, 86
tanoazteca, familia (véase: familia yutoazteca)
tarahumara, 65, 66, 67
tarahumara-cahita (subgrupo yutoazteca), 66
tarahumara-varohío, 67
tarasco o purépecha, 11, 27, 72 y ss
como lengua franca, 84
términos para colores, 97
tarascos, 110
taxonomías
científica, 97
de aves en amuzgo, 97
populares, 96 y ss
teco, 56, 61
témori, 67
teoría, 6
teotihuacanos, 111
tepahue, 67
tepecano o tepehuán del sur, 67
tepehua, 49, 50
tepehuanes, 8
tepehuano (del norte y del sur), 67
tepehuas, 8
tequistlateco, 29
terminativo, aspecto (español mexicano), 135
términos o nombres para designar:
aves en amuzgo, 97
colores, 97 y ss
español, 97, 98
ixcateco, 98
mazateco, 98
pápago, 98
popolucano, 98
tarasco, 98
tzeltal, 98
tzotzil, 98
parientes, 92, 100
español, 100
tipos, 100
Texas, 80
Texistepec, nombre indígena y significado, 55
Tezcatlipoca, 99
Thompson, Eric J., 104
tiempos verbales, 31
hokano-coahuilteca, 30
kikapú, 82
mixteca, 43
romances, 79
zapotecano, 41
tiempo-aspecto
cuitlateca, 71
manguéa, 47

tarasco, 75
totonaca, 50
tiempo-aspecto-persona (otopame), 35
Tira de la Peregrinación, 118
Tizoc, 118
tlacuilos o escribas, 119
tlapaneco, 11
Tlaxcala, 34, 68
tlaxcaltecas, aliados de los conquistadores y como colonos, 135
Tochtlan, significado y escritura jeroglífica, 115
tojolabal o chañabal, 10, 11, 56, 60
idea del tiempo y gramática, 99
mundo objetivo y subjetivo, 99
toltecas, 111
Toluca, nombre indígena y significado, 37
tonalámatl o "libro de los días", 119
tonales, lenguas (véase: tono)
"tonito", 138
tono, como fonema:
chinanteca, 31
mazatecana, 44
oaxaqueña, 38
otomangue, 38
otopame, 34
tono con funciones gramaticales:
distingue persona (otopame), 36
marca tiempo verbal (mixteca), 43
topónimos o nombres de lugar
cuitlateca, 71
huave, 49
mixe, 55
oaxaqueña, 46
otopame, 36, 38
tarasco, 75
totonaca, 51
yutoazteca, 69
Torre de Babel, 25
totonaca, familia, 71
totonaco, 10, 49, 50
tradiciones de cada cultura, 96
transición, dialecto español mexicano, 139
transitiva, voz (matlatzincan), 35
transitivas, expresiones (mayance), 63
transitivo
cuitlateca, 71
huave, 48
tributos (escritura mexicana), 118
trilingüismo (kikapú), 80
trique o triqui, 39, 42
tronco lingüístico
indoeuropeo, 80
otomangue, 39
tubar, 67
tubatulabal, 65
Tulum, nombre indígena y significado, 64
turco, 80
Turquía, 92
Tuxtla, nombre indígena y significado, 55
tzeltal, 10, 56, 60
términos para colores, 97
tzotzil, 10, 11, 56, 60
colores y ritual, 98
préstamos del español, 98

términos para colores, 97
tzutuhil, 56

U

ubicación geográfica antigua, 92
ucraniano, 80
Universidad Real y Pontificia, 86
Uruguay, 134
uspaneco, 56
Utah, 65
ute, 64
utoazteca, familia (véase: familia yutoazteca)

V

Valencia, 76
Valle de México, dialecto español mexicano, 138
Valle Luz I, nombre indígena y significado, 72
valoración:
de la lengua, 12
de las lenguas indígenas, 87
vándalos, 129
variación dialectal
español, 76
social, 139
variantes
dialectales (véase: dialectos)
regionales (véase: dialectos)
variedad dialectal, definición, 137
variedad objetiva del mundo, 94
variedades dialectales regionales (véase: dialecto)
varohío, 67
Veracruz, 10, 34, 49, 51, 52, 57, 68
veracruzano, dialecto español mexicano, 138
veracruzano meridional, dialecto español mexicano, 138
verbo:
aspectos (véase: aspecto, tiempo-aspecto)
cuitlateca, 71
en escrituras prehispánicas
maya, 109, 110
mexica, 116
intransitivo, (véase: intransitivo)
kikapú, sólo dos tiempos, 82
mixe, palabra más compleja, 54
otopame en la oración, 36
romance, cambios evolutivos, 79
tarasco, 75
visigodos, 129
vocabulario, 12
antiguo para ambiente y cultura, 92
como reflejo de la cultura, 96
compartido
antiguo, 91
por innovación, 91
español, componentes, 128 y ss
español mexicano, 135, 136

- indígena en el español mexicano, 136
nuevo, 133
y restos arqueológicos, 84
reconstrucción del, 28, 83
- vocales:
- breves, búsquese simplemente 'vocales' para cada familia
 - breves y largas en una lengua (*véase*: lenguas con vocales largas)
 - cambio de timbre y cantidad (huave), 59
 - e, o en español central, 142
 - largas:
 - hokano-coahuilteca, 29
 - huave, 48
 - kikapú, 81
 - latín clásico, 77
 - mayance, 62
 - totonaca, 49
 - yutoazteca, 68
 - zapotecano, 40
 - nasalizadas:
 - en Jalisco, 133
 - español del occidente de México, 141
 - mazatecano, 44
 - mixtecano, 42
- otopame, 34
romances, 77
- orales o sin nasalización (*véase* para cada familia)
- quebradas (zapotecano), 40
 - simples (*véase*: vocales breves; vocales orales)
 - sin acento en español central, 141
- volitivo (chinanteca), 32
- voseo en español chiapaneco, 141
- voz
- pasiva
 - español mexicano, 134
 - pérdida (romances), 79
 - reflexiva matlatzinca, 35
 - transitiva matlatzinca, 35
- aspiración de oclusivas sordas, 133
dialecto del español mexicano, 124
occlusivas sordas, 133
península, 63, 84
- yucateco, lengua maya, 56, 59, 62, 63
yucateco, dialecto español, 25, 59
yucateco-campechano, rasgos, 60
Yugoeslavia, 76, 77
yuma, 11, 14
yute, 64, 65
yutoazteca, 92
expansión, 84
yutonahua, familia (*véase*: familia yutoazteca)
- Z**
- Zacatecas, 9
zapotecana, subfamilia, 40
zapoteco, 10, 11, 38, 40, 41, 75, 123
zapotecos, 15, 31
zona maya, 102
zoque, 51, 53, 55
zoque-popoluca, 53
zuñi, relaciones del tarasco con, 73
- W, Y**
- Wyoming, 65
y en español chiapaneco, 141
y en yucateco-campechano, 140
yaqui, 14, 64, 66, 67
yocotán (*véase*: chontal)
Yucatán, 9, 10, 59, 136

Índice general

Introducción	5
Panorama lingüístico de la República Mexicana	7
1. La situación lingüística	7
2. Monolingües y bilingües	11
3. Alfabetismo y educación	16
4. Los difíciles sonidos de los idiomas y su representación	20
Las familias lingüísticas del país	23
5. Cómo se forma una familia de lenguas	23
6. Cómo se reconoce que ciertos idiomas forman una familia	26
7. Familia hokano-coahuilteca	29
8. Familias guaycura y pericú	30
9. Familia chinanteca	31
10. Familia otopame	34
11. Familia oaxaqueña	38
12. Familia manguéna	47
13. Familia huave	48
14. Familia totonaca	49
15. Familia mixe	51
16. Familia maya	56
17. Familia yutoazteca	64
18. Familia cuitlateca	71
19. Familia tarasca	72
20. Familia romance	76
21. Otras familias lingüísticas	79
Lenguas, historia y cultura	83
22. La historia de las familias lingüísticas en la época prehispánica	83
23. La historia lingüística, de 1521 a nuestros días	85
24. Importancia de las lenguas indígenas como ejemplares del lenguaje humano	88
25. Las lenguas en la reconstrucción histórica	91
26. Importancia de las lenguas para el conocimiento de las formas culturales	94
27. Las escrituras prehispánicas	101
28. La escritura maya	102
29. La escritura mexicana	110
30. Otras escrituras prehispánicas	120

La lengua nacional	123
31. Lengua y dialecto	123
32. El desarrollo del español	128
33. Características del español mexicano	132
34. Los dialectos del español de México	137
Palabras finales	143
Apéndice de mapas	145
Índice analítico	179

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO
IMPRESO EN LOS TALLERES DE
IMPRESORA Y EDITORA MEXICANA, S.A.
SAN MATEO TECOLOAPAN, ESTADO DE MÉXICO
EDICIÓN DE 14,000 EJEMPLARES
Y SOBANTES PARA REPOSICIÓN
30-VI-88